



EL SABOR
DE LA TENTACIÓN

1

La Tentación del Laird

ANN J BRANDLEY

La
Tentación
del Laird
ANN J. BRANDLEY



Copyright 2025 de Ann J. Brandley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Estaban predestinados a estar juntos, aunque ella se empeñara en negarlo. Incluso cuando ardía de deseo estando a su lado. Pero, ¿caería en la tentación?

La señorita Shannon Herley ya ha decidido cómo será su vida. Tiene al pretendiente adecuado, aunque no sea muy guapo, y una dote que la hace muy deseable. Solo hay un problema...el guerrero escocés que aparece en sus sueños y la hace arder de deseo.

Todo parece producto de su imaginación hasta que ese hombre aparece frente a ella presentándose como Laird McBride.

Como Laird de los McBrid, Kinner tiene un deber con su pueblo. Debe casarse con la señorita Herley, aunque ella se resista a este casamiento. Para conseguirlo decide seducirla, sin percatarse de lo peligroso que puede resultar el juego de la tentación.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Siguiente libro de la serie](#)

[Notas](#)

Capítulo 1

Una promesa rota al jurarse la paz.

El precio será una hija nacida de sangre Duncan que se casará con nuestro jefe, cada generación, sin alivio.

Mista rodaba por el suelo y se aferraba a las piedras del castillo como espectros a la luz de la luna. Las hogueras ardían en el patio central, los tambores golpeaban y las gaitas ululaban mientras dos clanes se reunían en silenciosa desconfianza. El jefe de uno de los clanes se arrodilló en el suelo, con la cabeza agachada bajo la amenaza de una espada reluciente.

Una frágil anciana alzaba las manos al cielo, una de ellas empuñando una daga. El viento se levantó con fuerza, haciendo ondear las prendas de la mujer sobre sus esbeltos miembros. Su cabello de seda bailaba y se enredaba como un ser vivo, aunque ella nunca se movió, ni pestañeó. Con su voz vibrando con el poder de los Antiguos, cantó.

La daga es su marca de dolor,

La chica que ha nacido para casarse con nuestro jefe.

A los dieciocho años, la muchacha se casará,

Si la locura llega y la ve muerta.

Alguien gritó. Una joven cayó de rodillas sobre el suelo húmedo, agarrándose la parte superior del brazo mientras su pelo rojo se agitaba alocadamente a su alrededor. Sus parientes corrieron hacia ella, y cuando le apartaron la mano, contemplaron una furiosa marca roja en su piel, en forma de daga.

La anciana no se dio cuenta. Siguió alzando sus palabras a los cielos, a la luna y a los cielos y a los poderes que vivían a su alrededor.

Si McBride rompe este pacto, su clan sufrirá.

Sólo la que porte la daga le traerá hijos;

Si se casa con otra, no habrá ninguno.

Cuando los relámpagos centelleen y las piedras corran rojas.

Cuando McBride despierte a Duncan de entre los muertos.

Sólo en esta hora más oscura perderán mis palabras su poder.

Los relámpagos crepitaron, chamuscando la tierra cercana. Sin inmutarse siquiera, la anciana clavó la daga con la punta por delante en el suelo a sus pies, enterrándola hasta la empuñadura. La tierra se estremeció y tronó, y con un áspero jadeo, ella se desplomó en el suelo.

como un juguete desechado para yacer jadeante, completamente agotada, con los ojos aún abiertos y oscuros de poder mientras miraba a los cielos.

Sus compañeros de clan corrieron hacia ella y levantaron su forma fragmentada del suelo. Las nieblas se arremolinaron y bailaron, riendo de manera silenciosa, y el mundo brilló con magia.

Entonces él estaba allí, atravesando los zarcillos de niebla mientras la escena con la vieja bruja se desvanecía, con sus hombros anchos y su musculoso cuerpo desnudo salvo por la tela escocesa que lo envolvía. Su pelo castaño bañado por el sol le llegaba casi hasta los hombros, desaliñado pero masculino, resaltando los fuertes huesos de la cara de un guerrero. Sus ojos azules parecían mirarla directamente, atravesando toda pretensión hasta su misma alma.

—Shannon —dijo, acercándose a ella—. Eres mía.

Shannon Hersley se despertó de un tirón y se encontró de pie junto a su cama vacía, con la palma de la mano extendida como para aceptar el abrazo de otro. Con un grito, se cubrió la cara con las manos.

Otra vez. Había vuelto a ocurrir.

Era la tercera vez desde su decimoctavo cumpleaños, hacía sólo una semana. Soñaba con tierra escocesa, una y otra vez, aunque nunca había estado allí.

Su cuerpo ardía de hambres desconocidas y vergonzosas. Era el hombre del sueño; él le provocaba esos sentimientos chocantes.

Aunque el sueño se había desvanecido, incluso en la fría anticipación del amanecer, su cuerpo seguía palpitando.

Se acercó al fuego bajo que humeaba en la rejilla, con los miembros temblorosos por la fatiga. Y por el miedo. Pero no se atrevió a buscar de nuevo su cama. Si dormía, podría soñar.

Se hundió de rodillas ante el suave resplandor rojo del hogar, cruzando los brazos a su alrededor tanto por seguridad como por calor. Había esperado y rezado para que la maldición de los Duncan la librara. Que las palabras de su madre aquel horrible día hubieran sido falsas. Pero las pruebas hablaban de lo contrario.

Sueños de un lugar en el que nunca había estado: siempre el mismo sueño, siempre el mismo hombre. Voces que le susurraban en el viento, palabras y cánticos que nadie más podía oír. Todas aquellas veces que se había encontrado de pie frente a la casa de su padre en Londres, mirando al norte, sin recordar cómo había llegado hasta allí.

No, no se había salvado.

Cerró los ojos, apretando los dedos alrededor de la parte superior de los brazos, meciéndose suavemente para calmar sus nervios destrozados. Incluso ahora podía recordar a su madre, de pie junto a la ventana abierta, con los restos de sus ataduras colgando de las muñecas. El pelo rojo -tan encendido como el de la propia Shannon- se le enredaba y enroscaba alrededor de los hombros en un despeinado desaliño. Sus ojos azules eran salvajes, su sonrisa amplia, hermosa y atterradoramente equivocada.

Su madre. La loca de Josephine.

—Ya verás—, había advertido Josephine, agitando un dedo hacia su hija de seis años mientras los criados irrumpían en la habitación, frenéticos por recuperar a su ama que intentaba escapar—. ¡Lo verás, hija mía, el día de tu decimoctavo cumpleaños, cuando la maldición de los Duncan caiga sobre ti! ¡Verás el infierno que me vi obligada a soportar!

—Señorita Hersley— llamó uno de los criados, corriendo hacia ella—. ¡Por favor, espere!

—Dieciocho—, siseó ella, con los ojos brillantes—. ¡La maldición llegará!

Luego se dio la vuelta y saltó desde la ventana que daba a la calle empedrada de abajo.

Shannon recordó los gritos, una y otra vez. Y la suavidad del pecho de Lisa cuando la criada recogió en sus brazos tranquilizadores a la niña conmocionada, ocultándole la cara para que no pudiera ver más la ventana. El olor a limón que se aferraba a Lisa resultaba reconfortante y puro.

Abrió los ojos ahora, mirando alrededor de su habitación, buscando disipar el recuerdo. Su corazón latía con fuerza, sus dedos se apretaban tanto alrededor de sus brazos que apenas podía sentirlos ya. Los susurros permanecían justo más allá del oído humano, vagando por su mente como fantasmas.

Un voto roto cuando se juró la paz...

Respiró entrecortadamente. No tenía dudas. No se había salvado. La maldición de Duncan se la había llevado.

La locura era su destino.



Los truenos retumbaron y los relámpagos hendieron el cielo nocturno, iluminando brevemente las yermas tierras que rodeaban el castillo. La lluvia golpeaba la piedra silbando en armonía con el viento ululante. Las rocas formaron extrañas sombras cuando los relámpagos volvieron a brillar para revelar los árboles que se doblaban bajo el embate de los elementos, con las ramas desnudas temblando.

Kinner McBride se asomó a la ventana abierta, sin reparar en la fría lluvia que le salpicaba la cara y la ropa. Éste era su dominio, este rincón de Escocia: cada pozo seco, cada campo en barbecho, cada cabaña andrajosa que adornaba el paisaje. Aunque el cielo eructaba torrentes de lluvia, ni una gota permanecería en ningún pozo o rastrojo quemado. Por la mañana, todo se desvanecía como la niebla bajo un sol de verano, excepto los barriles que la gente colocaba para recoger la preciada agua. Y en ese momento, algunos de esos barriles desarrollarían una misteriosa grieta o agujero, y el líquido tan cuidadosamente recogido se escurriría hacia una tierra implacable. Una vez más apenas habría suficiente para mantener vivos a los clanes. Y él no podía hacer otra cosa que quedarse aquí y ver cómo ocurría todo.

Día tras día, su pueblo luchaba por sacar algo de vida de la terca tierra. Sus cosechas se

marchitaban y morían; sus vacas no daban leche. Sus corderos nacían con dos cabezas y no duraban ni una semana.

Malditos. Los McBride estaban malditos, y su clan vecino, los Duncan, con ellos. Como jefe del clan, había hecho todo lo que estaba en su mano para luchar contra el enemigo invisible. Había puesto en práctica técnicas agrícolas aprendidas en la universidad de Edimburgo, todo en vano. Sus intentos de comerciar con otros clanes habían tenido cierto éxito, pero aun así su pueblo moría de hambre.

Sólo había una forma de aplacar la maldición, de devolver la prosperidad a la tierra. Cada instinto en su interior le exigía que actuara, pero en lugar de ello se vio obligado a esperar, durante semanas ya, mientras otros hacían la búsqueda que él mismo hubiera preferido hacer.

—¡Un jinete!— Su hermano de diecinueve años, Malcom, irrumpió en el gran salón—. ¡Kinner, viene un jinete, como el mismísimo diablo!

—¿Quién es?— Kinner se apartó de la ventana.

—No puedo decirlo; está demasiado oscuro. ¡Debes venir!

No se atrevía a esperar. Demasiadas veces había salido corriendo al encuentro de un jinete, sólo para sentirse decepcionado. La paciencia no era su virtud más fuerte, pero era una que un líder tenía que aprender por el bien de su pueblo.

—Esperaré aquí.

Malcom le miró con los ojos fruncidos.

—No puedo creer que no quieras ver quién ha venido.

—Tráelo al salón en cuanto llegue—. Kinner se acercó al hogar y cogió un trozo de madera -la pata de una silla por lo que parecía- y lo colocó con cuidado sobre las llamas que luchaban por extinguirse—. Le vendrá bien el fuego para aliviar la humedad.

—Sí, y también necesita comida. Veré si hay algo en la cocina.

—Eres un buen muchacho, Malcom.

Su hermano frunció el ceño al ser llamado muchacho pero se volvió hacia la puerta. Pero antes de que pudiera atravesarla, el misterioso jinete entró tambaleándose en el vestíbulo, ayudado por Hammish y Harlan, la guardia personal de Kinner. Tan parecidos como dos guisantes, los gemelos ayudaron al hombre harapiento y exhausto a sentarse en una silla vacía.

El hombre se quitó el sombrero empapado de la cabeza, dejándolo caer con una bofetada húmeda al suelo. Luego levantó los ojos hacia los de Kinner.

—Seamus—. La esperanza saltó a su garganta y Kinner se agachó ante su pariente desaliñado—. ¡Hammish, whisky! ¿Y dónde está ese estofado?

Sus compañeros de clan se apresuraron a cumplir su orden. El joven Malcom salió corriendo de la habitación, pidiendo comida. Hammish se adelantó con el whisky, y Seamus extendió una mano temblorosa para aceptar el trago. Kinner sostuvo el vaso para Seamus mientras éste sorbía con cautela el ardiente brebaje.

—Ouch—. Lamiéndose los labios, Seamus apartó el vaso, dejando que Kinner lo dejara a

un lado—. Es néctar para una boca seca.

—Alguien te traerá algo de cenar. Es una noche feroz para estar cabalgando.

—Sí, pero quería volver contigo enseguida—. El color estaba volviendo a las mejillas del hombre, ahuyentando la palidez del frío y la humedad. Sus ojos oscuros brillaban de excitación—. La hemos encontrado, Kinner. Hemos encontrado a tu novia.

A Kinner se le doblaron las rodillas y se agarró al brazo de la silla para mantener el equilibrio. Por fin. Después de casi tres meses...

—¿Estás seguro? —se atragantó.

—Sí, está en Inglaterra—. El hombre aspiró un suspiro. Sus mejillas ya estaban enrojecidas por el calor del fuego—. Se tardó un tiempo en conseguir un puesto en la casa, pero no hay ninguna duda. Es tu novia.

—¿Qué demonios?— Liam Frederick, su cuñado, entró en la habitación, con un humeante plato de estofado en las manos—. ¿Dijiste en Inglaterra?

—Eso ha dicho—. Kinner se puso en pie.

—¿No querrás ir allí? —Preguntó Liam.

—Sí que quiero—. A pesar de su euforia, Kinner no permitió que ninguna emoción apareciera en su rostro—. Nuestra gente lo ha hecho bien, y por fin puedo reclamar lo que es mío. Cabalgaremos hacia Inglaterra esta noche.

Liam dejó el plato delante de Seamus, que inmediatamente empezó a comer.

—Hay una tormenta feroz ahí fuera. ¿Podemos partir por la mañana?

—Ya se ha perdido bastante tiempo—. Kinner desvió la mirada hacia la ventana, donde aún arremolinaba la tormenta—. Debo ir a reclamar a mi novia. Ahora mismo. Esta noche.

—Pero...

—Liam. —Kinner le cortó con una mirada—. Ella es la salvación de nuestro pueblo.

—¡Ella es una Sassenach!

—Es una Duncan.

—No sé qué es peor.

Kinner suspiró y cerró los ojos sólo un momento.

—Partimos esta noche, Liam. Y espero atravesar en breve las puertas de nuevo como un hombre casado.

—Bien entonces. Sólo procura no enamorarte de ella.

Mientras Liam salía del vestíbulo, Kinner bajó la mirada hacia su anillo, su piedra negra y lisa, un inquietante recuerdo del pasado.

—No temas por eso—, murmuró. Apretando el puño, se dio la vuelta y empezó a planificar el futuro.

Capítulo 2

Una semana después

El baile de lady Dorburton para presumir de la nueva decoración de su casa de la ciudad de Londres se esperaba que fuera el mayor evento de la temporada. Shannon estuvo de acuerdo con esta apreciación mientras ella y su querida amiga, la señorita Charlotte Clayton, seguían a la madre de Charlotte entre los cuerpos que se agolpaban cuando aquella dama se adelantó para saludar a uno de sus compinches.

La señora Clayton entabló inmediatamente una profunda conversación con las otras matronas sentadas a lo largo de la pared, dejando que Shannon y Charlotte se entretuvieran a unos pasos de distancia, escuchando a la orquesta afinar sus instrumentos.

O mejor dicho, Shannon escuchaba. Charlotte seguía parloteando, vibrando como un cachorro excitado, tal y como había hecho en cuanto Shannon había entrado en el carruaje de los Clayton aquella misma tarde. A Shannon realmente no le importaba; el parloteo incesante ayudaba a mantener a raya sus propias sombras.

—Y entonces mamá dijo que la señorita Featherton no tenía nada que recomendar excepto ese pedazo de tierra, que era la única razón que ofrecía por ella—, dijo Charlotte con una risita—, y que lord Dirby se arrepentiría de haberse casado con ella en vez de contigo en cuanto se firmaran los papeles.

A pesar del cansancio de otra noche agitada, Shannon no pudo evitar sonreír ante tal voto de lealtad.

—Realmente, Charlotte, estoy lejos de estar devastada de que lord Dirby decidiera ofrecerse por la señorita Featherton.

—¡Pero es el hijo de un duque! ¡Y todo el mundo decía que estaba encantado contigo!

—Pero le ofreció matrimonio a otra. Es inútil hablar de lo que podría haber sido.

—¿No querías ser duquesa?— El desconcierto llenó los ojos oscuros de Charlotte.

—Me interesa más el carácter de un hombre que su título.

—¿En qué sentido?— Charlotte ladeó la cabeza, los rizos oscuros cayeron en cuidadoso desorden.

—Quiero un marido que se preocupe por mí y no por mi fortuna. Uno en quien pueda confiar. Uno que no me encierre en Bedlam para poder despilfarrar mi dote.

Charlotte asintió.

—Tal vez encuentres un duque que cuide de ti, y entonces podrás seguir siendo duquesa.

Shannon se rio. Dejó que Charlotte viera el lado bueno de las cosas.

—Qué bonito que aún puedas reír—, ronroneó una voz femenina. Shannon levantó la vista para ver a la señorita Penélope Lillibridge y a sus amigas, las señoritas Rose y Lily Pendleton, sonriéndole con satisfacción—. Si hubiera sido desechada por el hijo de un duque, me costaría mucho trabajo volver a mostrarme en público.

Shannon arqueó las cejas ante la belleza rubia. La dulce sonrisa de la muchacha y su tez cremosa le daban un aspecto angelical, pero el brillo de malicia en sus aclamados ojos azules traicionaba su verdadera naturaleza.

—Difícilmente me dejaron de lado, Penélope. Lord Dirby simplemente eligió a la señorita Featherton para ser su esposa.

—Pero seguramente esperabas que él se ofreciera por ti—, trino Rose, con su rostro delgado y zorruno resplandeciente de anticipación. Aunque Rose y Lily no tenían ningún buen aspecto que las recomendara -lo que sin duda era la razón por la que la muy vanidosa Penélope les permitía hacerse amigas suyas- eran hijas de un almirante y estaban bastante bien relacionadas socialmente.

—Era una posibilidad, pero no algo que me inquietara excesivamente.

—Lord Dirby se arrepentirá de haberse casado con la señorita Featherton—, insertó Charlotte, entrecerrando los ojos hacia las otras debutantes.

—Tal vez— concedió Penélope, curvando ligeramente su boca de capullo de rosa—. Pero difícilmente creo que se arrepienta del hecho de que sus herederos tendrán el impecable linaje de su madre, frente a la herencia común de la hija de un mercader.

Charlotte jadeó mientras las señoritas Pendleton se reían entre dientes detrás de sus abanicos. Shannon se limitó a sostener la mirada de Penélope, observando mientras la expectación se desvanecía lentamente hasta convertirse en confusión.

—Al menos—, dijo Shannon con calma—, no seré vendida en matrimonio para pagar las deudas de juego de mi padre.

Rose y Lily chillaron consternadas y las mejillas de Penélope enrojecieron. Con los ojos brillantes, la belleza rubia se dio la vuelta y se alejó, una dura mirada que espoleó a las señoritas Pendleton a correr tras ella.

Lily se quedó medio segundo detrás.

—Ahora veo por qué te llaman Shannon la Fría—, siseó, y luego se apresuró tras las demás.

—¡La muy...! —Charlotte frunció los labios, golpeando su abanico contra la palma de la mano—. Penélope está realmente celosa porque eres más popular que ella, hija de mercader o no. Y tu fortuna es mayor.

Shannon se limitó a reír.

—Eres la más leal de las amigas, Charlotte, pero Penélope no me molesta lo más mínimo.

—Shannon la Fría— resopló Charlotte—. Fue horrible por parte del vizconde Nordham

empezar a llamarte así sólo porque rechazaste su mano.

Shannon arrugó la nariz.

—Ese hombre cree que todas las mujeres se enamoran de él. No tiene constancia, ni fibra moral—. Bajó la voz—. He oído que cambia de amantes tan rápido como los hombres normales cambian de paños de cuello.

—¡Shannon!— Charlotte se sonrojó y miró a su alrededor para ver si les habían oído—. ¡No es propio de una dama hablar de ese tipo de gente!

Shannon se estremeció.

—Entonces terminemos la discusión diciendo que es el último hombre en la tierra con el que me casaría. Se ama a sí mismo mucho más de lo que podría amar a una esposa.

—De acuerdo—. Charlotte miró a su alrededor en respuesta a la llamada de su madre—. Vaya, mamá quiere que vaya a saludar al señor Harrison.

—Entonces será mejor que me quede aquí.

Charlotte puso los ojos en blanco.

—Ya lo creo. El pobre hombre siempre se pone rojo remolacha y emite sonidos como un burro cuando estás en su presencia. Creo que le pareces desalentadora.

—Y no me gustaría interferir en los esfuerzos casamenteros de tu madre en ese sentido.

Su tono burlón y serio provocó una carcajada de Charlotte.

—¡Eres demasiado malvada! El señor Harrison apenas tiene veinte años y no está en busca de una esposa.

Mientras Charlotte se daba la vuelta para irse, Shannon puso una mano en su brazo.

—Charlotte, procura no romperle el corazón al joven.

Su amiga soltó otra risita y se dirigió hacia su madre. Sola durante unos preciosos momentos, Shannon dirigió su atención a la pista de baile, donde empezaba a formarse el primer grupo.

La tensión de mantener cierta apariencia de normalidad empezaba a cansarla. Cuánto más hubiera preferido quedarse en casa con un libro, en lugar de venir aquí a exhibirse ante el mundo cortés. Pero su propósito era encontrar marido, y no encontraría al hombre que buscaba entre las páginas de la última novela de la señora Edgeworth.

Lord Kentwood parecía ser la perspectiva más prometedora de los últimos tiempos. Era rico por derecho propio, lo que la tranquilizaba respecto a que se casara con una mujer por su fortuna. Y lo que era más importante, su mirada reflejaba una bondad que la conmovió. Cuidaba de su anciana madre sin dar la impresión de estar aún en la cuerda floja. De hecho, la tenía en tan alta estima que se consideraba un signo de intenciones serias que presentara a una joven a su madre.

Gestionaba sus propiedades con la misma fácil competencia que aplicaba a todo lo demás. Frecuentemente apoyaba políticas en la Cámara de los Lores que beneficiaban a los necesitados, en lugar de perseguir ideas grandiosas para favorecer su propia consecuencia.

Aunque no era un hombre dramáticamente apuesto, no se le podía considerar un ogro ni mucho menos.

La principal razón por la que no estaba terriblemente perturbada por la desertión de lord Dirby -algo que ni siquiera había confiado a Charlotte- era que lord Kentwood le había prestado una singular atención últimamente. Tenía esperanzas de que pronto se acercara a su padre con una oferta.

¿Estaba presente? Él le había indicado que podría estar presente en esta velada, muy probablemente porque ella le había dicho que estaría allí. Dejó que su mirada vagara ociosamente sobre los rostros familiares que abarrotaban la sala, buscando su oscura cabeza. Entonces el aliento se le congeló en los pulmones.

Al otro lado de la pista de baile estaba el hombre de su sueño.

Sus ojos se encontraron en un momento de dolorosa conexión. El corazón le dio un vuelco en el pecho y luego se puso a galopar cuando él empezó a caminar por la pista de baile hacia ella.

Se movía como el agua, fluido y grácil. Su traje de noche negro resaltaba aún más su cuerpo de guerrero: hombros anchos, cintura delgada, brazos y piernas fuertes. El recuerdo de su sueño acudió a su mente. Aquel hombre, desnudo salvo por la tela escocesa que lo envolvía.

Ahogó el pánico. ¿Era real? Nadie le hablaba ni parecía reparar en él en absoluto. ¿Era su imaginación? ¿La locura apoderándose de ella? Si él la sacaba a bailar, ¿bailaría sin nadie ante los ojos de todo el mundo?

Oh, ¡cómo disfrutaría Penélope de ese espectáculo!

Lord Hollerton apareció ante ella, impidiéndole ver al escocés.

—¿Me concede este baile, señorita Hersley?

La costumbre forzó la sonrisa cortés en sus labios.

—Por supuesto, lord Hollerton—. Agradecida por su oportuna llegada, le puso la mano en el brazo -un brazo de carne y hueso, gracias a Dios- y le permitió que la condujera a la pista de baile. Mientras ocupaba su lugar en el conjunto, miró al escocés. Estaba de pie al borde de la pista, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

¿Le veía alguien más a parte de ella?

¿Qué haría si él venía a hablar con ella? Si él no era real, la observarían hablando con nadie. Un escalofrío recorrió su piel. Eso no debía ocurrir. No debía quedarse sola ni un momento, no debía dejarse llevar por su fantasía. Si eso significaba bailar con todos los hombres del lugar, incluso hasta que se le gastaran las zapatillas, que así fuera.

Se negaba a dar a las cotillas cualquier pista sobre la hija de Josephine la Loca.

La orquesta se lanzó a tocar, y con una sonrisa brillante y practicada en el rostro, Shannon se adentró en el baile.



Kinner la observaba desde el otro lado de la sala, hipnotizado por sus movimientos, fascinado por cada una de sus expresiones. Su cabello ardía como una llama en rizos amontonados cariñosamente, brillando como rubíes bajo la luz de los candelabros. Los mechones errantes se escapaban de sus ataduras, rozándole las mejillas, las orejas, el cuello.

Su piel parecía tan suave.

Merodeó por el borde de la pista de baile mientras ella se acomodaba en el set con su pareja. Su risa le llegó por encima de los acordes de la orquesta y el bajo rumor de la conversación. Sonrió a su pareja de baile, con las mejillas ligeramente sonrojadas. Sus ojos azul grisáceo no se apartaban de su acompañante mientras bailaba. Daba pasos y giraba, su vestido de muselina blanca barriéndose con cada movimiento, su discreto collar de perlas desplazándose sobre la carne cremosa.

Fue todo lo que pudo hacer para no entrar a zancadas en medio del conjunto y apartar de un empujón al otro varón que se atrevía a tocarla.

Cerró las manos en puños. La paciencia, y no la emoción, ganaría esta batalla.

Empezó a caminar de nuevo, rozando el borde de la pista de baile. Los demás invitados se apartaron de su camino, vagos rastros de alarma y curiosidad en sus rostros. Sus trajes de noche eran los mejores que el dinero podía comprar: de corte elegante y ajustados a sus grandes formas con la mayor perfección. Puede que no conociera a esa gente, pero por fuera, incluso con su larga melena recogida en una cola, parecía uno de ellos. Un caballero inglés.

Por dentro, seguía siendo Kinner McBride, jefe de su clan, y un guerrero.

Pero ésta no era una batalla, al menos no una que pudiera librarse con espadas o cañones. Tenía un propósito para venir a Londres, un propósito para aceptar la invitación de lady Dorbarton a este baile.

Shannon Hersley.

Su informante le había dicho que era bellísima, pero su vibrante colorido y su impecable piel de marfil le habían dejado atónito desde la primera mirada. Era alta para ser mujer, con unas formas finas y ricas. No era una de esas enclenques y enfermizas muchachas inglesas, con su insípida conversación y sus risitas relinchantes. Cuando ella se reía, su carne se tensaba de pura lujuria.

No creía haber reaccionado nunca con tanta fuerza ante una mujer. Ni siquiera con Jean.

¿Qué esperabas? Ésta es tu novia destinada.

Frunció el ceño, resentido por la atracción. Parecía casi insultante, como si no cumpliera con su deber a menos que se dejara llevar por el deseo. Pero, ¿no había demostrado ya su valía? ¿No se había alejado ya de una mujer verdadera y cariñosa para encontrarse con su destino?

Hizo a un lado el doloroso recuerdo. Ya que no tenía ni voz ni voto en la elección de su novia, se alegró de que fuera atractiva. De verdad. Y además era la heredera más rica de Londres.

Su fortuna llegaría lejos para apaciguar el daño que su familia había hecho a la suya.

La maldición debe ser aplacada.

¡Que se apacigüe la maldición! Le irritaba que algo tan intangible pudiera forjar su destino. Él mismo no había hecho nada malo para merecer tal opresión. La maldición tenía siglos de antigüedad, recaía sobre su tatarabuelo.

Pero durante veinte años su clan había sufrido hambre y pobreza, resultado directo de las acciones de la mujer que había creído que podía escapar a la maldición.

Y él debía casarse con la hija de esa mujer.

Había aceptado su destino. Se resignó, aunque anhelaba elegir su propio camino y su propia vida. Pero ahora que la había visto...

Por Dios, ahora que la había visto, la deseaba a ella con un hambre que arañaba su interior como una bestia incontrolable.

Sí, ella era la única esposa para él.

Se paseó por el perímetro como un lobo olfateando a su pareja, con la sangre ardiendo en sus venas. Había intentado reunirse formalmente con ella, pero cuando se había acercado, ella le había echado un vistazo y había retrocedido, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Luego había procedido a bailar con todos los hombres presentes, lo que la mantenía efectivamente fuera de su alcance.

Por el momento.

Pero no podía huir para siempre.



¿Dónde estaba él?

Manteniendo la sonrisa en su sitio, Shannon miró alrededor del salón de baile, buscando al alto escocés con los afilados ojos azules de un depredador.

La estaba cazando.

Su piel se erizó de conciencia, como si cada pedacito de carne, sangre y hueso se hubiera levantado de su letargo para alcanzar lo que él le ofrecía. Su corazón se aceleró, sólo de saber que él estaba cerca. Intentó concentrarse en los pasos de la cuadrilla, pero el retumbar de su pulso la distrajo de la música.

Miró a su nuevo compañero. Sus labios se movieron en silencio y se dio cuenta de que estaba concentrado en contar los pasos de baile.

Bien. Mejor que estuviera distraído. Desde luego, ella lo estaba.

El pánico surgió como un grito en su mente, y ella lo acalló con intensa concentración. No era fácil, no con su propio cuerpo traicionándola con su violenta reacción ante la presencia de

aquel hombre. La habitación se había vuelto sofocantemente cálida. ¿O era su propia temperatura la que había subido?

Se relamió los labios resecos, más incómoda por momentos al sentir de repente el corsé demasiado apretado. Le dolían los pechos, la parte superior expuesta ridículamente sensible al roce del aire contra ellos. Sus aletas temblaban mientras colocaba la mano en el brazo de su compañero para el paseo.

Dios mío, ¿cómo podía estar pasando? ¿Aquí mismo, en medio de toda esa gente? Ese curioso despertar de su cuerpo que antes sólo la había atormentado en el secreto de la noche... Los sueños abrasadores de un guerrero escocés que la reclamaba para sí. ¿Cómo podían estos anhelos apoderarse de su propia carne aquí y ahora, despertando fuera de la seguridad del sueño?

Se giró al final de la fila de parejas sólo para encontrarse cara a cara con *él*. Estaba de pie justo al borde de la multitud, con el rostro tenso y aquellos penetrantes ojos azules clavados en los de ella.

Inmediatamente, y humillantemente, su cuerpo respondió. Sus partes íntimas florecieron de calor y humedad. La calidez inundó sus mejillas y se volvió hacia su sitio para terminar el set.

Que el cielo la ayudara, ¿cómo podía ser? ¿Cómo podía un hombre al que sólo había conocido en sueños estar de pie a escasos metros de ella, mirándola fijamente como si la conociera? ¿Haciéndola sentir así, fuera de la intimidad de su alcoba?

¿Era siquiera real?

Pero en el fondo ella sabía la verdad.

Oh sí, ella *lo sabía*. Lo había esperado toda su vida, lo había esperado y temido a la vez. Había intentado negarlo. En cierto modo, fue un alivio saber que por fin había empezado. La espera había terminado.

La locura la había encontrado.

Desesperada por no traicionar nada, entregó su mano a su siguiente compañero.



La muchacha jugó con *él*.

Kinner luchó contra el impulso de arrancar *a su* mujer de los brazos de otro inglés pálido. ¿Acaso ella no se daba cuenta de que era suya? ¿Cómo podía no reconocer la conexión que había entre ellos?

Pero, por supuesto, ella no sabía quién era *él*. Y ella no podía saber lo de la maldición, no cuando el conocimiento de su existencia era el secreto más celosamente guardado del clan. Inhaló lentamente, calmando sus emociones clamorosas. Shannon Hersley había sido criada como una inglesa, fuera del clan. La única forma de conquistarla era siguiendo las reglas inglesas.

La noción le sentó como leche cuajada en el vientre.

Ganar a la mujer no sería tan sencillo como lanzarla sobre su caballo y galopar como el viento de vuelta a las Tierras Altas. No si pretendía quedársela. No le cabía duda de que su acaudalado padre le perseguiría como un sabueso a una liebre si elegía ese camino.

No, había pasos que seguir para cortejar a esta mujer, aunque sus instintos le exigían reclamarla de la forma más básica y física posible, y delante de toda la sociedad si era necesario. Pero se enorgullecía de su inteligencia y su lógica, así que se obligó a reprimir las necesidades inmediatas de su cuerpo y a pensar como el guerrero que era.

Ella le había desafiado. Lo había visto en la forma en que le miraba, como si supiera lo que él quería de ella. La conciencia en sus ojos le hablaba, incluso cuando ella le había eludido tan hábilmente. ¿Sentía ella su pasión? ¿Sentía ella lo mismo?

Si pensaba que sus tácticas evasivas le desanimarían, estaba muy lejos de la verdad. Por el contrario, su deliberada evasión no hizo sino despertar su apetito de cazador. Esperaría la oportunidad adecuada, y entonces saborearía la dulce victoria cuando ganara la partida.

Se retiró a un rincón de la habitación y esperó.

El baile terminó, y la cuarta pareja de Shannon la devolvió de vuelta con su acompañante, una viuda llamada señora Clayton, que charlaba con un hombre. Kinner sabía que la hija de la mujer, la señorita Charlotte Clayton, era la mejor amiga de Shannon. Cuando las dos jóvenes juntaron sus cabezas en conversación, él se dirigió hacia el grupo, decidido a sacarla a bailar antes de que lo hiciera otro hombre.

Su anfitriona y prima lejana, lady Dorbarton, le detuvo interponiéndose en su camino.

—Primo, está asustando a mis invitados con su ceño fruncido.

Levantó una ceja ante la diminuta mujer rubia.

—Mis disculpas, lady Dorbarton.

—Guarde sus encantos para los más susceptibles—, se burló ella— Y procure comportarse como corresponde a un conde, no a un bárbaro de las Highlands.

Él se puso rígido.

—Difícilmente soy un bárbaro, señora.

—Gracias a Dios que tiene un condado, aunque sea escocés—. Ella agitó una mano desdeñosa—. Ahora, no ponga esa cara. Sabe que no pretendía insultarle.

—Conde de Sheldon es sólo un nombre otorgado a mi familia por el rey inglés. Jefe de los McBrides es lo que soy—. Se inclinó más hacia ella—. Procure no olvidar sus propias raíces entre los *bárbaros* de las Highlands, lady Dorbarton.

Ella aspiró una bocanada de aire, sus ojos se abrieron de par en par mientras sus mejillas enrojecieron.

—Y tenga la amabilidad de mantener una lengua civilizada y *discreta*, lord Sheldon, o dejaré de patrocinarle.

—Creo que nos entendemos—, dijo Kinner.

—En efecto—. Con un bufido, lady Dorburton se marchó.

Kinner olvidó inmediatamente el encuentro y volvió a mirar a Shannon. Ella ya no estaba.

Escaneando la habitación, localizó a su presa cerca de las puertas del jardín. Mientras él la observaba, ella miró furtivamente a su alrededor y luego salió corriendo. Murmurando una maldición que le valió una mirada sorprendida de un sargento que pasaba por allí, salió tras ella.



Su cazador había desaparecido.

En el instante en que lo perdió de vista, la alegría del alivio se atemperó con un deje de decepción. Algo en su interior había saboreado la persecución, incluso mientras la agitación y la alarma se agitaban en su estómago.

Si aquello no era prueba de locura, nada lo era.

Shannon se deslizó por un sombrío sendero del jardín, saboreando los momentos a solas para calmar sus nervios agitados. Hasta ahora se las había arreglado para mantenerse ocupada bailando, había conseguido ocultar su lucha por la cordura a todos los demás, pero la realidad de su situación había desgastado su compostura.

¿El escocés era real? Había pensado en pedirle a la señorita Clayton que se lo presentara, para demostrar que era un ser humano de carne y hueso.

Pero el miedo a lo imposible -que sólo Shannon pudiera verle- se lo impedía.

E incluso si era una persona real, ¿qué le diría ella? *¿Por qué sueño contigo? ¿Cómo me haces sentir así con sólo una mirada?* Las reglas de la sociedad no le proporcionaban ninguna respuesta a su dilema.

Apretó las manos temblorosas mientras se apresuraba a bajar por el sendero del jardín. ¿Qué diría la gente si Shannon Hersley, el diamante de Londres, perdiera el control de su dignidad en público? ¿Si su miedo abrumara su educación y se rindiera al caos de su mente?

De tal palo, tal astilla. Eso es lo que dirían. ¿Qué otra cosa podía esperarse de la hija de la loca Josephine?

Una punzada de consternación le atravesó el corazón. Su impecable aplomo y su encanto natural habían mantenido a raya a las alucinaciones durante todo este tiempo. Pero ahora su control se tambaleaba a punto de deshacerse, y todo por culpa de aquel... aquel escocés...

El mero hecho de pensar en él desencadenó una avalancha de calor y confusión que la detuvo físicamente en seco y la dejó jadeando. Se salió del camino a trompicones hacia un pequeño claro y se apoyó con una mano en una fría estatua de mármol del jardín, luchando por controlarse.

Gracias a Dios, lord Kentwood había decidido no asistir esta noche.

La locura llevaba ya más de quince días intentando apoderarse de ella, pero hasta el

momento había ganado la batalla. No siempre sería así. Pero por hoy...

Se estremeció y ahuyentó los impulsos de aprensión. Estaba a salvo. Esta noche estaba a salvo. Al menos hasta que volviera a soñar.

Cerró los ojos, deseando que su corazón dejara de acelerarse, recuperando el control respiración a respiración. Podía hacerlo, lo *haría*. Susurró suavemente para sí misma: el nombre de su padre, su fecha de nacimiento, el nombre de su nueva doncella, el nombre de su caballo. Hechos indudables frente a la incertidumbre. La alivió la sensación de que su mundo giraba fuera de control. Todo estaba bien. Normal. Nada había cambiado.

Abrió los ojos, tomó aire y se volvió hacia el camino.

Él estaba allí, su escocés, con los brazos cruzados y los labios curvados en divertida victoria mientras bloqueaba el camino.

—Pues bien, muchacha—, dijo en ese acento bajo y ondulante que ella sólo había oído en sueños—. Creo que este baile es mío.

Capítulo 3

—Usted no puede ser real—, jadeó ella.

Él sonrió como un bellaco.

—Soy tan real como cualquier mujer podría desear.

—¿Quién es usted?— Ella hizo acopio de su dignidad y adoptó su porte más altivo—. ¿Y por qué me sigue?

—Soy lord Sheldon—. Desplegando los brazos, se acercó un paso más, apiñando la espalda de ella contra la estatua—. Y usted, señorita Hersley, es sin duda una muchacha problemática.

Sus ojos azules la fulminaron desde aquel rostro familiar, sus rasgos una combinación ásperamente bella de pómulos angulosos, barbilla hendida y boca ancha. Y una pequeña cicatriz en la comisura de esa boca. Una cicatriz que ella ya sabía que estaría allí.

—¿Problemática?— Ella temblaba por dentro, pero le lanzó una practicada mirada de desagrado—. Ni siquiera le conozco, lord Sheldon, así que no veo su razón para llamarme así.

Él se acercó más, y el aire pareció congelarse en los pulmones de ella bajo su atenta mirada.

—Sí, creo que sabe la razón.

El calor inundó su cuerpo. Su limpio aroma la acarició, despertando todos sus sentidos con feroz venganza. ¡Qué imaginaciones tan vívidas! Quería tocarle la cara, trazar la tenue sombra de su mandíbula, enredar los dedos en su pelo. ¿Podría tocarle, o su mano pasaría a través del aire?

—Me ha llevado a una alegre persecución, muchacha. Todo lo que quería era una presentación.

—Y ahora ha tenido una—. Ella exhaló lentamente, aferrándose a su infame control—. Por favor, apártese.

—¿Y dejar que vuelva a huir de mí? No, creo que no.

—Lord Sheldon, por favor...

—Por favor. Sí, ahora hay una palabra bonita saliendo de sus labios—. Exhaló un suspiro—. Y yo un caballero. Es una locura, sin duda.

Ella se puso rígida ante la palabra.

—¿Locura?

—Ciertamente —dio un paso atrás—. Me olvido de mí mismo cuando la miro. Es una especie de locura.

Sonrió con considerable encanto, y sus rodillas casi se derritieron debajo de ella. Se puso más erguida, deseando que las partes de su cuerpo que se disolvían volvieran a funcionar.

—Me ha estado observando con mucho descaro esta noche.

Su mirada se deslizó a lo largo de ella y volvió a su rostro, su expresión franca y admiradora.

—Es una mujer hermosa, muchacha. ¿Puede culpar a un hombre por quedarse mirando?

—Es muy atrevido —el calor volvió a florecer en lugares privados.

—Soy el jefe de mi clan, señorita Hersley, y estoy acostumbrado a conseguir lo que quiero —la calidez de su rápida sonrisa alivió el aguijón de arrogancia de sus palabras—. No pretendía asustarla.

—No estoy asustada—, mintió ella—, pero quizá no se dé cuenta de que aquí, en Inglaterra, es muy impropio que hablemos a solas—. Sus entrañas se estremecieron con el deseo instintivo de arrojarle a sus brazos, imaginarios o no—. Es mejor que vuelva al salón de baile, lord Sheldon.

—Impropio o no, encuentro que no puedo dejarla tan fácilmente, señorita Hersley. He oído hablar de su belleza y he recorrido un largo camino para verla por mí mismo.

Un estremecimiento la recorrió. La aturdió.

—Me siento halagada —susurró—. Pero debo pedirle que se comporte como un caballero.

Él se inclinó más cerca, su boca a centímetros de su oreja.

—Lo intento, muchacha, pero cuesta trabajo.

Su aliento se escapó de sus pulmones, y ella lo miró fijamente, atrapada en la hipnotizante fuerza de su mirada. El poder de él la capturó, distrayéndola de reconstruir su voluntad, que sus suaves palabras habían diezmado tan fácilmente.

—Debe irse—, consiguió decir.

—Muy pronto—. Cerró los ojos, inspirando suavemente—. Huele a cielo.

—No debería decir esas cosas—. Su corazón latía con fuerza en su pecho. Debería correr. Gritar. Cualquier cosa para escapar de esta intimidad peligrosa y tentadora.

Su aliento le rozó la oreja.

—Alégrese de que tenga una voluntad fuerte, preciosa, si no ya la estaría besando.

—Un beso debe darse, no recibirse—. Ella giró con fuerza, esforzándose por mantener la dignidad.

Él soltó una risita, y la vibración de la misma la estremeció a lo largo de la columna vertebral.

—En efecto, muchacha, se lo daría. Y con mucho gusto, además.

¿Insinuaba que podía arrancarle un beso de buena gana de los labios?

Ella levantó la vista, vio la seguridad en sus ojos. El pensamiento racional se alejó lentamente. Oh, sí, si él insistía, ella no dudaba de que ofrecería de buen grado sus labios a su beso.

Un hombre peligroso.

—Me siento halagada—, susurró ella—, pero debo regresar al salón de baile.

Su suave voz la envolvió como un abrazo.

—No le haré daño, muchacha.

—Su mirada es muy directa—, dijo ella—. Me resulta desconcertante.

—No es mi mirada la que la conmueve, sino el fuego que hay entre nosotros—. Sus ojos casi brillaban de calor—. Hacemos buena pareja, usted y yo.

Un cosquilleo de excitación recorrió su espina dorsal ante la idea de ser su pareja. No le gustaba, ni un poco. ¿Cómo podía sentirse así por alguien a quien acababa de conocer? ¿Especialmente cuando sus intereses estaban en otra parte?

Nunca antes había tolerado tal atrevimiento por parte de ningún hombre. Pero él no era real.

—Hay reglas para cortejar a una dama—, dijo bruscamente—. Y poner en peligro su reputación no es una de ellas.

Él se rio entre dientes.

—Ahora, muchacha, no juegue a sus juegos de mujer conmigo. Mis intenciones son honorables. He venido a Inglaterra a buscar una esposa.

—Una esposa—. Alargó la mano detrás de ella y se aferró a la fría piedra de la estatua.

Un suspiro salió de entre sus dientes ante su retirada.

—Así es. Y he decidido que usted es la que quiero.

¡Su esposa! ¡Semejante pensamiento era una locura! Pero la idea se envolvió alrededor de su vacilante fuerza de voluntad y no la soltó. ¡Qué tentador era este camino hacia la locura! Casi quería ver adónde la llevaba.

Casi.

—Buenas noches, lord Sheldon—. Intentó esquivarle, pero él volvió a bloquearle el paso. Se le apretó el estómago, y el silencio de la noche pesó sobre ella con su ominosa soledad—. Por favor, déjeme ir—, susurró.

—Podemos volver juntos.

—¡No! ¡No podemos entrar juntos!

—Entonces prométame que bailará conmigo. Un baile apropiado, a la vista de todos—. Extendió la mano para tocarle la cara, pero ella se echó hacia atrás para evitar el contacto. Su mano cayó a su lado.

Esto era una ilusión. Una locura. Tenía que escapar, volver a la compañía de la gente que podía salvarla de sí misma.

—Un baile como Dios manda—, mintió, intentando apaciguarle—. En el salón de baile.

—Iré a buscarla. Ahora váyase, antes de que no pueda dejarla.

Una voz resonó desde más allá de los setos, llamándola por su nombre. Ella se sobresaltó.

—Charlotte me está buscando.

—No seré yo quien la avergüence—, dijo, dando un paso atrás—. Recuerde mi baile.

Charlotte volvió a llamar, y el escocés se escabulló entre los arbustos y desapareció de su vista.

—¡Aquí, Charlotte!— llamó Shannon, con la mirada fija en el lugar donde él se había mezclado con las sombras.

—Shannon, cielos—. La preocupación le robó su habitual buen humor, Charlotte se apartó del sendero para reunirse con Shannon cerca de la estatua—. Debes volver al salón de baile conmigo en este momento. Mamá ha notado tu ausencia y está a punto de poner la casa patas arriba para encontrarte. Le preocupa que hayas caído en las garras de un libertino. La he convencido de que lo más probable es que estés indispuesta.

—Charlotte, seguro que no has dicho tal cosa.

Charlotte se encogió de hombros.

—Indispuesta o no, ésa es la única razón por la que mamá aún no ha dado la alarma.

Ambas chicas se volvieron hacia la casa. Shannon no pudo resistirse a mirar hacia atrás. Su escocés se había ido.

Si es que alguna vez había estado allí.

—¿Qué hacías aquí fuera?— Charlotte bajó la voz en una conspiración cariñosa mientras las dos volvían hacia el salón de baile— ¿Te encontrabas con un pretendiente?

Shannon se detuvo a medio paso. Nunca había confiado su secreto a nadie, ni siquiera a su padre. Charlotte era su amiga más querida y, sobre todo, leal. Aun así...

—No, sólo quería un momento a solas.

—¿Estás bien?— Charlotte le puso una mano en el brazo.

—No, la verdad es que me gustaría irme a casa—. Ella logró esbozar una débil sonrisa—. Mi cabeza está a punto de estallar.

—¡Oh, querida Shannon!— Charlotte le dio un rápido apretón—. Ven, le pediré a mamá que llame al carruaje inmediatamente.

Mientras paseaban de vuelta hacia la luz y la música, Shannon pensó brevemente en la petición del escocés de que bailara con él. No se atrevió a hacer tal cosa. Después de todo, ¿le había visto hablar con alguien más? ¿Bailar con alguien? Quizá tanto el hombre como su reacción ante él fueran creaciones de sus cada vez peores facultades mentales. ¿Lo había conjurado en sus sueños?

Si él no era más que su imaginación, entonces ella no estaría bailando con nadie ante el mundo.

Y si por algún milagro *era* un hombre de carne y hueso, entonces la temeraria reacción de su cuerpo ante él bastaría para deshonrarla delante de todo el mundo.

Se levantó la brisa y, con ella, un cántico familiar en voz baja, las espeluznantes palabras que sólo ella podía oír. *El precio será una hija nacida...*

Cabizbaja y a punto de llorar, aceleró su paso, ansiosa por abandonar el baile y encontrar algo de paz en la intimidad de su alcoba.



Kinner irrumpió por la elegante puerta principal de su casa alquilada y entró en un oscuro recibidor que no hizo nada por aliviar su mal humor. Una vela rechoncha ardía con escozor en un candelabro cercano, proporcionando la luz justa para que no chocara con el mobiliario.

Maldita sea la muchacha, ¡había vuelto a eludirle! Le había dejado como un jovencito rechazado por su primera mujer. La había buscado ansiosamente en el salón de baile, sólo para descubrir que ya no estaba.

¿Era alguna tradición familiar que las mujeres Duncan huyeran de los maridos que el destino había elegido para ellas?

Se quitó el sombrero y lo arrojó sobre la mesa, luego miró con el ceño fruncido al anciano que se acercó tardíamente a recoger sus pertenencias.

—¿Por qué demonios está tan oscuro aquí, Donald?

—Estamos ahorrando en velas, como bien sabes—. Refunfuñando por lo bajo con mal disimulada impaciencia, Donald recogió el sombrero de moda de Kinner, lo cepilló con un cepillo y luego lo volvió a colocar cuidadosamente sobre la mesa.

Kinner le entregó su elegante bastón.

—Ten cuidado con tu tono. Se supone que eres un mayordomo londinense como Dios manda.

Donald hizo una pausa, sus dedos se apretaron alrededor del bastón.

—No me confundas con uno de tus sirvientes, Kinner McBride. Sabes muy bien por qué estoy aquí.

—Ciertamente. Y sabes muy bien por qué no tenemos suficientes monedas para velas. Se necesitó todo el oro de ambos clanes para pagar un mes de alquiler de esta casa.

Donald curvó el labio y luego señaló el pasillo.

—Tus hombres están en la biblioteca, *milord*.

Kinner hizo una mueca de dolor cuando el sarcasmo dio en el blanco.

Donald era tan víctima de su situación como cualquiera de ellos. Dio una palmada al anciano en el hombro, los delgados huesos bajo su mano le recordaron la urgencia de su tarea mutua.

—La conocí, Donald.

Donald aspiró una bocanada de aire, la esperanza brillando en sus ojos.

—¿Y?

—Una bella muchacha con el pelo como una llama y el espíritu de sus antepasados.

Las lágrimas brotaron de los ojos del anciano, avergonzando a ambos.

—Tengo intención de visitarla mañana—, continuó Kinner, apartándose del anciano y aclarándose el nudo de la garganta—. Como cualquier caballero inglés normal.

—¡Bah!— La voz de Donald era sólo ligeramente más gruñona que de costumbre mientras recogía tanto el sombrero como el bastón y se daba la vuelta—. Es humillante para un jefe de clan.

—Sabes que ella no conoce la maldición, Donald. Fue criada en Inglaterra por...

—Conozco el cuento—. Con una mirada dura, Donald se alejó arrastrando los pies hacia las sombras de la casa.

Pasándose una mano por la cara, Kinner sacudió la cabeza y caminó por el largo pasillo hacia la biblioteca. Cuánta historia y dolor. Cuánto más fácil sería simplemente llevarse a la muchacha a las Tierras Altas.

Seguir las normas de la civilizada sociedad inglesa solo complicaba las cosas. Una figura sombría emergió de la puerta de la biblioteca.

—Veo que has regresado y estás abusando de la ayuda.

Kinner sonrió a pesar de la pesadez de su corazón.

—Él insistió en venir, Liam.

Su cuñado sonrió y extendió una mano hacia la puerta en señal de bienvenida.

—Estoy seguro de que él lo ve de otra manera.

Con Liam pisándole los talones, Kinner entró en la biblioteca, la única sala pública que contenía mobiliario no envuelto en fundas blancas. Ante la lumbre, tres hombres estaban sentados jugando a las cartas.

—¡Kinner!— Dejando sus cartas boca abajo sobre la mesa, su hermano, Malcom, se puso en pie de un salto —¿Has conocido a tu novia?

—Sí—. Kinner se acercó a la mesa y dirigió una mirada interrogante a los dos hombres que seguían sentados.

—El muchacho sólo quería aprender a jugar—, le dijo Hammish, poniéndose en pie.

—Sí—, coincidió su hermano gemelo, Harlan, también de pie—. No vimos nada malo en ello.

Kinner estudió los rostros idénticos.

—Mi hermano está aquí como castigo, no como recompensa.

—No te enfades con ellos, Kinner—, dijo Malcom, dando un paso adelante, con sus ojos azules serios—. No había nada que hacer aquí mientras no estabas.

Kinner le lanzó una mirada aguda.

—Si no te hubieras encargado de robar el ganado de nuestro vecino, querido hermano, no tendrías ese problema.

Malcom se puso rígido.

—Nuestra gente tiene hambre.

—Así es. Pero ahora le has costado al clan un dinero que no puede pagar en compensación. Y has puesto en duda el honor de nuestra familia. Considérate afortunado de tenerme como carcelero. Hugh Ross quería tu cabeza.

—Los Ross bien pueden prescindir del ganado—, espetó Malcom —¡Alguien tenía que hacer algo mientras esperábamos a que encontraras a tu preciosa esposa!

Kinner recibió el golpe sin inmutarse.

—Fue un plan mal concebido, Malcom.

—No me arrepiento de lo que hice.

Kinner sacudió la cabeza y miró a Liam. Su cuñado se limitó a encogerse de hombros, pero Kinner no necesitaba nada más para conocer los sentimientos de su amigo al respecto.

—Hammish, Harlan, mi agradecimiento por mantener al muchacho alejado de las travesuras.

—¡Travesuras!— exclamó Malcom.

—Es tarde, Malcom—, dijo Kinner, ignorando el exabrupto—. Vete a la cama.

El joven entrecerró los ojos.

—Pero...

—Sin discusión.

—¡No soy un niño!

—Te comportas como tal.

Malcom cerró la boca, recogió sus escasas monedas de la mesa y salió furioso de la habitación. Un asentimiento de Kinner hizo que Hammish y Harlan recogieran sus propias ganancias y siguieran al joven.

—Tu hermano es un cabeza hueca—, murmuró Liam, dejándose caer en una de las sillas cerca de la chimenea.

—Sí, y es peor desde que se ha hecho un hombre—. Kinner le siguió, extendiendo sus relucientes botas ante él.

—Es algo natural que un muchacho busque su lugar en el clan—, dijo Liam—, especialmente si es el hermano del jefe.

—En efecto, pero sigue demasiado a Lachlan. Ojalá se hubiera parecido más a mi dulce madre.

Liam dio un ladrido de risa.

—Tu madre golpearía a un hombre en la cabeza con la olla por llegar tarde a la cena.

Kinner sonrió.

—En efecto.

—Y en cuanto a parecerse al marido de tu madre, bueno, aún es joven. Pero sigue teniendo sangre McBride, a pesar de que su padre murió cuando él no era más que un niño. Y te tiene a ti para guiarle.

Kinner miró fijamente el fuego parpadeante.

—Menudo guía que soy. Educado en Edimburgo, jefe del clan, y sin embargo nuestro pueblo se muere de hambre y nuestras tierras agonizan.

—Pero estás planeando cambiar eso, ¿verdad? Vas a tomar una esposa.

—Sí—. Kinner dejó caer la cabeza hacia atrás, mirando las formas que la luz del fuego hacía en el techo.

—¿Es cierto entonces?

—Dije que lo era, ¿no? Hay pocas opciones—. Kinner frunció el ceño—. Cortesía de la maldita maldición que persigue a mi familia.

—Sé que esto no era lo que querías, Kinner. Estaba Jean...

—Tengo un deber con el clan—. Kinner lo miró, luego se alejó hacia el fuego—. Jean pertenece al pasado.

—Entonces seguirás tu destino y te casarás con tu esposa Duncan—. Liam sacó su pipa del bolsillo, seguida de una bolsita del preciado tabaco—. Eres un hombre de honor, Kinner McBride, y te deseo que seas feliz.

—Gracias—. Kinner se removió en su silla, desalojando la sensación de estar atrapado que le envolvía cada vez que se mencionaba la maldición—. La he conocido esta noche.

—¿Lo hiciste?— Liam dosificó el tabaco cuidadosamente en su pipa y luego guardó la bolsita— ¿Lleva la marca?

Kinner soltó una carcajada.

—No donde yo pudiera verla.

—¿Entonces cómo sabemos con certeza que es ella?

—La muchacha se baña, ¿sabes? La información de nuestro pajarito de la casa es que Shannon Hersley lleva efectivamente la marca.

Liam soltó una risita y se agachó para sacar una ramita delgada del fuego y encender su

pipa.

—Muy bien. ¿Es guapa entonces?

—No importa si es más fea que una de mis ovejas, Liam. La maldición exige que me case con ella, no importa su aspecto.

Liam resopló.

—Bien puede suponer una diferencia cuando tengas que acostarte con tu esposa.

—Apagaría las velas si fuera necesario, pero resulta que eso no sucederá.

—Es atractiva, entonces.

—Sí.

—Y rica. Su dote podría hundir un barco.

—Perfecto. —Liam se recostó en su silla y dio una calada de su pipa—. No será una dificultad que te cases con la muchacha.

—En absoluto—. Sólo el recuerdo de ella -el cuerpo de una sirena con el rostro de un ángel- lo puso duro en segundos—. Ella es mía.

Capítulo 4

—Te deseo, muchacha—. Le pasó una mano por la garganta, por encima de su pecho, y agarró su cintura, tirando de ella contra su gran cuerpo con ambas manos—. Bésame.

Perdida en sensaciones, se inclinó ansiosamente al encuentro de su boca descendente, enroscando los brazos alrededor de su cuello con voluntario abandono. Su boca lo exigía todo, y ella así lo hizo, esforzándose por recibir más de su tacto. Su beso licuó sus entrañas, su corazón, su voluntad y su mente se convirtieron en un hervidero burbujeante de hambre incesante.

Él gruñó en lo más profundo de su garganta. Liberando su boca, agarró la parte trasera de su vestido con ambas manos y tiró, desgarrando fácilmente los dos bordes. Los botones se desparramaron por todas partes, y la prenda se deslizó hasta quedar pegada a sus caderas. Sus ojos hambrientos devoraron la visión de sus pechos casi expuestos, empujados hacia arriba por el corsé como en una ofrenda, sus pezones duros y punzantes y apenas ocultos bajo la fina chemise blanca.

Tiró hacia abajo del borde de la chemise y trazó con un dedo la marca de nacimiento en forma de daga en el costado de su pecho izquierdo.

—Ésta es mi marca sobre ti—, murmuró, y luego se inclinó para presionar su boca sobre ella.

Un golpe en la puerta despertó bruscamente a Shannon. Yacía jadeante en su cama, con el cuerpo ardiendo de necesidades insatisfechas, mientras su criada la llamaba. El entorno familiar de su propio dormitorio se hundió lentamente en su conciencia. Un sueño. Sólo un sueño.

Erótico. Inapropiado. Y dolorosamente real.

Su corazón aún latía con fuerza, sus dedos se retorcían en la colcha como enredados en el cabello de un amante. El anhelo la hizo temblar. Cerró los ojos y volvió la cara hacia las almohadas, la frustración la atenazaba en su implacable agarre. ¿Por qué, en el buen nombre de Dios, la atormentaban esos sueños acalorados de un hombre que no existía? ¿Qué había hecho ella para justificar semejante tormento?

¿Excepto haber nacido de un Duncan?

Esto sí que era una maldición. Una maldición que se burlaba de ella con lo que no podía tener. Un hombre que muy posiblemente no existía. Que sólo hacía el amor con ella en el reino sombrío de sus sueños.

Ella siempre había pensado que la locura significaba incompresibles divagaciones. No fantasías perversas. No imaginaciones indecentes que la dejaban húmeda y temblorosa con el amanecer.

Esta locura era... bueno, locura.

La puerta del dormitorio crujió al abrirse.

—¿Señorita Shannon? Su padre la espera en la sala de descanso. Desea marcharse dentro de una hora.

—¿Irse?— Shannon volvió la mirada hacia la puerta cuando Dolly entró en la habitación y fue a abrir las cortinas de la ventana.

—Para Duncan House, señorita.

Empezó a echar hacia atrás las mantas, pero entonces se dio cuenta de que sus pezones sobresalían prominentemente contra el fino algodón de su camisón, vergonzosamente endurecidos por el sueño. Volvió a levantar las mantas de un tirón.

Dolly se rio entre dientes.

—Vamos, vamos, señorita Shannon. No debemos hacer esperar a su padre—. Con el pelo canoso enrollado pulcramente en un nudo en la base del cuello, Dolly tenía fácilmente la edad para ser su madre y, a pesar de su figura amplia y matronil, tenía sin embargo la fuerza de una mujer mucho más joven. Dolly tiró de las sábanas, pero Shannon no renunció a sujetarla. Por un momento, las dos mujeres se enzarzaron en un extraño tira y afloja, pero Dolly fue victoriosa y echó hacia atrás las mantas con un triunfante tirón del brazo.

Luego, sin percatarse siquiera del desaliño de su protegida, se dio la vuelta y se dirigió al armario.

Shannon parpadeó y se dio cuenta de que le habían dado un respiro. Saltó de la cama y se agachó detrás del biombo donde estaba escondido el orinal.

—No se entretenga ahora—, la llamó Dolly—. Señor Hersley está impaciente esta mañana; no querrá ir caminando hasta Duncan House.

Duncan House, un regalo de bodas de su padre a su madre.

Cuando era niña, papá se había negado a hablarle mucho de su madre, excepto para arengarla sobre cómo la salvaje sangre escocesa de mamá la había llevado a la muerte. Pero Shannon ya era una mujer adulta, y la respuesta a todo esto tenía que ser algo más que herencia o sangre.

De algún modo, necesitaba averiguar más cosas sobre su madre y sobre el misterio de la locura de los Duncan.



Vestida con su muselina favorita de rayas azules para una tarde al aire libre, Shannon entró en la sala de desayunos, sintiéndose más ella misma después de la familiar rutina de su aseo matutino. El sol se colaba por las ventanas y la calva de su padre brillaba a la luz de la mañana.

—Buenos días, papá.

George Hersley levantó la vista de su periódico.

—Buenos días, hija.

Ella se sentó en la mesa a la derecha de su padre y sonrió de agradecimiento al lacayo que le puso delante el chocolate de la mañana. La pregunta sobre su madre ardía en su mente, y su padre parecía el lugar más apropiado para empezar. Sin embargo, había aprendido muy pronto que las preguntas bruscas no le valían nada cuando se trataba de su padre. Especialmente cuando él estaba absorto en el *Times*. Tendría que llevar el tema sutilmente, quizás entablando una pequeña charla para empezar.

—¿Qué tal el baile de lady Dorbunton de anoche?— preguntó su padre, doblando energicamente su periódico y dejándolo a un lado.

Parpadeó al ver que había sido tan fácil.

—Un completo flechazo, como era de esperar—. Un lacayo le puso delante su desayuno favorito, huevos con jamón.

Cuando empezó a cortar el jamón, su padre se inclinó hacia delante, con sus ojos oscuros brillando de impaciencia.

—Háblame de la velada. ¿Estaba Kentwood allí?

Ah. Así que era eso.

Divertida por su entusiasmo mal disimulado, tomó deliberadamente un bocado de jamón. Masticó. Tragó. Sólo entonces contestó:

—No, no asistió.

—Bah—. Con un gesto exasperado de la mano, su padre se sentó de nuevo en su silla—. Ya es bastante frustrante que el joven Dirby anunciara su compromiso justo cuando pensábamos que estaba dando la talla. ¿Y ahora Kentwood no ha aparecido? Eso sí que es una decepción—. Cogió su humeante taza de café—. Deseo tanto que te conviertas en condesa, hija.

Con un suspiro ante este estribillo familiar, miró su plato y cortó más jamón.

—No me importa ser condesa, papá.

—¡*Pero a mí sí!*— Tomó un trago de café y volvió a dejar la taza en su platillo con un estrépito—. Tengo más riqueza que la mayoría de la Alta Sociedad, Shannon, pero ninguna de las líneas de sangre. Quiero esa vida para ti.

Ella se encontró con su mirada.

—Mi marido debe ser un hombre amable, papá. Uno en quien pueda confiar, con título o sin él.

Él hizo un sonido de impaciencia.

—Mereces una vida de comodidad con un hombre que te cuide como es debido.

—Quizás nuestras ideas son diferentes sobre lo que eso implica.

Él le cogió la mano cuando ella buscaba su chocolate. Su mirada sostuvo la de ella durante un largo momento.

—Shannon, sabes que quiero lo mejor para ti.

Ella le apretó los dedos, luego se liberó para levantar su taza.

—Sí que lo sé. Así que para tranquilizarte, papá, te diré que encuentro a lord Kentwood de lo más agradable. Si se ofrece por mí, ambos tendremos lo que deseamos.

—Me complace mucho oírte decir eso—. Sonó la aldaba en la puerta principal y sonrió como el gato que se ha comido la nata.

Ella se detuvo al llevarse los huevos a la boca, desconcertada por su expresión.

—¿Papá? ¿Qué has hecho?

—Tengo una sorpresa para ti, querida.

Stodgins, el mayordomo, apareció en la puerta.

—La señora Clayton y la señorita Clayton, señor.

—¡Buenos días!— Apenas le dio tiempo al mayordomo a apartarse, la señorita Clayton entró en la sala de desayunos con Charlotte justo detrás de ella—. ¡Qué día tan bonito para una excursión!

Su padre se puso en pie.

—¡Buenos días! Siéntense. ¿Tomarán té o café? ¿O quizás chocolate?

—Tomaré té—, anunció la señora Clayton, reclamando la silla que un lacayo sacó para ella a la izquierda de su padre.

—Chocolate, por favor—, dijo Charlotte, sentándose al lado de Shannon. Los lacayos se apresuraron a cumplir sus peticiones.

—Muchas gracias, querido señor Hersley, por invitarnos a Charlotte y a mí a acompañarle al lanzamiento de su globo—, trino la señora Clayton.

El padre de Shannon asintió con rudeza y se sentó de nuevo.

—Un placer contar con su compañía, señora.

—¿Así que ambas cabalgarán hasta Duncan House con nosotros? ¡Qué encantador!— Shannon envió a su padre una mirada interrogante. ¿Era ésta la sorpresa? Las damas Clayton les acompañaban con frecuencia en sus salidas, aunque era cierto que ella no había sabido que asistirían a ésta.

—¡Oh, sí!— Charlotte prácticamente rebotó en su silla—. Nunca había visto un lanzamiento de globos. Imagino que es bastante emocionante.

—Al señor Hersley le interesan mucho estas cosas, ¿verdad, señor?— La señora Clayton dedicó al padre de Shannon una cálida sonrisa.

Él se aclaró la garganta.

—Sí, así es.

¿Papá se estaba sonrojando? Seguro que no. Shannon miró a la señora Clayton especulando. *Aquella* señora era toda ella ojos brillantes y mejillas sonrosadas.

¿Había algo de romance entre ellos? ¿Explicaba eso el comportamiento de su padre?

La aldaba volvió a sonar.

Stodgins se acercó a la puerta.

—Lord Kentwood.

Ajá. Shannon miró a su padre. Él le dedicó una sonrisa indulgente.

Lord Kentwood entró en la habitación, un tipo con ojos y pelo castaños y sonrisa afable. Si no fuera por su título, su aspecto muy mediocre podría haber hecho que fuera casi olvidable, pero la amplia extensión de las tierras de Kentwood, junto con el ingenioso sentido del humor del hombre, sirvieron para separarlo de sus compañeros.

Hizo su reverencia y saludó a todas las partes.

—Buenos días, lord Kentwood—. Su estómago revoloteó de nervios al ver a su pretendiente elegido en su propia sala de desayunos—. ¿A qué debemos el placer de su compañía esta mañana?

—Su padre me invitó a asistir hoy al lanzamiento del globo.

—¡Qué maravilla!— chilló Charlotte dando una palmada.

—Sí—, asintió Shannon, enviando una mirada de agradecimiento a su padre—. Qué amable de su parte acompañarnos.

—Siéntese—, invitó su padre— ¿Café? ¿Té?

—Café— contestó Kentwood, sentándose al lado de la señora Clayton—. Gracias.

—Es un placer volver a verle, lord Kentwood— dijo la señora Clayton.

—Esperaba verles... a todos ustedes.... en el baile de lady Dorburton anoche, pero me entretuve en otro sitio.

—Qué desafortunado—, dijo la señora Clayton.

—Lady Dorburton debería asistir hoy—, dijo el padre de Shannon.

El lacayo llegó con el café de lord Kentwood, y Shannon preguntó:

—¿Cómo está su madre, lord Kentwood?

—Ella está bien. Gracias por preguntar—. Kentwood le dedicó su afable sonrisa, y el momento se alargó mientras su mirada se detenía en su rostro—. ¿Estará en casa de lady Helverton mañana por la tarde, señorita Hersley?

—Lamentablemente, no iré—. Su evidente admiración la reconfortó—. Estamos comprometidos en Vauxhall.

La decepción parpadeó en sus facciones; luego volvió su sonrisa.

—Quizás la vea allí entonces—. Miró a su padre—. ¿Supongo que se ha asegurado un palco para la cena, señor Hersley?

—En efecto, y también para las damas Clayton. ¿Le gustaría acompañarnos, lord Kentwood?

—Gracias, señor, es muy amable—. Kentwood miró a Shannon—. Siempre que la señorita Hersley no tenga inconveniente.

—Por supuesto que no—, contestó Shannon—. Nosotros...

Un voto roto cuando se juró la paz...

El susurro recorrió la habitación, cortando sus pensamientos y sus palabras.

No, no, ¡ahora no!

—Vamos a escuchar a la orquesta esa noche—, intervino Charlotte, mirando a Shannon con cierta preocupación.

El precio será una hija nacida...

El cántico se hizo más fuerte, aumentando de volumen e insistencia. Shannon miró a los demás. ¿No lo habían oído? Su padre la miraba con el ceño fruncido, pero no había ira en sus ojos. Era miedo.

¿Qué sabía él?

—Sí— dijo, logrando sonreír—. Acompáñenos, lord Kentwood.

El asentimiento aliviado de su padre no hizo nada para aliviar sus nervios destrozados. Las voces siguieron susurrándole durante el desayuno. Y en el carruaje de camino a Duncan House, situada a las afueras de Londres.



La comitiva observaba el alboroto que se formaba en torno al globo aerostático, mientras su padre y el señor Brown, el operador del globo, preparaban el aparato para el lanzamiento.

Hizo todo lo que pudo para ignorar el extraño canto, para actuar con normalidad, para mantener una conversación con sus compañeros, pero pudo darse cuenta por la ansiedad en los ojos de Charlotte de que no estaba consiguiendo ocultar del todo su preocupación.

Aun así, siguió adelante, decidida a que nadie viera su debilidad y rezando para que la 'aparición escocesa' no hiciera acto de presencia y arruinara cualquier oportunidad que tuviera con lord Kentwood. Las voces nunca habían sido tan fuertes, tan insistentes.

La locura de Duncan se apoderaba cada vez más de ella. ¿Cuánto duraría su cordura?

Lord Kentwood inclinó la cabeza y murmuró:

—¿Se encuentra bien, señorita Hersley? Se la ve un poco pálida.

—Estoy bien—. Ella logró reír—. Las pelirrojas somos notoriamente propensas a sonrojarnos, lord Kentwood.

—Así lo he observado—. Su rápida y aprobatoria mirada sobre su figura le produjo un cosquilleo. Sus mejillas se calentaron y bajó la mirada a sus manos.

El precio será una hija nacida...

Con esfuerzo, forzó las voces al fondo de su mente y levantó la vista para encontrarlo mirándola.

—¿Ha presenciado alguna vez un espectáculo como éste?—, le preguntó.

Aquella mirada de ojos oscuros nunca se apartó de su rostro.

—No como éste.

Esta vez no hubo equivocación en su insinuación.

—Lord Kentwood—, reprendió ella suavemente, moviéndose bajo su mirada—. La señora Clayton podría pensar que está coqueteando conmigo.

Sus mejillas se arrugaron mientras le dedicaba aquella sonrisa amable.

—Quizás porque lo estoy haciendo.

—Oh—. Sonrojada, volvió a apartar la mirada.

De sangre Duncan para casarse con nuestro jefe cada generación, sin alivio...

Las voces chocaron en un crescendo de sonido.

Ella hizo una mueca de dolor, luego miró para ver si él estaba mirando. Su atención había sido reclamada por el globo.

Concentrándose, intentó desterrar mentalmente los cánticos. Si fuera posible, haría que las voces se detuvieran. No debía asustar a lord Kentwood con ningún comportamiento extraño. Necesitaría un marido más que nunca en los meses venideros, cuando la locura hiciera mella en ella, y lord Kentwood parecía ser justo el tipo de caballero bondadoso y protector que ella buscaba. Era imperativo que se asegurara una oferta de él lo antes posible.

Mientras aún estuviera lo bastante lúcida como para aceptarla.



—¿Ese artilugio puede volar?

Kinner asintió, admirando el globo con la avidez de un inventor novato.

—Así es, Liam.

Su cuñado murmuró una breve oración en gaélico.

—No conozco la necesidad de flotar en las nubes como un pájaro. Es mejor que un hombre mantenga los pies firmemente en el suelo.

Kinner ignoró el comentario, toda su atención se centraba en la actividad alrededor del globo. Una parte de él quería estar allí abajo, junto al aparato, para hablar con ese tal señor Brown, que subiría en la cesta del globo. ¿Cómo funcionaba el mecanismo? ¿Qué hacía volar al globo? ¿Qué se sentía al elevarse por encima de la tierra?

Pero no era por eso por lo que estaba aquí.

Un destello de luz solar en un rizo de fuego bajo el borde de un sombrero de paja a la moda atrajo su atención. Sí, *ella* era la razón por la que él estaba aquí.

—¿Es ésa, entonces?— susurró Liam, siguiendo su mirada—. Desde luego, es muy guapa.

Kinner asintió, deslumbrado como un muchacho que ve a su primera mujer desnuda. Su cuerpo rugió a la vida como una fragua avivada, exigiendo que la tocara. Pero entonces vio sus delicados dedos apoyados en el brazo del inglés que estaba a su lado. La furia le desgarró a través de él. Ella era *suya*, ¡por Dios!

Ella miró en su dirección. Cuando ella le vio, él vio cómo sus ojos se abrían de par en par en señal de reconocimiento, cómo sus labios formaban una dulce O de asombro. Dio un paso adelante, pero Liam le agarró del brazo.

—Suéltame—. Tiró del agarre de Liam, pero su cuñado utilizó el peso de todo su cuerpo para retenerlo.

—No puedes arrancarle la cabeza—, advertía Liam en un murmullo bajo—. Hay reglas para este tipo de cosas, ¿sabes?

—No tiene derecho a tocarla.

—Kinner—. Con esfuerzo, Kinner consiguió apartar la mirada de Shannon y mirar a su mejor amigo. Liam le sostuvo la mirada durante un largo momento—. Debes controlarte o lo perderás todo. Es la maldición.

—Ella es mía—. Incluso Kinner se sorprendió por la posesión en su tono.

—Sí, lo es. Pero ella aún no lo sabe.

—Tienes razón—. La tensión se derritió de su cuerpo y la bruma roja se despejó de su visión, aunque los celos aún palpitaban como una herida abierta.

—Busca a tu prima—, dijo Liam, aflojando lentamente su agarre— Deja que te presente, formal y correctamente.

—Buena idea—. Con esfuerzo, Kinner se las arregló para no volver la vista hacia la bella Shannon y en su lugar dirigió su mirada hacia la muchedumbre para localizar a la menuda lady Dorburton—. Allí está. De pie en el borde de la multitud.

—Ve entonces, y cuida tus modales—, instó Liam—. Sólo así podrás reclamar a tu esposa como es debido, al menos según las reglas inglesas.

Sin necesidad de más ánimos, Kinner comenzó a dirigirse hacia lady Dorburton.



Cada generación, sin alivio...

Agradecida de que lord Kentwood hubiera decidido ir a examinar el globo más de cerca, Shannon luchó por mantener el control. Las voces no habían cedido y, efectivamente, había vislumbrado al hombre de su sueño. La tarde parecía convertirse en un completo desastre. Tenía visiones de sí misma hablando con escoceses que no existían o mareándose por el constante parloteo en su cabeza, todo bajo la mirada interesada de lord Kentwood.

Debería haberse quedado en la cama.

—Shannon, querida, ¿te encuentras bien?— La señora Clayton la miró, con preocupación en su amable rostro.

—Hay tanta gente...— Shannon consiguió sonreír, aunque el continuo cántico le hacía palpar las sienes—. Hace que una se sienta casi asfixiada.

La señora Clayton asintió con simpatía.

—En efecto, fue muy amable por parte de su padre abrir los terrenos a todos los habitantes de la zona, pero hace que haya una multitud que da miedo.

—Creo que es una idea encantadora—, dijo Charlotte— ¡Incluso los inquilinos podrán ver el globo elevarse hacia los cielos!

—Oh, Charlotte, tienes un corazón tan generoso—, dijo la señora Clayton con una risita.

—Simplemente creo... Dios mío, ¿pero quién es?—. La voz de Charlotte bajó a un susurro asombrado, obligando a su madre a inclinarse más para oírla.

—¿Quién es quién?— preguntó la señora Clayton.

—El hombre apuesto que está con lady Dorburton. ¡Es un tipo alto!

La señora Clayton se volvió inmediatamente para localizar al misterioso caballero entre la multitud.

—¡Caramba!—, exclamó—. Creo que vienen hacia aquí.

—Tal vez busque una presentación—. Charlotte se acarició los rizos oscuros, manteniendo la mirada baja y la columna recta.

Shannon empezó a mirar, pero la señora Clayton le puso una mano en el brazo.

—No parezcas demasiado ansiosa, querida—, murmuró.

Más que agradecida por el indulto, Shannon cerró los ojos y se concentró en sintonizar los cánticos persistentes. Lord Kentwood podía volver a su lado en cualquier momento y ella quería estar en pleno control de sus facultades.

—Buenas tardes, señora Clayton—, dijo lady Dorburton, llegando a su grupo.

—Buenas tardes, lady Dorburton—, trinó la señora Clayton—. ¡Debo decir que su baile de anoche fue espectacular! Todos lo pasamos de maravilla.

—Me alegro mucho. Por favor, permítame presentarle a mi primo lord Sheldon, recién llegado a Londres.

¡Lord Sheldon! Shannon giró la cabeza y su corazón se aceleró al galope. Allí estaba él, observándola con aquellos penetrantes ojos azules. El escocés de sus sueños. Su propia

alucinación personal, que rondaba sus noches y sus días.

El amante sensual que vivía en la parte prohibida de su mente, que la tocaba tan escandalosamente en sus sueños...

Y en cuanto sus miradas se encontraron, las voces cesaron abruptamente.

El alivio casi la hizo caer de rodillas.

—Kinner, éstas son la señora Clayton y su hija, la señorita Clayton. Y ésta es la señorita Hersley, cuyo padre es el anfitrión de esta fiesta.

Kinner. Era un hombre de carne y hueso.

Lo que significaba que todo lo que había pasado en el jardín también había sido real. La conversación, el flirteo. El evidente calor sexual.

Lord Kentwood nunca había engendrado en ella emociones tan peligrosas e íntimas como las que derretían sus entrañas en ese momento. Nunca la había mirado con un ardor irrefrenable en los ojos, haciéndola sentir que sólo el más mínimo atisbo de civismo le impedía llevársela y salirse con la suya.

Como lord Sheldon la miraba ahora.

—Es un placer conocerles a todos—. El escocés sonrió a todos, deteniéndose medio segundo más en Shannon—. Y mi agradecimiento a usted y a su padre, señorita Hersley, por permitirme acompañar a mi prima en esta excursión.

Ella respondió con los labios secos.

—De nada.

—Y usted, lord Sheldon—. La señora Clayton lo miró con la mirada crítica de una madre precavida—. ¿Es su primera vez en Londres?

—No, señora Clayton, aunque han pasado algunos años desde la última vez. Paso la mayor parte del tiempo en Escocia.

—Mi primo ha venido a la ciudad en busca de una esposa—, añadió lady Dorburton.

Shannon se sobresaltó, el recuerdo del jardín tan fresco en su mente como la tierra recién removida. Él la estaba observando, y la posesión se cocinó a fuego lento en sus ojos durante ese único y fugaz momento, dejándola a ella sintiéndose marcada.

Haciéndola sentirse *suya*.

—¡Qué delicia!— La señora Clayton se iluminó—. Debe decirnos a qué actos sociales asistirá para que podamos estar seguros de volver a vernos.

Como si no acabara de abrasarla con la mirada, sonrió a las otras damas con considerable encanto.

—Puede estar segura de ello.

—Debo presentar a mi primo a algunas personas más—, dijo lady Dorburton—. Le ruego que nos disculpen.

—Ha sido un placer—, dijo Kinner con una reverencia, y luego permitió que lady

Dorburton le condujera lejos.

Shannon le vio irse, incapaz de apartar la mirada, cada fibra de su cuerpo anhelando seguirle.

—Dios mío—. Charlotte suspiró—. Es el hombre más guapo que he visto nunca.

—Escocia—, dijo la señora Clayton con desaprobación—. Tiene un título, pero no me apetece que mi hija viva entre los bárbaros.

—Oh, mamá—. Charlotte se volvió hacia Shannon—. ¿Qué te pareció, Shannon? Lo encontré bastante civilizado... para ser un bárbaro.

—Parecía bastante inobjetable—, murmuró Shannon. Su mente seguía dando vueltas, negando la evidencia de sus ojos y oídos. Él era real, la deseaba, y en su presencia las voces cesaban. *¿Cómo era posible?*

—Supongo que no te diste cuenta de su encanto—, dijo Charlotte socarronamente—, ya que tú y lord Kentwood estabais embelesados no hace ni diez minutos.

—¡Charlotte!— Shannon se sonrojó, preguntándose qué pensaría Charlotte si supiera la verdad.

—¿Hay algo que te gustaría decirle a tu querida amiga?— Charlotte continuó, ignorante del tormento de Shannon. Una sonrisa juguetona curvó sus labios—. ¿Esperas una oferta en un futuro cercano?

—No puedo ni empezar a anticiparlo—, dijo Shannon con firmeza.

—Una respuesta sabia—, proclamó la señora Clayton—. Charlotte, no te burles de Shannon. Estoy segura de que si recibiera una oferta de matrimonio, seríamos las primeras en saberlo. Ah, mira. Están listos para comenzar el lanzamiento. Y aquí viene lord Kentwood.

—Mis disculpas por dejarlas tanto tiempo, señoras—. Lord Kentwood se acercó saltando, su excitación era contagiosa—. Acérquense. Será una exhibición asombrosa—. Sonrió a Shannon—. Permítame acompañarla, señorita Hersley.

Ella asintió, agradecida de tener alguna orientación. Pero incluso mientras colocaba su mano sobre el brazo de él, una sensación de deslealtad la hizo querer apartarla. Respiró hondo, forzando la calma. Por el momento, las voces habían desaparecido y ella estaba en control de sus facultades.

—Guíenos, lord Kentwood.

Capítulo 5

Hubo mucha fanfarria y una gran ovación de los asistentes, el señor Brown maniobró su globo en un lento ascenso. La brisa atrapó el artefacto, ayudándole en su ascenso oscilante, ondulando a través del sedoso saco de aire.

Lord Kentwood observaba con la fascinación de un niño pequeño. En otras circunstancias, su reacción le habría parecido encantadora. En ese momento, sin embargo, estaba más preocupada por el escocés que permanecía de pie a poca distancia.

Mirándola fijamente.

Las mariposas bailaron en su estómago ante el calor de su mirada. La asombró que no estallara en llamas por su intensa mirada, pero lo que la asombró aún más fue el deseo casi irresistible de alejarse de lord Kentwood para estar con Kinner.

Kinner no, se corrigió a sí misma. *Lord Sheldon.*

Cualquier otra persona podría calificar de locura un deseo tan imprudente, pero habiendo experimentado la locura *de verdad*, ella sólo podía atribuirlo a algún tipo de salvaje atracción física. No podía explicarse por qué soñaba con el escocés cuando nunca antes había puesto los ojos en él, y mucho menos por qué sus sueños habían adquirido un tono tan escandalosamente erótico. O por qué las voces de su cabeza cesaban su cántico en presencia de él. Las únicas explicaciones que se le ocurrían eran disparatadas fantasías: que era un hechicero o alguna tontería por el estilo.

Pero era un hombre de carne y hueso, lo que significaba, por supuesto, que su charla sobre el matrimonio en el jardín también era real. Y por mucho que la emocionara saber que él la deseaba tan intensamente, su camino estaba claro. Quería convertirse en lady Kentwood antes de que la locura le robara por completo la cordura. Podía confiar en que lord Kentwood la cuidaría con tanta diligencia como a su querida madre, aunque se volviera completamente incoherente. No tenía tanta confianza en el atrevido y desconcertante escocés.

Volvió a mirarle y el hambre desnuda en los ojos de Kinner le puso la piel de gallina. Sus lugares secretos le dolían de una forma que debería haber hecho añicos su sensibilidad de dama, pero en lugar de eso apenas pudo contener el impulso de correr a sus brazos.

Esto tenía que terminar. No podía permitir que este hombre se interpusiera en su objetivo de convertirse en lady Kentwood, no cuando estaba tan cerca.

Lord Kentwood le sonrió justo entonces, una sonrisa suave e íntima que ella imaginó que un hombre podría dedicar a su esposa al otro lado de la mesa del desayuno. Sus propios labios se curvaron en respuesta, y entonces ella bajó modestamente los ojos.

Se convertiría en lady Kentwood. Sólo tenía que explicarle al escocés que debía dirigir sus atenciones a otra parte, aunque la mera idea de que mirara a cualquier otra mujer como él la

miraba a ella le daba ganas de arrancarle los ojos a esa mujer.

Pero en la batalla había que hacer sacrificios. Ésta era su batalla por un futuro seguro, y pretendía ganarla.

El lanzamiento del globo del señor Brown entusiasmó a los espectadores, desde el duque hasta los campesinos. Tras el acontecimiento, George Hersley invitó a sus invitados más elitistas a un cómodo picnic en los jardines de Duncan House, mientras que los de menor rango volvieron a sus vidas ordinarias, llenos de historias sobre la asombrosa hazaña que acababan de presenciar.

Como anfitriona de su padre, Shannon se aseguró de que los sirvientes estuvieran organizados y de que la comida fuera abundante.

Por suerte, había aprendido su papel muy pronto y era capaz de llevarlo a cabo sin mucha concentración.

Toda su atención se centró en encontrar la manera de hablar con Kinner en privado.

Con lord Kentwood ocupado de forma segura en conversación con un grupo de caballeros, observó a Kinner -*lord Sheldon*- mientras participaba del festín y charlaba con los demás invitados. Lady Dorburton, tras haber cumplido con su deber familiar al presentarle a los demás, ahora hacía compañía a las matronas de sociedad en el lado opuesto del jardín. Kinner, en cambio, iba acompañado de un hombre de pelo oscuro al que no conocía, vestido con pulcritud pero ni mucho menos con tanta elegancia como el lord escocés.

Las voces permanecieron felizmente silenciosas, y cuando vio que Kinner y su acompañante estaban temporalmente solos, puso en marcha su plan recién formado.

Escondida tras su papel de anfitriona, se dirigió con cierta resolución hacia los dos caballeros, que permanecían apartados de los demás invitados. Un hombre de a pie la seguía con una bandeja de limonada.

—Espero que haya disfrutado del lanzamiento del globo, lord Sheldon.

—En efecto, señorita Hersley—. Su nombre cayó de sus labios como una caricia y el cuerpo de ella se tensó en respuesta.

Ella rompió el contacto visual y miró a su acompañante.

—¿Les apetece a alguno de ustedes, caballeros, un poco de limonada?

—Me encantaría—, dijo el otro hombre.

—Disculpen mis modales—, dijo Kinner—. Este es mi cuñado, el señor Liam Frederick.

—Un placer conocerle, señor Frederick.

—El placer es mío, señorita Hersley.

Shannon esperó a que le sirvieran a Liam un vaso de limonada. El lacayo se dio la vuelta y Shannon se acercó a Kinner, reuniendo por fin el valor para mirarle a los ojos. Aun así, la sacudida de la atracción la estremeció.

—Un placer volver a verle, lord Sheldon—. Con un toque discreto, ella presionó una nota en la palma de su mano, luego se dio la vuelta y siguió al lacayo hasta el siguiente grupo de invitados.

Liam rio entre dientes.

—Sí, esa muchacha hará que el tormentoso cortejo merezca la pena.

—Es una Duncan. ¿Esperabas otra cosa?—. Dando la espalda a la multitud, Kinner desdobló la nota y escudriñó el contenido, luego se metió el trozo de papel en el bolsillo del abrigo.

—¿Qué es?— preguntó Liam.

Kinner sonrió.

—La muchacha por fin ha entrado en razón.



—Shannon, ¿qué te ha pasado?— El susurro sorprendido de Charlotte resonó en el pasillo vacío mientras Shannon tiraba de ella—. ¿Qué hacemos dentro?

Shannon se detuvo ante el salón amarillo, que antaño había sido la sala de costura de su madre.

—Charlotte, necesito que me ayudes. Por favor.

Charlotte entrecerró los ojos y luego cruzó los brazos sobre el pecho.

—Shannon Hersley, ¿qué está pasando?

—Por favor, Charlotte. No hay mucho tiempo—. Mirando arriba y abajo por el pasillo para asegurarse de que estaban solas, Shannon abrió la puerta y atrajo a Charlotte detrás de ella. Luego cerró la puerta con suavidad.

—Shannon...— Empezó Charlotte.

—Espera—. Shannon levantó una mano— ¿Recuerdas que en el baile de anoche me preguntaste si había estado con un pretendiente en el jardín?

—Sí—. La sospecha ensombreció el rostro de su amiga—. Dijiste que no.

—Pues lo estaba.

Charlotte se quedó con la boca abierta.

—¿Mentiste?

—Temía que te enfadaras conmigo—. Shannon tocó a su amiga en el brazo, rezando para que Charlotte creyera la pequeña mentira—. Me preocupaba que pensaras que era tonta por arriesgar tanto mi reputación.

—¡Tendrías razón!— Claramente indignada, Charlotte abrió la boca para sermonear, luego hizo una pausa— ¿Por qué me lo dices ahora?

—Porque no quiero arriesgar mi reputación por un hombre.

Charlotte hizo un gesto brusco con la cabeza.

—¡Yo diría que no!

—Pero *hay* un hombre con el que debo hablar. A solas. Y necesito tu ayuda.

—¿Qué?— Charlotte chilló. Alargó la mano hacia el pomo de la puerta.

—Charlotte, por favor—. Shannon la atrapó antes de que pudiera abrir la puerta—. Por favor, ayúdame. Esto es muy importante.

—¿Has perdido el juicio?

—Shh. Baja la voz, no sea que nos oigan los criados.

Charlotte cerró los labios con fuerza y la fulminó con la mirada. Shannon suspiró.

—Bien, entonces no me perdones. Pero debo hablar con lord Sheldon a solas.

—¡Lord Sheldon!— exclamó Charlotte— ¿Y lord Kentwood? Pensé que habías puesto tus esperanzas en él.

—Lo he hecho.

—Entonces, ¿cómo es posible que te reúnas con lord Sheldon? ¿Especialmente cuando acaban de presentártelo?

Shannon hizo un gesto de dolor.

—Fue a él a quien conocí en el jardín anoche.

Charlotte jadeó, llevándose la mano a la garganta.

—¡No hiciste tal cosa!

—Lo hice.

—¿A solas?

—Sí.

—¿Te besó?

—¡Charlotte!

Charlotte le lanzó una mirada dolida.

—Es una pregunta lógica.

—Si quieres saberlo, no, no me besó.

—Menos mal. Eres mi mejor amiga, Shannon, pero no apruebo tu despreocupación por lord Kentwood. Creo que le gustas.

—No tengo intención de herir a lord Kentwood de ninguna manera—. Shannon hizo una pausa, sabiendo que tenía que decir algo que hiciera ceder a Charlotte, pues si ésta supiera del ardor de Kinner, no saldría de la habitación—. Lord Sheldon tiene algún conocimiento de mi madre—, mintió.

—¡Oh! Tendría sentido, supongo, que ya que él es de Escocia, podría saber algo de la familia de tu madre.

—Sí, exactamente. Y para poder hablar con él sin arriesgar mi reputación, necesito que te

quedes fuera de esta puerta y seas mi chaperona.

—¡Debería quedarme *dentro* de la puerta, Shannon Hersley, si voy a ser algún tipo de chaperona!— Charlotte frunció los labios.

—Tienes razón, por supuesto. Pero Charlotte...— Cogió las manos de Charlotte—. Ya conoces las historias sobre mamá. Odiaría que algún chismoso escuchara mi conversación con lord Sheldon.

La expresión de Charlotte se suavizó y apretó las manos de Shannon.

—Lo comprendo.

—¿Entonces me ayudarás? ¿Y vendrás a buscarme si alguien se acerca a la habitación?

—Puedes estar segura de que lo haré.

—Muy bien, entonces.

—Muy bien—. Charlotte inclinó la barbilla—. Hay una cosa en la que debo insistir.

—¿Cuál?

—La puerta debe permanecer abierta. Es la única forma de preservar tu reputación, Shannon.

—Pero...

—La única manera.

Reconociendo el brillo de terquedad en los ojos de su amiga, Shannon asintió derrotada.

—Como quieras.

Se oyó un suave golpe en la puerta. Ambas chicas dieron un respingo, entonces Charlotte abrió la puerta una rendija y se asomó.

Lord Sheldon le devolvió la mirada.

—Te espera, ¿no es así?

—Así es—. Shannon abrió la puerta y él se deslizó con bastante gracia para ser un hombre tan grande.

—Señorita Clayton, ¿supongo que usted es la chaperona?

—Lo soy—. La actitud vigilante de Charlotte se derritió un poco bajo su cálida sonrisa—. Estaré justo fuera.

Hizo una reverencia.

—Seguiré siendo un caballero en todo momento, se lo aseguro.

Ella enrojeció.

—Asegúrese de que así sea—. Con una rápida mirada de advertencia a Shannon, salió al pasillo, dejando la puerta entreabierta.

—Aléjese de la puerta—, dijo Shannon, y caminó hacia el centro de la pequeña habitación, donde había una mesa con un jarrón de flores. El ruido sordo de sus pasos hizo

temblar las flores mientras la seguía.

Ella se volvió hacia él, con una mano sobre el tablero de la mesa. Su mera presencia llenaba el diminuto salón de una energía que coqueteaba a lo largo de su piel como las vibraciones de las cuerdas de un arpa.

¿Cuántas veces la habían sostenido esos brazos en sus sueños? ¿Cuántas veces sus labios habían acariciado su piel? Sólo el recuerdo de cosas que habían sucedido sólo en su imaginación bastaba para despertar su cuerpo hasta la completa alerta.

—Quería hablar conmigo, muchacha—, le recordó él, con una sonrisa jugueteando en sus labios.

—Sí—. Ella se lamió los labios repentinamente secos—. Sólo que no sé por dónde empezar.

—Podría empezar por el baile que me prometió. El que aún no me ha concedido.

—Oh—. El calor inundó sus mejillas—. Le pido disculpas. Me dolía la cabeza y tuve que abandonar el baile inmediatamente.

—Muy conveniente—. Levantó una ceja—. Un hombre pensaría que intentaba evitarle.

—No exactamente—. Jugueteó con las rosas de marfil del jarrón— Me gustaría hablar con usted sobre nuestra conversación de anoche en el jardín.

—¿De verdad?— Se apoyó en el respaldo de un sillón, sólo una pequeña alfombra cubría la distancia entre ellos, y se cruzó de brazos— Me interesa mucho hablar de ese tema.

Volvió a pinchar las rosas, extrañamente reacia a mandarle a paseo.

—Dijo que había venido a buscar esposa.

—Así es—. Él la observó atentamente mientras decía: —Y le he dicho que usted es la que quiero.

Ella se aquietó, con la respiración entrecortada en los pulmones.

Él asintió ante su reacción.

—Sí, he venido aquí por usted, Shannon Hersley. Podría decirse que estamos destinados a casarnos.

—¿Qué?— Su brazo se sacudió y accidentalmente tiró de una de las rosas del jarrón. La flor voló por la alfombra y le golpeó en el pecho —¿Cómo podemos estar destinados a casarnos si acabamos de conocernos?

—Conozco a su familia, muchacha. Desde hace mucho tiempo es costumbre que las mujeres Duncan se casen con los hombres McBride— Se apartó del sillón y recogió la rosa del suelo, luego se la presentó con una floritura—. Me han pedido que la lleve a casa.

Ella le cogió la rosa y se la acercó a la nariz. El dulce aroma calmó su estruendoso corazón. Qué irónico que su mentira a Charlotte se hubiera convertido de repente en verdad.

—¿Quién es usted entonces para que se le confíe una tarea tan importante?

—Kinner McBride, jefe del clan McBride, aunque en Inglaterra me va mejor ser lord

Sheldon—. Sonrió—. O mejor dicho, les sienta mejor a los ingleses.

—¿Los Duncan forman parte de su clan?

Se rio a carcajadas.

—Difícilmente, aunque hemos dependido unos de otros durante algunas generaciones.

La tentación de saber más sobre su madre era irresistible. Quizá por fin podría obtener respuestas a sus preguntas.

—No me había planteado que la familia de mi madre quisiera conocerme. Nunca he mantenido correspondencia con ellos.

—¿Ah, sí? ¿Así que no sabe nada de los Duncan?

—No.

—¿Ninguna de las leyendas o historias familiares?

—Ninguna. Mi padre no permitió el contacto con la familia de mi madre—. Rozó con sus labios los sedosos pétalos y le lanzó una mirada de disculpa—. No le gustan los escoceses.

Kinner resopló.

—Le tienen poco cariño, eso se lo aseguro.

—¿Por qué dice eso?— La mano que sostenía la flor se aquietó con el capullo contra su mejilla.

—Los Duncan prometieron a su hija, Josephine, al jefe de los McBride. Pero ella huyó con su padre y faltó a la palabra de su clan.

Se quedó boquiabierta.

—¡No puedo creerlo! ¿Mi madre? Y el jefe... ¿habría sido su padre?

—Mi tío.

—Ya veo—. ¡Al menos esto tenía sentido! La aversión de su padre hacia los escoceses, la falta de comunicación de la familia de su madre.

—Así que ya ve, según la tradición familiar, debemos casarnos—. Extendió la mano y le quitó la rosa—. Es mi esposa, Shannon Hersley, y he venido a por usted.

Ella se rio.

—Aquí en Inglaterra, no se reclama a una mujer—. Ella aspiró una bocanada de aire mientras él le pasaba la rosa por la garganta—. Un... un caballero debe primero cortejar a una dama y luego obtener el permiso de su padre para casarse con ella.

—¿Es así como se hace?— Él tocó con el capullo la insinuación de sombra entre sus pechos.

Ella se olvidó de respirar.

—¿Qué está haciendo?—, susurró.

—Ni de lejos lo que quiero estar haciendo—. Sus ojos brillaron—. Me está tomando el

pelo con esta simple flor, dulce Shannon. Y ahora quiero volverla loca con ella.

Atrevidamente, paseó la flor por su pecho. Su cuerpo se despertó con una venganza, los pezones endureciéndose hasta alcanzar picos bajo su chemise, los pechos hinchándose en la ropa que de repente le parecía demasiado ajustada.

—No es por esto por lo que le he pedido que viniera—, consiguió decir.

—Ah, pero para esto he venido. Para estar a solas con usted otra vez—. Él se acercó un paso más, arrastrando la rosa por su torso—. Para convencerla de que sea mía.

Ella dio un paso atrás pero chocó con la mesa. Agarró la superficie con ambas manos.

—Lord Sheldon...

—Kinner.

—Kinner—, murmuró ella—. Tengo más preguntas.

—Las responderé todas—. Él deslizó un brazo alrededor de su cintura. Su cálido cuerpo masculino se apretó contra el suyo en una intimidad que ella nunca había sentido antes.

Excepto en sueños.

Aterrorizada, excitada, se le cortó la respiración.

—¿Cuándo?

—En su momento—. Dejó caer la rosa de nuevo en el jarrón, luego acarició tiernamente con sus dedos la mejilla de ella, su boca sombría por el esfuerzo del autocontrol—. No tenía intención de hacer esto—. Su mirada siguió la trayectoria de sus dedos mientras los arrastraba por la garganta de ella—. No soy un bárbaro para echarme a una muchacha al hombro y llevármela. Pero algo en usted, dulce Shannon, me tienta a olvidar eso.

—Mi padre vendría a por mí—. Ella aspiró una rápida bocanada de aire cuando los curiosos dedos de él recorrieron la parte superior de su corpiño. Inmediatamente su cuerpo reaccionó, sus pechos le dolían dentro de la rígida ropa. Sus ojos se cerraron, su mente se perdió en nuevas sensaciones.

Su tacto. Por fin.

—En efecto, lo haría—, murmuró— ¿Pero querría dejarme?

Su pulgar le rozó el pezón a través de la ropa y ella jadeó, abriendo los ojos de nuevo.

—¿Qué me está haciendo?— El lastimero anhelo en su voz la sorprendió. Luchó por entrar en razón, pero las emociones desbordantes que golpeaban sus sentidos no le permitían formar un pensamiento coherente.

Él inclinó la cabeza, su boca se detuvo justo sobre la carne de su garganta.

—¿Qué *me* está haciendo?

Ella se encontró con su mirada con total franqueza. No dijo nada.

Con un movimiento agitado, él deslizó su mano hasta la nuca de ella y acercó sus labios a los de ella.

Su boca -ardiente e insistente- exigía capitulación. Su mano mantuvo inmóvil su cabeza mientras él se saciaba de ella. Todo lo femenino dentro de ella se abrió, se ofreció, se entregó. Él tomó, su cuerpo duro y caliente contra el de ella.

Dios mío, ella deseaba... demasiado.

La rendición aflojó sus miembros. Estaba mal, esto estaba mal, la situación estaba mal. Pero, dulce cielo, ¡qué hambre! Nunca había sabido que existiera algo así. Quería más, y aun así no era suficiente.

Mordisqueó sus labios, instándolos a separarse, profundizando el beso con demanda masculina.

Más, insistía su beso. Más y más y más. Todo, aceptó su cuerpo.

Entonces sonó una pisada al otro lado de la puerta. El susurro de unas enaguas, una mujer tarareando. En voz alta.

Apartó la boca de un tirón. Sus dedos se flexionaron contra la nuca de ella mientras luchaba por controlarse, con la respiración agitada. Sus miradas se encontraron y, de no ser por el brazo de él en su espalda, ella se habría tambaleado ante la ardiente necesidad que ardía en sus ojos.

—Volveré a verla—. Con este áspero susurro, él se apartó de ella. Ella tropezó contra la mesa, casi derribando el jarrón, pero la mano de él en su codo la salvó de caer mientras sus rodillas se negaban a sostenerla—. Vendré mañana. Venga a pasear conmigo. A las cuatro.

Ella asintió. Su cuerpo palpitaba y, por primera vez en su vida, anheló despojarse de su restrictiva ropa, estar desnuda con él a plena luz del día.

Sólo ese pensamiento la hizo volver en sí con un chasquido casi audible.

—Será mejor que vuelva con sus invitados antes de que encuentre otro uso para esa mesa—. Gruñó la pecaminosa promesa mientras retrocedía otro paso.

Charlotte eligió ese momento para volver a la habitación.

—Shannon, deberíamos volver al jardín. Ahora.

Shannon asintió.

—Tienes razón, Charlotte—. Se puso en marcha hacia su amiga, bastante sorprendida de que sus piernas funcionaran correctamente.

Charlotte le dirigió una mirada escrutadora y luego dijo:

—Quizá quieras mirarte en el espejo antes de volver a la reunión.

—Lo haré.

—Señorita Hersley.

Shannon hizo una pausa y le devolvió la mirada.

—Procure no sentirse indisputada mañana por la tarde—. La advertencia en su voz coincidía con el calor de sus ojos.

Un estremecimiento de excitación la recorrió al ver cómo la miraba.

—Se lo prometo.

Con una reverencia a ambas damas, salió de la habitación.

—¡Dios mío!— Charlotte se puso una mano sobre el corazón—. ¡Qué hombre!

—Sí, es muy llamativo—. Shannon frunció el ceño ante la puerta abierta, repasando su conversación en su mente. No había obtenido toda la información que deseaba. ¿Y las voces? ¿Los sueños? Este hombre estaba de algún modo implicado en todo ello. Conocía a la familia de su madre. ¿También conocía la maldición de los Duncan?

—Admito que me asombra tu atrevimiento, Shannon, pero habiendo visto a este caballero, debo admitir que yo misma podría haberme sentido movida a correr semejante riesgo con mi propia reputación—. Charlotte se abanicó con una mano sus mejillas rosadas—. Aunque creo que nunca te he visto comportarte de forma tan indecente.

—¡Indecente!— Miró boquiabierta a Charlotte— ¡Fui la viva imagen de la sumisión y la deferencia!

—Conversaste durante más tiempo del que podría considerarse apropiado—, corrigió Charlotte—. De hecho, creo que había cierta familiaridad en tus modales hacia lord Sheldon.

—Eso no viene al caso. No logré mi propósito—. Shannon se acercó a un espejo de la pared y jadeó al ver su propio reflejo: las mejillas rosadas, los ojos brillantes, el sombrero torcido. Rápidamente enderezó la confección de paja, metiendo los rizos bajo el ala.

—Te pidió que fueras a pasear con él—, dijo Charlotte.

Shannon suspiró.

—Lo sé. No tuve la oportunidad de negarme.

Charlotte puso los ojos en blanco.

—Si no *le hubieras estado besando*, quizá habrías podido expresar una objeción.

Shannon apoyó las manos en las caderas y miró a su amiga.

—Has dejado bien clara tu desaprobación, Charlotte.

Charlotte se mordió el labio.

—No deseo que te enfades conmigo, pero eres mi amiga más querida y quiero lo mejor para ti.

Shannon suspiró.

—Lo sé.

—¿Y qué hay de lord Kentwood? No deberías hacerle creer que sus atenciones son bienvenidas si sientes algo por otro hombre.

—¡Sus atenciones *son* bienvenidas!— Shannon sacudió la cabeza, luchando por recuperar su sentido común. Pero el toque de Kinner la había dejado sintiéndose cualquier cosa menos sensata.

Charlotte le dirigió una mirada burlona.

—Entonces debes disuadir a lord Sheldon de que te vea mañana.

—Ayúdame, Charlotte. No puedo estar en casa cuando llegue lord Sheldon.

Antes de que Charlotte pudiera comentar nada, un silencioso golpe en la puerta abierta hizo que ambas se giraran para ver al padre de Shannon de pie en el umbral.

—Aquí estás, hija. ¿Qué haces aquí?

—Sólo buscaba un momento de conversación tranquila con Charlotte—. Enviando a su amiga una mirada de advertencia, Shannon fue al lado de su padre y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Tenemos invitados, hija, y lord Kentwood preguntó específicamente por ti.

Charlotte arqueó las cejas, pero Shannon ignoró la mirada y dijo:

—Hemos terminado aquí. Ven, Charlotte.

Por un momento, pensó que Charlotte se negaría, pero entonces se adelantó.

—En efecto—, dijo Charlotte, lanzando una mirada a Shannon—. No me gustaría hacer esperar a lord Kentwood.

Shannon ignoró la burla implícita y cogió el brazo de su padre.

—Vamos, papá.

—Soy un hombre afortunado por poder acompañar a dos damas tan encantadoras—. Ajeno al trasfondo, el padre de Shannon las condujo alegremente de vuelta a la fiesta.

Capítulo 6

Kinner se presentó en casa de los Hersley exactamente a las cuatro en punto del día siguiente. Su elegante faetón habría costado un dineral en circunstancias normales, pero había ganado el vehículo en una partida de cartas la noche anterior, evitando limpiamente gastar nada de sus menguantes fondos.

Cuando uno cortejaba a una heredera, ayudaba aparentar que su fortuna era innecesaria.

Llamó a la puerta, que fue rápidamente abierta por un mayordomo muy correcto. El rostro del anciano estaba dispuesto en líneas de absoluta blancura diseñadas para impresionar e intimidar.

Estaba impresionado. ¿Cuánto tardaría Donald en aprender algo así?

—¿Sí?—, entonó el mayordomo.

—Lord Sheldon desea ver a la señorita Hersley.

—Lo siento, milord, pero la señorita Hersley no está en casa. ¿Le importaría dejar su tarjeta?

—¿No está en casa?— Se le cayó la mandíbula, pero la cerró rápidamente— ¿Qué quiere decir con que no está en casa?

El mayordomo no se inmutó.

—Como le he dicho, milord, ha salido. Pero sin duda puede dejar su tarjeta.

—¡No dejaré mi tarjeta, maldita sea!— La rabia rugió a través de él como una quemadura hirviente. Era la segunda vez que huía de él.

—Si no va a dejar su tarjeta, milord, lamento no poder ayudarle.

Kinner luchó por tener paciencia.

—¿Sabe adónde ha ido?

—La señorita Hersley ha salido con unos amigos. Que tenga un buen día, milord—. El mayordomo empezó a cerrar la puerta.

—¡Alto!— Kinner metió su pie calzado en la puerta—. Ella y yo teníamos una cita. Ella debe haberla olvidado.

—No puedo decirlo. ¡Buenos días, milord!

Con la bota todavía calzada, Kinner se inclinó hacia la puerta mientras el hombrecillo intentaba por segunda vez cerrarle el portal en las narices.

—¿No le importa que su señora no cumpla sus compromisos?

Esta vez un destello de indignación y enfado parpadeó en el rostro del mayordomo.

—Lamento que la señorita Hersley no esté en casa, milord; ahora permítame cerrar la puerta.

—No hasta que me diga dónde está.

Kinner aplicó más fuerza contra la puerta, pero el anciano consiguió aferrarse a él.

—¡Milord, por favor, desista!—, jadeó el mayordomo— ¡Ya le he dicho todo lo que puedo!

—¡Stodgins!— llegó una voz desde el interior de la casa— ¿Qué está haciendo?

La puerta se abrió de repente de un tirón y Kinner tropezó un paso hacia el vestíbulo. Se agarró a la jamba de la puerta para estabilizarse y levantó la vista para encontrarse con la expresión disgustada del padre de Shannon. Detrás del señor Hersley, el viejo mayordomo se apoyaba en una mesa, jadeando.

—¿Quién es usted?— Preguntó Hersley.

—Soy lord Sheldon—. Kinner se enderezó, cepillándose el abrigo. —He venido a visitar a su hija.

—No está en casa—. Hersley le dirigió una mirada llena de curiosidad—. Sheldon, ¿eh?

—Sí.

—Nunca he oído hablar de usted—. Hersley frunció el ceño—. Es escocés.

—Lo soy.

—Y ha venido a visitar a Shannon.

—¿No acabo de decir eso mismo? Habíamos quedado para ir en coche a las cuatro.

—Se fue de compras—. Hersley se dio la vuelta y empezó a caminar por el pasillo—. Venga conmigo, lord Sheldon. Me gustaría hablar con usted.

Kinner lanzó una mirada desconcertada al mayordomo, que simplemente cerró la puerta y le dirigió una mirada estoica.

—Por aquí, milord.

Kinner siguió al anciano sirviente por el pasillo. El estudio de Hersley era una confortable habitación con mullida moqueta y un enorme escritorio de caoba que dominaba el espacio. El propio hombre estaba sentado en una enorme silla detrás y le hizo un gesto con la mano para que entrara.

—Siéntese, lord Sheldon.

Kinner se sentó, impulsado más que nada por la curiosidad.

—Así que—, dijo Hersley, inclinándose hacia delante y cruzando las manos sobre su escritorio—. Usted ha venido hoy a visitar a Shannon.

—Como ya le he dicho.

—¿Por qué corteja a mi hija, lord Sheldon?— La súbita dureza de sus ojos desmintió su

pose despreocupada.

Kinner se puso rígido, preparado para la batalla.

—Es una muchacha bonita, como debe saber.

—Sí, mi hija es encantadora. Se parece mucho a su madre, que era escocesa como usted.

—¿Lo era?

—Lo era—. Hersley se inclinó lentamente hacia atrás, agarrando los brazos de su silla—. Y ella suspiró por Escocia toda su vida, hasta que se volvió loca por ello.

—Lamento su pérdida.

Hersley enarcó una ceja.

—Gracias, pero no recuerdo haberle dicho que mi esposa haya muerto.

Kinner se encogió de hombros.

—Es de dominio público.

—Sí, supongo que lo es—. Hersley suspiró.

—Señor Hersley—. Kinner esperó hasta que el hombre se encontró de nuevo con su mirada—. Le haré saber que mis intenciones son honorables. Estoy buscando una esposa.

—Me lo temía. No quiero que mi hija se vaya a Escocia, a añorar su hogar como hizo su madre antes que ella.

—Ah—. La verdad brilló en su mente— ¿Le preocupa que su hija pueda volverse loca también?

—¡Ni siquiera diga eso!— Hersley dio una palmada en el brazo de la silla—. Sólo sepa, lord Sheldon, que no es bienvenido. Si se ofrece por mi hija, su oferta será rechazada.

Se hizo el silencio. Los dos hombres se miraron mientras la contundente afirmación vibraba por la sala.

—No puede protegerla para siempre—, dijo finalmente Kinner.

—No es asunto suyo.

—De hecho, es más asunto mío de lo que usted cree.

—Aléjese de mi hija, Sheldon. Ella no es para gente como usted.

Kinner se puso en pie de un tirón, con el orgullo endureciéndole la columna vertebral.

—¿De mi calaña? Soy jefe de mi clan, Hersley, y también conde. Me han dicho que quiere un buen título para su hija. ¿El mío no es suficientemente bueno?

Hersley también se levantó.

—El suyo la llevará a las tierras salvajes de Escocia. Shannon es una dama y anhela estar aquí en Londres entre compañía civilizada.

Kinner se inclinó hacia delante, poniéndose frente a frente con el hombre mayor.

—¿Y era eso lo que pensaba, George Hersley, cuando robó a Josephine Duncan de su

prometido y se la llevó a Inglaterra?

Hersley retrocedió sobresaltado.

—¿Cómo diablos puede saber algo así?

Kinner soltó una carcajada.

—Porque ese prometido era mi tío. Y yo...— Se señaló el pecho con el pulgar—. Yo soy un McBride.

—McBride—. Hersley susurró el nombre, y el matiz de miedo que trazaban las sílabas hizo que la sangre de Kinner cantara— ¿Es por eso por lo que ha venido a por Shannon? ¿Para vengarse?

—Ella pertenece a su pueblo, Hersley. Es... tradición que las mujeres Duncan se casen con los jefes del clan McBride. Y su hija es una Duncan, a pesar de su sangre Sassenach.

—No. Nunca—. Hersley retrocedió, con el rostro ensombrecido por la rabia y el miedo. Tropezó con su silla, se agarró a sí mismo—. No se llevará a mi hija, McBride. Me importan un bledo sus tradiciones familiares.

—Lo dejó bien claro cuando se llevó a Josephine.

—Josephine se fue voluntariamente—, espetó Hersley—. Ella no amaba a ese hombre y quería vivir una vida de comodidad y riqueza en una ciudad civilizada, no en su aldea de las Highlands.

—Ella tenía un deber que cumplir e incumplió su palabra. Y usted la ayudó. Mi pueblo ha sufrido por ello, y no lo olvidará.

—Quiere vengarse, ¿verdad?— Hersley abrió de un tirón un cajón de su escritorio y cogió una pequeña pistola. Apuntó con ella, con la mano firme— ¡Fuera, maldita sea! No se llevará a mi hija, ¿me oye?

Kinner miró de la pistola a los ojos de pánico de Hersley.

—Intenté cortejarla como a una dama inglesa, pero al igual que su madre, parece no tener ni idea de cómo cumplir sus promesas.

—Vuelva a Escocia—, exigió Hersley—. Déjenos en paz.

—Ojalá pudiera hacer precisamente eso—, reprendió Kinner—. Vuestra ciudad huele a basura, y los ingleses os mentís unos a otros con cada aliento. Pero no puedo volver a mi pueblo sin mi esposa.

—¡No la tendrá!

Kinner sonrió.

—Eso ya lo veremos—. Giró sobre sus talones, despreocupado por la pistola con la que Hersley aún le apuntaba, y salió del estudio.



La cabeza le palpitaba. El canto tranquilo y constante llenó sus oídos y su mente hasta que apenas podía ver bien. Shannon cerró los ojos, sin prestar atención a la multitud que se agolpaba en la tienda del pañero.

Un voto roto cuando se juró la paz...

—Dime, Shannon, ¿prefieres la seda melocotón o la albaricoque?

Shannon se quedó mirando sin comprender las dos piezas de tela que Charlotte le mostraba.

—¿Qué has dicho?

El precio será que nazca una hija...

—¿Cuál crees que queda mejor con mi complexión?— Charlotte sostuvo una delicada tela, luego la otra, cerca de su mejilla.

De sangre Duncan para casarse con nuestro jefe...

—Parecen iguales—. Shannon se apartó, concentrándose en un rayo de azul tranquilizador. Las voces en su cabeza se hicieron más fuertes, más insistentes. Siguió imágenes, escenas de su sueño.

—Parecidas pero no iguales—. Charlotte contempló el conjunto de arco iris que tenía ante sí—. Tal vez un sauce verde.

Una anciana con alborotados cabellos plateados...

Cada generación, sin relevo...

—¿O tal vez un atrevido junquillo?— Charlotte alcanzó un rollo amarillo brillante.

Una daga... Un trueno...

Una mujer pelirroja gritando de dolor...

La daga es su marca de dolor...

La mujer que ha nacido para casarse con nuestro jefe...

—No puedo decidirme—, dijo Charlotte con un suspiro. El canto se hizo más rápido, más fuerte, más alto.

Shannon alargó la mano para agarrarse al borde del mostrador. Su cabeza daba vueltas con imágenes, palabras, voces demandantes.

A los dieciocho años la muchacha debe casarse...

Si no la locura viene y la ve muerta.

¿Por qué había abandonado su hogar? ¿Por qué había creído conveniente evitar a aquel persistente escocés?

La visión de él surgió en su mente, y de nuevo la alcanzó. Las voces cambiaron... un coro caótico de cánticos. Las palabras corrían juntas, chocaban unas con otras, chocaban y serpenteaban en su cabeza.

Él podía hacer que las voces se detuvieran. Sólo él.

Siempre él.

—Shannon—. Dijo su nombre, le tendió una mano—. Ven a casa conmigo.

Ella gimió, cerrando los ojos y presionándose las sienes con las yemas de los dedos.

—No. No, no puedo.

—Shannon. Eres mía—. Sus palabras anularon el cántico, que se había convertido en un tornado de banshees [\[1\]](#) en su cerebro.

—No. No puedo. ¡No!

—Shannon—. Mantenía la mano extendida, sus ojos azules ardientes de necesidad y conocimiento—. Ríndete.

—¡No!— Ella aulló la palabra, cayendo de rodillas— ¡No! ¡Detente!

—Shannon...

—¡No me iré! ¡No puedo!

—¡Shannon!

—Nonononon...

—¡Shannon!— Alguien la agarró por los brazos y la sacudió. Abrió los ojos y vio el rostro preocupado de Charlotte.

—No puedo—, susurró.

—¿No puedes qué?— suplicó Charlotte.

—Sí puedes—. La voz de Kinner ahogó las otras que la atormentaban. En su mente, él la rodeó con sus brazos y la estrechó—. Ven a mí y te protegeré.

La negrura se cerró sobre ella y el mundo se desvaneció.



—Charlotte, de verdad, no necesito que me acompañes a casa. Estoy bien—. Shannon bajó del carruaje Clayton con la ayuda de un lacayo y se dirigió a la escalinata. Las voces se habían calmado a un murmullo tranquilo, pero la humillación de desmayarse en público aún ardía caliente y brillante—. Vete a casa. Te veré en Vauxhall esta noche.

—Tuviste *los vapores*, Shannon. Eso nunca te había pasado antes—. Charlotte extendió la mano para que el lacayo pudiera ayudarla a bajar, luego se apresuró tras ella y la alcanzó cuando Shannon levantó el pie hacia el primer escalón—. Voy a entrar contigo, y ya está.

—No es necesario—. Shannon subió los escalones—. Vuelve a tu carruaje.

—No lo haré—. Charlotte trotó a su lado—. Algo te pasa, Shannon, y como eres mi amiga más querida, tengo el deber de descubrir qué es.

Shannon se detuvo a dos pasos de la cima y encaró a Charlotte. Nunca antes había visto tanta determinación en los ojos de su amiga.

—No, por favor, Charlotte—. Se mordió el labio y miró a la gente que paseaba por la calle. Hasta el momento nadie les prestaba atención, pero ella bajó la voz de todos modos—. Sé que tienes intención de contarle a mi padre lo que ha pasado hoy. Pero preferiría que no lo hicieras.

—Estoy segura de que lo preferirías; sin embargo, estoy preocupada por ti—. La angustia derriñó parte de la resolución de la expresión de Charlotte—. Háblame, Shannon. Dime qué te pasa.

—No pasa nada—. Shannon se volvió para reanudar su ascenso—. Toda joven experimenta los vapores en alguna ocasión.

—Tú no. Eres de constitución robusta y nunca has sucumbido ni a un resfriado.

—No es nada.

—Es algo—. Llegaron al último escalón y el mayordomo abrió la puerta. Charlotte cogió el brazo de Shannon cuando ésta se disponía a pasar—. Por favor, Shannon. Dile a tu padre lo que ha pasado o lo haré yo.

—No quiero que lo sepa.

—¿No quieres que sepa qué, hija?

Shannon levantó la cabeza alarmada y vio a su padre de pie en la puerta.

—Papá, no me había dado cuenta de que estabas en casa.

—Te he estado esperando—. Su severa expresión no se aligeró—. Señorita Clayton, gracias por acompañar a mi hija hasta la puerta.

—Pero...

—Que tenga un buen día, señorita Clayton. Por favor, dele recuerdos a su madre.

Charlotte tragó con fuerza y movió la cabeza.

—Lo haré. Adiós, Shannon. Señor Hersley—. Bajó apresuradamente las escaleras hacia su carruaje.

George Hersley dio un paso atrás hacia el vestíbulo.

—Entra, Shannon.

Lentamente, Shannon obedeció.

—¿Pasa algo, papá?

—En mi estudio—. Cuando Stodgins cerró la puerta, su padre le hizo un gesto para que le precediera.

Caminó a lo largo del pasillo, muy consciente de la pesada pisada de su padre tras ella. Su semblante severo no había cambiado desde que había abierto la puerta. Algo iba muy mal.

¿Sabía él, de algún modo, lo de sus sueños? ¿Las voces? ¿Le habían hablado los criados

de sus andanzas nocturnas?

Atravesaron la puerta abierta del estudio y él la cerró tras ellos, sellándolos en la intimidad. Indicó con una mano hacia una silla vacía en señal de orden silenciosa, y mientras ella se sentaba, él tomó su posición detrás de su escritorio.

—¿De qué se trata, papá?— Ella enroscó los dedos en los extremos de los brazos de la silla— ¿Ha ocurrido algo?

Él se inclinó hacia delante, cruzando las manos sobre el escritorio.

—Tuviste una visita mientras estabas fuera. Fue lord Sheldon.

Ella no pudo leer su tono ni su estado de ánimo.

—¡Dios mío! No puedo creer que me olvidara de ese compromiso. ¡Soy una gansa!

—¿Así que *estaba* previsto que fueras a pasear con él?

—Así es. Qué tonta fui al olvidarlo.

—Hmm—. Se reclinó en su silla, dejando caer las manos a su regazo, y la miró detenidamente—. Me sorprendes, hija.

Shannon se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa inocente.

—¿Por qué dices eso, papá? No olvidé intencionadamente la cita.

—Creo que lo hiciste, pero eso no es lo que me sorprende. Me asombra que aceptes a un escocés como visita.

Ella frunció el ceño, dejando de fingir.

—¿A qué te refieres? Dijiste que querías que me convirtiera en condesa, y lord Sheldon es conde. Creía que estarías extasiado por su interés en mí.

Golpeó el escritorio con la mano.

—¡No permitiré que mi hija huya a las tierras salvajes de Escocia! Te casarás con un inglés, ¡por Dios!

Shannon retrocedió ante el estruendoso estallido.

—No tenía ni idea de que sintieras algo tan fuerte sobre el tema.

—Aléjate del escocés.

Su exigencia sólo endureció su espina dorsal.

—¿Cómo puedes oponerte a un pretendiente escocés cuando tú mismo te casaste con una escocesa?

—*Por eso* me opongo—, dijo él, señalándola con el dedo—. Te he dicho muchas veces que los escoceses son demasiado emocionales, demasiado incontrolables. Amaba a tu madre, Shannon, pero el matrimonio fue un completo desastre.

—Porque se volvió loca.

Él suspiró.

—No fue simplemente eso. Se obsesionó con volver a Escocia. No puedo decirte el número de veces que estuvo a punto de perder la vida al intentar escapar de nuevo a las Tierras Altas. No quiero eso para ti.

—¿Qué?—, preguntó ella— ¿No quieres que suspire por mi hogar, o no quieres que me vuelva loca?

Él aspiró una bocanada de aire.

—Haz lo que te digo.

Ella asintió lentamente.

—Eso es lo que temes, ¿verdad? Temes que me vuelva loca como mamá, por eso quieres que me quede aquí, cerca de ti.

Apretó los labios.

—Me preocupo por mi única hija. No hay nada malo en ello.

—En absoluto. Pero sabes más sobre lo que le pasó a mamá de lo que nunca me has contado, papá.

—No es nada por lo que debas preocuparte.

—¡No me mientas!— El tono cortante de su voz hizo que su padre enarcara las cejas. Ella respiró hondo y se esforzó por calmarse—. Te pido disculpas, pero esto es muy frustrante para mí. Está claro que te preocupa que pueda volverme loca como le ocurrió a mamá. ¿No crees que tengo derecho a saberlo todo?

Él la miró en un pesado silencio durante unos largos instantes. Finalmente asintió.

—A veces olvido que eres una mujer adulta, pero como tu padre, quiero lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí es la verdad—. Ella le miró fijamente—. Háblame de la maldición de los Duncan.

Él parpadeó.

—¿Dónde has oído ese término?

—De mi madre—. Ella tragó a pesar de la repentina opresión de su garganta—. Ella habló de ello el día que murió.

—Dios mío—. Cerró los ojos un momento y luego los abrió—. No lo sabía.

Respiró hondo.

—¿Cuál es la maldición?

—Nunca me lo dijo. Y una vez que empeoró, no podía confiar en lo que decía.

—Lo comprendo—. Ella agarró los brazos de la silla con los dedos apretados— ¿Así que mamá se casó contigo en contra de los deseos de su familia y luego... se arrepintió?

—Supongo que así fue—. Se pasó una mano por la mandíbula—. Su familia vino a por nosotros, intentó llevársela el día que íbamos a casarnos. Pero escapamos de ellos.

—Obviamente pudisteis casaros.

—Sí. Es bastante fácil en Escocia. Y cuando salimos de la casa del párroco donde habíamos dicho nuestros votos, su familia estaba esperando. Hablaron de fatalidad y deslealtad al clan y de una maldición. Poco después de tu nacimiento, comenzó la locura.

—¿Es esa la maldición entonces? ¿La locura?

—No creo en ninguna maldición, aunque supongo que es un nombre tan bueno como cualquier otro para la afección. Tal vez sea alguna dolencia física particular de la familia de tu madre. Pero sí sé esto: debes alejarte de este conde escocés, Shannon. Y debes resistir la llamada de tu sangre escocesa y mantener el decoro en todo momento.

—Nunca he hecho otra cosa.

—Es más importante que nunca ahora que este hombre ha venido a cortejarte—. Atrapó su mirada con la suya— ¿Qué ha pasado hoy?

Ella consiguió mantener una calma que no sentía.

—Charlotte y yo fuimos de compras.

—No me refiero a eso, y bien lo sabes, Shannon. ¿Qué era lo que la señorita Clayton quería contarme? ¿El secreto que no quería que oyera?

—No era nada—. Con un encogimiento de hombros casual, Shannon se puso en pie—. Quizá debería consultar con Dolly qué me pondré para ir a Vauxhall esta noche.

—Siéntate.

Ella vaciló y luego volvió a sentarse lentamente en su silla.

—Dime qué ha pasado, Shannon, o llamaré a la señorita Clayton y se lo preguntaré yo mismo.

Shannon suspiró.

—Simplemente me desmayé, papá. No fue nada importante.

—Te desmallaste, ¿eh?— La miró con ojo crítico—. Quizás debería llamar al médico.

—¡No! No es necesario—. Agitada, volvió a ponerse en pie—. Las jóvenes se desmayan todo el tiempo.

—Cierto, la mayoría lo hacen. Pero tú no. Tal vez no deberías asistir a Vauxhall esta noche. Enviaré nuestras disculpas a las damas Clayton

—Pero... lord Kentwood dijo que asistiría.

—Soy consciente de ello—. Levantó una nota con una fluida letra femenina—. Pero esto debe tener precedencia. Ha llegado hoy. La madre de lord Kentwood nos ha invitado a tomar el té mañana por la tarde en su casa.

Atónita, se quedó mirando el pálido papel de carta como si estuviera hecho de oro.

—Semejante invitación no tiene precedentes. ¿Podría significar...?

—¿Que a lady Kentwood le gustaría conocerte? ¿Que su hijo está considerando seriamente ofrecerse por ti? Creo que sí.

Se puso una mano en el pecho como si pudiera evitar que su agitado corazón saltara de su pecho.

—Estoy abrumada.

Se levantó.

—Ahora entiendes por qué mañana debes estar en tu mejor momento. Así que ahora irás a tu habitación y permanecerás allí el resto de la noche. Enviaré nuestras disculpas a las damas Clayton y a lord Kentwood por esta velada.

—Pero...

—El asunto queda zanjado—. Lanzó su mano en el aire—. Has estado actuando de forma extraña últimamente, hija. Muy distraída y desconcentrada. Créeme cuando te digo que te vendrá bien el descanso.

Ella asintió y se dio la vuelta para obedecer a su sire. Temblaba de pies a cabeza, tanto por la posibilidad de que lord Kentwood pidiera pronto su mano, como por el conocimiento de que no debía de haber estado ocultando sus recientes dificultades tan bien como había pensado si su padre se había dado cuenta lo suficiente como para comentarlo.

La cuestión era, ¿tenía tiempo suficiente para convertirse en lady Kentwood antes de que alguien adivinara la verdad?

Capítulo 7

Kinner irrumpió en la casa como un vendaval, con el ánimo ennegrecido y el orgullo escocido.

—¿Qué viento asqueroso te ha hecho entrar a toda prisa sin limpiarte los zapatos?—. Donald se interpuso en su camino y frunció el ceño ante el piso de mármol raspado del vestíbulo—. No tenemos criadas que limpien lo que ensucias... milord.

Kinner fulminó con la mirada al anciano.

—Mantén una lengua civilizada, anciano. Tenemos más de qué preocuparnos que del maldito suelo.

—¿Ah, sí?— Donald se erizó—. Te agradeceré que recuerdes con quién estás hablando, muchacho.

—Créeme, no puedo olvidarlo—. Kinner se quitó el sombrero y lo arrojó sobre la mesa—. Tu muchacha está jugando conmigo, Donald. Hoy no estaba en casa cuando fui a buscarla.

Donald se encogió de hombros.

—Las mujeres Duncan son conocidas por cambiar de opinión con el viento.

—¡Sí, y todos conocemos las consecuencias! Mira dónde estamos ahora por culpa de una mujer Duncan.

Los ojos azul grisáceo de Donald brillaron con la luz de la batalla.

—No saques el tema de Josephine, Kinner.

—¿Cómo no voy a hacerlo, si su marido Sassenach me ha dicho que ninguna hija suya se casará con un escocés?

Donald aspiró indignado.

—¡No se atrevería!

—Sí, lo ha hecho. Dijo que Shannon Hersley no es para gente como yo y que no se escapará a las Tierras Altas con un hombre incivilizado como yo.

—¡Como si una muchacha Duncan fuera a encontrar Londres de su agrado!— se burló Donald.

—En efecto—. Kinner flexionó los hombros—. Para darle crédito al hombre, teme por la muchacha. Le preocupa que se vuelva loca como su madre.

—Y así será hasta que te cases con ella. ¡Maldito Sassenach!

—Él no sabe de la maldición.

—Y probablemente la rechazaría si lo supiera!— Donald cerró el puño y lo agitó—. No

sabe con quién está tratando.

—Sí, lo sabe.

—¿Ahora sí?— Donald sonrió con un regocijo impío— ¿Se lo dijiste entonces?

—Lo hice.

—Ojalá hubiera podido verlo—. Donald soltó una risita malvada.

—Eh, ¿a qué viene tanto jaleo?—. Liam y los gemelos salieron de la biblioteca con Malcom detrás.

—Hersley afirma que un McBride no es lo bastante bueno para su hija—, dijo Donald.

Los cuatro hombres fruncieron el ceño al acercarse.

—¿Ah, sí?— dijo Liam en voz baja.

—En efecto—, dijo Kinner. Se encontró con la mirada de Liam en un momento de perfecta comprensión.

—¿Aún respira?— preguntó Malcom, con los ojos narcotizados y las manos entrelazadas.

—Lo hace—, dijo Kinner.

—Supongo que entonces le haremos una visita—. Liam sonrió y miró a los demás—. Es algo bueno, ya que todos hemos estado sentados engordando esta última semana.

—Habla por ti—, refunfuñó Donald— ¡He trabajado por todos vosotros!

—He intentado ganarme a la muchacha según las reglas inglesas—, dijo Kinner—, y por eso lo único que he conseguido es que me cierren la puerta en las narices.

—¡Ja!— Liam se golpeó las manos—. Llévatela, ¿quieres? Traeré la cuerda.

—No sé si ya hemos llegado a ese punto.

—¿Qué?— Liam se detuvo a medio paso—. Si no vas a cortejarla como un inglés, entonces la otra opción es simplemente llevártela.

—A menos que ella venga voluntariamente.

—¿Pero lo hará?— preguntó Hammish— ¿O ella siente lo mismo que su padre hacia los escoceses?

Donald sacó pecho.

—¡Ninguna muchacha Duncan daría la espalda a su pueblo!

Todos le miraron fijamente.

Donald suspiró, desinflándose.

—Excepto Josephine, supongo.

—No lo sabremos hasta que se lo pregunte—. Kinner dio una palmada en el hombro de Donald y miró a sus hombres—. Pero entended esto. Si la muchacha se resiste, entonces haré lo que es correcto para nuestro pueblo y la llevaré de vuelta a donde pertenece. Tal vez si ve el daño que ha causado la maldición, se sentirá movida a poner las cosas en su sitio.

—O tal vez su rico padre venga a por ti con un lazo en la mano—, refunfuñó Malcom.

—Puede que eso ocurra—, convino Kinner—. Pero una vez que estemos en casa -en las Tierras Altas- nadie podrá superarnos.

—Sí, es cierto—. Liam levantó el puño en el aire y rugió el grito de guerra de los McBride. Malcom, Hammish y Harlan echaron la cabeza hacia atrás y se hicieron eco de la llamada.

Mientras Kinner se limitaba a sonreír ante las payasadas de sus hombres, Donald resopló con disgusto y esperó a que se calmara el alboroto. Cuando lo hizo, los miró a los cuatro con ojos rasgados.

—¿Necesito recordarles que aún estamos en Londres y que no podemos estar robando a la muchacha como si fuera simple ganado?

—Sí que podemos, Donald—, le aseguró Kinner—. Es algo sencillo—, Malcom se rio y luego se calmó ante una mirada de advertencia de Kinner.

—¿Y cómo pretendes llevar a cabo ese pequeño milagro, Kinner McBride?— exigió Donald.

—Donald, ¿no quieres sacar lo mejor del inglés?— desafió Hammish.

—Quiero. Pero no dejaré que la muchacha resulte herida o asustada al hacerlo—. Donald les miró fijamente como si aún fuera un hombre joven, bien musculado y preparado para la batalla—. No le hará ningún bien a Kinner que la chica se niegue a casarse con él después de todos los problemas.

—Se casará conmigo—, dijo Kinner—. No tengas miedo de eso, Donald.

—Pero sí tengo miedo de ello—, replicó Donald— ¿Pretendes asaltar la casa de Hersley y secuestrar a la muchacha y casarte con ella por la fuerza si es necesario!

—¿Qué otra cosa voy a hacer?— exigió Kinner—. Mi pueblo se muere de hambre. *Tu* pueblo se muere de hambre, Donald Duncan. ¡Y la única manera de hacer que pare es que me case con tu nieta!

Un silencio sepulcral siguió a su tono atronador.

—Conozco los caminos de la maldición, Kinner—, dijo finalmente Donald—, pues ¿no fue mi propia hija la que faltó a su palabra y nos condenó a esta causa?

—Así fue—, asintió Kinner—. Y es mi deber como jefe de los McBride casar a esta muchacha y poner las cosas en su sitio—. Suavizó su tono, muy consciente de que sus hombres observaban el intercambio—. No será una prisionera, Donald, sino una esposa querida que me dará hijos. Y la maldición será aplacada, y la prosperidad volverá a la tierra.

—¿Pero por cuánto tiempo?— preguntó Donald— ¿Cuántas generaciones podremos vivir así, esclavos de una maldición?

Kinner ladró una carcajada que no contenía humor.

—Soy yo quien es esclavo de la maldición, no ninguno de vosotros.

—Ambos clanes...— comenzó Donald, erizándose.

—*Mi clan*—. Kinner se clavó un pulgar en el pecho, silenciando al otro hombre—. Desde el momento en que mi padre murió, *me convertí* en heredero de mi tío y heredé esta responsabilidad. Soy yo quien debe casarse con una muchacha con la marca de la daga, sin importar mis sentimientos, para evitar que nuestro pueblo muera.

Donald frunció el ceño.

—¿Estás diciendo que no te importa la muchacha?

—Quizá con el tiempo surja algún sentimiento entre nosotros—, dijo Kinner—. Pero, no obstante, la trataré con honor. Te lo juro.

Donald miró a los ahora silenciosos hombres McBride, y luego de nuevo a Kinner.

—Asegúrate de que así sea, de lo contrario no recibirás más ayuda de mi parte.

—De acuerdo.

Donald asintió una vez, luego se dio la vuelta y abandonó el vestíbulo, dejando al jefe de los McBride a solas con sus hombres para planear su estrategia de batalla.



El reloj dio las ocho campanadas y Shannon levantó la vista con cierta sorpresa de la novela que había estado leyendo. Era casi la hora de cenar y Dolly no había venido a ayudarla a cambiarse para la cena.

Con el ceño fruncido, marcó su página y dejó el libro, luego se levantó y tiró del timbre. Aún tenía la cabeza nublada por el desmayo que había sufrido a primera hora del día, y las voces seguían susurrando en el fondo de su mente, como el tranquilo borbotear de un arroyo lejano.

Echó un vistazo al reloj. Habían pasado cinco minutos y nadie había respondido a su llamada. Se dirigió a la puerta, con la esperanza de que hubiera una camarera u otra sirvienta en el vestíbulo que fuera a buscar a Dolly por ella.

Pero el pomo no giró.

Lo agarró con ambas manos, esperando que la puerta estuviera simplemente atascada, y tiró, haciendo zonas los goznes. ¿La habían encerrado? ¿Era ahora una prisionera en su propia casa?

Golpeó la puerta con la palma de la mano.

—Dolly, ¿dónde estás? ¡Dolly!

Nadie respondió.

Golpeó de nuevo, el miedo le subía por la garganta, atenazándola como un puño invisible.

—¡Dolly, ven a abrir la puerta! ¡Estoy encerrada!

Silencio. Nadie hacía caso a sus gritos.

Apretó los dedos y golpeó la puerta con el puño, no quería ser como su madre. No, no como mamá, a la que encerraron y ataron a la cama para que no se hiciera daño. No como mamá, que había hablado con acertijos y cantado canciones extrañas. No como mamá, que había saltado hacia su muerte con una sonrisa impía en la cara...

El entumecimiento la recorrió y sus rodillas flaquearon. Se hundió en el suelo, una mano deslizándose por la madera de la puerta en señal de súplica. Estaba encerrada. Encarcelada. ¿La atarían a ella también?

Su aliento se agitó entre sus labios. Quizá se trataba simplemente de un error. Quizá la cerradura estaba defectuosa o se había activado sola. Su padre no creía que estuviera loca, sólo temía que pudiera ocurrir. No podía culparle por ese pensamiento; ¿no creía ella lo mismo?

Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta. ¿O ya era demasiado tarde? ¿Se había vuelto completamente loca y simplemente fueron demasiado amables para decírselo ¿se lo habían dicho? ¿Estaba condenada a vivir como su madre, confinada en sus habitaciones y atada por seguridad, balbuceando en lenguas extrañas a gente que nadie podía ver?

Llegó un sonido del pasillo y Shannon se quedó helada, conteniendo la respiración, al identificar el vaivén de una falda y el roce de una zapatilla. Había alguien al otro lado de la puerta.

¿Debía llamar? ¿O su visitante simplemente pasaría de largo, ignorando la habitación donde vivía la loca?

El tintineo de la plata sobre la porcelana llegó a sus oídos a través de la puerta. Luego el tintineo de las llaves. Se puso en pie, torpe, con las faldas enganchadas bajo los tacones de sus zapatillas. Cuando la llave giró en la cerradura, se tambaleó hacia atrás, con la mirada fija en el pomo que giraba lentamente.

La puerta se abrió de golpe, luego se ensanchó cuando Dolly metió la cabeza.

—¡Oh, está despierta!—, exclamó. Un golpe de cadera hizo que la puerta se abriera de par en par para revelar la bandeja que sostenía, cargada de comida—. Su padre pensó que estaría más cómoda cenando en su habitación esta noche.

—Me encuentro bastante bien—, dijo Shannon, observando cómo Dolly llevaba la bandeja hasta una mesita—. Desde luego, puedo bajar al comedor.

Dolly se apartó de la comida y miró a Shannon con el ceño fruncido.

—No hará tal cosa. Su padre quiere que esté bien descansada para visitar mañana a la madre de lord Kentwood.

—Se suponía que vería a lord Kentwood en Vauxhall *esta noche*—. Ella se adelantó—. Dolly, ¿qué ocurre?

—¿Qué quiere decir?— Desviando la mirada, Dolly se ocupó de poner los platos de la bandeja—. Venga a cenar ahora.

—Dolly, dime—. Puso una mano en el brazo de Dolly. La criada se congeló en el acto de colocar los cubiertos— ¿Alguien me ha encerrado en mi habitación?

Dolly respiró hondo y por fin se encontró con la mirada de Shannon.

—Su padre quiere lo mejor para usted.

—¿Y cree que encerrarme es lo mejor?— Shannon cerró los ojos por un momento—. ¿Qué he hecho para merecer eso?

—Desmayarse en la tienda de telas. La señorita Clayton envió una nota y su padre se puso blanco como la leche cuando la leyó.

—¡Oh, por el amor de Dios! Muéstreme a una mujer que no haya tenido los vapores al menos una vez en su vida.

—La está mirando—, dijo Dolly, echando hacia atrás sus hombros con orgullo—. Ni siquiera cuando nacieron mis bebés.

—Bueno, ésta es la única vez que me ha ocurrido, y creo que encerrarme en mi habitación por una equivocada sensación de pánico es simplemente ridículo.

—Sólo intenta hacer lo mejor para usted—. Dolly retiró la silla y señaló la cena caliente extendida sobre la mesa—. Siéntese ahora y coma. Debe mantener sus fuerzas.

Reconociendo la derrota, Shannon se sentó.

—Estoy bien, Dolly. No me pasa nada.

—Lo sé, señorita Shannon.

—Me lo dirías, ¿verdad, Dolly? Si pareciera... diferente.

Dolly lanzó un bufido insultante.

—¿No me he preocupado por usted lo suficiente estas últimas semanas desde que Lisa le dejó?

—Lo has hecho—, convino Shannon. Levantó la cuchara y probó la sopa. La cebolla y la ternera explotaron en su lengua.

Dolly se ocupó de recoger la falda de Shannon, que estaba tendida sobre una silla, y colgarla en el armario.

—Su padre está haciendo lo que le parece correcto para cuidar de usted, y me parece que podría aprovechar la oportunidad, descansar mucho y cenar bien. Así mañana podrá ver que está como una rosa.

Shannon tomó otro sorbo de sopa, sonriendo ante la simple lógica de la idea.

—Eres una mujer sabia, Dolly Ross.

Dolly soltó una risita y cerró el armario.

—Si pudiera hacer que mis hijos lo entendieran.



Cuando Shannon hubo terminado de comer, Dolly la ayudó a ponerse el galán de noche y se

marchó con la bandeja vacía. Para alivio de Shannon, la criada no la encerró esta vez. Se sintió reconfortada por la amabilidad de la criada.

Aunque no era tan tarde, ni siquiera las diez, la negra noche había caído. Retorciendo el extremo rizado de su única trenza, Shannon se acercó a la ventana de su dormitorio y miró hacia el pequeño jardín que había detrás de la casa de la ciudad. Grandes nubes de tormenta bloqueaban la luna y las estrellas, proyectando una sombra sobre la tierra. Aquí y allá se veía una luz procedente de un edificio lejano, pero por lo demás la noche colgaba preñada de una quietud depredadora que presagiaba la tormenta que se avecinaba.

Abrió la ventana y dejó que entrara el aire, respirando la dulce fragancia de las flores de abajo. Una suave brisa agitó el encaje de sus muñecas y trajo consigo el sabor de la lluvia inminente. Los sonidos distantes de las ruedas de los carruajes y los cascos de los caballos le llegaban desde la calle, pero parecían muy lejanos. De otro mundo.

Qué sencilla sería la vida si ésta fuera una noche cualquiera, y ella una mujer cualquiera.

Con un suspiro, se apartó de la ventana pero la dejó abierta, mejor para disfrutar del aroma de la borrasca que se acercaba. Apagó la vela y se metió en la cama y observó las cortinas blancas ondear con la brisa mientras esperaba que el sueño la reclamara.

Pero su mente no se aquietaba.

No había estado preparada para que su estado atrajera la atención de su padre y, desde luego, no quería poner en peligro que lord Kentwood se ofreciera por ella. Estos episodios de locura -junto con cierto persistente lord escocés- pusieron obstáculos en su camino que sólo hicieron más difícil toda la situación.

Su mayor temor parecía inminente: que papá la encerrara permanentemente como había hecho con mamá. Que no tendría ningún tipo de vida, encarcelada en las cuatro paredes de su habitación. Que podría morir allí siendo aún una joven mujer. Esta noche había sido la mera sombra de lo que podría venir.

Ella quería vivir, por Dios. Quería un marido que cuidara de ella, alguien amable y digno de confianza que velara por su comodidad aunque la locura se la llevara. Quería tener hijos, verlos reír, verlos crecer. Pero, ¿qué clase de madre sería? ¿Cómo podría condenar a inocentes a compartir una vida así? No. No quería arriesgarse. Pero si se casaba con un hombre del prestigio de lord Kentwood, éste necesitaría herederos.

Pasaron los minutos, y se convirtieron en horas. Sus párpados se hicieron más pesados, sus pensamientos revoloteaban en las tontas fantasías a medio camino entre la vigilia y el sueño. El susurro de su mente, tan quiescente hasta ahora, aumentó lentamente de volumen. Canturreando aquel verso. Aquella maldición. Pero estaba demasiado cansada para luchar contra ello. Dejó que las voces la inundaran, cada vez más fuertes e insistentes, y se dejó llevar por ellas como por una ola del océano. Ingrávida. Libre de preocupaciones. Rendida.

Un voto roto cuando se juró la paz,

El precio será una hija nacida

De sangre Duncan para casarse con nuestro jefe

Cada generación, sin alivio.

Ella flotó a través del sueño familiar como un fantasma, observando la acción como lo había hecho tantas veces antes. Y esta vez, cuando las brumas se separaron y él se acercó a ella, se echó a sus brazos antes de que él pudiera alcanzarla.

—Mi amor—. Él le acarició la cara, y la bruja y las palabras se desvanecieron, dejándolos sólo a ellos dos.

—Kinner—. Ella susurró su nombre, llenándose de dicha con sólo pronunciar la palabra. Una palabra, un nombre que significaba para ella todo lo que era alegría y libertad.

De nuevo no llevaba nada más que una tela escocesa que le envolvía. Ansiosa, recorrió sus manos sobre su pecho desnudo, sus dedos temblaban. Esta necesidad... tan incontrolable. La arrastraba como fuego líquido. Su cuerpo estaba hambriento de él, de todas las cosas que podía enseñarle.

Le echó el pelo hacia atrás por encima del hombro y se inclinó para mordisquearle la garganta, su boca acariciando aquel tierno lugar donde cuello y hombro se unían. La estrechó contra él con sus fuertes manos y ella pudo sentir el calor de su cuerpo a través del fino algodón de su camisón.

—Kinner—, murmuró ella.

Él levantó la cabeza.

—Estoy aquí, muchacha—. Como un conquistador, tomó su boca como si tuviera derecho a hacerlo. Como si le perteneciera.

Y ella sólo quería que él tomara más.

A su alrededor, la noche estalló en furia, con el retumbar de los truenos y el fulgor de los relámpagos. El viento azotaba sus ropas, casi destrozando las finas ropas de noche de ella. Ella se aferró a él, agarrándose a sus musculosos brazos para no perderse en la tormenta.

—Me perteneces—. Él capturó su mirada con la suya, caliente y hambrienta—. Dilo. Dímelo.

—Soy tuya—. Ella se estremeció ante las meras palabras. Su cuerpo se sentía como el de otra persona, tan hinchado y hambriento, tan dolorido por la necesidad.

Él la rodeó con sus brazos, la sujetó con fuerza mientras la besaba de nuevo. Ella gimió de placer, inclinando la cabeza hacia atrás, dejándole hacer lo que quisiera con su boca. Cualquier cosa que él quisiera. Cualquier cosa.

Un enorme estruendo los separó. De repente se encontraban al borde de un acantilado... ¡y ella estaba resbalando!

Ella gritó y se agarró a él mientras la tierra bajo sus pies se desmoronaba. Gritó su nombre, se agarró a ella, pero los guijarros y la tierra se desprendieron. Con un grito, ella cayó.

Hacia la negrura. Un abismo.

Hacia la nada.

—¡Shannon!— Su voz resonó tras ella, desesperada.

—¡Kinner!—, gritó, y se despertó a sí misma por el terror que le producía.

Se incorporó bruscamente en la cama, con los sollozos atrapados en la garganta, las lágrimas resbalando por sus mejillas. Se envolvió en sus brazos, temblando, completamente destruida por la pérdida de... algo. Fuera, tronaba y relampagueaba.

—Ya está, muchacha, no llore tanto—. La voz de Kinner llegó a ella desde la oscuridad—. Estoy aquí.

Con un agudo jadeo, se encogió.

—No puede estar aquí.

—Pero lo estoy—. Una sombra se alejó de las cortinas de la ventana abierta.

Con las manos temblorosas, buscó la lámpara junto a la cama. Necesitó dos intentos para golpear la yesca y encender la mecha. Cuando el resplandor iluminó la habitación, miró hacia la voz, temerosa de lo que vería.

Kinner McBride estaba de pie en medio de su alcoba, vestido con pantalones y una sencilla camisa blanca que se ceñía húmedamente a cada músculo esculpido de su fina figura. Levantó ambas manos y se echó hacia atrás el cabello empapado.

—Es una noche miserable para hacer una visita, lo admito, pero no podía esperar ni un momento más para verla, dulce Shannon.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Cómo ha entrado aquí?

Él le dedicó una sonrisa malvada que no hizo nada por disipar sus escandalosos anhelos.

—Un hombre puede hacer cualquier cosa por la recompensa adecuada.

—¿Qué recompensa?— Ella se llevó la colcha a la garganta, nerviosa y excitada a la vez.

—Contemplar su belleza, por supuesto.

—Tonterías.

Se puso en marcha hacia la cama.

—Es la verdad de Dios.

—Pare, o gritaré.

Hizo una pausa, sonriendo como un pirata.

—Y cuando su padre venga irrumpiendo por la puerta para salvarla, entonces estará comprometida, ¿no? Y por fin será mía.

La anticipación batalló con la moralidad.

—No soy suya.

Dio el último paso hasta el borde de la cama y alargó la mano para jugar con el extremo de la trenza que colgaba de su hombro.

—Sí, es mía, Shannon Hersley. Y después de esta noche, será la primera en admitirlo.

Capítulo 8

Se apartó la mano.

—Estoy harta de que todo el mundo me diga lo que haré o lo que sentiré. Mi vida es mía.

Kinner retrocedió un paso.

—Ojalá fuera cierto, muchacha. Por los dos.

—¿Qué sabe usted de eso?— Ella apartó los mantas, sin reparar en su modo de desnudarse, y pasó junto a él hacia la silla donde yacía su envoltura. Encogiéndose de hombros dentro de la prenda, se volvió hacia él mientras ataba la faja, tirando de los extremos con fuerza.

—No la noto desconcertada por sueños salvajes y voces enloquecidas en su cabeza.

Ella se detuvo, escuchando.

—Se han ido.

—¿El qué?

—Las voces. Otra vez.

Sus cejas se juntaron en señal de preocupación.

—Muchacha, temo por usted, sin duda.

—Pues no lo haga—. Levantando la barbilla, se sentó en la silla—. Ahora dígame qué hace en mi alcoba, Kinner o lord Sheldon o como quiera que se llame hoy.

La irritación parpadeó en su expresión.

—Cualquiera de los dos me servirá. He venido a hablar con usted, Shannon. A decirle la verdad.

—Eso—, espetó ella—, sería toda una novedad.

—Ha llegado a mi conocimiento que desconoce las fuerzas que actúan entre nosotros.

—No hay nada entre nosotros. Puede que le llame la atención que no estuviera en casa para ir a pasear con usted esta tarde.

Su expresión se ensombreció.

—Me di cuenta—, gruñó.

—Eso es porque no quería verle. Me engañó para que le permitiera venir a mi casa.

Se puso rígido.

—No hubo ningún engaño, Shannon Hersley. Es atracción, pura y simple.

Ella exhaló un suspiro impaciente.

—Tengo un compromiso con otro caballero, lord Sheldon. Es de muy mala educación aceptar visitas de un caballero cuando otro está a punto de proponerle matrimonio.

—Yo le propuse matrimonio.

—¿Considera eso una propuesta? ¿Esa orden de casarme con usted?— Ella soltó un bufido despectivo.

—¿Quién es? ¿Es ese inglés insignificante con el que la vi en el lanzamiento del globo?

—Sí. Lord Kentwood. Encajaremos bastante bien.

—¿De veras?— Se acercó a ella, con una postura de masculinidad posesiva—. Yo me ofrecí primero. Y creo que ya sabe lo bien *que encajamos*.

—Si desea casarse conmigo, entonces hable con mi padre.

—Ya lo he hecho, y me dijo que ninguna demanda mía sería aceptada.

—Ahí lo tiene entonces. No podemos casarnos.

—Podemos, y lo haremos.

—Esto no nos lleva a ninguna parte—. Inquieta, pero excitada por su cercanía, cruzó los brazos sobre su cuerpo para que no la traicionara—¿Cuál es esa verdad que ha venido a decirme?

Él la consideró durante un largo momento, los ojos azules ardientes de necesidad y frustración.

—Está bien. Quizás recapacite cuando le cuente la historia.

—Entonces, por supuesto, cuéntela. Pero dese prisa, que me está entrando sueño.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Hay mucho que contar, muchacha. Empezando por la maldición.

Ella se irguió en su asiento.

—¿La maldición Duncan?

Él resopló.

—La maldición Duncan, fue lanzada por un McBride a causa de la traición de los Duncan. Yo diría que es una maldición McBride.

Ella le entrecerró los ojos.

—Oh, de verdad.

—Sí, es cierto. Hace generaciones los McBride y los Duncan eran enemigos. Hubo muchas batallas entre ambos.

—Parece que los McBride no pueden llevarse bien con nadie.

—Somos guerreros, muchacha, y creemos en la lucha por lo que queremos.

Ella tragó con fuerza, no era en absoluto ingenua sobre lo que quería este guerrero.

Él continuó.

—Se iba a jurar la paz entre los dos clanes, mediante la boda de una muchacha Duncan con el jefe McBride. Pero el jefe de los Duncan nunca quiso que su hija se casara con su enemigo e intentó matar a los McBride la noche anterior a la boda.

—¿Tuvo éxito?

Le lanzó una mirada de fastidio.

—Por supuesto que no, de lo contrario no estaría aquí ahora.

Ella levantó las manos en señal de rendición.

—Era una simple pregunta.

—No se lo está tomando en serio—. Él se acercó y se inclinó, atrapándola en su silla con las manos apoyadas en los brazos. Sus ojos azules ardían con una ferocidad que hizo que se le pusiera la piel de gallina a lo largo de sus brazos. —Escuche bien. *Un voto roto cuando se juró la paz...*

—¿Cómo sabe eso? —Luchando por respirar, ella le empujó el pecho, pero él no se movió.

—*El precio será una hija nacida de sangre Duncan para casarse con nuestro jefe...*

—¿Cómo sabe eso? ¡Basta! ¡Basta!— Le aporreó el pecho y los hombros, el pánico casi ahogándola.

—Calle—. Él le agarró los puños agitados con una mano y le puso un dedo sobre los labios con la otra. —¿Ahora me escuchará?

Ella asintió, sollozando en voz baja, incapaz de detener su temblor.

—Ya muchacha—. Le acarició los labios y luego dio un paso atrás.

—¿Cómo conoce esas palabras?—, logró decir ella.

—Es la maldición, Shannon. Lanzada hace unos trescientos años por una arpía McBride que practicaba las viejas costumbres.

—Esas palabras... eso es lo que dicen las voces.

—¿Qué voces, muchacha? Las mencionaste antes.

—En mi cabeza—. Apretó los ojos—. Una y otra vez, todo el tiempo. Oigo voces que corean esas palabras—. Abrió los ojos y le miró en busca de respuestas—. Excepto cuando usted está conmigo.

—Eso sí que es un enigma interesante.

—¿Así que no sabe por qué puede ser?

Se encogió de hombros.

—Supongo que es parte de la maldición.

Ella aspiró un aliento estremecido.

—Dígame lo que sabe.

Él asintió.

—Volvamos entonces a la historia. Cuando el jefe de los Duncan intentó matar a los McBride, la arpía lanzó la maldición para forzar la paz entre los clanes. Cada generación una muchacha Duncan debe casarse con el jefe McBride para mantener esa paz.

—¿Qué ocurre si no lo hace?

—Si no se casa con su marido predestinado, la prosperidad de los McBride se resentirá. El clan morirá de hambre.

—Ya veo. ¿Y los Duncan?

—El clan comparte la pobreza que sigue—. Hizo una pausa y luego dijo suavemente:— Y la muchacha Duncan se vuelve loca.

Ella jadeó, cubriéndose la boca con las manos.

—Se suponía que mi madre se casaría con el jefe de los McBride— se atragantó.

—Sí, se suponía.

—Pero en su lugar se casó con mi padre. Y...

—Se volvió loca—, terminó él por ella—. Fue la maldición.

—Dios mío—. Ella cerró los ojos un momento mientras luchaba con las implicaciones de sus palabras—. Es un cuento fantástico.

—Sé que no sabe nada de esto—. Se agachó ante ella y le cogió las manos con ternura—. Si usted se hubiera criado con los clanes, lo habría sabido todo desde su nacimiento.

—Pero no fui criada en Escocia. Nunca entendí por qué mi madre se volvió loca. Pensé que era algún tipo de enfermedad familiar.

Le dedicó una sonrisa torcida.

—Así es, por así decirlo.

—No bromea con esto.

La sonrisa se le borró de la cara.

—Le aseguro, Shannon, que me tomo muy en serio el bienestar de mi clan—. Le soltó las manos y se puso en pie—. Durante casi veinte años, mi pueblo ha vivido al borde de la inanición por culpa de las acciones de su madre. Es mi deber volver a poner las cosas en su sitio.

Entrecerró los ojos al darse cuenta.

—Usted es el jefe del clan McBride. Eso significa que debe casarse con una Duncan para romper la maldición.

—¿Romper la maldición? No. La forma de hacerlo es casi imposible. ¿Pero apaciguar la maldición? ¿Traer de vuelta la prosperidad a mis tierras y la comida a los estómagos de mi clan? Sí, es la única manera.

—¡Dijo que quería que fuera tu *esposa*!

—Eso dije.

—Imposible. Está loco—. Ella se levantó de la silla, empujándole para dirigirse al tirador de la campana—. Voy a llamar a mi padre.

—No, no hará tal cosa—. La cogió por la cintura con un brazo, tirando de ella contra su cuerpo cálido y húmedo—. Fue su madre quien faltó a su palabra, Shannon Hersley, y ahora es su deber equilibrar la balanza.

Ella enroscó los dedos alrededor de la musculosa banda de su brazo y tiró, pero el resultado fue como una mariposa tirando de un toro. Nada. Con un suspiro de rendición, dejó que su cuerpo se hundiera contra el de él, intentando desesperadamente no disfrutar del escandaloso contacto.

—No me obligará a casarme para pagar el error de mi madre.

—No habrá ninguna fuerza—. Le acarició la oreja, tirando de ella un poco más cerca—. Vendrá a mi cama de buena gana.

Ella aspiró cuando los dientes de él rozaron el lóbulo de su oreja.

—Le recuerdo que soy una mujer virtuosa, Kinner McBride, y hablar así es... inapropiado.

Él rio entre dientes, la vibración de su pecho retumbó contra los omóplatos de ella.

—Tengo la intención de casarme con usted, dulce Shannon. Será mejor que lo acepte.

—No lo haré—. Ella le clavó las uñas en el brazo. Con una maldición siseada, él la soltó, y ella giró para mirarle—. Búsquese otra mujer Duncan. No me casaré con usted.

Se frotó la carne desgarrada y soltó una risita oscura.

—Oh, dulce Shannon, usted sí que es una verdadera mujer Duncan, y no tendré a ninguna otra.

—Debe hacerlo. No me casaré con usted—. Ella se cruzó de brazos para enfatizar el punto.

—No me ha dejado terminar mi historia—. Él la miró fijamente y dio un paso hacia ella. Ella se movió a un lado, pero él la acechó, maldiciéndole—. No puedo casarme con otra muchacha que no sea usted.

—Quiere decir que no lo hará—. Ella esquivó en otra dirección, pero él volvió a emparejarse con ella, pareciendo anticiparse a sus movimientos.

—Quiero decir que no puedo—. Él la siguió mientras ella daba otro paso en otra dirección.

Se encontró en un rincón entre la pared y la cama. Atrapada, volvió a cruzarse de brazos y trató de proyectar un aire de fortaleza.

—¿Ha hecho algún voto? ¿Estamos prometidos desde el nacimiento? ¿Por qué no puede casarse con otra persona? ¿Tal vez alguna mujer que haya sido criada como una Duncan?

—Por esto—. Atrevido, acarició con un dedo la parte exterior del pecho izquierdo de ella

—. Esta marca determina la esposa del jefe.

Ella casi se atraganta.

—¿Cómo ha sabido...? Espere. No. Esto no puede estar pasando.

—*La daga es su marca de dolor, la chica que ha nacido para casarse con nuestro jefe.*

—¡Basta ya!— Ella se tapó los oídos—. Debe ser demasiado tarde. Ya debo estar loca. Esa es la respuesta. Todo está en mi imaginación.

—No, muchacha. Tiene una marca de nacimiento aquí—. Él la tocó de nuevo—. Tiene forma de daga.

Ella simplemente lo miró fijamente.

—¿Me ha estado espiando?

Él se encogió de hombros.

—Mi clan lleva tiempo buscando a mi esposa.

—Ya veo—. Ella se quitó las manos de las orejas y dio un lento paso atrás. —Pensé que me estaba volviendo loca, pero ahora sé la verdad. Es usted el que no tiene ningún concepto de la realidad.

—Es muy posible que se esté volviendo loca—, dijo él—. Recuerdo que acaba de celebrar su decimoctavo cumpleaños.

Ella levantó la barbilla.

—¿Y qué si es así?

Él se encogió de hombros.

—Es cuando empieza la locura, a menos que se haya casado con el jefe.

—Qué conveniente.

—Es la verdad.

—Su verdad.

Puso los ojos en blanco.

—Benditos santos, mujer, ¿por qué no acepta lo que es?

—Bueno, ¿qué esperaba? ¡Viene a mi alcoba con este increíble cuento de Banbury y espera que le crea! ¿Cómo sé que no se está aprovechando de mí? ¿Cómo sé que no quiere casarse conmigo por mi fortuna?

—¿Cómo iba a saber si no lo que le está pasando?—, contraatacó él— ¿Y qué hay de la marca? Sé dónde está y qué aspecto tiene.

—Se las ha arreglado para entrar en mi habitación—, disparó ella— ¡Quizá encontró alguna forma de espiarme en el baño!

Puso los ojos en blanco y miró hacia el cielo.

—¡Por Dios, usted es un demonio de mujer! Venga conmigo de vuelta a Escocia y

compruébelo por usted misma.

—No voy a ir a Escocia.

—¿Ni siquiera a conocer a su parentela?

—¿Mi parentela?— Ella le frunció el ceño.

—Su familia, muchacha. Los Duncan.

—Oh—. Ella se dio la vuelta, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Debo admitir que es un pensamiento tentador.

—Venga conmigo—. Se acercó a ella y apoyó las manos en sus hombros—. Venga a conocer a su familia y deje que le hablen de la maldición.

Ella le frunció el ceño por encima del hombro.

—Yo no creo en maldiciones.

—¿Aún no?— Él trazó un dedo a lo largo de su columna vertebral. —Despierta en mí un hambre, Shannon, que nunca antes había sentido. Nunca en mis días. ¿Cómo puede negar que hay una maldición?

Ella se encogió de hombros apartándose de él.

—Eso suena más a lujuria, Kinner McBride.

Él rio entre dientes.

—No hay mucha diferencia entre las dos, a mi modo de ver.

—¿Cómo espera que me lo crea?

—No piense en ello ahora mismo. Piense en conocer a su familia. En tener respuesta a sus preguntas.

—Quiere hacerme creer que la respuesta es una maldición.

—Creo que lo es, pero si conoce a los Duncan, puede que le digan lo contrario—. Le dedicó una sonrisa persuasiva—. Puede darme su decisión mañana.

—Una generosa asignación de tiempo—, le espetó ella.

—Volveré mañana a por su respuesta.

—Puedo dársela ahora. N...

Él la cortó.

—Piense en las posibilidades. Esta es una oportunidad para retomar el control de su vida.

Preparada para hacer un comentario, vaciló ante sus palabras.

—El control—, murmuró.

—Sí. Afirma que oye voces. Teme que todos los hombres que la cortejan se encaprichen más de su fortuna que de usted. Pretende casarse con un inglés de cara pálida en vez de con un hombre vigoroso como yo que hará de su matrimonio un placer insoportable—. Bajó la voz a un tono persuasivo—. Tome sus propias decisiones, Shannon Hersley. Decida lo que hará y lo que

no. Conozca la verdad.

—No puedo seguir escuchando—. Se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos.

Él rio entre dientes.

—¿Es eso todo lo que hará?

Ella abrió los ojos para mirarle fijamente.

—Uno de nosotros está loco, Kinner McBride. Sólo que no sé si es usted o lo soy yo.

—Venga conmigo y averígüelo.

—Creo que debería irse ya—. Ella se abrazó a sí misma y le observó con ojos solemnes—. Me ha dicho muchas cosas esta noche. Debo pensar en ellas con claridad.

—Volveré mañana por la noche a por su respuesta, muchacha—. Entrecerró los ojos—. Espero que no me tienda una trampa.

—Mientras prometa acatar mi respuesta, entonces haré lo que desee.

—Estamos de acuerdo entonces—. Dio un paso adelante, su mirada se posó en la boca de ella— ¿Un beso de despedida, dulce Shannon?

Ella retrocedió un paso.

—No creo...

—¡Psst! ¡Kinner!

El fuerte susurro vino de la dirección de la ventana. Un joven se asomó a la habitación con los codos apoyados en el alféizar, el pelo húmedo pegado al cuero cabelludo. Mientras lo observaban, se balanceó, se agarró al alféizar con ambas manos y miró hacia la noche de abajo.

—¡Ten cuidado, Hammish!—, siseó.

—Malcom, ¿qué diabluras estás tramando?— exigió Kinner. —¡Baja de ahí!

Shannon le envió una mirada arqueada.

—¿Conoce a este joven bribón?

—Es mi hermano—, refunfuñó Kinner.

—Buenas noches, señorita—. Habiendo recuperado el control de su percha, Malcom le dedicó una respetuosa inclinación de cabeza y luego miró a su hermano—. La tormenta está amainando, así que será mejor que nos pongamos en camino.

Kinner puso las manos en las caderas.

—¿Estás al mando ahora, para estar diciéndole a los McBride cuándo ir y cuándo quedarse?

—No, *Laird*. Fue Liam quien lo hizo—. Malcom esbozó una rápida sonrisa—. Es que yo soy el más ligero.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí, joven?— Shannon se acercó a él y miró por la ventana para ver una escalera humana alineada a lo largo de la pared de abajo— ¡Cielos!

—Hammish está abajo—, le dijo Malcom—. Y Harlan encima de él y Liam encima de él... y luego yo—. Le echó un rápido vistazo a su atuendo y luego volvió a mirarla a la cara, con las mejillas enrojecidas— Es una muchacha bonita; Kinner tenía razón en eso.

—Deja de coquetear—, llegó una voz desde la oscuridad de abajo. —Puede que seas el más ligero de nosotros, Malcom McBride, ¡pero estás lejos de ser una pluma!

—¡Estoy esperando a que mi hermano termine su cortejo, Liam Frederick!

Kinner se acercó a la ventana, y Shannon se volvió para mirarle.

—Tenía razón—, le dijo—. Es usted quien está loco.

—No estoy loco en absoluto—, intervino Malcom—. Sólo soy escocés—. Kinner lanzó a su hermano una mirada impaciente.

—Bajo contigo, Malcom.

—Sí, Kinner. Buenas noches, señorita—. Con un guiño de ojos azules tan parecidos a los de Kinner, Malcom bajó por la escalera humana con toda la agilidad de un mono de circo.

—Hasta mañana—, dijo Kinner, y luego le dio un rápido beso en los labios. Mientras ella levantaba los dedos hacia su boca hormigueante, él sacó la pierna por la ventana—. Voy a bajar, Liam.

—Aprisa—, dijo la voz incorpórea.

Kinner balanceó la otra pierna para sentarse en el alféizar, luego se puso boca abajo, se agarró a los bordes del marco de la ventana y bajó con cuidado hasta quedar colgado del alféizar, frente a ella—. Hasta mañana.

—Estáis locos, todos—. Con este pronunciamiento, cerró las ventanas, esquivando por poco los dedos de él, y echó el cerrojo.

Su risa resonó en ella.



Shannon se despertó a la mañana siguiente con un sol radiante y el dulce canto de los pájaros. La tormenta de la noche anterior -y su visitante- parecían parte de un sueño.

Dolly entró apresuradamente mientras Shannon aún yacía en cama.

—Buenos días, señorita Shannon. A su padre le gustaría que le acompañara a desayunar esta mañana.

Asintiendo, Shannon se levantó de la cama y se estiró.

—Acabo de planchar su vestido amarillo de la mañana. Me parece muy apropiado para una mañana tan hermosa como ésta.

Shannon asintió de nuevo y se dirigió al orinal. Se ocupó de sus abluciones matinales, y sólo cuando se echó agua de la palangana en la cara se dio cuenta de que las voces estaban

silenciosas esta mañana.

¿Qué le había hecho Kinner para obrar tal milagro? ¿Había sido su beso?

Tonterías. Sólo en los cuentos de hadas el beso de un hombre causaba un milagro. Y sólo si era de amor verdadero. Ella nunca habría considerado a Kinner McBride como su verdadero amor. Era demasiado atrevido, demasiado apasionado. No respetaba la correcta etiqueta de las cosas, sólo se abría paso como un general al mando de las tropas. Sus acciones dominadoras la irritaban enormemente.

Aunque cuando él la tocaba, todo su cuerpo se rendía a él sin rechistar.

Cogió un paño y se secó la cara, luego se miró en el espejo. El hombre era tonto; no había duda de ello. Toda su charla sobre maldiciones y destino. Todas sus proclamas de que estaba predestinada a ser su esposa porque las fuerzas místicas así lo declaraban. ¿Cómo podía esperar que ella creyera semejante cuento?

Hasta el momento Kinner McBride no le había mostrado nada más allá de la pasión ardiente que le hiciera considerarle una posible pareja. ¿Podría confiar en que él la cuidaría como es debido? Por supuesto que no. No como lord Kentwood.

Kinner había mencionado algo sobre que su pueblo se moría de hambre. Si su clan necesitaba tanto el dinero, entonces él no podía ser rico por derecho propio. Y aunque no se oponía a que su fortuna se utilizara para ayudar a los necesitados, la pregunta seguía siendo cuál era su nivel de devoción hacia su esposa. ¿Pondría primero a su clan por encima de las necesidades de ella, le pasara lo que le pasara? ¿Cómo podía ella confiar en él?

Lord Kentwood era un hombre que entendía la responsabilidad. Incluso si estaba completamente enajenada más allá de toda esperanza de cordura, sabía que él trataría con la dignidad debida a su esposa.

Shannon salió de detrás del biombo y se dirigió al taburete situado frente a la mesa del tocador.

—Ahí estás—, dijo Dolly, volviéndose hacia Shannon con el joyero en las manos— ¿Llevarás hoy las perlas o tu medallón?

Shannon miró el vestido amarillo prímula que colgaba de la puerta del armario y luego volvió a mirar a la criada.

—El medallón, creo. A menos que creas que las perlas serían más apropiadas.

Dolly jadeó, con los ojos abiertos de asombro. El cofre de madera se le cayó de las manos, abriéndose de golpe al caer al suelo. Las joyas se derramaron, brillando a la luz del sol de la mañana.

—¿Dolly? ¿Qué ocurre? ¿Estás enferma?

Dolly tragó saliva con dificultad antes de contestar.

—Señorita Shannon—, dijo lentamente—, ¿cuándo aprendió a hablar gaélico?

Capítulo 9

—¿De qué estás hablando, Dolly?

Lentamente, la criada se inclinó para recoger el cofre de joyas. Metió las gemas en la caja, luego cerró la tapa y volvió a ponerse de pie.

—Está hablando en gaélico, señorita. La lengua de los escoceses.

—¿Qué?— Shannon se levantó bruscamente de la silla, con el corazón en la garganta— ¡No estoy haciendo tal cosa!

—Lo está haciendo—. Dolly dejó el joyero sobre la mesa del tocador.

—¡No lo estoy haciendo! Dolly, no encuentro divertida esta broma tuya.

—No sé cómo, pero ése es el lenguaje que habla, señorita Shannon.

—Imposible—. Shannon se apoyó en su tocador y miró su reflejo en el espejo—. No me veo diferente—. Se apartó de un tirón y se dirigió a la puerta.

—Señorita, ¿adónde va? No está vestida.

Ignorándola, Shannon abrió la puerta de un tirón y salió al pasillo.

—¡Tú!— llamó a un lacayo que pasaba por allí— ¿Dónde está mi padre?

El lacayo se quedó boquiabierto ante su atuendo.

—Te he hecho una pregunta. ¿Dónde está mi padre?

El lacayo levantó los ojos a la cara de ella, la confusión era evidente en la suya.

—Lo siento, señorita. ¿Qué ha dicho?

—¿Dónde puedo encontrar a mi padre?

El lacayo frunció el ceño y miró detrás de ella.

—¿Qué está diciendo, Dolly? No entiendo las palabras.

—¿Cómo puede no entenderme? —Preguntó Shannon— ¿Cómo?— Su continua perplejidad hizo que el miedo revoloteara en su vientre. Se volvió hacia su criada—. ¿Dolly?

—¿Está bien? —preguntó el lacayo, mirándola con preocupación— ¿Llamo al señor Hersley?

Dolly se adelantó y cogió a Shannon por los brazos, guiándola de vuelta a su habitación.

—Todo va bien, Stephen. Por favor, dile al señor Hersley que la señorita Shannon no se encuentra lo bastante bien para desayunar.

—Lo haré—. El lacayo dirigió a Shannon una última mirada desconcertada, y luego se

apresuró por el pasillo.

Shannon permitió que Dolly la guiara a través de la puerta hacia su alcoba. La ansiedad le retorció las entrañas.

—¿Por qué no me ha entendido, Dolly?

—No hablaba inglés—. Dolly la condujo de nuevo a la silla.

Shannon se sentó, con la mirada perdida.

—No hablo gaélico, sólo inglés y algo de francés—. Se agarró al brazo de Dolly cuando la criada empezó a darse la vuelta— ¿Cómo es que tú me entiendes?

Dolly vaciló y luego admitió:

—Hablo gaélico, señorita.

Shannon retiró la mano.

—¿Eres escocesa?

—Lo soy—. Dolly se alejó hacia el armario y regresó trayendo el envoltorio de Shannon.

Shannon cogió la prenda y la extendió sobre su regazo, la sospecha iba enroscándose en sus pensamientos.

—¿Eres una Duncan, Dolly?

—En absoluto—. Sin inmutarse por la pregunta, Dolly se dispuso a sacar del armario el resto de la ropa de la mañana—. Nací siendo una McBride, pero me casé con un Ross. Dios lo tenga en su gloria.

—Una McBride—. Shannon entrecerró los ojos—. ¿Él te envió?

—¿Quién me envió?

Shannon puso los ojos en blanco.

—Kinner McBride.

—¿El McBride? No, no. Fui enviada por el clan, es cierto, pero no por el propio jefe.

—Así que estás de acuerdo en que fuiste enviada. ¿Por qué?

Dolly le sonrió y luego le dio una palmadita en la mano mientras pasó junto a ella para dejar las prendas que había coleccionado sobre la cama.

—Para cuidar de usted, señorita Shannon, hasta que llegara el momento de que regresara a casa.

—Estoy en casa.

—Me refería a su hogar en Escocia.

—¡Esto es una locura!

—Es la maldición—. Dolly extendió la chemise y se quedó en la cama—. Es hora de que vuelva a Escocia y cumpla con su deber para con su clan.

—¡Tú también no! No creo en maldiciones.

—¿Y su madre?— preguntó Dolly, tendiendo dos medias de seda.

Shannon dejó escapar un resoplido de impaciencia.

—Cuando mi madre hablaba de la maldición de los Duncan, se refería a la locura familiar.

—¿Lo hacía?

—No puedo quedarme así—, insistió Shannon—. Esta tarde me reuniré con lord Kentwood y su madre para tomar el té. No puedo enfrentarme a ellos en semejante estado.

—No sé cómo ayudarla—, dijo Dolly—. Con toda seguridad, no hay tónico que pueda curar su dolencia, excepto volver a casa, a Escocia, y casarse con el McBride.

—¡Apenas puedo encargar el carruaje y partir para Escocia!—protestó Shannon—. Y ya le he dicho a su pariente McBride que no me casaré con él. Creo que lord Kentwood está considerando ofrecerse por mí, y no puedo permitir que ninguna de estas locuras afecte a eso. Tienes mi futuro en tus manos.

Dolly chasqueó la lengua.

—Pero, ¿y si hay otro futuro esperándola en otra parte?

—¿Como Escocia?— preguntó Shannon con las cejas arqueadas. —No seas ridícula.

—¿Yo soy ridícula?— Dolly levantó las manos— ¿Quién de nosotras habla en un idioma que no conoce?

Shannon frunció el ceño y se arrancó los bordes de encaje de su envoltorio.

—No tengo explicación para eso.

—¡Porque es una maldición!— El fácil acento londinense de Dolly dio paso al acento más grueso de una escocesa de nacimiento. Caminó hacia Shannon, con la determinación grabada en sus rasgos de matrona—. Las maldiciones no suelen tener ningún tipo de lógica detrás. Son cosas asquerosas y bastante difíciles de romper.

—¡Esto es una locura!

La voz de Dolly se suavizó.

—Sí, lo es.

—No quiero esto—. Shannon se levantó bruscamente de la silla, tirando su envoltorio a un lado—. He elegido a mi futuro marido. Es lord Kentwood. Y parece dispuesto a la idea, ¡de lo contrario no me habría invitado a tomar el té con su madre!

—Lo siento por usted, señorita, de verdad. A veces, justo cuando crees que tienes tus planes a punto, llega el destino y los vuelve del revés.

—Pues yo no cooperaré. Me casaré con lord Kentwood, y eso es todo.

Dolly suspiró.

—Como desee.

—Ése es mi deseo—. Shannon asintió bruscamente. Llamaron a la puerta del dormitorio

— ¿Shannon? ¿Estás bien?

Shannon jadeó.

—¡Es papá!

Dolly le lanzó una mirada compasiva.

—Así es.

Volvieron a llamar a la puerta.

—¡Shannon!

Dolly empezó a dirigirse a la puerta.

—¡Dolly!— siseó Shannon— ¿Qué haces?

—Debo responder—, dijo Dolly—. Es mi patrón, y no deseo que me despida.

—Pero...— Cerró la boca de golpe cuando la criada abrió la puerta.

—Buenos días, señor—, dijo Dolly, sus sílabas volvían a ser puramente londinenses.

El padre de Shannon entró a grandes zancadas en la habitación.

—¿Qué es eso que he oído de que mi hija se encuentra mal?

Shannon cogió su abrigo del suelo y se encogió de hombros en él, atándose la faja rápidamente. Ahora presentable, abrió la boca para hablar, luego vaciló, recordando al lacayo. ¿Y si las palabras le salían en gaélico? ¿Cómo se lo explicaría a su padre?

¿Cómo se lo explicaría a sí misma?

—No se encuentra bien esta mañana—, dijo Dolly—. No creo que haya dormido profundamente.

—¿Shannon?— Su padre se acercó y le tomó la cara entre las manos, mirándola a los ojos— ¿Llamo al médico?

Shannon negó con la cabeza y le dedicó una débil sonrisa.

—Quizás un día de descanso—, sugirió Dolly. Shannon le lanzó una mirada urgente.

El padre de Shannon se volvió hacia Dolly.

—Si es posible, preferiría que estuviera lista para reunirse con lord Kentwood y su madre esta tarde.

—Lo comprendo—, dijo Dolly—. Pero, ¿qué impresión daría a la madre del señor si la señorita Shannon apareciera enferma?

Shannon clavó los ojos en Dolly, moviendo la cabeza lo justo para transmitir su desacuerdo sin llamar la atención de su padre.

—¿Qué impresión daría si ella cancela la cita?—, replicó su padre. Se volvió hacia Shannon, que consiguió suavizar su expresión justo a tiempo— ¿Qué opinas, hija?

Shannon esbozó una pequeña sonrisa y se encogió de hombros.

—Oh, vamos. Debes tener una opinión sobre el asunto.

Ella sacudió la cabeza.

Él la miró, la sospecha surgió en sus ojos.

—¿Por qué no hablas?

Dolly dio un paso adelante, la preocupación en su rostro un alivio bienvenido. Shannon había empezado a preguntarse si la criada tenía en cuenta sus intereses.

—Una garganta pútrida—, dijo Dolly.

—¿Ah, sí?— El escepticismo tiñó su tono—. ¿Por qué no me lo has dicho desde el principio?

—He pedido té—, dijo Dolly—. Eso debería ayudar.

—No has respondido a mi pregunta, Dolly. Te pregunté qué le pasaba a mi hija, y tú me dijiste que no había dormido bien.

—Y no lo ha hecho, por culpa de la garganta pútrida.

—Ya veo—. La ira apareció en su rostro—. Creo que debería llamar al médico después de todo.

—¡No!— gritó Shannon.

—Ah—. Su padre juntó las manos detrás de él—. Hablas. Dime de qué se trata, hija.

Shannon envió una mirada de impotencia a Dolly.

La criada se encogió de hombros, con evidente simpatía en su rostro.

—Quizá su padre pueda ayudar.

—¿Ayudar?—, exigió— ¿Ayudar con qué?

—Será mejor que se lo diga, señorita. Es su padre después de todo, y se preocupa por usted.

—Shannon, te exijo que me digas qué está pasando aquí, garganta pútrida o no. Esperaré hasta que lo hagas.

Ella no tenía elección.

—Papá, por favor, dime que puedes entenderme.

En cuanto empezó a hablar, sus ojos se abrieron de par en par. Su rostro se volvió ceniciento y sus brazos cayeron a los lados.

—No—, jadeó— ¡No, esto no puede ser!

—¿Me entiendes?— Ella lo alcanzó—. Papá, ¿entiendes lo que te digo?

—Esto no puede estar pasando—. Para sorpresa de ella, sus ojos se humedecieron con lágrimas mientras se acercaba a ella y le ahuecaba la cara—. Recé tanto para que te libraras de este terrible destino, hija mía.

—¿Qué sabes de esto?—, suplicó ella— ¡Dímelo!— Miró a Dolly—. Pregúntale por qué está tan angustiado.

—Siento tener que mostrarle esto, señor—, dijo Dolly, ignorando por completo la petición de Shannon—. Esperaba que llegara a tiempo para el té.

El padre de Shannon se apartó de ella y se limpió con impaciencia una lágrima del rabillo del ojo.

—¿Habían ocurrido cosas así antes?

—Dolly—, suplicó Shannon— ¡por favor, dile que puedes entenderme!

—No tan drásticamente como esto—. Dolly le dirigió una mirada de lástima y continuó como si no comprendiera nada—. De vez en cuando la hemos encontrado saliendo por la puerta principal en mitad de la noche, todavía en ropa de dormir. Creo que aún dormía cuando lo hizo.

—Dios mío—. Se pasó una mano por la cara. El tormento en sus ojos desgarró el corazón de Shannon—. Está ocurriendo de nuevo, igual que a su madre.

—Oh, no—. Shannon fue hacia su padre y le agarró el brazo con ambas manos—. Oh, papá.

Él la miró como si aún fuera una niña pequeña, sus labios se curvaron con agri dulce recuerdo.

—Tenía tantas esperanzas de que esto no ocurriera, o al menos de que no sucediera hasta que le hubiera encontrado un marido apropiado.

—Es tan joven—, dijo Dolly—. Me rompe el corazón.

Shannon se giró hacia la criada.

—¿Por qué haces esto, Dolly? ¿Por qué dejas que sufra? Dile que puedes entenderme, ¿me oyes?

—Se ha agitado—, dijo su padre, tirando de ella en un abrazo desesperado—. Casi me mata encerrar a su madre, pero temía que se hiciera daño.

—Lo comprendo perfectamente, señor.

Shannon forcejeó para liberarse.

—No hables de mí como si no estuviera aquí.

—Así es como empezó todo para mi querida Josephine—, dijo su padre con voz abatida—. Despotricando en lengua escocesa, sin hablar nunca inglés. Ni siquiera sabía que mi esposa hablara ese idioma, pero cuando empezó la locura, era lo único que hablaba.

—¿Cómo sabe que es la lengua escocesa?— preguntó Dolly, su rostro era la viva imagen de la inocencia—. A mí me suena a galimatías.

—Pasé muchos meses viajando por tierras escocesas en busca de lana cuando abrí por primera vez los molinos—, respondió papá—. Conozco el gaélico escocés cuando lo oigo—. Suspiró—. Bueno, no puede conocer a lady Kentwood en estas condiciones. Y si no recuerdo mal, pasaron varios días antes de que mi esposa volviera a hablar inglés.

Dolly se retorció las manos.

—¿Qué haremos?

—Lo único que podemos hacer. Encerrarla en su habitación bajo vigilancia.

—No, no hace falta que hagáis eso. Estoy bien, papá—. Shannon volvió los ojos suplicantes hacia su padre—. Por favor, no me encierres. No podría soportarlo.

Él le acarició el pelo.

—Mi pobre niña. Hablaré con lord Kentwood. Quizá pueda convencerle de que se case rápidamente antes de que la locura sea demasiado evidente.

—¿Estará dispuesto a hacerlo?— preguntó Dolly—. No pretendo interrogarle, señor, pero ¿estará dispuesto un caballero tan importante como milord a tomar una esposa loca?

—Traidora—, siseó Shannon.

—Doblaré su dote. Quizá eso le convenza. Y si no es él, puedo encontrar otros pretendientes con título pero sin dinero que podrían estar dispuestos a casarse con ella.

—¿Por qué casarse con ella?— preguntó Dolly— ¿Por qué no cuidar de ella usted mismo?

—Porque no puedo vivir eternamente y me gustaría que se ocuparan de ella después de mi muerte. La mejor manera de hacerlo es un marido—. Apartó a Shannon, manteniéndola a distancia—. Ven a llevártela, Dolly. Llamaré a un par de lacayos para que hagan guardia.

Dolly obedeció, sujetando a Shannon a pesar de los forcejeos de ésta.

—Suéltame—, espetó Shannon— ¿Cómo has podido hacernos esto?

Su padre se dirigió a la puerta.

—En cuanto lleguen los hombres de a pie, Dolly, asegúrate de retirar cualquier cosa de la habitación que ella pudiera utilizar para hacerse daño. Abrecartas, cualquier cosa con una faja, como esa envoltura que lleva ahora.

—Lo haré, señor.

—Excelente—. Se detuvo en la puerta, aparentando el doble de su edad con la pena dibujada en su rostro—. La dejo en tus capaces manos, Dolly.

Se marchó, cerrando la puerta tras de sí y echando el pestillo con un audible chasquido.

En el instante en que se había ido, Shannon salió a empujones de la bodega de la criada.

—¡Cómo te atreves! ¿Por qué no le dijiste que podías entenderme?

—Su padre no sabe que soy escocesa—, replicó Dolly, aparentando no inmutarse por el tono furibundo de Shannon—. Me gustaría que siguiera siendo así.

—Le diré la verdad—, espetó Shannon.

—Oh, ¿lo hará?— La criada rio entre dientes.

Shannon apretó las manos.

—Me has traicionado, Dolly.

—No, la salvé—, replicó Dolly—. Estaba decidida a casarse con ese lord Kentwood, pero no es el hombre para usted. Si quiere que esta locura desaparezca, debe casarse con el McBride.

—¿Otra vez con lo de la maldición?

Dolly dejó escapar un siseo de impaciencia.

—Creer en una maldición es pura locura.

—¿Y qué es la cordura? ¿Una chica como usted hablando una lengua que nunca ha oído antes?

Shannon no dijo nada, incapaz de encontrar una racionalización sólida para su situación.

—No tiene una explicación razonable para lo que está ocurriendo, Shannon Hersley, pero *puedo* decirle qué es qué. Su madre llevaba la marca para casarse con el jefe de los McBride, pero en su lugar se casó con otro hombre y quedó condenada a la locura para el resto de sus días. Sé que lleva la marca, pues ¿no fui yo quien le ayudó a bañarse estas últimas semanas? Entonces, ¿por qué quiere cometer el mismo error que su madre?

—Porque es una idea fantástica—. La ira de Shannon perdió fuelle ante la calma de la criada—. Si creyera en maldiciones, entonces lo que dices tendría un sentido lógico. Pero nunca he creído en esas cosas.

—Tal vez—, dijo Dolly—, sea hora de empezar.

—Es una locura.

Dolly se encogió de hombros.

—De todos modos, ya creen que está loca.

Shannon empezó a pasearse por la habitación.

—Pero no quiero ceder a ello. Y no quiero irme a Escocia y casarme con un hombre al que apenas conozco. ¿Y si casarme con él no cura mi locura? ¿Entonces qué?

—¿Y si casarse con él *sí* cura su locura y es feliz el resto de sus días?— contraatacó Dolly.

—Kinner McBride es un hombre muy atractivo, lo admito, pero ¿puedo confiar en que cuide de mí? Hasta ahora, todo lo que sé de él es que le gustan poco las reglas. Ya ha roto algunas restricciones clave de la sociedad y ha puesto en peligro mi reputación.

—¿Y lo hizo en público? ¿Hubo cotilleos?

—Bueno, no—, reflexionó ella—. Me siguió hasta el jardín de lady Dorburton y me dijo que me quería como su esposa. Pero nadie nos vio a solas. Y luego, más tarde, cuando vino a mi habitación...

Dolly soltó una carcajada apreciativa.

—¿Lo hizo? El muy canalla.

Shannon se ruborizó, habiendo olvidado que estaba hablando en voz alta.

—Vino a mi habitación en mitad de la noche para hablarme de esta maldición, pero de nuevo, nadie le vio excepto sus propios hombres.

—Y morirían mil veces antes de traicionarle—. Dolly cogió la palangana y recorrió la habitación, recogiendo diversos objetos y poniéndolos en la palangana—. El McBride es un

hombre que no deja que nada se interponga en su camino.

—¿Qué estás haciendo, Dolly?

—Lo que su padre me dijo que hiciera. Quitando todo lo que pudiera considerarse un peligro para una loca.

Shannon apretó los labios con fastidio.

—Eso no es divertido.

—No intento ser divertida. Me dieron una orden y debo cumplirla.

—¡Pero no estoy loca! Al menos, todavía no. Sólo parece que lo estoy porque nadie más que tú puede entenderme.

Dolly hizo una pausa y la miró.

—Por el momento, está tan cuerda como yo. Pero cuanto más espere para casarse con el McBride, peor será la locura. La maldición la obliga a su destino. Así que si no va a Escocia y se casa con el hombre que el destino ha elegido para usted, entonces se volverá loca de verdad, como hizo su madre, y pasará el resto de su vida intentando llegar a Escocia hasta que finalmente muera de ello.

—¿Es eso lo que le ocurrió a ella?— Con el corazón encogido, Shannon se sentó en su tocador mientras Dolly revolvía la habitación en busca de objetos peligrosos—. Así que a eso se refería con la maldición Duncan. Intentaba volver a Escocia y eso la mató.

—Sí—. Con la palangana llena, Dolly la puso encima del tocador— Sin embargo, no tuvo tanta suerte como usted. El último jefe no era ni de lejos tan fuerte como el actual. Hammish McBride era demasiado orgulloso para ir tras Josephine cuando ésta huyó con su padre. Les tocó a los Duncan intentar recuperarla, y fracasaron—. Se encontró con la mirada de Shannon con total seguridad—. Kinner McBride no la dejará marchar tan fácilmente.

Un temblor recorrió la espina dorsal de Shannon ante la verdad que resonaba en las palabras de Dolly. No fue miedo, sino una excitación que caló hasta los huesos. Tener a un hombre tan decidido a conquistarla... Era halagador y asombroso, y muy excitante a un nivel femenino innato. El calor tiñó sus mejillas ante su propio reconocimiento de los impactantes sentimientos.

Llamaron a la puerta y luego se oyó el chasquido de la cerradura al girar la llave.

—Serán los lacayos—, dijo Dolly—. Ahora sacaré la faja de ese envoltorio.

Shannon puso los ojos en blanco pero la desató, entregándosela a la criada. Dolly cogió la jofaina y dejó caer la faja.

—Piense un poco en su situación, muchacha. Si decide que quiere ir a Escocia y darle una oportunidad a los McBride, entonces haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla.

—Porque tu lealtad es hacia él—, dijo Shannon.

Dolly le lanzó una mirada burlona.

—Porque también es mi familia la que se muere de hambre. Hago lo que puedo, pero la maldición tiene una forma de hacer fracasar mis mejores esfuerzos por ayudar. Al final, el

destino de esa gente depende de usted.

Abriendo la puerta, Dolly saludó a los lacayos al salir. Uno de ellos echó un vistazo a Shannon, luego cerró la puerta y echó el cerrojo tras la criada.

Shannon miró su habitación, ahora despojada de cualquier cosa que pudiera considerarse «peligrosa», y se dio cuenta de que su peor pesadilla se había hecho realidad. Su padre la había declarado loca y la había encerrado.

Un temblor la sacudió y se abrazó a sí misma, sin saber qué hacer a continuación: rendirse a la locura que la acechaba o dar un salto de fe en que la maldición de los Duncan era real. Que aún podría escapar de un futuro de locura simplemente casándose con Kinner McBride.

Intentó pensar con lógica. Si realmente la locura había empezado a apoderarse de ella como indicaban las dos últimas semanas, entonces lord Kentwood bien podría estar perdido para ella. Por muy bondadoso que fuera, dudaba que su deber para con su linaje le permitiera aceptar a una esposa loca. Él necesitaría herederos, y ella podría no ser capaz de proporcionárselos, especialmente si estaba bajo alguna compulsión de ir a Escocia sin importar el coste.

Lo que significaba que su padre la desposaría con algún cazafortunas con título, que quería su dote más que a ella. Y ésa era precisamente la situación que ella había intentado evitar. Tuvo una súbita imagen mental de ser encerrada en un sucio manicomio mientras su marido despilfarraba su dote.

Pero la alternativa -marcharse a un país extraño donde no conocía las costumbres y confiar en un hombre que no tenía ningún reparo en saltarse las normas para conseguir lo que quería- también era aterradora.

Todos los escoceses que había conocido hasta entonces eran leales a Kinner. Dolly, el hermano de Kinner, Malcom, el señor Alexander, al que conoció en el lanzamiento del globo. Podía imaginar que todo su clan, que aparentemente dependía de él para aplacar la maldición y devolver la prosperidad a la tierra, estaría igualmente entregado. Por un lado, quizá eso fuera señal de que era un hombre que no eludía responsabilidades (lo que incluiría a su esposa), de modo que aunque la maldición no fuera más que una tontería supersticiosa, él se encargaría de que ella estuviera bien atendida si se volvía loca. Por otro lado, tal fidelidad al jefe también significaba que Shannon no tendría aliados que la ayudaran, en caso de que sus intereses fueran en contra de los de Kinner.

Con su vida hecha un caos, se dejó caer en la cama, se hizo un ovillo y lloró hasta quedarse dormida.



El día transcurrió en un tedio insoportable. Shannon fue ignorada excepto cuando Dolly le trajo el almuerzo. El lacayo permaneció todo el tiempo en la puerta, vigilando, de modo que Dolly no pudo conversar con ella. Shannon comió la ligera comida y luego volvió a la cama, observando cómo las sombras de su habitación se alargaban lentamente y luego desaparecían a lo largo de las

horas del día.

Había vuelto a dormirse cuando Dolly llegó con su cena. Se sentó en la cama, bostezando, mientras Dolly conducía a un anciano sirviente que llevaba la bandeja hasta la pequeña mesa y la silla junto a la chimenea. El delgado anciano dejó la bandeja con un sonoro ruido metálico. Shannon miró hacia la puerta, esperando ver al lacayo.

No había nadie.

Por un breve instante, pensó en saltar de la cama y salir corriendo por la puerta. ¿A qué velocidad podría correr? ¿Podría escapar de la casa antes de que la alcanzaran los criados? Con un poco de suerte podría llegar hasta los establos y robar un caballo antes de que nadie se diera cuenta. Entonces podría cabalgar como el viento, rumbo al norte, volando hacia su casa, donde el brezo cubría las colinas como una alfombra exuberante y el agua de las montañas nevadas sabía tan fresca y dulce...

Estaba de pie y se dirigía a la puerta antes de darse cuenta.

Dolly dio un grito ahogado y el anciano sirviente se lanzó delante de ella, bloqueándole el paso.

Indignada, estuvo a punto de empujar al hombre al suelo. Pero sus ojos la detuvieron. Ojos de un peculiar gris azulado que la observaban con miedo y amor y absoluta alegría.

Ojos que ella veía en el espejo todos los días.

—No nos dejes tan pronto, Shannon Hersley—, dijo el anciano—. Hemos venido a ayudarte.

Sus rodillas se hundieron y el anciano la cogió, guiándola con la ayuda de Dolly hasta el borde de la cama donde pudo sentarse.

—Dolly, cierra la puerta—, dijo.

Shannon se quedó mirando mientras Dolly cerraba la puerta, y un grito escapó de sus labios al darse cuenta de lo que acababa de ocurrir. Dios mío, ¿acababa de intentar huir a *Escocia*? ¿Realmente había pretendido salir corriendo de casa en camisón y robar un caballo y correr hacia el norte?

Las lágrimas brotaron de sus ojos y dejó escapar un sollozo, completamente deshecha por el embrollo que era su vida.

—Ya, ya, muchacha—. Agachado ante ella, el anciano le tendió un pañuelo y secó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas—. Estamos aquí para ayudarte, Dolly y yo.

Una vez más le sorprendió la notable familiaridad de sus ojos.

—¿Quiénes sois?—, logró decir ella.

Él sonrió, ternura y júbilo en cada línea de su rostro.

—Soy Donald Duncan, dulce niña. Soy tu abuelo.

Capítulo 10

George Hersley entró en White's con cierta inquietud. Durante años se le había negado la entrada a las sagradas cámaras del club de caballeros más exclusivo de Londres. Ser miembro de White's no dependía de lo brillante que fuera tu oro, sino de lo azul que fuera tu sangre. Y como vulgar comerciante, su sangre era de un simple rojo.

Qué irónico que fuera aquí donde resolviera el futuro de su hija.

Su corazón se afligió por su pequeña Shannon. Cómo había rezado para que no heredara la locura de su madre. Pero hoy se había enfrentado a la prueba irrefutable de que, efectivamente, se estaba volviendo loca, igual que Josephine. Que Dios las salvara a ambas.

Siguió a un criado por las habitaciones del club, más que consciente de las miradas y los susurros que le seguían.

Ansiaba apretar los puños. De increpar a estos pretendientes de la alta alcurnia. La mayoría de ellos no podrían dirigir un negocio ni aunque se lo entregaran. Se pasaban la vida inútilmente en la sastrería, en el burdel o en los infiernos del juego. O en su club, ese sanctasanctórum de paz a salvo de la influencia femenina.

Sí, quería apretar los puños y exigirles que reconocieran que era tan bueno como ellos. Quizá mejor, ya que él se había ganado su lugar en el mundo, mientras que ellos simplemente habían nacido para él. Pero eso sólo les revelaría su vulnerabilidad. Mejor que pensar que era arrogante mientras se paseaba orgulloso por delante de todos los ojos curiosos ocultos tras los periódicos.

Sabía que no era aceptado, pero tenía la esperanza de que su hija sí lo fuera. Que su belleza y su fortuna le ganarían una entrada en esta sociedad de élite.

Kentwood le había hecho dudar de sus sueños. Ahora sí flexionó las manos al recordar su encuentro con el joven conde.

Kentwood se había negado en redondo a casar a Shannon rápidamente.

Se había negado de nuevo cuando George había doblado su dote.

Luego había tenido la osadía de despedir a George Hersley, insinuando con toda claridad que pensaba que la razón por la que Shannon necesitaba casarse con tanta premura era que estaba esperando un hijo.

George había estado a punto de plantarle cara.

Pero en realidad, no podía culpar al hombre. Kentwood había notado el extraño comportamiento de Shannon y había oído la historia de cómo se había desmayado mientras salía de compras con Charlotte. Entonces había llegado George y había intentado convencerle de que se casara rápidamente con Shannon. ¿Qué otra cosa podía pensar un hombre?

No, Kentwood nunca se ofrecería ahora. Había estropeado el futuro de su pequeña, alimentando las sospechas del hombre con su anhelo de ver a Shannon instalada antes de que se volviera demasiado loca para pronunciar los votos.

Así que había hecho lo que había jurado no hacer nunca. Había concertado una cita con el vizconde Nordham para negociar las condiciones de venta de su hija en matrimonio.

El criado se detuvo ante dos sillas apartadas en un rincón alejado de los demás, donde dos hombres podían hablar de negocios sin ser oídos. Nordham se levantó e hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza. El hombre alto y de pelo negro tenía una elegante postura que tendía a atraer a las damas con su elemento de peligro. Y a menudo lo hacía, lo que le granjeó una reputación deleznable. Bebía, apostaba y jugaba en exceso, pero tenía un título y necesitaba urgentemente fondos.

El novio perfecto para una boda apresurada.

Nordham despidió al criado con un gesto despreocupado de la mano, sin romper el contacto visual con su visitante.

—Siéntese, Hersley.

George se sentó y Nordham hizo una señal a otro criado, que trajo dos copas de brandy.

—Beba—, dijo Nordham, sentándose y tragándose la mitad de su copa de un trago—. Entonces podremos comenzar las negociaciones.

Hersley apartó la copa.

—No, gracias, lord Nordham. Prefiero no beber licores cuando estoy llevando a cabo negocios.

Nordham se encogió de hombros y dio un sorbo a su brandy. Pero sus ojos oscuros brillaron.

—Como desee.

—Ya sabe por qué estoy aquí. Me gustaría que mi hija fuera una lady, preferiblemente una condesa.

—Espero que mi padre fallezca en cualquier momento—, dijo Nordham—. Eso me convertiría en conde, con la fortuna familiar a mi disposición.

—Pero hasta entonces, depende de la gentileza de su padre—. Confiado ahora, George se sentó de nuevo en su silla con una pequeña sonrisa curvando sus labios—. Entiendo que últimamente ha tenido dificultades.

Nordham apretó los labios y dejó la copa sobre la mesa con un chasquido.

—¿Qué quiere?

—Quiero que obtenga una licencia especial y se case con mi hija en el plazo de una semana.

Las facciones de Nordham se afilaron en un ceño fruncido.

—¿Por qué tanta prisa? Le advierto que no seré padre del bastardo de ningún hombre.

Con esfuerzo, George controló su ira.

—Esa no es la situación en absoluto.

—Perdóneme—. La suave disculpa no se reflejó en sus ojos—. Normalmente sólo hay una razón para casarse tan rápidamente.

—Mi hija tiene una... enfermedad. No fatal, pero una en la que necesitará cuidados a medida que avance en la vida.

—Ah—. Nordham alargó la sílaba. Se reclinó en su propia silla, una sonrisa cómplice curvando sus labios—. Ha heredado la locura de su esposa.

Esta vez George sí apretó el puño.

—Sí.

—Y quiere que me haga cargo de una esposa loca, sabiendo muy bien que debo producir un heredero.

—Su enfermedad es progresiva. Podrá darle hijos antes de que pierda sus facultades—. Se le atascó la garganta sólo de hablar de su hija de esa manera.

—Hijos locos, tal vez.

George no dejó traslucir su fastidio.

—Tenía entendido que era usted jugador, milord. Estoy dispuesto a pagarle treinta mil libras cuando se case, y ella seguirá siendo mi única heredera del resto de mis riquezas y propiedades. ¿Merece la pena el riesgo?

—¡Dios santo!— Nordham miró boquiabierto la suma principesca.

—Además—, dijo George—, me he tomado la libertad de comprar sus deudas de juego. Si se casa con mi hija, las destruiré y las deudas dejarán de existir.

—Son casi veinte mil libras—, susurró Nordham.

—Diecinueve mil ochocientos cuarenta y siete, para ser exactos—. George rio entre dientes, sintiéndose victorioso—. No estimo cuando se trata de dinero.

—Presenta usted una oferta difícil de rechazar, Hersley.

—Me casé tarde en la vida, lord Nordham, y me gustaría ocuparme del futuro de mi hija antes de que sea demasiado tarde.

—Puedo decirle que estoy intrigado. Su hija es bastante hermosa para una mujer de su clase—. Nordham golpeó con los dedos su copa—. Con locura o no.

—Puedo hacer que redacten los papeles y los envíen a su casa esta tarde.

Nordham vaciló, luego asintió.

—No soy tonto. Acepto sus condiciones.

—Excelente. Le advierto que habrá instrucciones específicas sobre el cuidado de mi hija si su enfermedad progresa. Espero que las siga al pie de la letra y no escatime en gastos.

—De acuerdo.

George se puso en pie.

—Volveremos a hablar cuando los papeles estén firmados. Será usted un hombre muy rico, lord Nordham, y no tendrá que depender de su padre nunca más.

—Algo que no me produce bastante alegría—. Nordham se levantó, todo su porte festivo, y alzó su copa—. Por un contrato exitoso.

George sonrió y cogió su propia copa.

—Por eso sí puedo brindar.



—Usted me entiende—. El alivio hizo que los miembros de Shannon flaquearan—. Es algo horrible que no te entiendan.

—Hablo gaélico—, dijo el anciano, metiéndole el pañuelo en la mano—. Y tú también, por lo que veo.

—Es la maldición—, dijo Dolly, aún de pie cerca de la puerta. La abrió una rendija y se asomó.

—Oh—. La tristeza llenó los ojos del anciano—. Así que ha comenzado.

—¿Y usted es mi abuelo?— Preguntó Shannon.

—Lo soy—. Donald se puso en pie—. Tu madre era mi hija, pobre alma. No pude salvarla, pero te salvaré a ti, si Dios quiere, aunque me cueste mi último aliento.

Shannon estudió al delgado anciano, imaginando que una vez había sido bastante alto antes de que la edad hiciera mella en su cuerpo, encogiendo su estatura y curvando sus antaño anchos hombros con la carga del paso de los años. Sus ojos tenían la misma forma y eran del mismo color azul grisáceo que los suyos, como lo habían sido los de su madre. Su pelo plateado tendía a rizarse en los bordes, y una barba pulcramente recortada le daba un aspecto distinguido. Una atrevida nariz afilada aumentaba la impresión de fortaleza a pesar de su aspecto medio famélico.

—¿Quiere decir salvarme de esta maldición?—, preguntó ella, sorprendida por la declaración.

—¿Y de qué más necesitas que te salven? Excepto de esta asquerosa ciudad—. Arrugó la nariz—. Estoy echando de menos el aire fresco del hogar, la verdad de Dios.

—Dolly me dice que la única forma de romper la maldición es que me case con Kinner McBride.

—Así es. Aunque no estarás rompiendo la maldición tanto como satisfaciéndola.

—No lo entiendo.

—Si te casas con el McBride, la plaga desaparecerá de las tierras de McBride y de

Duncan por igual. Y tú, muchacha, no sufrirás la locura que se llevó a tu madre de este mundo.

—¿Pero eso no es romper la maldición?

—No. Otra muchacha ya está marcada para casarse con la próxima generación de jefes McBride. Y así ha sido desde hace unos tres siglos. Y así será durante las generaciones venideras—. Sonrió, mostrándole unos dientes que habían visto días mejores—. Pero tu futuro estará asegurado, y ése es nuestro propósito por el momento.

—Basta de parloteo—. Dolly se acercó, con las manos en las caderas—. Les di a los lacayos suficiente hierba en la sopa para que se durmieran, pero no se quedarán así para siempre. La muchacha debe hacer su elección.

Shannon se puso en pie.

—¿Qué elección?

—Hemos venido a rescatarte—, dijo Donald.

—Los muchachos te esperan fuera para llevarte a casa, a Escocia.

Ella se puso rígida.

—Escocia nunca ha sido mi hogar. *Este* es mi hogar.

—Así es—, dijo Dolly, lanzando a Donald una impactante mirada—. Pero Escocia es el hogar de tu familia y de los McBride.

—¿Vendrás con nosotros, nieta? ¿Seguirás tu destino y acabarás con el tormento de nuestros parientes?

—¿Quieren que huya a Escocia con ustedes? ¿Ahora mismo?

—Así es—. Donald asintió.

—Oh—. Su estómago dio una pequeña vuelta y se hundió de nuevo en el borde de la cama.

—Su abuelo está aquí para cuidarla durante el viaje—, dijo Dolly— ¿Qué elección tiene? ¿Prefiere quedarse encerrada en esta habitación hasta que su padre elija para usted a algún codicioso lord? ¿O tomará su futuro en sus manos y elegirá su propio camino?

Shannon miró de uno a otro y luego se fijó en Donald.

—¿Será mi tutor?

Donald asintió.

—Lo seré.

Enroscó los dedos en la colcha, apenas capaz de creer que estuviera siquiera considerando la idea.

—¿Y no me obligará a casarme con Kinner McBride?

—¿Forzar? No. ¿Alentar? Tal vez, pero sólo porque será la salvación de todos nosotros—. El brillo en los ojos de Donald le arrancó una sonrisa.

—Ve con ellos, niña—, le instó Dolly.

—Si voy—, dijo Shannon—, iré para poder conocer a mi familia—. Volvió la mirada hacia su abuelo—. Tal vez por el camino pueda contarme algo más de esta locura que asola a nuestra familia.

—Te contaré todo lo que quieras saber.

—Me reconforta oír eso. Pero hay una respuesta que necesito de usted antes de seguir adelante. ¿Por qué ha esperado hasta ahora para venir a verme? ¿Por qué no le he conocido antes?

—Oh, mi dulce niña. Muchas son las veces que he querido venir y tener unas palabras con tu padre sobre este mismo tema. Pero me habría echado si me hubiera atrevido a osar su puerta.

—Sé que no le gustan los escoceses, pero...

—¿No le gustamos? Dulce cielo, el hombre detesta el mismo aire que respiramos. ¿Por qué no he venido a verte antes? Porque tu padre no me lo permitiría, por eso. Él y su dinero hicieron un bloqueo formidable. Sólo recientemente hemos podido conseguirle a Dolly un puesto en esta casa para que te vigile por nosotros.

—Sabíamos dónde estabas, querida—, dijo Dolly—. Sólo que no podíamos acercarnos. No hasta que Lisa se fue hace unas semanas y pude ocupar su puesto.

Shannon miró de uno a otro, desgarrada. Luego respiró hondo.

—Iré a Escocia.

—¡Benditos sean los santos!— exclamó Dolly—. Ven, déjeme ayudarte a vestirme. Donald, vigila la puerta.

—Lo haré.

Dolly instó a Shannon a acercarse al armario.

—Has tomado la decisión correcta, querida.

Shannon miró a su abuelo, que estudiadamente mantenía la mirada en la puerta, mientras Dolly sacaba del armario un robusto traje de montar.

—Eso espero.



—¿Por qué demonios tarda tanto?— Desde las sombras del jardín, Kinner miró hacia la ventana de Shannon—. Dolly y Donald llevan fuera una eternidad.

—Quizá la muchacha sea testaruda—. Liam sonrió, sus dientes destellaron en la oscuridad—. Es una Duncan, ya lo sabes.

—Sí, lo sé bien—. Kinner se balanceó sobre sus talones, con la mirada fija en la ventana iluminada.

—¿Por qué la maldición tiene que elegir a tu esposa por ti?— refunfuñó Malcom— ¿Por qué no puedes elegir a la chica Duncan que quieras?

—No funciona así.

—Ya lo sé—. Malcom pateó un guijarro, haciéndolo resbalar entre la maleza.

Liam le siseó.

—Hoy no tenemos la lluvia para escondernos, joven Malcom, así que ten cuidado.

Malcom frunció el ceño.

—Estoy cansado de Inglaterra. Quiero irme a casa.

—Es lo que queremos todos—, dijo Kinner.

—Sólo desearía que te hubieras casado con Jean—, dijo Malcom— Entonces no habríamos tenido que venir aquí.

El dardo le dio de lleno en el corazón, aunque Kinner dudaba que Malcom se hubiera dado cuenta siquiera del arma que había empuñado.

Su hermano continuó:

—Me hubiera gustado tener a Jean por hermana.

Y a Kinner le habría gustado tenerla por esposa. Una imagen de ella pasó por su mente, toda ojos oscuros y pelo negro y sonrisas soleadas. Su figura redondeada le había tentado en sus brazos más de una vez. Aunque él sabía que no podían serlo. Aunque ella lo sabía.

Pero ella no había soportado la marca, por lo que se habían visto obligados a alejarse el uno del otro, sabiendo ambos que él podría estar avanzando hacia un matrimonio sin amor.

—Hubiera sido feliz casándome con Jean Duncan—, dijo Kinner en voz baja, tocando con el pulgar la banda de su anillo—. Pero sabía que mi deber era casarme con otra.

—Estúpida maldición—, murmuró Malcom.

Kinner aspiró una bocanada de aire, tratando de calmar la herida que aún palpitaba, incluso después de tres años.

—Sí.

—Basta de hablar del pasado—, siseó Liam—. Estamos en tierra enemiga, por si alguno de vosotros lo ha olvidado.

—Yo no he olvidado nada—, espetó Kinner—. Vamos, muchachos. Donald ha estado fuera demasiado tiempo.

Salieron de entre los arbustos y corrieron hacia el muro de la casa. Uno a uno, los hombres se subieron unos encima de otros para formar una escalera humana. Una vez que todos estuvieron en su sitio, Kinner se izó sobre los hombros del primer hombre y comenzó el ascenso hasta la ventana de Shannon.

Cuando llegó arriba, se asomó al interior, y en vez de ver a Donald rodeado por los hombres de Hersley vio en su lugar a Shannon, vestida sólo con una muda, levantando los brazos para que Dolly Ross pudiera ajustarle un corsé alrededor de su diminuta cintura.

No podía negar que el destino le había enviado una bonita esposa. Con su piel pálida y sus cabellos como llamas, le atraía con su señuelo de sirena. Sus suaves curvas -especialmente aquellos bonitos y turgentes pechos- despertaron su lujurioso apetito. El camisón que llevaba era del algodón más puro, que acentuaba más que ocultaba sus encantos.

Dolly tiró de los cordones del corsé, estrechando aún más la cintura de Shannon y realzando sus pechos como una ofrenda de los dioses, el borde de encaje de la prenda apenas le cubría los pezones.

Ella era suya, marcada así por el destino, y sin embargo su sangre bullía con la innegable necesidad de reclamarla. De tomar lo que era suyo de una forma que ningún hombre podría discutir.

Apenas consciente de sus actos, trepó por la ventana y se dejó caer ligeramente al suelo. A pesar de su cuidado, Shannon oyó su entrada. Le echó un vistazo y jadeó, agarrando un envoltorio que colgaba de una silla.

—¿Qué hace aquí?—, gritó, utilizando un puño cerrado para sujetar la sedosa creación contra él. A pesar de su intento de modestia, el espejo de cuerpo entero que había detrás de ella revelaba una tentadora vista de unos hombros lechosos, una cintura diminuta y un trasero dulcemente redondeado.

Dolly jadeó.

—¡Señorita! ¡Ha hablado usted inglés!

—¿Lo he hecho?— dijo Shannon.

—En efecto, lo ha hecho—. Dolly finalmente lo vislumbró— ¡Santo cielo! ¡Sinvergüenza! ¡La muchacha aún no se ha vestido!

—Ya lo veo—. Se acercó lentamente, con el corazón palpitante y el cuerpo tenso por el deseo—. Pero ciertamente, como su prometido, puedo saborear la belleza de mi novia.

Donald se apartó de la puerta para mirarle.

—McBride, ¿qué demonios haces aquí? Ibas a esperar la señal.

—Me preocupaba que algo hubiera salido mal—. Kinner se concentró en Shannon, en la forma en que su pelo de fuego caía sobre sus hombros blancos y lisos, en cómo se curvaba su bonito trasero en el reflejo del espejo, en lo delicados que eran los huesos de sus tobillos.

Puede que no hubiera amor en esta unión, pero habría pasión en abundancia. Un hombre podía estar satisfecho con eso.

Donald se adelantó, interponiéndose en su camino.

—Ten un poco de respeto. La muchacha aún no es tu esposa.

—Y no he dicho que vaya a serlo—, replicó Shannon.

Kinner le dedicó una lenta sonrisa.

—Lo serás.

—Me voy contigo para que la señorita Shannon pueda terminar de vestirse—, dijo Dolly.

Volvió a mirar a Shannon, esta vez desde el ángulo del sentido práctico.

—Ella no puede llevar eso para el viaje que vamos a hacer.

—Llevará su traje de montar—, dijo Dolly—. Es lo único suficientemente adecuado.

—Entonces busca otra prenda. Estaremos varios días a caballo, viviendo de la tierra. No estará cómoda así, y no podemos permitirnos parar para aliviar sus males.

Shannon levantó la barbilla.

—Puedo montar bastante bien, gracias, y el traje está diseñado para montar a caballo.

Se rio entre dientes.

—Un trote tranquilo por Hyde Park, tal vez, pero no galopando como el diablo hasta la frontera. Y cabalgarás a horcajadas, mi amor. Cabalgarás a horcajadas o cabalgarás conmigo.

—¡Cabalgar contigo! ¡No lo haré!

—Lo harás—, replicó—, si eso es lo que hace falta para que lleguemos a Escocia antes que los hombres de tu padre.

—No tenemos tiempo de encontrar otra ropa—, protestó Dolly.

—Entonces supongo que debe llevar el traje por ahora. Pero quita el corsé, mujer. No podemos permitir que la chica se desmaye por el camino.

Shannon se quedó con la boca abierta.

—¡No puedo ir por ahí sin corsé!

—Puedes y lo harás—. Kinner volvió su atención hacia Donald, dejando a Shannon balbuceando—. Donald, baja y espéranos abajo.

—No quiero dejar a la muchacha. Prometí que sería su guardián.

Kinner le puso una mano en el hombro.

—Y así será, pero ya no eres un joven, Donald, y te llevará más tiempo llegar al suelo. Dolly y yo cuidaremos de Shannon.

—Vamos, Donald—, dijo Dolly, desatando afanosamente las ataduras de Shannon—. Se portará bien o tendrá que vérselas conmigo.

Donald miró fijamente a Kinner.

—Trátala con respeto, McBride. Pronto será tuya.

—¡No necesariamente!— espetó Shannon. Dolly la hizo callar y ella apretó los labios, pero aquellos preciosos ojos lo decían todo.

Kinner sonrió. Al menos su vida no sería aburrida.

—Ve, Donald.

Donald asintió con la cabeza y luego miró a Shannon.

—Te estaré esperando fuera, nieta. No temas.

—No temo a este zoquete.

—Zoquete, ¿verdad?— Kinner se acercó. Su olor se burló de ella, nubló su pensamiento.

Riéndose, Donald salió por la ventana y se subió a los hombros del hombre más alto de la cadena humana.

Shannon apenas notó la salida de su abuelo.

—Sí, zoquete. ¿Cómo llamaría si no a un hombre que da órdenes como usted?

—Un jefe de clan.

Puso las manos en las caderas.

—Bueno, yo no formo parte de su clan.

—Todavía no.

—Nunca—. Dolly acercó el hábito de montar azul noche, pero Shannon extendió una mano para impedir que se acercara más—. No, Dolly, he cambiado de opinión. No iré a Escocia.

—¡Qué!— exclamó Dolly.

Kinner frunció el ceño.

—Claro que irás.

—No iré. Puedo volver a hablar inglés—. Ella le envió una mirada de furia que debería haberle escaldado pero que sólo hizo que la deseara más.

—¿Pero por cuánto tiempo?— preguntó Dolly—. La maldición puede golpear cuando menos se lo espere.

Kinner se acercó más, cerniéndose sobre ella. Le invadía el deseo de tocarla pero no se atrevía, no cuando estaba atrapado entre la ira y la lujuria. Apretó los puños a los lados.

—Vendrás con nosotros, Shannon Denford. La gente está muriendo y tú puedes salvarla.

Ella no se echó atrás.

—Tomé la decisión—. Se dio la vuelta y le lanzó una mirada por encima del hombro—. Tal vez envíe una nota a lord Kentwood.

Los celos rugieron a través de él, agarrándolo con garras perversas. La agarró, la empujó contra él y le gritó:

—Y una mierda que lo harás.

Arrastrándola con él por el brazo, llegó a la cama en dos pasos y arrancó de un tirón la colcha. Sus ojos se abrieron de par en par y trató de soltarse.

—No—, jadeó—, ¡no iré contigo!

—La gente arriesgó su vida para encontrarte, Shannon Hersley. *Irás* a Escocia esta noche—. Le echó la colcha por la cabeza, luego se agachó y la levantó por encima de su hombro. Ella dejó escapar un suave bufido cuando su estómago hizo contacto con el duro tendón. Él se enderezó, trabando un brazo alrededor de sus muslos para mantenerla equilibrada. Ella empezó a retorcerse y él le dio un manotazo en el trasero.

Un aullido indignado le llegó desde debajo de la manta.

—¡No forcejees o nos matarás a los dos!

Dolly le observó con los ojos redondos, una mano sobre la boca en estado de shock.

Hizo una pausa para dedicar a su clan una sonrisa.

—Es la única manera, Dolly. Es una Duncan hasta la médula.

Dolly asintió y observó en silencio cómo se dirigían hacia la ventana.

Liam se apoyó con los brazos cruzados en el alféizar, sonriendo.

—Te dije que debíamos traer la cuerda.

—Lo hiciste. La próxima vez te haré caso.

Kinner echó un vistazo a la escalera humana. Shannon volvió a retorcerse y él le dio un fuerte apretón.

—¡Deja de retorcerte! ¿Quieres caerte por la ventana, mujer?

Ella le dijo algo, y aunque las palabras estaban amortiguadas por la manta, su tono iracundo no lo estaba.

—Te has hecho un lecho matrimonial de espinas, Kinner—, observó Liam con una risita.

—Así es—. Miró a Dolly— ¿Está Hersley en casa?

—No, milord.

—Entonces está bien—. Miró a Liam—. Que suban Hammish y Harlan. Luego tú, Malcom y Donald traed los caballos.

—¿No querrás salir por la puerta principal?— Preguntó Liam, con el asombro claro en su rostro.

—Por la puerta de la cocina, en realidad. No sacaremos a mi novia por aquí, no sin que uno de nosotros se rompa el cuello.

—De acuerdo—. Con un suspiro, Liam empezó a bajar—. Rehaced la escalera, muchachos. McBride quiere que Hammish y Harlan despejen su camino a través de la casa.

En pocos minutos, la escalera se había formado de nuevo, esta vez con Liam y Malcom en la parte inferior y Hammish y Harlan cerca de la parte superior. Hammish fue el primero en trepar por la ventana, luego bajó y ayudó a su hermano.

Harlan trepó por la ventana y luego encontró el equilibrio.

—Hersley no está en casa—, dijo Kinner—, pero supongo que los criados no querrán que escapemos con su hija. Os toca a vosotros dos despejar el camino.

—Entendido—, dijo Hammish. Sonrió a Dolly y le hizo un pequeño gesto con la mano—. Hola, mamá.

—Mis chicos—. Dolly se acercó y cada uno de los gemelos se inclinó para besarle la mejilla—. Cuidad bien de la señorita Shannon.

—Lo haremos—, dijo Harlan.

—Adelante—, dijo Kinner, apretando con más fuerza a una Shannon que se contoneaba—. Vuestra madre estará segura aquí.

—Estaré bien—, dijo Dolly—. Id. Salvad a nuestra gente para que pueda volver a casa con vosotros.

Con idénticos saludos de despedida, los gemelos se adelantaron, sus largas piernas se comieron la longitud de la habitación en segundos. Kinner les siguió, balanceando a su mujer sobre el hombro.

—¡Hammish!— Dolly se apresuró tras ellos, con el hábito de montar en sus manos—. Llévate esto. La muchacha necesita algo que ponerse además de su traje.

Sin romper el paso, Hammish cogió la prenda y se la echó al hombro, luego siguió a su hermano al pasillo. Kinner esperó un suave silbido -la señal para proseguir- y fue tras ellos.

Varios lacayos y una intrépida ama de llaves intentaron detenerlos. Hammish y Harlan acabaron rápidamente con los lacayos y encerraron al ama de llaves en un armario antes de que pudiera hacer sonar la alarma. La cocina estaba casi desierta, con un muchacho durmiendo en un rincón. El trío de escoceses pasó sigilosamente junto al joven paje, sin perturbar su sueño.

Para cuando Kinner salió por la puerta de la cocina, maldecía en silencio el bulto de carne femenina que llevaba colgado del hombro. Ella se había retorcido, contorneado y forcejeado todo el camino, cansando sus músculos con la necesidad de mantenerla en un sitio.

Podría haber sido un asunto sencillo de resolver. Si tan sólo hubiera accedido voluntariamente como había dicho que haría... Pero no, Dios no permita que una Duncan cumpla su palabra. Así que se vieron reducidos al secuestro descarado. Trotó hacia la zona de los establos, con Hammish delante y Harlan detrás. A horcajadas sobre su propia montura, Malcom aferró las riendas del caballo de Kinner, mientras que Donald y Liam agarraban a los demás. Kinner se volvió hacia Hammish.

—Sujétala—, le ordenó. Hammish rodeó con sus brazos al retorcido bulto de mujer y la sostuvo con fácilmente mientras ella intentaba liberarse.

Instalado en su silla de montar, Kinner volvió a cogerla. Hammish la levantó y Kinner consiguió situarla frente a él en su caballo. Deslizó una mano desde debajo de la manta y se la arrancó de la cabeza.

—Pagaré por esto—, espetó, con los ojos fundidos de furia.

Él asintió.

—Lo haré. Desde el momento en que pronunciemos nuestros votos.

Ella dejó escapar un sonido de frustración, luego volvió a enterrarse en los pliegues de la manta contra el viento mientras él impulsaba a su caballo al galope hacia las Tierras Altas.

Ya no había escapatoria. Ella era suya.

Capítulo 11

Se debió quedar dormida, pues cuando Shannon despertó el grupo de hombres del clan se había detenido en un claro cerca de un arroyo. Kinner acababa de entregarla a uno de los otros. Desorientada por el repentino movimiento hacia abajo, ella le echó los brazos al cuello, agarrándose a él con pánico soñoliento.

—Ya, ya, dulce Shannon—, murmuró Kinner—. Te tengo.

—¿Dónde estamos?— Todavía confusa, apoyó la cabeza contra su pecho. Su corazón latía con fuerza bajo su mejilla.

—Hemos parado para descansar. Casi ha amanecido.

—¿Hemos cabalgado toda la noche?— Su cuerpo desprendía un calor tostado, y ella se acurrucó más cerca.

—Lo hemos hecho—. La arropó más cómodamente contra él—. Por mucho que disfrute teniéndola entre mis brazos, bella Shannon, debemos permitir que el caballo descanse.

Ella se despertó por completo ante eso, sonrojándose de humillación. ¿Qué le pasaba, aferrándose a él como una lasciva?

—Suélteme.

Él rio entre dientes.

—Como quiera.

Le permitió deslizarse fuera del caballo, y la bestia bien adiestrada permaneció quieta mientras ella caía al suelo. La manta se deslizó de sus hombros. Con un grito ahogado, se dio cuenta de que aún estaba en ropa interior, ¡y que llevaba horas cabalgando con él en ese estado!

Se echó a reír y desmontó.

Le ardía la cara. Se echó el pelo enmarañado hacia atrás y levantó la barbilla.

—Esto no es divertido. Me han secuestrado.

—No creo que eso sea exacto.

—¿De qué otra forma lo describiría? Me sacó de mi casa al hombro como si fuera un saco de grano.

Se acercó más, sosteniéndole la mirada. Sus ojos azules nunca dejaban de incitar esa sensación de derretimiento en su vientre. Frustrada por su propia incapacidad para resistirse a aquella salvaje atracción, mantuvo el contacto con pétrea resolución.

—Aceptó venir con nosotros—, dijo Kinner—. Fue simplemente su temperamento feroz lo que provocó su método de huida.

—¿Mi temperamento?— Él tenía razón, maldito sea, pero ella no estaba dispuesta a admitirlo.

—Sí—. Se inclinó para que estuvieran prácticamente nariz con nariz—. Es usted una mujer apasionada, Shannon Hersley. Será una agradable noche de bodas para los dos.

¿Nunca admitía la derrota?

—Aún no he aceptado casarme con usted.

—Cierto—. Le pasó una mano por la mejilla y a ella le saltó el pulso—. Pero un hombre puede tener esperanzas.

Antes de que ella pudiera responder, él se dio la vuelta y se alejó, conduciendo su caballo hacia el arroyo.

Ella sólo pudo quedarse allí, observando su espalda en retirada, con emociones contradictorias batallando en su interior. ¿Por qué se le ablandaba el corazón en su presencia, aunque le hirviera el temperamento? ¿Qué tenía este escocés fornido que la hacía tan vulnerable a él?

¿Podrían estar conectados de algún modo a través de esa maldición en la que todos parecían creer?

Donald se acercó a ella.

—Ven, nieta.

—¿Adónde vamos?— Al darse cuenta por fin de lo que la rodeaba, Shannon se arrebujo más en la manta y miró a su alrededor— ¿No hay ninguna posada donde podamos refugiarnos?

—¿Una posada?— Donald se rio y sacudió la cabeza—. No, no tenemos monedas para esos lugares.

—¿Qué? ¿Pero dónde...?— Ella tropezó con las palabras y bajó la voz a un susurro— ¿Dónde debo ir para... atender mis necesidades?

—Ah—. Desviando la mirada, Donald se aclaró la garganta—. Te buscaremos un poco de intimidad—. Comenzó a guiarla hacia un grupo de arbustos cerca de la orilla del agua.

—¿Adónde vas, Donald?— gritó Liam.

—La muchacha necesita...— Donald hizo un gesto con la mano hacia los arbustos, sin palabras.

—Ah—. Liam asintió—. Ten cuidado de que no se te escape, Donald.

—No temas por eso—, espetó Donald.

Llegaron a los arbustos y Donald señaló hacia ellos.

—Puedes ir ahí detrás. Me aseguraré de que nadie te moleste.

Shannon vaciló, desanimada por un alojamiento tan primitivo. La mera idea de ocuparse de las necesidades de su cuerpo a la intemperie con una banda de escoceses de pie a sólo unos pasos de distancia la escandalizaba. Pero, ¿qué otra opción tenía?

Miró a su abuelo. No le conocía, no había tenido tiempo de llegar a confiar en él. Sin

embargo, Kinner había tenido razón. Su temperamento se había apoderado de ella y había llegado a este lugar por medios poco ortodoxos. Sin embargo, había tomado la decisión de dejar atrás todo lo que le era familiar, de viajar a Escocia con la frágil esperanza de poder dar algún sentido a los recientes acontecimientos de su vida.

Kentwood estaba perdido para ella, y la reacción de su padre ante su locura aún le escocía por la traición. ¿Qué le esperaba en Londres? Nada. Sólo podía seguir adelante y esperar encontrar respuestas en Escocia.

—Abuelo—, dijo. La alegría iluminó sus ojos al oír esa palabra, y su corazón se estrujó en respuesta. Parecía un hombre muy querido—. ¿Podría por favor buscarme la ropa?

—Lo haré.

—Gracias—. Con tanta dignidad como pudo manejar, se escabulló detrás de los arbustos.

—¿Qué pretendes, dejar que la mujer vague libremente?— preguntó Liam, de pie junto a Kinner mientras ambos daban de beber a sus caballos en el arroyo.

—Ella no irá lejos. Al menos no como va vestida ahora. Además, Donald la vigilará.

—¿Lo hará? ¿Entonces por qué está Donald hablando con Hammish?

Kinner miró a su alrededor y vio que, efectivamente, Donald estaba conversando con Hammish, y Shannon no aparecía por ninguna parte.

—Maldita sea.

—Ve y encuentra a tu novia—, dijo Liam con una sonrisa—. Yo vigilaré los caballos.

Kinner se acercó a Donald, que se estaba alejando de Hammish con el hábito de montar de Shannon en la mano.

—¡Donald! ¿Dónde está Shannon?

—Está atendiendo a la naturaleza—. Donald comenzó a caminar hacia los arbustos en el lado más alejado de su campamento.

—¿Y el vestido?

—Mi nieta me pidió que se lo trajera—. Donald se detuvo y miró a Kinner con el ceño fruncido—. No puedes tener a la muchacha corriendo desnuda como el día en que nació.

Una pena.

—Le llevaré el vestido—. Kinner le tendió la mano.

Donald entrecerró los ojos.

—Ha hecho lo que le pediste y ha venido con nosotros, Kinner. No la avergüences.

—Te recuerdo, Donald, que ella no ha venido en silencio.

Donald vaciló, luego le entregó el vestido.

—No me hagas lamentar mi parte en esto, McBride.

—Tengo la intención de casarme con ella, Donald. Ella está bajo mi protección.

Agarrando el vestido, se dirigió al grupo de arbustos.

—Shannon—, llamó suavemente.

—No se acerque—, chilló ella— ¿Dónde está mi abuelo?

—Está cerca. He traído su ropa—. Silencio— ¿Shannon?

—Quiero a mi abuelo—, dijo ella en voz baja.

—Él no puede venir. ¿Quiere su vestido o no?

—Lo quiero.

—Entonces cógelo.

Se asomó por detrás de los arbustos, apretando la manta contra su garganta.

—Démelo—, dijo, extendiendo una mano alrededor de las ramas.

—¿Y cómo lo abrochará?—, preguntó.

—Me las arreglaré.

—Puedo ayudarla.

Ella apretó la mano extendida.

—No quiero su ayuda.

—Es una mujer testaruda—, dijo Kinner.

—No más que usted.

—Es mi deber protegerla. No le haré daño—. Le entregó el hábito de montar—. Coja su ropa. Estoy listo para ayudarla.

Ella le arrebató el vestido y se agachó de nuevo detrás del arbusto.

—Esta no es forma de empezar un cortejo—, dijo Kinner.

—¿Cortejo?—, se burló ella. Los crujidos indicaban que estaba intentando vestirse—. Nada de lo que ha pasado entre nosotros podría considerarse un cortejo.

—Razón de más para que empecemos de nuevo.

Ella dejó escapar un siseo de exasperación, seguido de más crujidos de telas y ramas.

—No recuerdo que hayamos 'empezado' de verdad.

Kinner puso los ojos en blanco. La mujer podría hablarle de monedas a un ciego con su manera de enredar sus palabras en un embrollo. Pero esta vez no caería en su trampa de lenguaje retorcido.

—Confíe en mí, Shannon—, dijo en voz baja.

—¿Cómo podría?— replicó ella, con un tono igual de sombrío—. No le conozco.

—¿Me permitirá al menos abrocharle el vestido? No deseo compartir su belleza con mis hombres.

Ella vaciló.

—Shannon, sea práctica. Si estuviera en casa, necesitaría que su doncella la ayudara.

—Sí, lo haría—, contestó ella, sonando pensativa.

—Permítame ayudarle.

Otro largo momento de silencio.

—Muy bien—, dijo ella.

—Voy a volver—. Caminó alrededor de los arbustos y la encontró con el hábito de montar a medio poner, tratando de mantener la manta alrededor de ella al mismo tiempo—. No puedo ayudarla si no suelta la manta.

Ella se quedó totalmente quieta, mirándole con ojos desconfiados. Ojos de Duncan.

—¿Será un caballero?

—¿Qué clase de hombre cree que soy?

—No sé qué clase de hombre es. *No le conozco*.

Respiró hondo para contener su ira. La muchacha seguramente no podía saber lo cerca del peligro que pisaba con tan descarados ataques a su honor. ¿Acaso no había dejado atrás a la mujer que había elegido para casarse con esta ingrata Duncan que el destino le había impuesto?

—Soy un McBride—, dijo rígidamente—. Mi deber está con mi clan. Usted, Shannon Hersley, está destinada a formar parte de mi clan, lo entienda o no.

Ella estudió su rostro, sin que el suyo le delatara nada. Finalmente deslizó la manta de sus hombros y la dejó en el suelo. Sujetando el vestido en su sitio, le dio la espalda para que él pudiera arreglar las docenas de cierres.

Había algo tentadoramente íntimo en ayudar a una mujer a vestirse. Miró la carne cremosa de sus hombros, el algodón fino del tejido de su vestido, y se deleitó con la idea de que él era el único hombre que disfrutaba de semejante espectáculo. Sí, era una belleza, esta novia suya. Mientras abrochaba los corchetes y los botones, pensó en lo mucho que le gustaría realizar esta tarea a la inversa.

—No pretendo ser molesta—, murmuró ella.

Sus suaves palabras lo sacaron de la fantasía de desnudarla.

—¿Por qué dice eso?

Ella giró la cabeza hacia un lado, pero no miró hacia él.

—Una vez dijo que yo era problemática. No pretendo serlo.

—Bueno, eso fue diferente. No fue problemática en el viaje hasta llegar aquí.

Ella soltó una risita.

—¡Estaba dormida!

—Sí, durmiendo en mis brazos como un ángel.

Ella se sonrojó, y él observó con fascinación cómo el rosa recorría sus hermosas mejillas y bajaba por su cuello.

—Espero que no se sintiera incómoda.

—Apenas—. Terminó de abrocharle el vestido y le puso las manos sobre los hombros—. Soy un hombre honorable, Shannon. Debe aprender a confiar en mí.

—Confiar—. Ella suspiró y se volvió hacia él. Él dejó que sus manos se deslizaran de los hombros de ella—. Confié en mi padre, y me traicionó al pretender venderme como a una vaca de premio.

—Él no conocía la maldición.

—Yo tampoco conocía la maldición.

Él se rio ante el intento de ella de imitar su forma de hablar.

—¿Cómo podría? No ha crecido entre su clan como debía.

—Debo decir que, por poco convencional que sea, disfruté del mejor sueño que he tenido en semanas mientras cabalgaba con usted desde Londres.

Esbozó una lenta sonrisa, preguntándose si ella estaría pensando lo que él imaginaba que estaba pensando

—¿Por qué?

—Porque no soñé y no oí voces cantando en mi cabeza.

—Ah—. Quizá el viaje no había sido tan estimulante para ella como para él. Había tenido que pasar varios minutos después de desmontar contemplando la corriente fría antes de que su cuerpo se calmara.

—¿Por qué supone que ocurre eso?

Volvió a centrar su atención en ella.

—¿Por qué ocurre el qué?

—Por qué todos los síntomas de locura parecen desaparecer cuando usted está cerca de mí. Ayer estuve hablando gaélico todo el día a pesar de no haber aprendido nunca el idioma. Luego empecé a hablar inglés de nuevo en cuanto llegó.

Se encogió de hombros.

—Quizá sea porque la maldición sabe que seré su marido.

Suspiró, el cansancio más que la exasperación llenaban el sonido.

—No se rinde fácilmente, ¿verdad?

—Un McBride no se rinde.

Ella rio, pero tenía un resquicio amargo.

—Así lo he observado. Escúcheme, Kinner—. Ella puso una mano en su brazo, atrapando su atención con su suave mirada—. No voy a Escocia para casarme con usted. Voy allí para reunirme con mi familia y encontrar la cura para esta locura.

—La cura es el matrimonio.

—Tal vez. Pero no seré forzada a ninguna unión contra mi voluntad—. Ella bajó la mirada y luego la desvió hacia el arroyo que corría junto a ellos—. Aunque pensaba casarme con lord Kentwood, no lo elegí porque fuera el hombre más rico o más importante. Lo elegí por cómo trataba a su madre.

—¿Qué tiene que ver la madre de un hombre con el matrimonio?

—La ternura con que la cuidaba—. Una sonrisa melancólica curvó sus labios—. Pensé que tal vez si yo acababa siendo una loca, él me cuidaría con la misma ternura.

—Si se casa conmigo, no se convertirá en una loca en absoluto.

—Debido a la maldición, ¿correcto?—. Él asintió, y ella le dedicó una sonrisa cariñosa— ¿Y si me vuelvo loca, Kinner? ¿Me tratará bien? ¿Podría ser el hombre que yo quería que fuera lord Kentwood?

¿Y cómo se suponía que un hombre podía compararse con los gustos del pretendiente favorito de la dama?

—No lo sé. Tal vez el hombre que usted quiere no sea real.

—Eso pensé de usted una vez. Que no era real. Que no podía serlo.

Se rio entre dientes.

—Tiene una imaginación muy viva.

—Tal vez. Pero, ¿qué se supone que debe pensar una chica cuando sueña con un hombre una noche y al día siguiente se lo encuentra en un baile? Por supuesto pensé que era mi caballero que venía a salvarme.

—Tiene expectativas exaltadas—, dijo él—. Un marido es sólo un hombre, y ninguno es perfecto.

—Tal vez—. Ella se cruzó de brazos, abrazándose a sí misma—. Pero el marido que yo habría elegido está perdido para mí, y usted insiste en ocupar su lugar.

—Ninguno de los dos tiene elección en este asunto, Shannon.

Algo en su voz debió de delatarle. Ella levantó la cabeza, con la curiosidad parpadeando en sus ojos.

—¿Hubo alguien para usted también, Kinner?

—Una vez—. Él se encogió de hombros, incómodo con la dirección de la conversación—. Pero conozco mi deber. Seré un buen marido para usted.

—Sólo si puede demostrarme que sabe anteponer a los demás a usted mismo—. Se recogió el pelo rojo en la nuca y enroscó un poco de cinta arrancada de su hábito en la masa de mechones enmarañados.

Luchó por no ofenderse.

—Vine a Inglaterra por usted, ¿verdad? E intenté conquistarla por medios ingleses. ¿No prueba eso nada?

—Prueba que es muy decidido.

Él asintió bruscamente.

—Lo soy.

—No puedo prometerle que me casaré con usted, Kinner. Una vez que lleguemos a su casa, sabré más.

—Es muy tonta si cree que puede rechazarme.

Una sonrisa cómplice curvó sus labios.

—Es prerrogativa de una mujer rechazar cualquier oferta que desee.

—Muy cierto—. Lanzó una rápida mirada a su cuerpo dulcemente curvado—. Le convenceré para que se case conmigo, Shannon. Suplicará ser mi novia.

Ella se lamió los labios.

—No puedo imaginar que eso vaya a suceder.

—Después de que lleguemos a mi casa, después de que vea el sufrimiento que ha provocado la maldición—. Deslizó el pulgar por la boca húmeda de ella—. Después de que se dé cuenta del amante pasional que puedo ser, entonces es cuando me aceptará.

Sus labios se separaron.

—Ya me doy cuenta, si mis sueños son un fiel reflejo de usted.

Un suspiro siseó entre sus dientes.

—Dios mío, mujer, sólo soy humano.

Apretó los ojos y luego los abrió.

—Le pido disculpas, Kinner. No debería haber dicho eso.

—¿Sabe el efecto que tiene sobre mí?

Su respuesta llegó tan suavemente que él casi no la oyó.

—El mismo que usted tiene sobre mí.

—Entonces, ¿por qué no me acepta? Sea mi esposa, Shannon.

Ella sacudió la cabeza, el arrepentimiento apareció en sus ojos.

—No puedo. Al menos, todavía no.

—No dejaré de pedírselo.

—Lo sé.

—La deseo mucho.

Ella aspiró una bocanada de aire, el placer parpadeando en sus rasgos.

—Yo también le deseo, que Dios me ayude. Pero debemos pensar en esto con serena razón.

Curvó las manos en puños.

—Maldita maldición. Incluso manipula nuestra atracción mutua.

—¿Cómo sabe que es la maldición?

Dejó escapar una carcajada incrédula.

—¿Qué otra cosa podría ser?

Sus labios se curvaron en una sonrisa tan antigua como Eva.

—Nosotros.

Capítulo 12

Esa única palabra persiguió a Kinner durante el resto del día de viaje mientras él y sus compañeros de clan se dirigían hacia la frontera. Shannon se acurrucó contra él, el rápido paso impedía cualquier conversación. Ella había enterrado la cara en su pecho, con la manta recogida a su alrededor, y él podía deducir por la relajación de sus miembros que se había quedado dormida de nuevo.

La suavidad de su cuerpo hizo estragos en su concentración.

Por supuesto, esta necesidad inmediata y ardiente entre ellos *tenía* que estar impulsada por la maldición. Una atracción tan violenta rara vez se producía fuera de la misma, y desde luego no entre la gente corriente.

Había estado cerca de una unión así una vez, con Jean. La había amado como no había amado a ninguna otra mujer, y la pasión había sido ardiente entre ellos. Ni siquiera el conocimiento de su destino evitado que cayera rendido a sus encantos. Pero se conocían de toda la vida. Su deseo mutuo había crecido con el tiempo.

El sabor agrisado del arrepentimiento le invadió. Si su deber no le hubiera ordenado casarse con Shannon, se habría casado con Jean Duncan hacía años. Pero la maldición declaró que no tendría elección de novia, así que se habían separado con el corazón encogido.

Ahora por fin tenía a su novia en la mano. Superaría sus incertidumbres y la convencería para que se casara con él, y su pueblo se salvaría de la maldición.

Tenía que creer que una vez que ella viera por sí misma los estragos causados a su pueblo por la maldición, encontraría la compasión para casarse con él y poner fin al sufrimiento. Toda esa charla sobre su marido perfecto... seguramente no era más que la fantasía de una jovencita. Era un hombre honorable que apreciaría a su esposa y se tomaría en serio sus votos. ¿Qué más podía pedir una mujer?

Al menos no había hablado de amor. Porque eso era lo único que él no creía poder dar. Sólo había amado a una mujer, y aunque nunca pudieran estar juntos, no creía que pudiera sentir eso por otra. La pasión y el respeto serían suficientes.

Tendría que serlo.



La nota de rescate nunca llegó.

George Hersley tenía la mirada perdida en los nuevos contratos para el molino, incapaz

de concentrarse en una sola palabra. Habían pasado casi dos días y no se sabía nada del secuestro de su hija. ¿Qué clase de locos eran esos bandidos que se la habían llevado? Cuando había vuelto a casa de su reunión con el vizconde Nordham, había encontrado la casa alborotada y a su hija secuestrada.

El ama de llaves había sido encerrada en un armario. Varios de sus lacayos habían sido magullados y habían quedado inconscientes. La pobre Dolly, la criada de Shannon, estaba fuera de sí. Abundaban las historias de cómo aquellos hombres habían envuelto a su hija en una manta y se la habían llevado a la fuerza de su casa. Ella había estado forcejeando, le dijeron. Protestando. Luchando contra esta injusticia.

Una buena chica.

Por supuesto que debían habérsela llevado para pedir un rescate. Era un hombre rico, ¿no? ¿Por qué si no alguien entraría en su casa y se llevaría a su hija si no era por una rica recompensa? Y los corredores de la calle Bow estaban de acuerdo con él. Debían esperar una nota de rescate, habían dicho. Pero habían pasado casi cuarenta y ocho horas y no había llegado ninguna petición.

¿Cómo iba a saber dónde buscarla si nadie se ponía en contacto con él?

Renunció a los contratos y se sentó de nuevo en su silla, mirando al techo. Era un hombre de acción, y esta impotencia no le sentaba bien. Ni siquiera Bow Street había sido capaz de descubrir nada.

Llamaron a la puerta del estudio.

—¡Adelante!—, ladró.

Stodgins abrió la puerta.

—El vizconde Nordham desea verle, señor.

Ah, explosión.

—Hágale pasar.

—Muy bien, Señor Hersley—. Stodgins se apartó de la puerta para dejar entrar al vizconde Nordham.

El vizconde entró en la habitación a grandes zancadas, con paso apremiante.

—¿Y bien? ¿Iba a contármelo todo?

George se encogió de hombros.

—Supongo que se ha enterado.

—¿Que su hija -mi prometida- ha sido secuestrada? Por supuesto que lo he oído. Está en boca de todo Londres.

—Malditos cotillas—. George hizo un gesto con la mano hacia una silla—. Siéntese, lord Nordham.

—¿Cuál es el rescate?— Preguntó Nordham, sentándose—. ¿Quién se la ha llevado?

—Aún no he recibido la nota del rescate.

—¿Qué?

—Es cierto. Supuse que llegaría una, pues ¿por qué otra razón secuestraría alguien a mi hija si no es por dinero? Pero no ha habido nada.

—Al diablo con lo que dice. ¿Así que no hay ninguna pista de quién se la llevó, ninguna idea en absoluto del calvario por el que está pasando?

—Ninguna—. George le dedicó una sonrisa triste—. Aunque aprecio su preocupación.

—Me preocupa tanto como a usted. Me gustaría saber si mi futura esposa ha sido violada. George se estremeció.

—Dios mío, que no sea así.

—En efecto. Me gustaría saber que los herederos son míos.

George le envió una mirada de disgusto.

—¿Tiene que ser tan poco delicado?

—Toda la situación es poco delicada, Hersley. Incluso si no ha sido violada, su reputación está ahora hecha jirones, lo que luego se refleja en mi buen nombre.

George puso los ojos en blanco. El apellido Nordham no era precisamente exaltado en algunos círculos.

—Mi hija fue secuestrada de su casa por la fuerza, lord Nordham. Espero que no espere que pague por algo que estaba fuera de su control.

—Por supuesto que no. No es más que una mujer en manos de hombres despiadados—. Miró fijamente a George—. Es usted quien pagará, Hersley, y con creces, para que yo se la quite de las manos.

—¿Qué tontería es ésta?

Nordham se echó hacia atrás en su silla.

—Estoy dispuesto a aceptar a una esposa que muy probablemente enloquecerá. Ahora existe la posibilidad de que me llegue como mercancía usada. Si quiere que me case con ella, tendrá que hacer que merezca la pena.

—¡Usted, señor, es un granuja desaprensivo!

—Tal vez—. Nordham sonrió satisfecho—. Pero aparentemente soy el único hombre en Londres que tomará a su hija por esposa. Lástima que no tenga otros pretendientes.

—Si los tuviera, preferiría verla con uno de ellos...— Se detuvo a trompicones cuando le asaltó una idea. Dios mío, ¿podría ser? Apartó la silla de su escritorio y se puso en pie.

—¿Qué pasa, Hersley?— Nordham se puso en pie.

—Un asunto urgente. Haré que Stodgins le acompañe la salida—. George se apresuró hacia la puerta.

—Pero aún no hemos terminado nuestras negociaciones.

George abrió la puerta del estudio e hizo un gesto a Nordham para que saliera.

—Como ahora mismo no hay información sobre el paradero de mi hija, no tenemos nada que discutir. En cuanto disponga de los hechos, me pondré en contacto con usted.

Nordham se acercó lentamente a la puerta, con una mirada calculadora.

—Usted sabe dónde está.

—Tengo una idea. Debo investigar más.

—¿Qué sospecha?

—Prefiero reunir los hechos y presentárselos en lugar de especular—, dijo George— ¿Dónde puedo localizarle esta noche?

—Estaré en mi club.

—Muy bien entonces. ¡Stodgins!

Nordham hizo una pausa antes de salir de la habitación.

—Será mejor que comparta todos los hechos conmigo, Hersley, porque al final descubriré la verdad.

—Soy un hombre de negocios honesto, lord Nordham—. Stodgins llegó y George dijo: —Por favor, acompaña a lord Nordham hasta la puerta, Stodgins, y luego llama a mi carruaje. Voy a salir.

—Muy bien, señor. Por aquí, milord.

Nordham envió a George una última mirada.

—Espero tener noticias tuyas esta tarde, Hersley.

—Me pondré en contacto con usted en White's—, aceptó George—. Que tenga un buen día.

Nordham giró sobre sus talones y marchó tras Stodgins. George volvió a entrar en su despacho, cerrando la puerta con un suave chasquido. Luego se apoyó en ella, cerrando los ojos.

¿Cómo se le había podido pasar? ¿Cuánto tiempo había perdido esperando una nota de rescate que quizá nunca llegaría?

Otros pretendientes. Que el cielo le ayudara, pero se había olvidado del escocés. Sheldon. ¿No había venido a husmear alrededor de Shannon, buscando cortejarla? ¿No había acusado a George de robarle la novia al viejo jefe? Sin duda se había enfurecido al ser echado a punta de pistola.

George se pasó una mano por la boca repentinamente seca. Venganza. De eso se trataba. Era la naturaleza de los escoceses tomar lo que querían, malditas las consecuencias. Le había dicho rotundamente al tipo que su demanda nunca sería aceptada. Así que el escocés se había llevado a Shannon. Era la única explicación que tenía sentido.

Si otros bandoleros se la hubieran llevado por las riquezas, sin duda habrían aprovechado que estaban dentro de la casa de un hombre rico y se habrían servido de algunos de los objetos de valor que había por toda la casa. Pero no faltaba nada. Ni un solo candelabro o cuchara de plata. Difícilmente obra de villanos ávidos de dinero.

Pero un escocés enfadado que guardaba rencor -que había intentado cortejar a su hija y había sido rechazado- eso sí tenía sentido.

Dios mío, ¿qué le pasaba? ¿Por qué no había pensado enseguida en Sheldon? Nunca debería haber pasado por alto una pista tan importante. Incluso ahora su mente se movía lentamente, como si estuviera bajo algún tipo de hechizo. La agitó, esforzándose por pensar con claridad. Sheldon. Por supuesto. Debería haberse dado cuenta enseguida. Caramba, ¿cuánto tiempo había perdido? ¿Por qué no se había acordado?

Stodgins llamó a la puerta.

—El carruaje está aquí, señor.

—Excelente—. Abrió la puerta de un tirón y salió furioso por el pasillo, con la furia creciendo a cada paso. Así que el escocés pensó en coger lo que quería, ¿verdad? Pensó en llevarse a la hija de un hombre como si fuera una oveja o una vaca más que añadir a su rebaño. Pronto lamentaría el día en que había secuestrado a la hija de George Hersley.

Los sirvientes le trajeron el sombrero, el bastón y el gabán. Aceptó los tres, su temperamento casi hirviendo al considerar lo asustada que debía estar Shannon. ¿Se había aprovechado el hombre de su cautiva desde la primera noche? No podía soportar la idea. Que su inocencia le fuera arrancada por un salvaje...

Stodgins abrió la puerta, pero George se detuvo un momento, aspirando hondo para calmar su furia desatada. Necesitaba pensar con claridad y no sacar conclusiones precipitadas. Como hombre de mundo, sabía qué horrores podían aguardar a una inocente joven en las garras de hombres sin moral. El tipo de hombres capaces de robar a una chica de su cama en mitad de la noche. Pero si pensaba en ellos ahora, en las atrocidades que podrían visitar a su única hija...

Necesitaba controlar sus emociones, utilizar su riqueza e influencia para encontrar a su hija y traerla a casa. Se ocuparía de las postrimerías según vinieran.

Salió de la casa, bajó las escaleras y se metió en el carruaje. Sentándose, ladró la dirección al conductor.

—A Casa Dorburton.



—Hábleme de mi madre.

Donald hizo una pausa en su tarea. Se habían detenido para pasar la noche, acampando de nuevo junto al agua, a pesar de que había un pueblo a poca distancia. Donald y Shannon se sentaron solos junto al fuego. Kinner, Malcom y Liam habían ido a la aldea para ver si gastaban unas monedas en algunos vegetales para tomar con su comida: conejo recién capturado que Donald estaba desollando en ese momento. Hammish y Harlan estaban a unos metros, cuidando de los caballos.

Los dos últimos días cabalgando con los escoceses le habían proporcionado un descanso

muy necesario, un sueño apacible no perturbado por sueños enloquecedores o voces desencarnadas. A pesar de la velocidad urgente de su viaje, ahora se sentía lo suficientemente estable como para hacer algunas de las preguntas que la habían estado atormentando.

Después de todo, ¿quién mejor que su abuelo para hablarle de su madre?

—¿Qué te gustaría saber?— Donald volvió a trabajar en el conejo, pero ella pudo notar que su mente no estaba completamente en la tarea.

—No sé mucho sobre ella. Murió cuando yo era muy joven. Y el poco tiempo que la conocí, no estaba bien.

—Sí, la locura—. Suspiró, sacudió la cabeza—. Intentamos advertirla, impedir que se casara con tu padre. Pero era decidida, esa hija mía. Cuando se decidió, no hubo quien la parara.

—Sé que iba a casarse con el tío de Kinner.

—Sí, así era. Ella tenía la marca, justo aquí en su hombro—. Se tocó justo por encima de la clavícula, con cuidado de que el sangriento cuchillo no manchara su ropa—. Me han dicho que tú también llevas la marca.

—Sí—. Su rostro se calentó y ella agradeció que él no le preguntara dónde se encontraba—. Supuse que la había heredado de mi madre.

—La marca no siempre recae en la misma familia. No es algo que se transmita de madre a hija, ¿qué lío se armaría!

—No lo entiendo.

Hizo una pausa en su trabajo para ordenar sus pensamientos.

—Si la chica con la marca se casa con el jefe y luego su hija lleva la marca, ¿qué ocurre si el jefe y su esposa también tienen un hijo, que se convertirá en el próximo jefe? Una hermana no puede casarse con su hermano.

—Ya veo el problema.

—La muchacha con la marca -la llamamos la Novia- siempre es del clan Duncan, aunque a veces no lleva el apellido Duncan, como usted.

—Así que yo llevo la marca, pero nací como Hersley. ¿Eso significa que mi hijo no llevará la marca después de mí?

—En absoluto. Otro hijo nacido de una mujer Duncan ya lleva esa carga, destinado a casarse con el próximo jefe. Si Kinner no tiene hijos, entonces Malcom será el jefe. La muchacha se casaría con él.

Shannon frunció el ceño mientras trataba de ordenarlo en su mente.

—¿Y si nace una novia pero el jefe ya está casado? ¿Se vuelve loca igualmente?

—No, gracias al Señor. La maldición parece saber de qué el tema— Cuando él se calló, ella continuó observándole expectante. Finalmente dio un suspiro de hastío y añadió: —Si no hay un jefe con el que casarse, la maldición deja a la chica en paz. Aun así, nace una novia cada generación para estar seguros. Por eso vinimos a buscarte, nieta. No pudimos encontrar a la Novia de Kinner.

—¿Y la otra niña? ¿La que ya tienen?

—¡Ja! Sólo tiene seis años. Nuestro pueblo se muere de hambre. No podíamos esperar otros diez años, no cuando existía la posibilidad de encontrar una Novia de la generación de Kinner.

Incómoda, Shannon desvió la mirada.

—Las reglas de esta maldición son muy intrincadas.

Él resopló.

—¿Reglas? Sólo lo hemos aprendido por observación durante los últimos tres siglos. La arpía que lanzó la maldición no escribió un libro de reglas para que lo siguiéramos.

Volvió a centrar su atención en el conejo, sus movimientos agitados y espasmódicos.

Dudó en preguntar, pero la pregunta le quemaba por dentro.

—¿Ha habido otras novias que no se casaran con el jefe cuando debían? ¿Alguna otra que... se volviera loca?

—Sólo Josephine—. Desechó algunas partes no deseadas y dio la vuelta al animal—. En trescientos años, fue la única que intentó huir de su destino. La pobre muchacha. Siempre quiso más de lo que podíamos darle.

—Así que mi madre fue la primera Novia en volverse loca.

—Lo fue.

—Y hasta ahora, todas las demás Novias se casaron como debían.

—Sí. Porque sabían lo que pasaría si no cumplían con su deber.

—Se volverían locas.

—No sólo eso—. Donald dejó a un lado la carne que había cortado cuidadosamente y cogió la olla de estofado que tenía a su lado. Levantó la vista, con los ojos encendidos—. No es sólo el destino de la Novia lo que importa, hija. Hay otras repercusiones. La maldición arrebató cualquier pizca de prosperidad de la que hayan disfrutado los dos clanes. Cada hombre, mujer y niño experimenta penurias y hambre.

—Lo comprendo.

—¿Lo entiendes? Incluso ahora los clanes están sufriendo, y fue mi hija quien lo causó. Ella no quería vivir sencillamente, como nuestros antepasados han vivido durante generaciones. Ella quería más, riquezas y ropa lujosa, y desafió siglos de tradición para conseguirlo—. Se puso de pie, con la olla en la mano—. Murió por ello, pobre alma, y otros han muerto desde entonces a causa de la maldición. Porque ella no creía. Pensó que la maldición era sólo una leyenda, y su falta de fe la mató.

Se alejó a grandes zancadas, en dirección al estanque.

Shannon le observó, con el corazón encogido. Quería disculparse, pero no estaba segura de lo que había dicho para haber despertado así su mal genio.

—No pretende herirla con sus palabras—. Kinner salió de la sombra de los árboles, con

un saco en la mano—. Su mujer -tu abuela- murió a causa de la maldición. Cayó enferma y nada de lo que hicimos pudo curarla.

—Oh—. La ternura brotó en su corazón—. Por supuesto que cree en la maldición. Debe culpar a algo por arrebatarse a su mujer.

Le dirigió una mirada de reproche.

—Shannon, todos nosotros creemos en la maldición. Hemos visto demasiado para no hacerlo.

—No quiero discutir con usted—. Ella se levantó y se sacudió el polvo de las faldas—. No puedo creer ciegamente en algo tan fantástico, por mucho que quiera.

—Quizá cuando lleguemos a mis tierras cambie de opinión.

—Tal vez—, aceptó ella.

Donald volvió del estanque, arrastrando la olla llena de agua.

—¿Has traído las patatas?—, preguntó.

—Las he traído—. Kinner le entregó el saco—. Mantén el fuego bajo, Donald. Aún no estamos en casa.

—Lo sé, lo sé—. Donald cogió el saco y empezó a sacar las pocas verduras que los hombres pudieron comprar, murmurando mientras lo hacía. Kinner se alejó del fuego hacia los árboles. Shannon se apresuró tras él.

—¿Cuánto falta para que lleguemos a su casa?—, preguntó.

—Varios días más.

—¿Y por qué debe mi abuelo mantener el fuego bajo?.

—Porque podrían seguirnos—. Dejó de caminar un poco hacia la espesura, lo suficiente para darles intimidad, y se volvió para mirarla—. Ha podido olvidar que no dejó ninguna nota para su padre. Supongo que tardará poco en descubrir dónde está, pero entonces vendrá a por nosotros con todas las fuerzas que su dinero pueda comprar.

—No había considerado eso—. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más sentido tenía.

—¿No había considerado que su cariñoso papá vendría hasta Escocia para devolverla a su casa? Creía que era más inteligente que eso.

Ella se puso rígida.

—No hay motivo para ser insultante.

—¿Creía que había alguna otra razón por la que cabalgábamos como el viento hacia la frontera?

—Dijo que estaba deseando casarse conmigo. Supuse que pretendía que nos casáramos en Gretna Green.

Se echó a reír.

—¿Es tonta? Pretendo casarme con usted en la capilla de la familia McBride y que la

unión sea bendecida por un sacerdote.

—No ha compartido sus planes conmigo—. Ella se cruzó de brazos.

—Fue un descuido. Aún no nos hemos casado.

—Y puede que nunca lo hagamos—, espetó ella.

—No voy a empezar esta discusión de nuevo. Nos casaremos, Shannon Hersley, así que será mejor que se acostumbre.

—Deme una buena razón para casarme con usted.

—Esta—. La atrajo hacia sus brazos, con su boca caliente y hambrienta cubriendo la de ella.

Ella emitió un pequeño gemido en el fondo de su garganta, luego se rindió al beso, a la magia salvaje que la invadía cada vez que él la tocaba. No lo entendía, no quería aceptarlo. Pero tampoco podía negarlo. El poder de la pasión entre ellos barrió la duda, la vacilación y el desafío.

Él se adentró más en el bosque, arrastrándola con él. En un momento la tenía arrinconada contra un árbol, atrapada allí con su cuerpo. Le cogió las muñecas con una de sus grandes manos y se las inmovilizó por encima de la cabeza, luego la miró a los ojos, con la respiración dura y acelerada.

Ella podría haber forcejeado. Podría haber gritado. Pero a pesar de que él la enfurecía, a pesar de que ella seguía creyendo que tenía alguna opción al casarse con él, no pudo resistirse.

Nunca podría resistirse a él.

—Por esto nos casaremos—, susurró él, pasándole el dorso de la mano por la garganta—. Este calor entre nosotros no puede enfriarse fingiendo que no está ahí—. Su mano se deslizó más abajo, deslizándose entre sus pechos, demorándose allí—. Te deseo mucho, Shannon. Y tú me deseas a mí.

—No quiero—, murmuró ella—. Dios es testigo de que desearía tener la fuerza para resistirme a ti.

Su boca se torció en una sonrisa indulgente.

—Pero no puedes resistirte a esto, ¿verdad, muchacha?—. Movié la mano, le cogió el pecho y le acarició el pezón con el dedo.

Un rápido jadeo escapó de sus labios, y sus ojos se cerraron a medias mientras el placer empezaba a aumentar.

—Kinner...

—Sí—. Él se inclinó y acercó su boca a la garganta de ella, continuó masajeando su suave carne—. Dilo otra vez, dulce Shannon. Di mi nombre—. Se frotó contra ella, mostrándole sin palabras lo mucho que ella le afectaba.

—Kinner—, suspiró ella.

Él deslizó la mano hacia abajo, acariciándole la cadera, y se inclinó para tomar su boca en otro beso acalorado. Ella se abrió a él, dejó que se deleitara con su boca. Él le soltó las muñecas

y ella le rodeó el cuello con los brazos, aferrándose en una capitulación impotente.

Otro tirón de sus faldas, pero ella apenas lo notó. El aire frío le rozó las piernas. Luego la mano de él, cálida sobre la carne desnuda, deslizándose a lo largo de su muslo.

Entre sus muslos.

Sus dedos la tocaron y ella jadeó, abriendo los ojos para encontrarse con los de él. Él aprovechó su jadeo y profundizó el beso, metiéndole la lengua en la boca al mismo tiempo que sus dedos acariciaban su carne húmeda y femenina. Todo el tiempo mantenía los ojos abiertos y la observaba, atrayéndola hacia esta embriagadora intimidad.

La cabeza le daba vueltas. Nunca antes había sentido esto, no fuera de un sueño. Su corazón latía con fuerza; su sangre se aceleraba. Su carne se estremeció con esta nueva experiencia, exigiendo más. No podía apartar la mirada, no podía no decirle que parara, ni siquiera cuando él puso fin a su beso y enterró la cara en su cuello.

—Esto es lo que puedo darte—, murmuró él contra su carne—. Ésta es la razón por la que deberíamos casarnos. Este fuego entre nosotros...

Acarició sus pliegues femeninos con un tacto suave y conocedor que echó por tierra cualquier duda aún persistente.

—...esto es algo raro. Precioso.

La tensión acrecentaba cada vez más. Él sabía exactamente dónde tocar. Y cómo. Y cuándo. Sonidos quejumbrosos escaparon de su garganta. Apoyó la cabeza contra el árbol, confiando en que él no la dejaría caer, y se entregó a aquella sensación perversa y deliciosa.

El clímax la golpeó de repente, arrancándole un grito que él sofocó rápidamente con la boca. Su cuerpo se estremeció, la brusca liberación la lanzó a lo alto del éxtasis y luego la dejó caer en la más absoluta felicidad. Sus músculos zumbaban; su cuerpo cantaba de exaltación. Se hundió en sus brazos, perpleja y deliciosamente saciada.

Y se preguntó, mientras él la estrechaba en un fuerte y reconfortante abrazo, dónde les dejaba esto ahora.



George Hersley entró en su casa a grandes zancadas, prácticamente arrojando su sombrero y su bastón a los criados. Su visita a lady Dorburton había sido realmente esclarecedora, y su mente había vuelto a su rápido ritmo normal. Cualquier malestar que hubiera afectado a su memoria parecía haberse curado, como un hechizo que se hubiera roto.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía ese bribón escocés a llevarse a su hija después de que su demanda hubiera sido rechazada?

Subió furioso las escaleras hasta su alcoba, llamando a su ayuda de cámara.

Debería haberse esperado este tipo de comportamiento. A ningún hombre le gustaba que

le dijeran que no era apto, sobre todo a punta de pistola. Debería haber sabido que un hombre orgulloso como lord Sheldon no se marcharía sin luchar. ¿No había pasado él mismo años trabajando con los escoceses, negociando por su lana? ¿Y no había aprendido en todo ese tiempo que un jefe de clan era el más arrogante de todos los hombres? ¿Que conseguían lo que querían, sin importar el método?

Sheldon reclamaba a Shannon, así que se la había llevado.

Se había ido de Londres. Lady Dorburton lo había confirmado. Y sus hombres con él, incluidos los gemelos idénticos descritos por sus sirvientes.

Y Shannon.

Sus pensamientos corrían con toda su fuerza, planeando y rechazando estrategias. La furia hervía en su interior y volvió a llamar a gritos a su ayuda de cámara. Esta vez el hombrecillo vino corriendo.

—¿Sí, señor Hersley?

—Haga las maletas, Bloodworth. Nos vamos a Escocia inmediatamente.

—¿Va a cazar o será un viaje de negocios, señor?

—Ambas cosas—. George dejó escapar una risa malvada—. Viajaré en autocar con mi equipo más rápido. Empaque apropiadamente.

—Sí, señor—. Bloodworth salió corriendo de la habitación.

—Maldito escocés—, espetó George. Sacó un paquete de papeles del bolsillo de su gabán, los arrojó sobre la cama y luego se encogió de hombros sobre el propio gabán— ¡Pagarás por eso!

Recogió los papeles de la cama y les echó un vistazo. Sólo quedaba una cosa por hacer.

Acercándose al escritorio, cogió la pluma y garabateó su firma al pie del papel junto a la de lord Nordham.

Partiría hacia Escocia esa misma noche, y cuando alcanzara a los villanos que habían secuestrado a su hija, los vería a todos arrestados como mínimo. En cuanto a Shannon, no le cabía duda de que estaría encantada de verle. No se atrevía a imaginar las indignidades que estaba sufriendo a manos de los escoceses.

Afortunadamente lord Nordham se había mostrado de acuerdo- basándose en un aumento sustancial de la dote matrimonial de Shannon- a tomar por esposa a una joven que había pasado por semejante calvario.

Volvió a doblar los papeles y los colocó sobre el escritorio, donde no los olvidaría cuando partiera hacia Escocia. Con un poco de suerte, su hija sería vizcondesa al final de la semana, y él podría descansar tranquilo al fin, sabiendo que le había proporcionado un futuro de comodidad y seguridad.

Sólo esperaba que esta experiencia no la llevara al borde de la locura total.

Capítulo 13

Después de varios días de viaje, Shannon se sentía agotada y completamente sucia.

Se despertó con Kinner apretado contra su espalda, su brazo colgado sobre su cintura. El resto del campamento seguía durmiendo. Silenciosamente se sentó, apoyando la espalda contra un tronco caído. Kinner se movió ligeramente pero no se despertó. Su decidido pretendiente le había atado una cuerda alrededor del tobillo que se sujetaba a su muñeca. Aunque la cuerda no era especialmente gruesa, los nudos eran complicados y apretados. Si hubiera estado decidida a escapar, le habría llevado horas deshacerlos. Pero escapar parecía una tontería. ¿Adónde iría, de vuelta a Londres? ¿De vuelta a la locura y a un matrimonio con un hombre que amaba su fortuna más de lo que la amaba a ella?

Al menos en compañía de los escoceses, la locura amainaba. Y ella había *elegido* este camino en lugar de que le impusieran un futuro.

Su mirada se desvió hacia Kinner. Habían pasado días desde su encuentro en el bosque, cuando él le había mostrado un atisbo de lo que podría ser entre ellos. No habían hablado de ello, y nada de esa naturaleza había vuelto a ocurrir. Sin embargo, cada vez que él la miraba, ella se sentía transportada a aquel momento. La tentación de repetir la experiencia era casi irresistible. Incluso ahora temblaba sólo de pensarlo.

Sin duda era un tipo apuesto. Su mirada se deslizó por su rostro: sus pestañas parecían sedosas en comparación con sus rasgos masculinos. Una nariz afilada, pómulos prominentes, una hendidura en la barbilla. Y su boca. Sus labios parecían suaves y exuberantes desde donde ella estaba sentada, la pequeña cicatriz en la comisura sólo añadía atractivo. La atracción entre ellos ardía más que cualquier sueño que hubiera tenido, y se imaginó por un momento cómo sería vivir como su esposa. Dada su naturaleza lujuriosa, sin duda se acostaría con ella a menudo y la dejaría embarazada muy pronto.

Sólo pensarlo hizo que una oleada de calor recorriera sus partes íntimas. Sí, había cosas peores en el matrimonio que tener un novio entusiasta y robusto.

El sonido sordo de los cascos de los caballos la sacó de sus fantasías. Se acurrucó detrás del tronco y se asomó por encima para mirar entre los árboles hacia el camino principal. Al cabo de unos instantes, dos hombres conduciendo sus caballos atravesaron el bosque.

—Vaya, vaya—, dijo uno en voz baja—. Un rebaño de polluelos para el desplume.

El otro sacudió la cabeza.

—Parecen bárbaros escoceses. Podrían matarnos en cuanto nos miren. Yo los dejaría en paz y buscaría otro sitio para dar de beber a tu caballo.

Shannon se movió lentamente detrás del tronco. La cuerda que la ataba a Kinner no le permitía ir muy lejos, pero consiguió enroscarse en torno a él. Tal vez si los recién llegados veían

a todos durmiendo, seguirían su camino.

Y tal vez a ella le crecieran alas y volara a casa, a Londres.

Los dos bandoleros ataron sus monturas a las ramas de los árboles cercanos al agua para que sus animales pudieran beber y volvieron sigilosamente hacia los viajeros dormidos.

Shannon se acurrucó más cerca de Kinner, con la boca cerca de su oído.

—Kinner, no estamos solos.

No hizo ningún ruido. Ni gruñidos, ni bostezos, ni aullidos de sobresalto. En un momento estaba durmiendo y al siguiente estaba completamente despierto. Giró la cabeza lentamente para poder mirarle a los ojos.

—Buena carne de caballo—, dijo el ladrón—. Alcanzarían un buen precio.

Kinner entrecerró los ojos. Luego dijo:

—Mi daga—, y bajó la mirada. Ella siguió su línea de visión y vio la daga metida en la funda de su cinturón. Tan silenciosamente como pudo, sacó el arma de su funda y luego deslizó la mano y la hoja bajo el borde de su falda.

Unos pasos se acercaron y se detuvieron.

—¡Maldita sea, Martín, tienen a una mujer con ellos!—, susurró uno de ellos.

—¿Ah, sí?— El otro hombre se acercó.

—Mira ese pelo. Dicen que las pelirrojas disfrutan más de una pelea que las demás.

—Yo digo que les cortemos el cuello y luego nos llevemos sus bolsos y sus caballos. Y a la mujer.

—De acuerdo—. Uno de los hombres se acercó a Kinner. El silencioso siseo de una espada saliendo de la vaina resonó en el claro.

Kinner se puso en pie de un salto. Un brazo se levantó y envió volando el cuchillo del villano. Un codazo bien colocado hizo que el tipo se desplomara. El otro brazo de Kinner se estiró torpemente, todavía atado a Shannon.

—¡La cuerda!—, ladró.

Ella sacó el cuchillo y cortó la cuerda de un solo tajo, liberándole mientras el otro bandolero cargaba contra él. Su puño dio la vuelta y se encontró con la mandíbula del hombre con un crujido.

Unas manos agarraron a Shannon por detrás y ella gritó.

—Calla, sólo soy yo—. Donald la arrastró hacia atrás, lejos de la pelea. Liam, Malcom y los gemelos se habían puesto en pie de un salto y cargaban contra la refriega—. Ven conmigo ahora para que no te hagan daño. Los muchachos saben lo que hacen.

Con la ayuda de su abuelo, Shannon se puso en pie con dificultad y se alejó a toda prisa de la trifulca. El anciano empuñaba una daga de las suyas mientras la llevaba de la mano a la carrera hacia los árboles cercanos.

—¿Qué pasa con Kinner?—, jadeó ella, apoyándose en el tronco de un árbol cuando su

abuelo se detuvo.

—No te preocupes. Se acabará en un momento—. Su mirada estaba fija en la pelea a través de las ramas.

No podía ver nada. Los horribles sonidos de carne golpeando carne llegaban a sus oídos, seguidos de gritos de dolor. ¿Quién estaba ganando? No podía saberlo, y le preocupaba que los ladrones arrollaran de algún modo a los hombres de Kinner y vinieran a buscarla. Miró a su abuelo. Empuñaba su daga con la facilidad de la larga experiencia, pero seguía siendo un anciano. Ella apretó los dedos alrededor del mango de la espada que aún sostenía. Ella le protegería si era necesario.

Tras unos minutos, el silencio se apoderó de la zona.

—¿Shannon?— llamó Kinner.

—Aquí—. Ella tropezó hacia delante, asombrada de cómo su corazón había saltado al oír su voz. Se abrió paso a empujones entre los árboles, una rama se quebró y la golpeó en el ojo con una gran hoja. Empujó la rama a un lado, parpadeando frenéticamente mientras las lágrimas brotaban del escozor—. Ahí estás—. Con la ropa y el pelo revueltos y chorreando sangre por la comisura de los labios, Kinner le tendió una mano.

Ella lo alcanzó, pero se detuvo en seco al trabarse la pierna. Mirando detrás de ella, vio que la cuerda atada a su tobillo se había enredado en un arbusto espinoso. Un gruñido de frustración se le escapó mientras marchaba hacia atrás para ocuparse de la situación.

Él rio entre dientes y llegó al arbusto espinoso en tres largas zancadas, justo antes que ella. Metiendo su mano callosa entre la maleza espinosa, desenredó rápidamente la cuerda.

—Ya está, es libre.

Ella no dijo nada, sólo se agachó, levantó el borde de su falda y arrancó una fina tira. Dejando que la falda volviera a su sitio, levantó la mano y le limpió la sangre del labio con el vendaje improvisado.

—¿Le duele?

—No es nada—. La mirada que él le dirigió la estremeció. Posesiva. Hambrienta.

Se quedó helada, con el trozo de algodón aún apretado contra su cálida boca. Con qué facilidad se había metido en ese papel de esposa.

Demasiado fácil.

La intimidad los envolvió como el humo.

Él tomó su mano entre la suya, más grande, y se la llevó a los labios. Su beso fue tan suave como una mariposa y tan enérgico como un manantial hirviendo.

—Se ha rasgado las vestiduras por mí, muchacha, y no puedo permitirme comprarle otra.

—No importa—, murmuró ella. No podía apartar la mirada de sus ojos, tan azules y cálidos. Su destreza para dar esquinazo a los ladrones la había afectado como si fuera una niña pequeña, toda silencio incómodo y rubores cohibidos. ¿Hasta qué punto era ridículo sentirse impresionada por la gracia masculina y una forma musculosa? ¿Su emoción por la victoria de él

la hacía débil y tonta?

Un hombre era mucho más que fuerza física.

No obstante, su sonrisa cómplice hizo que su corazón diera un lento vuelco en su pecho.

—Sí que importa—, dijo él, apretándole la mano. Ella la apartó rápidamente—. Debe tener cuidado con sus pertenencias. No soy un hombre rico.

—Soy lo suficientemente rica para los dos.

Frunció el ceño.

—Su padre no pagará su dote al hombre que no tenga su aprobación.

—¿Quiere decir que no soy nada sin el dinero?

Se rio entre dientes y dio un golpecito con el dedo en la barbilla que ella había levantado con ira.

—Es mucho más que la hija de un hombre rico, Shannon Hersley.

La admiración en su tono la hizo callar.

Liam se acercó a ellos, con una pequeña bolsa de cuero en la mano.

—Déjame ver esa herida, Kinner.

—Yo ya...— Sus palabras se desvanecieron cuando Liam dio la vuelta a Kinner. Un corte largo y feo le seccionaba la parte posterior del brazo a medio camino entre el hombro y el codo.

Tragó con fuerza, incapaz de apartar la mirada de la sangre que rezumaba del tajo. Se escurría a lo largo de su brazo y goteaba hasta el suelo.

Liam sacó una aguja y un hilo de la bolsa. Miró a Shannon y frunció el ceño.

—Si no puede soportar la visión de la sangre, dese la vuelta, muchacha.

Agradecida, Shannon se dio la vuelta.

Se encontró inspeccionando el campamento. Malcom tenía a un ladrón tumbado boca abajo en el suelo con Donald sentado sobre él, atando las manos del bandolero con una cuerda. A escasos metros, Harlan estaba sentado encima del otro malhechor. Hammish se acercó a su hermano desde la dirección de los caballos, con un rollo de cuerda en la mano.

—¿Qué les pasará?—, preguntó, sin atreverse a mirar a Kinner.

—Los llevaremos ante el magistrado y dejaremos que la justicia haga su trabajo—. Él siseó de dolor, y ella no pudo evitar echar un vistazo. Firme como un roble, Liam introdujo metódicamente la aguja en la carne de Kinner una y otra vez y cerró cuidadosamente la herida.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?—, se sorprendió a sí misma preguntando.

Liam levantó la vista.

—Terminaré en un momento. Ya he hecho esto antes, ¿sabe?.

—Ha sido un golpe de mala suerte, eso es todo—, dijo Kinner, sonriendo por encima del hombro a Shannon—. Levantaremos el campamento cuando Liam haya terminado.

Incapaz de observar la poco ortodoxa cirugía a menos que fuera absolutamente necesario, Shannon volvió su atención a los ladrones. Malcom y Donald habían atado a su cautivo, que se retorció en el suelo con frustración.

Donald observaba las payasadas del hombre con una sonrisa de regocijo impío.

—Locos ellos, por atacar a una partida de escoceses estando en inferioridad numérica—, dijo riendo entre dientes.

A unos metros de distancia, Hammish y Harlan ataron el último nudo a su propio prisionero y luego lo empujaron hasta dejarlo sentado contra un tronco. El tipo intentó levantarse y Harlan volvió a empujarlo con una bota contra el pecho. Hammish sacó una espada de aspecto letal y se cernió sobre el ladrón con una amenaza silenciosa.

Shannon permaneció impotente, perdida en este mundo ajeno de violencia y crueldad masculina.

—Hecho—, dijo Liam, cortando el hilo.

—Mi agradecimiento—, dijo Kinner.

Liam asintió y se alejó. Kinner se volvió hacia sus hombres. Envío una sonrisa a Shannon, pero ella no pudo responder. Quizá simplemente estaba desconcertada por el ataque; no estaba segura. Tal vez *desconcertada* era una palabra mejor. O *conmocionada*.

—No hace falta que vea esto.

Al leer su estado de ánimo, Kinner la cogió por los hombros y la apartó de la escena, llevándola de vuelta al tronco donde estaban sus mantas.

—Los hombres tienen la situación bajo control. ¿Tiene hambre?

—Un poco.

—Tengo un poco de pan—. Se agachó junto a su manta con ron y abrió su mochila.

—Querían mataros—. Se hundió en el suelo, con las rodillas repentinamente débiles como el agua—. Os habrían matado a todos y me habrían violado a mí.

—Son simples ladrones. He manejado situaciones peores—. Se sentó a su lado, apoyado contra el tronco, y desplegó un cuadrado de tela para revelar un trozo de pan.

—Nunca había visto algo así—. Ella cogió el pan y partió un trozo, luego hizo rodar el trozo entre sus dedos temblorosos y su pulgar, demasiado distraída para comer—. Ha sido muy valiente al defendernos.

Se encogió de hombros, alcanzando a arrancar un poco de pan para sí mismo.

—Quizá eso le haga sentir más segura conmigo.

—Quizás—. Contemplativa, se metió el pan en la boca.

No podía negar que él había reducido a los ladrones con poco esfuerzo. Obviamente él era perfectamente capaz de protegerla físicamente. Pero, ¿y emocionalmente? ¿Le importaría su corazón o lo trataría con la misma indiferencia que a los ladrones?

Deseó que hubiera alguna señal de que estaba haciendo lo correcto al viajar a Escocia.

Un insecto zumbó alrededor de su cabeza y ella le dio un manotazo, falló y luego consiguió aplastarlo contra su brazo. La visión del insecto aplastado embadurnado en su carne hizo que se le revolviera el estómago.

—Necesito asearme—, anunció, buscando algo para limpiarse el brazo—. Parece que vivo en la pocilga con los cerdos.

Kinner sacó un pañuelo y limpió los restos del insecto.

—Tiene buen aspecto. Estamos casi en la frontera.

—No tengo buen aspecto. Mi vestido está sucio y mi pelo atrae a estos insectos—. Se dio otro manotazo—. Solía bañarme todos los días y cambiarme de ropa al menos tres veces antes de cenar. Mi estado actual es inaceptable.

—Se lava la cara todas las mañanas.

—Eso no es suficiente. Necesito un baño, se lo advierto—. El pánico aumentó en su interior. De repente asearse era lo más importante del mundo para ella, por tonto que pareciera. Necesitaba volver a sentirse limpia—. Huelo fatal.

—Es bienvenida a bañarse en el arroyo.

Ella se sonrojó.

—No puedo bañarme en ese arroyo sin comprometer seriamente mi pudor. Apenas hay arbustos en la orilla.

—Podría decirles a los muchachos que no miren.

—¡Quiere *parar*!— Ella se puso en pie—. Parece divertido por mi estado, lord Sheldon. ¡A mí no me hace gracia! ¿No podemos pasar la noche en una posada?

—No, no podemos quedarnos en una posada. Su padre nos estará pisando los talones tal y como están las cosas.

—Probablemente mi padre ni siquiera sabe dónde estoy.

Kinner cruzó los brazos detrás de la cabeza y se recostó en el tronco.

—Yo diría que sí lo sabe. Tuvimos unas palabras, él y yo.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué palabras?

—Le dije que quería casarme con usted, y él me dijo que nunca ocurriría. Ah, y tenía una pistola.

—¡Qué!

Se encogió de hombros.

—Es verdad. Así que sí, supongo que lo más probable es que su padre nos persiga, así que cuanto antes lleguemos a las tierras de McBride, más seguros estaremos.

—Nunca esperé que nos siguiera.

Ladró entre risas.

—¿Qué pensaba que haría una vez que su preciosa hija desapareciera?

—No lo pensé en absoluto. Estaba enfadada con él. Ni siquiera consideré cómo podría afectarle mi desaparición.

—Qué buena hija es usted—, reprendió Kinner—. Un desacuerdo no significa que deje de quererla. Imagino que se volvió loco de pánico cuando descubrió que había desaparecido.

Esta noticia no sentó nada bien a su ya de por sí enloquecida compostura. ¿Cómo no se había dado cuenta? Por supuesto que papá estaría preocupado por ella.

—Me temo que he estado tan atrapada en mis propias diferencias que no consideré cómo afectaría esto a papá.

—Sí, tiende a preocuparse por sí misma.

Se quedó boquiabierta.

—¡Qué cosas tan horribles dice!

Él se encogió de hombros.

—Es cierto. Conspiró para casarse con Kentwood, todo el tiempo queriendo que él cuidara de usted. Nunca pensó en cómo afectaría a Kentwood tener una esposa loca.

La verdad rebanó el último hilo de su control.

—¡Eso no es asunto suyo!

—Lo es, sabe, porque soy el hombre con el que estaba destinada a casarse.

—Según usted.

—¡Según la maldita maldición!— Se puso en pie de un salto, la ira irradiaba de cada centímetro de él—. Estoy destinado a casarme con usted, Shannon Hersley, y permítame recordarle que *usted* no habría sido mi elección si no me hubiera sido impuesta por esa maldición.

Ella aspiró, ofendida. Furiosa. Le escocían los ojos.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

—Porque no tengo elección—. Sus palabras la martillaron como piedras arrojadas por una multitud—. Tengo gente que depende de mí, de *nosotros*, para salvar sus vidas. Tengo responsabilidades que no puedo ignorar.

—Eso dice.

—Y cada palabra es cierta—. Sus ojos azules ardían de furia, y de repente fue consciente de que el resto del campamento les observaba. En silencio.

Levantó una mano y empezó a contar con los dedos.

—Mi pueblo se muere de hambre. Mi hermano ha estado robando ganado de nuestros vecinos para intentar ayudar a alimentar a nuestro clan, y yo debo saldar la deuda. Mi hermana, la esposa de Liam, está a punto de dar a luz a su primer bebé, pero él está aquí a mi lado, ayudando a su pueblo, en lugar de estar con su esposa. Los gemelos no han visto a su madre en semanas porque ella ha estado trabajando en la casa de su padre para ayudar a acercarnos a usted.

Su abuelo ha perdido tanto a una hija como a una esposa a causa de esta maldición, pero está aquí con nosotros para protegerla.

—Todo esto está causado por la maldición, Shannon Hersley, y todos estamos aquí por usted, porque *usted* es la clave para que cese el sufrimiento—. Paseó su mirada por su figura—. Sin embargo, no quiere comprometerse a casarse conmigo. Sólo habla de su maldita necesidad de asearse.

Para su horror, las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Lo siento.

—Lo creeré—, dijo él—, cuando esté conmigo ante el sacerdote y diga 'acepto'.

Giró sobre sus talones y se marchó furioso, dejándola sola en medio del claro, rodeada de hombres del clan que no la miraban a los ojos.



Había hecho un buen lío de todo.

Kinner equilibró su daga, apuntó y luego la dejó volar. Aterrizó con un golpe satisfactorio en el tronco del árbol muerto. Acechó hacia delante, recuperó su daga, luego volvió al otro lado del claro y apuntó de nuevo.

Liam salió de entre los árboles justo cuando la daga pasaba volando. Una vez más dio en el roble muerto.

—Ten cuidado con eso—, dijo Liam.

—No te interpongas entre mi objetivo y yo—, dijo Kinner— ¿Ya está recogido el campamento?

—Sí—. Liam recuperó el cuchillo del árbol y se lo acercó a Kinner— Le dijiste unas palabras muy duras a la muchacha.

—Ella provocó mi temperamento—. Cogió la daga y la hizo girar en su mano— ¡Un maldito aseo! La gente se muere de hambre.

—Ella no lo ha visto. No puede saberlo.

—¿No es humana entonces? ¿No tiene compasión?— Apuntó, lanzó. ¡Pum! Golpeó de nuevo el árbol.

—Es joven, Kinner, y ha vivido una vida de lujo que ni siquiera podemos imaginar. Que el cielo nos ayude, pero la muchacha está hecha un lío simplemente porque ha llevado el mismo vestido todo este tiempo.

—¿A quién le importa el maldito vestido?

—A ella sí.

—¡Bah!— Kinner fue a recuperar su daga. Cuando hubo sacado la hoja del árbol, se

volvió para mirar a Liam—. Está malcriada, eso es todo.

—Sí, lo está. Malcriada y arrebatada de su hogar. Kinner, al menos vino de buena gana.

—¿Lo llamas de buena gana cuando tuve que cargar con ella?

Liam sonrió.

—Eso fue sólo el temperamento Duncan, eso es todo.

—Ella vino por sí misma, para encontrar respuestas a su locura. No para casarse conmigo. No para ayudar a nuestro pueblo.

—Creo que se dará cuenta de la verdad cuando vea lo que la maldición ha hecho a los clanes.

Kinner se acercó y volvió a ocupar su lugar.

—¿Por qué demonios la maldición elige a mi esposa por mí? ¿Por qué no puedo casarme simplemente con cualquier mujer Duncan? Habría tomado a Jean y me habría contentado.

Liam se encogió de hombros.

—Es una maldición, ¿sabes? No creo que deba ser fácil.

—¿Pero cómo puedo casarme con una mujer así? Sí, hace que me duelan las entrañas, pero aparte de eso... ¿no tiene carácter? ¿No piensa en nadie más que en sí misma?

—Quizá necesites dar ejemplo—, dijo Liam—. Si le muestras compasión, tal vez se rinda ante ti.

—Tal vez—. Reflexionó sobre el viejo árbol, luego consideró a su futura esposa—. Lo pensaré.

—Bien. Ahora venga. Tenemos que despachar a esos bandidos antes de ponernos en camino.

—Tienes razón—. Kinner deslizó su daga de nuevo en su vaina—. Cuanto antes lleguemos a casa, mejor.

Los escoceses hicieron un corto trabajo con los bandidos, arrojando a los hombres atados sobre los lomos de sus caballos. Luego levantaron el campamento y se pusieron de nuevo en camino, llevando a los hombres de a pie tras ellos en sus monturas.

Alcanzaron al magistrado en poco más de una hora. Los ladrones eran bien conocidos por él, y el magistrado les había estado dando caza durante algún tiempo. Kinner sonreía al salir del despacho del magistrado. No dijo nada de lo que había ocurrido, se limitó a subir de nuevo a la silla de montar detrás de Shannon, tirando de ella para acercarla.

Ella cabalgó el resto del día delante de Kinner, con la cabeza en el hueco de su clavícula y el cuerpo rodeado por sus fuertes brazos. Su cadera estaba metida en la cuna de sus muslos y ella no podía ignorar su cercanía. Sin embargo, a pesar de la posición íntima, podía sentir el muro que él había levantado entre ellos. Odiaba saber que estaba ahí, totalmente consciente de la baja opinión que él tenía de ella. ¿Era realmente tan egoísta? Sólo había intentado encontrar una solución a su problema. Quizá al resolver su problema, resolvería también el de él.

Al anochecer, estaba desplomada en la silla de montar. Cuando Kinner finalmente llamó a un alto, ella casi lloró de alivio.

—¿Estás seguro de esto?— preguntó Liam.

—Sí—, dijo Kinner. Desmontó y luego agarró a Shannon cuando casi se deslizaba de la silla de montar—. Ya hemos llegado, muchacha.

Shannon se balanceó sobre sus pies, agarrándose a su capa para no caerse.

—¿Dónde estamos?

—Me he ocupado de nuestro alojamiento esta noche—, dijo él—. Mira.

Ella consiguió centrarse.

—¡Santo cielo! ¿Estamos en una posada?

—Efectivamente—. Un mozo de cuadra se acercó, pero Kinner le hizo un gesto para que se fuera—. Malcom, tú y Harlan ocupaos de los caballos.

—Sí, Kinner—. Malcom tomó las riendas de la montura de Kinner— ¿Dónde nos encontraremos?

—En el comedor. Me han dicho que hay comida en abundancia.

—¡Alabados sean los santos!— Siguiendo al mozo de cuadra, Malcom condujo los caballos al establo.

Shannon se aferró a Kinner.

—Creía que no se alojaba en posadas.

—Esta noche sí—. La condujo al interior. Liam, Donald y Hammish iban detrás.

—¡Buenas noches, milord!— El posadero se acercó con una enorme sonrisa.

—Buenas noches. ¿Está todo preparado?

—Así es, milord.

—Excelente. Muchachos—. Se volvió hacia sus compañeros—. Sentaos en el comedor y llenad vuestras barrigas. Yo acompañaré a Shannon a su habitación.

—Un minuto, McBride, —dijo Donald, con el rostro desenchajado.

—¿Como soy su prometido, soy el único que debería acompañarla? Tienes razón, por supuesto.

—Eso no es lo que iba a decir.

—Mi hija, Ellen, asistirá a la dama—, dijo el posadero—. Usted, puede acompañarla a su habitación, pero éste es un establecimiento respetable.

—Por supuesto, mi buen hombre—, dijo Kinner—. Simplemente conduciré a mi futura esposa a su habitación y luego volveré al comedor para degustar algunos de sus deliciosos manjares.

La joven Ellen se adelantó.

—Por aquí, milord.

Kinner siguió a la hija del posadero, impulsando a Shannon delante de él.

—Kinner—. Ella se detuvo al pie de la escalera y bajó la voz— ¿Cómo podemos permitirnos esto?

Él casi sonrió ante su uso de la palabra *nosotros*.

—Esos bandidos valían más que mis ovejas. Había una buena recompensa por llevarlos ante la justicia.

El deleite brilló en sus ojos.

—Me alegro mucho de que algo bueno saliera de aquello.

Ellen se detuvo en lo alto de la escalera.

—¿Señorita?

—¡Ya voy!— Shannon se apresuró a subir las escaleras. Kinner la siguió por detrás, ridículamente feliz por haberla hecho sonreír. ¿Qué hechizo había tejido? ¿O era otra vez la maldición, que le hacía desearla más de lo que parecía normal? Aun saboreando la atracción que había entre ellos, no se atrevía a confiar en ella. Quizá era la forma que tenía la maldición de unir a la pareja maldita. ¿Desaparecería una vez que estuvieran casados?

Esperaba que no. Era esa promesa lo que hacía que esta unión le pareciera aceptable.

Llegó al pasillo superior y siguió a las mujeres dos cámaras más abajo. Ellen sacó una llave y abrió una puerta, luego la abrió de golpe e hizo un gesto a Shannon para que entrara.

Kinner llegó hasta ellas justo cuando ella entraba en la habitación. Ella se quedó inmóvil en el umbral. Por encima de su hombro pudo ver las velas encendidas alrededor de la gran bañera de metal, el vapor emanaba del agua caliente de su interior.

—Su baño, señorita—, murmuró.

Ella giró para mirarle, el placer iluminaba su rostro.

—¡Oh, Kinner, gracias!

Él se llevó la mano de ella a los labios.

—Ellen le traerá un camisón para dormir y un vestido de viaje limpio para mañana. Buenas noches, dulce Shannon.

Ella se aferró a su mano antes de que él pudiera marcharse.

—Gracias, Kinner. De verdad—. Ella tiró de él más cerca, luego se puso de puntillas para rozarle un beso en la mejilla.

Su corazón se estrujó ante la primera señal gratuita de aceptación por parte de ella.

—Felices sueños—, dijo, y luego la dejó mientras aún podía.

Shannon le observó marcharse, más conmovida por su amabilidad de lo que podía expresar. Quizás había alguna esperanza de una unión compatible después de todo.

Capítulo 14

El día que llegaron a las tierras de los McBride, Shannon no estaba segura de qué esperar. Desde luego, no era un antiguo castillo construido en el promontorio de un enorme lago, una muralla de piedra cercaba la extensa fortaleza. Un puente levadizo atravesaba un canal frente a la fortaleza, abriendo paso a la franja de tierra que era casi una isla.

Habían salido de un camino que serpenteaba entre las montañas para deleitarse con la impresionante vista de la cañada donde vivía el clan McBride. Casitas desgastadas por el tiempo y campos yermos salpicaban el paisaje, y a lo lejos se alzaba el castillo con la extensión azul del agua a sus espaldas. Un camino bien transitado serpenteaba hasta el puente levadizo del castillo.

A lo lejos, un niño dio un grito y corrió hacia una de las casitas. Para cuando el grupo se abrió paso por la carretera, los aldeanos ya salían de sus casas y se alineaban en las calles. Ellos vitorearon y saludaron al paso de los jinetes, algunos corrieron junto a los viajeros mientras se dirigían al torreón.

Segura en el abrazo de Kinner, Shannon no pudo evitar fijarse en la extrema pobreza de la gente que la rodeaba. La ropa estaba raída y muchas veces remendada. La gente estaba demacrada, un cansancio en sus posturas incluso cuando sonreían con genuino placer al ver a su jefe. Los niños se escondían detrás de las faldas de sus madres, con los ojos muy abiertos y un silencio inquietante.

De vez en cuando pasaban junto a una cabaña con una vaca o una oveja en el patio. Incluso los animales parecían vaciados de vida, extrañamente delgados y apáticos a la brillante luz del día.

La cañada parecía un trozo de cielo con el cielo azul, la belleza del enorme lago y las majestuosas montañas a su alrededor. La gente que vivía allí debería haber reflejado la generosidad de la naturaleza, y el hecho de que no lo hicieran la perturbaba enormemente.

Kinner le había advertido de que su pueblo se moría de hambre, pero ella nunca lo había imaginado.

Cabalaron por el viejo puente levadizo. Los tablones de madera crujieron al atravesarlo y ella miró inquieta el agua que había debajo, preguntándose si los caballos sabrían nadar. Cuando volvió a levantar la vista, estaban al otro lado y atravesaban a caballo las puertas del castillo de McBride.

Una multitud los recibió en el patio, vitoreándolos y llamándolos cuando los viajeros detuvieron sus caballos y desmontaron.

—¡Liam!

Kinner estaba ayudándola a bajar del caballo cuando Shannon oyó el grito y, cuando sus pies tocaron el suelo, vio a una mujer cargada de niños arrojarlos a los brazos de Liam. La

menuda morena rompió a llorar inmediatamente y el rostro de Liam era un retrato de ternura mientras le susurraba, sujetándola con un brazo alrededor de la cintura y secándole la humedad de las mejillas con la otra mano.

—Ella es Maire—, murmuró Kinner—. La esposa de Liam y mi hermana.

—¡Kinner!

Kinner se volvió justo a tiempo para abrazar a la mujer mayor que se abalanzó sobre ella.

—Madre—, dijo. Le dio un apretón y luego se volvió hacia Shannon—. Shannon, ésta es mi madre, Fenella.

Fenella le sonrió. Sus ojos eran del mismo azul deslumbrante que los de su hijo, y sonrió mientras estrechaba la mano de Shannon entre las suyas.

—¡Cielos, te pareces a tu madre! Estoy encantada de conocerte, Shannon, y más feliz de que hayas venido.

—Gracias—. Shannon miró a su alrededor, incómoda con la luz de esperanza que veía en los ojos de Fenella—. El castillo es absolutamente maravilloso.

Fenella se rio.

—Ahora es primavera. No es tan cómodo en invierno. Ven—. Llevó a Shannon de la mano hasta donde un gran oso de hombre abrazaba a Malcom—. Permíteme presentarte a mi marido. Lachlan.

El hombre mayor se volvió hacia ellos. Sus ojos verdes brillaban y su largo cabello era una combinación de plateado con vetas doradas que hacían juego con la barba que enmarcaba su sonrisa. Era alto y ancho de hombros, pero la edad había añadido un bulto considerable a su vientre—. Así que ésta es la novia de Kinner. Bienvenida, querida.

—Gracias—, dijo Shannon. Entonces el hombre la sobresaltó agarrándola y abrazándola con fuerza. Por un instante podría jurar que sintió que su mano le rozaba el trasero, pero luego la soltó con una risa jovial.

—Eres una bonachona sin duda, y ese pelo rojo significa Duncan o mi nombre es Lachlan Drummond.

—Su madre era hija de Donald—, dijo Fenella. Su sonrisa parecía tensa, pero entonces miró a Malcom y la alegría volvió a su rostro—. Malcom, gracias a Dios que estás a salvo.

Malcom se rio y la abrazó hasta que ella chilló con un regocijo poco matronal.

—Fui a Inglaterra, Madre, no a la guerra.

—Es lo mismo—, resopló Lachlan.

—Shannon—. Liam se acercó con su esposa del brazo—. Permíteme presentarte a mi esposa, Maire.

—Encantada de conocerla—, dijo Maire. Era una mujer tan menuda que su vientre redondeado ocupaba la mayor parte de su torso. Llevaba el pelo oscuro recogido en un nudo en la base del cuello y sus ojos color avellana brillaban con buen humor, aunque estuvieran sombreados por el cansancio. Cuando sonreía, Shannon notó un parecido con la madre de

Kinner.

—Su marido ha estado muy impaciente por volver con usted—, dijo Shannon—. Felicidades por su hijo.

—Gracias—. Maire se puso las manos protectoramente sobre el vientre—. Esperamos el nacimiento para dentro de un mes.

Kinner se acercó a ellos.

—¿Qué te ha pasado hermanita?—, se burló—. Te juro que estás el doble de grande que cuando te dejé.

Shannon se quedó con la boca abierta ante la poca delicadeza de la afirmación, pero Maire se limitó a reír y a darle un manotazo en el brazo a Kinner.

—Eres un hombre horrible, Kinner McBride, por burlarte de una mujer en mi estado.

—Menos mal que somos parientes de sangre. No puedes hacerme mucho daño sin atraer la ira del kirk.

Maire puso los ojos en blanco y volvió su atención de nuevo a Shannon.

—Los hombres no son más que niños pequeños en torpes cuerpos adultos, ¿no cree?

—Yo... No sabría decirlo.

—Mi prometida es una mujer virtuosa—. Kinner le pasó el brazo por los hombros y le dio un rápido abrazo.

Shannon dio un respingo, sobresaltada. ¿Cómo podía llamarla su prometida delante de toda esa gente cuando no se había acordado nada entre ellos? Estuvo tentada de corregirle, pero nunca había visto a Kinner tan alegre y era reacia a arruinar su regreso a casa. De hecho, todo el mundo en el patio estaba sorprendentemente ruidoso, riendo y bullicioso. Tan abiertos con sus emociones. ¿Cómo podían estar tan despreocupados cuando estaba claro que la supervivencia se cernía al borde del desastre?

—Va a haber un banquete—, dijo Liam—. Eso me ha dicho tu madre. Para celebrar la vuelta a casa del jefe.

—Un festín, ¿verdad?— preguntó Kinner— ¿Y de dónde sacaremos el ternero cebado?

—Por extraño que parezca—, dijo Maire, poniéndose más seria—, ayer mismo Dougal el Joven cazó un magnífico ciervo y lo trajo al castillo para compartirlo con todos.

—¡No puedo creer la suerte!— exclamó Kinner—. Un festín así es realmente una bendición.

—Tal vez tu suerte esté cambiando—, dijo Maire con una sonrisa hacia Shannon—. Meg, la mujer de Will el panadero, no la otra Meg, dijo que su vaca dio leche esta mañana por primera vez en semanas.

La boca de Kinner se quedó abierta de asombro y luego la cerró de golpe.

—No sé qué decir.

—Creo que la maldición está contenta contigo, hermano—. Maire se rio y le apretó el

brazo— ¿Cuándo es la boda?

Kinner le lanzó una mirada, pero Shannon no pudo contestar, inmovilizada por la incertidumbre. No quería decepcionar a la familia de Kinner, pero aún no había decidido si les convendría. ¿Y no había un viejo dicho sobre no disgustar a una mujer embarazada?

Donald se acercó justo en ese momento y desvió la conversación.

—Voy a dejarte un rato, nieta, para ir a buscar a los míos. Estarás segura en el castillo.

—¿No vives aquí?—, preguntó ella.

Donald se atragantó.

—¿El jefe de los Duncan viviendo en el castillo de McBride? Mis antepasados me repudiarían.

—Puede que tengamos un puesto vacante para un mayordomo—, dijo Kinner, inexpresivo.

—No vuelvas ni a mencionarlo—, resopló Donald—. Todos vosotros sois demasiado desaliñados para cuidaros.

Los hombres rugieron de risa.

—Abuelo—. Poco acostumbrada a un humor tan irreverente, Shannon le agarró la mano entre las dos suyas— ¿Volverás pronto?

Él le dedicó una tierna sonrisa.

—Antes del atardecer, querida. Debo ir a casa y traerte a tu familia.

Los dedos de ella se apretaron alrededor de su mano, pero luego lo soltó. Estaba nerviosa por reunirse con sus parientes y aún más incómoda por quedarse a solas con los McBride. Todos la miraban como si fuera la respuesta a sus plegarias. Odiaba decepcionar a gente tan amable, pero tenía que ser fiel a su corazón, fuera cual fuera la dirección a la que la llevara.

Y tal vez no la llevara al altar con Kinner.

Donald le besó la mejilla y luego volvió a montarse en su caballo y salió, con Hammish y Harlan a cada lado.

—¿Hammish y Harlan también son Duncan?—, preguntó ella.

Kinner negó con la cabeza.

—No, van con Donald para protegerle. A pesar de sus negativas, el hombre está entrado en años.

—Debe de estar agotada—, dijo Maire, cogiendo a Shannon del brazo—. La acompañaré a su habitación y podrá descansar antes de que empiece el banquete.

—Eso sería maravilloso—. Mientras Maire la conducía lejos, miró de nuevo a Kinner. Él se limitó a saludar con la mano a modo de despedida, y luego fue engullido por la multitud de la familia.

Maire condujo a Shannon al interior del fresco castillo de piedra, y las estridentes voces del patio se desvanecieron en un tenue eco. Pasaron por el gran salón y luego Maire la condujo

por una escalera curva. La esposa de Liam subió las escaleras lentamente, claramente luchando con su carga. Se detuvo una vez, a medio camino de la cima.

—¿Se encuentra bien?— Shannon se acercó a Maire que se apoyó en la pared para recuperar el aliento—. ¿Traigo a alguien?

—No—. Maire negó con la cabeza y Shannon notó que el rostro de la joven estaba rosado por el esfuerzo y húmedo de sudor—. Se acerca mi hora y el bebé a veces me roba el viento.

—Deje que la ayude—. Cogiendo el codo de Maire, ayudó a la mujer en su lento ascenso por las escaleras.

Cuando llegaron arriba, Maire se detuvo de nuevo unos instantes y luego condujo a Shannon por el pasillo hasta la torre del fondo.

—Ésta es la mejor habitación del castillo, excepto la de Kinner—, dijo. La puerta crujió con fuerza cuando ella la abrió—. Se puede ver claramente todo el lago—. Shannon entró en la habitación. La torre era cuadrada en lugar de redonda, y los muebles eran sencillos. Había ventanas de cristal en tres lados de la habitación, una extraña indulgencia comparada con las cortinas raídas, y la luz del sol entraba a raudales para iluminar la espaciosa habitación. La gran cama parecía bastante vieja y estaba cubierta con una manta tejida a mano con un estampado de cuadros azules y negros.

—Esperamos que se encuentre cómoda aquí—, dijo Maire.

—Es una habitación preciosa—. Shannon pasó una mano por encima de la manta.

—La tejó mi abuela—. De repente siseó de dolor y se puso una mano en la parte baja de la espalda— ¡Cielos!

—Siéntese—. Shannon se apresuró y la ayudó a sentarse en el taburete junto al hogar—. ¿Llamo a alguien?

—Rachel y Flora vendrán con agua para que te laves—, dijo Maire— No tenemos agua de sobra para un baño completo, así que sólo será para la palangana de allí.

—Eso será suficiente.

Maire esbozó una débil sonrisa.

—Espero que vengan en cualquier momento, así que me sentaré aquí hasta que lo hagan.

—¿Está segura de que no puedo ayudarla en nada?— Maire estaba muy pálida - demasiado pálida en lo que a Shannon se refería. —Yo no... es decir, nunca he conocido a una mujer embarazada. Confieso que no sé qué hacer.

—Tal vez sea la emoción de su llegada—. Maire sonrió, y una vez más Shannon se sintió desconcertada por la esperanza en sus ojos—. Cuando se case con mi hermano las cosas se arreglarán.

No queriendo angustiar más a la enferma mujer, Shannon intentó cambiar de tema.

—¿Tal vez debería ir a buscar a su madre? ¿O incluso a su padre?

—¿A mi padre?— Maire cerró los ojos contra otra punzada de dolor. —Mi padre murió

hace casi veinte años.

—Entonces, ¿quién es...? Su madre me presentó a su marido.

—Oh, Lachlan. Sí, es su marido pero no el padre de nadie.

Shannon fue a sentarse en el borde de la cama.

—Su linaje familiar es algo confuso.

Maire se rio y parte de la tensión desapareció de su rostro.

—El dolor se está aliviando un poco.

Shannon dejó escapar un suspiro aliviada.

—Menos mal.

—Debo admitir que su llegada ha sido oportuna—, dijo Maire—. He temido por mi bebé. Es el primero.

—¿Las mujeres de su familia tienen dificultades en el parto?

—No—. Maire se frotó las manos sobre el vientre—. Es la maldición, eso es todo. Ocurren cosas terribles sin motivo alguno.

Shannon vaciló antes de contestar. ¿Cómo podría responder a semejante afirmación? ¿*No creo en su maldición*? Y ya ni siquiera estaba segura de que fuera así. Por alguna razón, cuanto más tiempo pasaba con los escoceses, más real parecía ser la maldición.

¿Y si el poder de acabar con el sufrimiento de esa gente estaba realmente en sus manos? ¿Y si todo lo que necesitaba hacer para cambiar el rumbo de todas estas vidas y salvar su propia cordura era casarse con Kinner?

Incómoda con esta corriente de pensamiento pero necesitada de saber más, indagó:

—Dijo que las cosas eran mejores en tiempos de su abuela.

—Sí. La cañada estaba viva con las cosechas madurando, y había ganado y ovejas en abundancia. Los pozos estaban llenos de agua fresca y dulce, y los hombres traían las redes llenas de pescado cuando faenaban en el lago—. Sonrió, un tono melancólico tiñó su voz—. Lo recuerdo un poco. Era sólo una niña cuando todo cambió.

—Por lo que me han contado—, dijo Shannon, esperando una reacción—, el cambio se produjo cuando mi madre huyó para casarse con mi padre.

—Sí, es cierto—. Maire asintió, la tristeza nublando su expresión— Hasta entonces todas las Novias se habían casado con sus verdaderos maridos, y la maldición quedó satisfecha. Josephine Duncan fue la primera en negar su destino.

Negar su destino. Maldición o no, su madre había huido, en efecto, del hombre con el que estaba prometida. Había despreciado su deber. Y eso era lo que estaba haciendo Shannon al no comprometerse con Kinner y negar su unión.

—La maldición se lleva toda la generosidad de la tierra—, continuó Maire, aparentemente no molesta por el silencio de Shannon—. Las cosechas no crecerán y los pozos se secarán. Las vacas no dan leche. Los corderos nacen con dos cabezas—. Tragó saliva con fuerza,

alisando una mano temblorosa sobre su abultado vientre—. Han pasado veinte años desde que esta tierra ha cobrado vida. Veinte años mientras mi pueblo ha tenido que esperar a que Kinner se hiciera un hombre y se convirtiera en jefe del clan para que pudiera hacer que todo volviera a estar bien.

—¿El viejo jefe no tenía hijos?

—Oh no. Es parte de la maldición. *Sólo la daga le traerá hijos; si se casa con otra, no habrá ninguno.*

El vello de los brazos de Shannon se erizó cuando Maire citó con facilidad parte del verso que tanto tiempo había atormentado sus sueños. Se humedeció los labios repentinamente secos.

—Así que el jefe sólo puede tener hijos si se casa con la mujer adecuada.

—Sí.

—Y el tío de Kinner -su tío- no se casó con su novia, así que no tuvo hijos.

—Ningún hijo en absoluto.

—Y vuestros padres ya estaban casados.

—Sí, y Kinner era apenas un hombre hecho y derecho cuando el tío Hammish cayó de las almenas y murió.

Shannon se estremeció; la descripción de la muerte del viejo jefe coincidía demasiado con la de su madre.

Un estruendo sonó desde el vestíbulo, sobresaltándolas a ambas.

—Será el agua—, dijo Maire, empezando a levantarse.

Shannon se puso en pie e hizo un gesto a la expectante madre para que volviera a su asiento.

—Quédese ahí, Maire—. Llamaron a la puerta y Shannon gritó: —¡Entrad!

Dos chicas jóvenes entraron en la habitación. Una, una pelirroja pecosa, forcejeaba con una jarra llena. La otra era una chica de pelo castaño y sonrisa alegre que llevaba un montón de paños.

—Shannon, ésta es Rachel—, la chica de pelo oscuro hizo una rápida reverencia—, y ésta es Flora—. La pelirroja hizo lo mismo—. Ellas mantienen la casa en funcionamiento.

Las chicas soltaron una risita al oír aquello, y Flora se acercó a la cómoda y depositó cuidadosamente su carga junto a la sencilla jofaina blanca que había sobre ella.

Shannon se adelantó y cogió la pila de paños de secado de Rachel.

—Ayuda a tu señora, Rachel. Se encuentra mal.

La sirvienta parpadeó.

—Oh, ella no es mi señora, milady. Es usted.

Shannon se quedó con la boca abierta cuando Rachel se volvió alegremente para ayudar a la hermana de Kinner. Maire rio entre dientes, poniéndose en pie con la ayuda de la muchacha.

—Usted se casará con mi hermano, Shannon, lo que le convierte en la señora de la casa.

—Pero...

—Todos aquí ya la consideran su señora—, continuó Maire—. Cuando se case con mi hermano, nos librará de la maldición.

Flora volvió, balanceando el cubo vacío.

—Si me llama antes del banquete de esta noche, milady, le arreglaré el pelo.

—Ella también lo hace muy bien—. Maire tocó con una mano su propio cabello.

—Gracias—, dijo Shannon, las palabras tintineando con pánico en su garganta—. Eso sería encantador, Flora.

—Kinner la llamará para el banquete—, dijo Maire, dirigiéndose hacia la puerta—. Debería descansar mientras tanto. Ha sido un largo viaje desde Inglaterra.

—Sí, lo fue. Y usted también debería descansar.

—Ten por seguro que lo haré—. Maire salió de la habitación con Rachel.

—Llámeme si necesita algo, milady—, dijo Flora. Esbozó otra reverencia y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Shannon se hundió en el borde de la cama, dejando el montón de ropa a su lado. Esta gente era tan amable. Tan sin pretensiones. Y tan ciegamente fieles al cuento de la maldición. Odiaba aplastar sus esperanzas y decirles que aún no había decidido si se casaría con Kinner.

Pero al mismo tiempo, no podía tirar la cautela al viento y casarse sin más con él para no decepcionarlos. El matrimonio era para siempre y debía considerarse cuidadosamente, incluso una unión concertada como ésta.

Pero, ¿era egoísta querer esperar? ¿Era una persona horrible porque necesitaba tiempo para reflexionar sobre la decisión más importante de su vida? Otra persona, más impulsiva que ella, podría casarse con aquel hombre sin pensárselo mucho. Era un diablo guapo y se titulaba con ello, y el cielo sabía que había suficiente calor entre ellos como para chamuscar su carne sin siquiera tocarse.

¿Era eso suficiente para mantener un matrimonio? ¿Y cuando se hicieran mayores y se enfriaran las llamas de la pasión? ¿Estarían contentos juntos? Probablemente tendrían hijos. Ella podría encontrar consuelo en ello.

¿Y si se casaba con él y nada cambiaba? Había quemado sus puentes en Inglaterra; ya no había nada allí para ella excepto su padre. ¿Y perdonaría él lo que ella había hecho? ¿Estaba completamente arruinada ahora, por haberse escapado con una banda de escoceses, a pesar de que su abuelo le había servido de carabina?

Esta gente la quería como su señora. La miraban con ojos esperanzados, y ella se encontró *deseando* ayudarles. Incluso si no había maldición, estaba segura de que podría convencer a su padre para que pagara a Kinner su dote. Sólo su dinero ya ayudaría mucho al clan. Y si al final se volvía loca, ¿era éste un lugar tan terrible para hacerlo? Mejor quizás que Londres, donde cada defecto era explotado como forraje para el último *on dit*. Podría ser feliz

aquí, rodeada de esta gente amable, al menos mientras pudiera aferrarse al recuerdo de haberles ayudado.

Y cuando la locura se la llevara, tal vez recordarían con cariño lo que había hecho por ellos. Tal vez la cuidarían con compasión, mucho después de que su cordura la abandonara.

Era algo en lo que pensar.



Kinner se sentó con Liam a la mesa del gran salón, cada uno con una copa de madera llena de cerveza.

—Éste es el último barril de cerveza—, dijo Kinner.

—No tenemos ninguno más hasta que las cosechas empiecen a crecer de nuevo. O a menos que podamos encontrar los fondos para comprar alguno.

—Habríamos tenido los fondos—, replicó Liam con una sonrisa burlona—, pero te lo gastaste todo en la posada.

Kinner arqueó la ceja y bebió un sorbo.

—¿Y de quién fue esa idea?

—Dije que mostraras compasión a la chica. La compasión es gratis, ¿sabes?

—Aun así, parecía agradecida.

—¿De que te tomaras el tiempo de ver que sus necesidades estaban cubiertas? Sí, pero ¿estaba lo bastante agradecida como para aceptar el matrimonio antes de que llegara su padre?

Kinner suspiró.

—Todavía no. Moza testaruda.

—Y sin embargo dejas que el clan piense que va a haber una boda.

—No puedo decepcionarlos. Y tal vez ser tratada como una novia ayude a convencerla.

—Tu madre te pedirá que nombres el día muy pronto. El pueblo ha sufrido bajo la maldición durante demasiado tiempo.

—Lo sé. Entre mi madre y su padre, el tiempo está en mi contra.

—Sí. Sabes que te seguirá—, dijo Liam, su expresión se volvió seria—. Si no hubiéramos llevado a los caballos al límite, aún podría habernos atrapado.

—¿Qué clase de padre no viene a por su hija cuando ha sido raptada?— dijo Kinner—. Vendrá.

—A por ella—, dijo Liam—. No ha habido más que fuego entre vosotros desde que os conocisteis. ¿No has considerado llevarle a la muchacha unas flores o cantarle una canción de amor?

—¿Cuándo he podido hacer algo de eso?— dijo Kinner—. Primero la mujer me evitaba, luego estábamos en una loca carrera para volver a las Tierras Altas.

—Y con Hersley de camino hacia aquí, estás otra vez en una loca carrera, pero ahora tienes algo de tiempo—. Liam dio un buen trago a su copa—. Vi la expresión de su cara cuando llegamos. Está empezando a sentir el sufrimiento.

—Yo también lo noté—. Kinner pasó el pulgar por el lateral de su taza, intentando no mirar el anillo que llevaba en el dedo: el recuerdo de lo que no podía tener—. Quizá la compasión la mueva a aceptarme.

—Eres un muchacho valiente, Kinner McBride—. Liam sonrió—. Seguro que la muchacha se ha dado cuenta.

Kinner levantó una ceja.

—No tanto como tú, por lo visto.

Liam soltó una risita y volvió a coger su cerveza.

Un suave paso hizo que ambos hombres miraran hacia la puerta. Maire caminaba hacia ellos, con una mano ahuecando su vientre. Miró a Kinner y sonrió, luego miró a Liam. Su rostro resplandeció.

—Y aquí está mi buen marido, de vuelta de su viaje y ya listo para saborear la cerveza.

—Fue cosa de tu hermano—, dijo Liam, poniéndose en pie—. Es una influencia terrible.

—Lo sé—. Maire inclinó la cara para recibir el beso de Liam y aceptó su brazo alrededor de la cintura con evidente gratitud—. Tu novia está en la habitación de la torre este, Kinner.

—Te agradezco que le muestres el camino.

—Está hecha un lío, pero imagino que un poco de sueño lo arreglará. A mí también me vendría bien un poco de descanso—. Miró a su marido con una sonrisa íntima. Liam le tocó la mejilla y la besó suavemente en los labios. Por un momento fue como si no existiera nadie más que ellos.

Kinner se sintió como un intruso. Los tres habían crecido juntos y todos habían sabido siempre que Liam se casaría con Maire. ¿Cómo podía entonces verlos juntos después de cinco años de matrimonio y sentirse como si estuviera espionando a una pareja de novios? Él y Shannon nunca tendrían eso. Lo que tenían eran chispas a punto de encenderse, pasión ardiente que ardía como el fuego entre ellos. ¿Pero intimidad? No. ¿Amor? Definitivamente, no. Se casarían para salvar al clan y encontrarían algo de consuelo en el cuerpo del otro. Tendrían hijos y harían una vida juntos, todo sin complicaciones del corazón.

Liam murmuró al oído de Maire, y Kinner apartó la mirada. Su mirada se posó en su anillo y apretó el puño en torno a él. Si hubiera sido libre para casarse con Jean, ¿habría tenido lo que su hermana con Liam?

—Creo que estamos avergonzando a tu hermano—, se burló Liam, apoyando la barbilla sobre la cabeza de Maire con una sonrisa—. ¿Es eso un poco de rubor en sus mejillas, Laird?

—Es la cerveza—, gruñó Kinner.

Maire soltó una risita.

—Ten cuidado de no beber tanto que no puedas complacer a tu novia.

—No temas por eso—. Kinner tiró lo que quedaba de su bebida.

—Vamos, esposa. Dejemos al jefe a solas para que reflexione sobre su cortejo—. Liam cogió la mano de Maire y la besó—. Pareces un poco cansada. Te acompañaré a la cama.

—¡Qué caballeroso por tu parte!

—Apenas—, dijo con una mirada lasciva, y luego le dio un suave golpecito en el trasero.

—Marchaos los dos—. Kinner alcanzó la copa de cerveza.

Maire se acercó y le besó la mejilla.

—Nos veremos más tarde en el banquete.

—Sí—. Su corazón se ablandó como siempre lo hacía cerca de Maire, y apretó la mano que ella le había puesto en el hombro—. Descansa, pequeño.

Maire le palmeó el hombro mientras se enderezaba, luego cogió la mano extendida de Liam y le permitió que la guiara fuera de la habitación. Kinner los observó marcharse, celoso como siempre de que el deber estuviera por encima del deseo y de que él nunca tuviera ese tipo de relación con una mujer.

Luego inclinó la jarra para rellenar su copa y brindó por la maldición que le había arrebatado la elección, la libertad y la capacidad de hacer cualquier cosa menos casarse con una pelirroja mimada que aliviaría sus entrañas pero nunca su corazón.

Capítulo 15

Shannon durmió varias horas y se despertó sólo unos instantes antes de que Flora llegara para arreglar su cabello. Tras deshacerse de su manchado y desgastado hábito de montar en la posada, sufrió un momento de pánico al no poder localizar el robusto vestido de viaje gris que le había regalado la hija del posadero.

Flora llamó a la puerta en medio de su frenética búsqueda. Vestida con su camisón, Shannon se envolvió en la manta a cuadros y gritó:

—¡Entra!.

Flora entró en la habitación, con los brazos rebosantes de precioso material de junquillo.

—Buenas noches, milady. El jefe le envió esto cuando nos llevamos su otro vestido para limpiarlo.

—¿Ah, sí? Estaba preocupada—. Shannon se hundió en el borde de la cama aliviada.

—Este era uno de los vestidos de lady Fenella, que hemos retocado para usted usando su otra ropa a medida—. Levantó la prenda por los hombros para que Shannon pudiera verla.

—Es precioso—, aprobó Shannon—. Muchas gracias por tu amabilidad.

Flora dejó escapar un suspiro y le dedicó una tímida sonrisa.

—Algunas de las damas estaban preocupadas de que no aceptaras un vestido que había pertenecido a otra.

Shannon se rio entre dientes.

—Eso sería una tontería por mi parte, ya que apenas tengo ropa. Aprecio vuestra amabilidad.

—Y lady Fenella pensaba que sería un bonito vestido de novia.

Shannon mantuvo la sonrisa en su sitio, a pesar de la sensación de ser arreada hacia el altar.

—De nuevo, mi agradecimiento.

—Puedo ayudarla a vestirse ahora y luego arreglarle el pelo.

—Te lo agradecería mucho—. Shannon se levantó y dejó a un lado la manta—. He oído música en el piso de abajo. ¿Ha empezado ya el banquete?

—La *cerveza* ha empezado—, dijo Flora con una risita. Echó un vistazo a la ropa interior de Shannon—. ¿Dónde está su corsé, milady?

Shannon enrojeció.

—No tengo ninguno.

—Oh—. La muchacha se encogió de hombros—. Espero que el vestido le quede correctamente. Debería ya que usamos su otra ropa como modelo.

—Entonces debería quedar espléndidamente.

Acababan de conseguir meter a Shannon en el vestido -y sí que le quedaba bien, a pesar de la falta de corsé- cuando llamaron de nuevo a la puerta. Flora la dejó sentada en el taburete junto a la chimenea, con el pelo medio recogido con unos bonitos rizos desordenados, mientras iba a atender la llamada.

—Su tía está aquí, milady—, dijo Flora un momento después desde la puerta—. ¿La hago pasar?

—¿Mi tía? Ni siquiera sabía que tenía una—. El corazón de Shannon palpitó de emoción—. Sí, hazla pasar.

Cuando la mujer entró en la habitación, Shannon se puso lentamente en pie. Su tía se detuvo ante el movimiento, y las dos damas se limitaron a estudiarse.

Tenían el mismo tono de pelo ardiente, los mismos ojos azul grisáceo de Duncan. Era una mujer alta como Shannon, con una figura esbelta que la hacía parecer una reina amazona. Y aunque había sutiles diferencias en sus rasgos, su cara se parecía lo suficiente a la de la madre de Shannon como para que ésta sintiera que se le ponía la piel de gallina a lo largo del brazo.

A su tía se le llenaron los ojos de lágrimas al mirar a Shannon de arriba abajo.

—Soy Vivian Frederick—, consiguió decir—. Su madre era mi hermana.

—Yo soy Shannon.

—Lo sé—. Vivian se acercó—. El parecido es asombroso.

—Podría decir lo mismo de usted.

—La última vez que vi a mi hermana, tenía más o menos su edad— La mujer mayor respiró hondo y se puso una mano sobre el pecho—. Perdóneme, pero es un shock.

Shannon tragó con fuerza.

—Para mí también. Tiene el mismo aspecto que ella tendría ahora, si hubiera vivido.

Flora se acercó.

—¿Por qué no se sienta de nuevo, milady, y termino de peinarla mientras habla con su tía?

Shannon asintió y se hundió lentamente en el taburete.

—¿Se quedaría a hablar conmigo mientras ella termina?— preguntó Shannon—. Hay tantas preguntas que me gustaría hacerle sobre mi madre.

—Así lo haré.



Una música alegre llenaba el aire, acompañada de gritos de risa mientras los hombres y mujeres de su clan bailaban al son del animado carrete. Sentado en la mesa principal, Kinner observaba a su gente con una curva en los labios. Tal festejo había estado ausente de su clan durante demasiado tiempo. Le hacía bien al corazón ver que todos se regocijaban.

El hecho de que él mismo se sintiera más malhumorado que festivo se debía a una buena cantidad de cerveza y a la terquedad de su novia.

Debería estar celebrándolo, maldita sea. Había hecho lo que se había propuesto, ¿no? Había ido a Londres y había traído a su novia a casa, a Escocia, donde pertenecía. Y lo había hecho ante las narices de su padre Sassenach.

Ahora sólo necesitaba convencerla de que se casara con él.

Bebió otro trago de cerveza. Seguramente el corazón de Shannon no podía ser tan frío como para ignorar la difícil situación de la gente que les rodeaba. Seguramente él podría convencerla de que fuera su esposa. Sería un marido bastante bueno y su lecho matrimonial nunca se enfriaría. Ella estaría bien cuidada, si tan sólo se diera cuenta de ello.

Echó hacia atrás lo que quedaba de su cerveza y luego examinó el fondo de su copa vacía. Necesitaba dejar a un lado ese sentimentalismo empalagoso. El amor no era un ingrediente necesario para el matrimonio, y era rara la pareja que lo encontraba. El compañerismo y el buen sexo bastarían.

Miró la jarra de cerveza que había sobre la mesa y luego parpadeó cuando una mano salió de la nada para cerrarse alrededor del asa.

—¿Y dónde está tu novia?— preguntó Dougal Frederick, levantando la jarra—. Estoy ansioso por ver a la muchacha.

Kinner se volvió para mirar al marido de Vivian.

—Espero que llegue pronto. Vivian subió a recibirla.

—Ah—. Dougal asintió, sirviendo expertamente de la pesada jarra con una sola mano mientras permanecía de pie—. Supongo que habrá todo tipo de lamentos para quitarse de en medio antes de que ella baje.

—Espero—. Kinner volvió a coger la jarra cuando el hombre hubo terminado y vertió un poco en su propia copa—. Debo dar las gracias a tu hijo por cazar nuestra cena esta noche.

Dougal sonrió y se sentó junto a Kinner.

—Ha sido una gran suerte. No habíamos vislumbrado ninguna pieza de caza en semanas, y de repente aparece ese ciervo, a la vista de todos, casi pidiendo ser cazado.

—¿Esto fue ayer por la mañana?

—Sí. Lo hemos tomado como una señal de que vendrán tiempos mejores.

Kinner sintió un tirón en la manga. Bajó la mirada y se encontró con los solemnes ojos

oscuros de Fay Duncan, de seis años. Como siempre, ver su cara bonita y delicada le dio un vuelco al corazón.

—Buenas noches, señorita Duncan—, le dijo. —¿Y qué puedo hacer por usted esta bonita tarde?

Ella soltó una risita.

—Es sólo Fay, milord.

—Y te he dicho que me llames Kinner.

Fay sacudió la cabeza, la desaprobación clara en sus rasgos de hada.

—No, eso no estaría bien.

—Ven aquí, cariño—. Dougal se inclinó hacia delante—. Porque...— Hizo un gesto arrebatador hacia su cara, luego levantó el puño con la parte superior del pulgar asomando entre dos dedos—. ¡Tengo tu nariz!

Fay chilló de risa y se cubrió la nariz con la mano.

—¡Dios me salve!—, se lamentó con fingida desesperación—, ¡pero me ha vuelto a robar la nariz!

—Esa es la verdad—. Dougal agitó su mano apretada en señal de tentación—. Y si quieres recuperarla, sabes el coste.

—Lo sé—, dijo ella, con la voz nasal a través de los dedos.

—Bien, entonces, hagamos el pago.

Kinner sonrió cuando la niña se adelantó y se puso de puntillas para besar a Dougal en la mejilla. Éste jadeó y abrió la mano.

—¡Ha vuelto! Mi nariz ha vuelto!— Fay dejó caer la mano—. Es un milagro.

—En efecto—. Kinner la levantó y la puso en su regazo—. Asegurémonos de que está bien sujeta—. Le dio un golpecito en la nariz, provocando más risitas.

—Fay Duncan, aquí tienes.

Kinner y Fay levantaron la vista al mismo tiempo.

—Hola, mamá—. Fay sonrió a su madre.

—El abuelo me ha vuelto a robar la nariz.

—¿Y por eso has llevado esta queja al jefe?—. Con una sonrisa en los labios, la madre de Fay se encontró con la mirada de Kinner. Como siempre, sintió esa agri dulce sacudida en su corazón—. Hola, Kinner. Me alegro de que tu tiempo lejos de nosotros haya sido fructífero.

Kinner hizo un gesto de reconocimiento y dejó que Fay se deslizara de su regazo.

—Hola, Jean.

Dougal se aclaró la garganta y se levantó, apartando los ojos de la reunión.

—Más cerveza—, murmuró, y se alejó con la jarra.

—¿Tocarás para nosotros, mamá?— preguntó Fay, tirando de su mano—. Toca la canción del pastorcillo—. Se volvió hacia Kinner—. Y usted puede cantar para nosotros, milord.

Kinner vio la chispa de interés en los ojos de Jean. ¿Cuántas veces habían interpretado juntos esa canción? Docenas por lo menos.

—Canta para nosotros—. Fay juntó las manos en señal de súplica—. Hace tanto tiempo que no celebramos una fiesta.

—Muy bien entonces—. Se puso en pie—. Jean, ¿estás dispuesta?

—Sí—, respondió ella en voz baja—. Iré a buscar mi arpa.

Cuando Shannon y Vivian llegaron al gran salón, el jolgorio ya había comenzado.

—Ah, han sacado la cerveza—, dijo Vivian—. Es un verdadero festín.

—¿No suelen beber cerveza?

—Oh, claro que sí. También whisky. Pero ambos requieren cereales, y nuestras cosechas han sido muy escasas estos últimos meses. Es todo lo que podemos hacer para recoger suficiente avena para los panes.

—Lamento oír eso.

Vivian se encogió de hombros.

—Es la maldición. Una vez que te cases con el jefe, todo volverá a estar bien.

Shannon asintió. Aunque la presión de casarse con Kinner aún causaba una punzada de aprensión en su interior, empezaba a pensar que no era tan mala idea. Parecía un hombre bueno y honorable, si ella utilizaba su preocupación por su pueblo como medida. Y estaba claro que adoraba a su madre y a su hermana.

¿Qué la retenía, entonces, a decir que sí?

—Ahí está tu novio—, dijo Vivian, señalando la mesa principal.

Shannon siguió su línea de visión y vio a Kinner sentado a la mesa con una niña en su regazo. La sonrisa que dirigió a la niña hizo que a Shannon le diera un vuelco el corazón. Parecía completamente encantado con la niña de pelo oscuro, y ella reía y se retorcía en su regazo sin miedo a la autoridad que él ejercía.

¿Era así como se vería con sus hijos?

—Ven, vamos a llevarte a la mesa principal, donde debes estar. Imagino que la comida saldrá de la cocina en breve, ¡y entonces nos daremos un festín!

—¿Aún no ha salido la comida?

Vivian le lanzó una mirada de reojo.

—No hay mucha comida para empezar, y desde luego no suficiente para más de un plato.

Shannon se estremeció. ¿Cómo había podido prever que aquella gente estaba a un paso de la inanición total? Cuando pensó en los muchos bailes y cenas a los que había asistido, algunos de ellos con hasta doce platos, se sintió avergonzada. ¿Cómo podían atiborrarse los ricos cuando los demás no tenían ni para comer?

Siguió a su tía entre la multitud. La gente saludaba a Shannon a gritos y ella sonreía y saludaba a todas las caras desconocidas. Cuando llegaron a la mesa, Kinner ya se había ido.

La niña de pelo oscuro estaba sentada sola en el banco, balanceando los pies de un lado a otro. Sus faldas marrón oscuro, raídas, parecían ser un poco cortas para ella, desnudando sus tobillos cuando se sentó y revelando unos zapatos bien gastados. Levantó la vista cuando Shannon se acercó. Sus suaves ojos marrones dominaban su rostro picudo, y su expresión era más solemne de lo que una niña pequeña debería soportar.

—Hola, Fay—, dijo Vivian. Extendió los brazos y la niña saltó del banco y corrió hacia ellos.

—¡Abuela!— Fay rodeó con sus brazos el cuello de Vivian y la apretó en un abrazo—. Mamá va a tocar.

—Eso suena muy bien—. Vivian colocó a Fay en el banco—. Fay, ésta es Shannon. Pronto será nuestra señora.

—¿Es usted la novia?— preguntó Fay.

Shannon no pudo evitar sonreír ante la absoluta seriedad de la expresión de la niña.

—Sí, lo soy.

Fay le dedicó una amplia sonrisa, revelando que le faltaban los dos dientes delanteros.

—Yo también—. Levantó el pie. En su tobillo izquierdo, clara como el día, había una marca de nacimiento con forma de daga.

—Dios mío—. Shannon miró a Vivian, registró la resignación en el rostro de su tía—. ¿Esta es su nieta?

—Sí—. Vivian suspiró y acarició el pelo de la niña—. Eso la convierte en su prima.

—Mamá ha traído su arpa—, dijo Fay—. Y el Laird va a cantar la canción del pastor—. Volvió su mirada hacia Shannon—. Es mi canción favorita.

—¿Kinner va a cantar?

Aunque la pregunta iba dirigida a Vivian, fue Fay quien asintió.

—Se lo pedí y dijo que sí. Él y mamá han cantado mucho esta canción.

—Su futuro marido es un cantante con mucho talento—. dijo Vivian con una sonrisa—. Desde aquí tendrá una vista excelente de la actuación.

—¿La verá conmigo?— preguntó Fay a Shannon—. A veces no puedo ver porque soy muy pequeña.

Shannon se rio entre dientes.

—¿Un pequeño ácaro? Así es como me llama el abuelo.

—Mi marido, Dougal—, dijo Vivian.

Shannon sacudió la cabeza como para despejarla.

—¡Las conexiones familiares aquí son muy complicadas!

—Era de esperar. Vivimos en una zona aislada, así que las familias tienden a mezclarse bastante.

—Puedo sentarme aquí en la mesa—, dijo Fay, cogiendo la mano de Shannon—. O quedarme de pie en el banco. Si usted dice que está bien, claro.

La diminuta mano de la muchacha se sentía tan frágil como el ala de un pájaro e igual de huesuda. ¿Cuánto tiempo hacía que no comía lo suficiente?

Le daban ganas de llorar sólo de pensar en esta niña sufriendo por sobrevivir.

—Por supuesto que está bien—. Shannon se aclaró la garganta repentinamente apretada—. Me encanta su compañía.

El dulce punteo de las cuerdas del arpa resonó en la sala. Toda conversación se silenció. Había un estrado en un lado de la sala donde los músicos habían estado tocando cuando ella había entrado por primera vez. Ahora una hermosa mujer de pelo oscuro estaba sentada en un taburete, con un arpa en las manos. Tocaba las cuerdas, con la cabeza inclinada hacia el instrumento, los ojos cerrados y una leve sonrisa en los labios mientras lo afinaba. Las notas vibraron en el aire. Kinner subió al estrado y estallaron los vítores de la multitud.

Ignorando el jaleo, Kinner miró a la mujer. Ella abrió los ojos y le sonrió, una sonrisa de cariño y alegría, como si él fuera el único hombre en la sala. Él le hizo un gesto con la cabeza, ella le devolvió el gesto y empezó a puntear el arpa con sus delgados dedos.

—Ésa es mi mamá—, susurró Fay.

Shannon asintió, toda su atención se centró en Kinner cuando empezó a cantar.

Su rico barítono llenó la habitación. Su potencia la dejó atónita, su habilidad vocal era más que evidente. Se dio cuenta de que no era la primera vez que entretenía a la gente cantando. La canción era claramente una balada, dado el tono, pero la letra estaba en gaélico, por lo que ella no sabía de qué trataba. Por un momento deseó que volviera su locura, que pudiera entender la letra. Entonces se dio cuenta de que todos los indicios de locura habían desaparecido desde que había llegado a Escocia.

¿Existía una maldición después de todo? ¿Y su mera proximidad a Kinner había bastado para atenuar los síntomas?

—La canción trata de un pastor enamorado de una dama—, susurró Vivian—. Cada día se acerca a ella con un regalo diferente y le pide que sea su esposa. Ella acepta los regalos pero aún no ha dicho que se casaría con él.

—¿Qué clase de regalos?— susurró Shannon.

Vivian la miró.

—Cosas que puede dar un pastor. Una bolsa de piedras bonitas, un puñado de flores silvestres. No son los regalos lo que importa, sino su amor por ella. Pero ella ignora su amor y espera a un hombre rico.

El tempo de la canción cambió. La voz de Kinner se hizo más dura, el pastorcillo claramente frustrado porque su traje no era aceptado. Entonces la madre de Fay se unió al coro, su dulce voz soprano se mezcló en armonía con los tonos más graves de Kinner. Una mujer

engatusando a un pretendiente.

Se miraron mientras cantaban, la expresión de Kinner resplandeciente de anhelo, la de ella coqueta. Shannon se vio arrastrada a la historia.

—¿Qué ocurre ahora?

—La dama ha aceptado una oferta de un hombre rico y se lo cuenta al pastorcillo. Tiene el corazón roto.

Kinner miraba ahora a los ojos de la arpista, su voz adquiría un matiz de anhelo. La arpista respondió a su letra con una propia, su tono nostálgico y triste. Sus voces subían y bajaban al unísono, como si hubieran cantado esta canción miles de veces.

—Años más tarde, la dama es infeliz con su marido y desearía haber aceptado al pastorcillo—, susurró Vivian—. Ella encuentra la bolsa de piedras que él le dio y las atesora cerca de su corazón para siempre.

La voz de Kinner se elevó a un crescendo, la soprano de la mujer la envolvió en armonía. Se unieron en la última nota, sosteniéndola. Entonces se hizo el silencio.

Y ella lo vio entonces, la mirada que Kinner dirigió a la madre de Fay. Una mirada de intimidad y anhelo que no tenía nada que ver con la canción. La hermosa morena sostuvo esa mirada durante un momento, el tormento parpadeando en su propia expresión antes de dejar caer los ojos.

La sala estalló en aplausos.

Kinner bajó del estrado. La madre de Fay dejó su arpa y luego aceptó la mano que Kinner le ofreció para ayudarla a bajar. ¿Se lo estaba imaginando, o él sostuvo la mano de la otra mujer sólo una pizca más de lo necesario? Los dos caminaron de vuelta a la mesa principal, negándose entre risas a interpretar otra melodía. Los músicos volvieron a reclamar la tarima y se lanzaron a un zapateado que hizo bailar a la mitad de la sala.

Se dio cuenta en cuanto Kinner la vio. Había estado escuchando algo que decía la madre de Fay cuando su mirada se fijó en Shannon. Su expresión cambió, se volvió cautelosa.

¿Culpa?

—¡Ha sido maravilloso!— exclamó Vivian—. Nadie canta 'La dama y el pastor' como vosotros dos. Ha sido muy hermoso.

—Gracias—, dijo la madre de Fay. Le tendió una mano a Fay, que la cogió y saltó del banco.

Kinner asintió a Vivian y luego se adelantó para coger la mano de Shannon.

—Estás muy guapa esta noche, Shannon. Me alegro de verte.

Su tacto la hizo estremecerse, pero su cabeza y su corazón dudaron en confiar en él.

—Tienes una voz excelente para cantar, Kinner. Verdaderamente superior.

—Gracias—. Se volvió hacia la madre de Fay—. Shannon, ésta es Jean Duncan. Veo que has conocido a Fay.

—Sí—. Shannon sonrió a la niña y luego asintió a su madre—. ¿Cómo está, Jean?

—Muy bien, gracias—. Dijo secamente Jean, sus modales eran correctos aunque reservados, pero Shannon tuvo la impresión de que la arpista era la única persona del clan que no se alegraba de verla.

Vivian chasqueó la lengua.

—¿A qué se debe esa formalidad? ¿Es ésa la forma de saludarse entre primas?

Jean lanzó una rápida mirada a Vivian y Shannon dijo:

—¿Primas?

—Efectivamente—, dijo Vivian—. Jean es mi hija.

—¡Oh!— El pronunciamiento la tomó por sorpresa, y estudió el rostro de Jean con más detenimiento—. No lo habría adivinado. No se parece a su madre—, le dijo a Jean.

—No, me parezco a mi padre—, confirmó Jean. Sus ojos parpadearon sobre Shannon, desde el pelo hasta el dobladillo.

—Los Alexander suelen tener el pelo y los ojos castaños—, dijo Vivian, ajena al trasfondo—. Mi hijo, Dougal, es igual.

—Nunca había conocido a un primo—, dijo Shannon, desconcertada por el silencioso estudio de la otra mujer—. Es muy emocionante conocer por fin a mi familia.

—¡Y a nosotros nos hace mucha ilusión conocerte por fin!— Vivian pasó el brazo por los hombros de Shannon y la abrazó—. ¡Bienvenida a casa, Shannon!

—Sí, bienvenida a casa—. Aunque la boca de Jean formó las palabras, sus ojos permanecieron fríos.

Una ondulación recorrió la espina dorsal de Shannon. Ella había visto esa mirada antes, en los ojos de debutantes celosas en Londres. Tal vez *no* se había imaginado el aire de intimidad que parecía existir entre Kinner y Jean.

La idea le hizo girar la cabeza. Nunca se había planteado que cuando se casara con Kinner, éste pudiera recurrir a otra mujer para satisfacer sus necesidades. Pero muchos hombres hacían precisamente eso, se casaban por sus títulos o sus propiedades -o en este caso, el clan- y encontraban sus placeres en otra parte. ¿Era Kinner un hombre así?

Fay tiró de la mano de su madre.

—Mamá, tengo hambre.

—Paciencia, Fay—, dijo su madre.

Kinner se agachó para mirar a Fay a los ojos.

—Vamos a comer carne de venado fresca dentro de un rato con patatas, bannocks^[2] y quizás un poco de sopa.

La niña se quedó con la boca abierta.

—¿De verdad?

—Yo soy el jefe y así lo he declarado.

Fay aspiró una bocanada excitada, sus ojos chispeaban.

—¡No puedo esperar!

—Yo tampoco puedo—. Kinner se levantó y ofreció su brazo a Shannon—. ¿Puedo acompañarte a tu asiento, Shannon?

—Eso sería encantador—. Presentó su sonrisa de sociedad a Vivian y Jean—. Estoy deseando volver a verlas.

—Estamos sentadas en la misma mesa—, dijo Jean—. Así que cenaremos juntas.

—Oh—. Shannon se aclaró la garganta—. Qué encantador.

—Fay y Jean siempre tienen un sitio en la mesa del jefe—, dijo Vivian—. Si me disculpan, debo ir a buscar a mi marido—. Salió corriendo entre la multitud.

—¡Mamá, ven a sentarte!— gritó Fay, tirando de la mano de su madre.

Jean suspiró y envió una mirada tolerante a su hija.

—Por favor, discúlpenos mientras tomamos asiento.

Las dos señoras Duncan se alejaron. Shannon miró a Kinner. Aunque no había nada abiertamente fuera de lugar, sus instintos se agitaban en torno a Jean Duncan.

—Jean es una mujer hermosa.

—La belleza le viene de familia—. Él le levantó la mano y le rozó los dedos con la boca. Ellaladeó la cabeza, observando su rostro con atención.

—¿Dónde está su marido?

—Jean es viuda.

—Siento oír eso—. Ella le quitó la mano de encima—. ¿Y por qué siempre se sientan en la mesa del jefe?

Frunció el ceño ante la pérdida de contacto.

—Porque forman parte de la casa. Cualquiera de la casa se sienta a la mesa del jefe.

—¿Parte de la casa? ¿Cómo es eso?

La miró con auténtica perplejidad.

—Porque viven aquí.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. En el castillo.

Ella dejó escapar un lento suspiro. Lanzó una rápida mirada a Jean y encontró a la otra mujer observándoles. Jean bajó la mirada al instante. Fay rebotaba a su lado, parloteando sin parar.

Le había contado una vez que había habido alguien muypreciado para él, alguien de antes de que viniera en busca de su prometida. Alguien a quien había tenido que renunciar.

—Shannon—. Kinner esperó a que ella le mirara antes de continuar—. ¿Ocurre algo?

Ella dibujó una amplia sonrisa en su rostro.

—En absoluto. Tomemos asiento, ¿de acuerdo? Estoy deseando que empiece el banquete.

Capítulo 16

Lachlan Drummond había bebido demasiado. Shannon vio cómo rugía de risa e intentaba pellizcar el trasero de las mujeres que servían la comida a su mesa.

Se inclinó hacia Kinner, que estaba sentado a su izquierda en la cabecera de la mesa.

—¿Ves a tu padrastro?

Kinner entrecerró los ojos.

—Sí, lo veo.

—Ha bebido demasiada cerveza.

—En efecto—. Kinner se encontró con su mirada, bajando la voz en conspiración para que sólo ella pudiera oírle. —Tal vez después de que termine la comida, puedes pedirle a mi madre que te acompañe a tu habitación. Yo me encargaré de Lachlan.

Shannon miró al otro lado de la mesa a la madre de Kinner, que ignoraba estoicamente el comportamiento de su marido.

—Tu madre es una dama gentil—, murmuró de vuelta—. Se merece algo mejor.

—En eso estamos de acuerdo—. Le apretó la mano—. Gracias por ayudarme con esto.

Ella se volvió para mirarle. Aquellos hermosos ojos azules brillaban de aprobación, y ella quiso abrirse a él como una flor bajo el sol, incluso con las preguntas sobre Jean Duncan rondando en el fondo de su mente.

—Si queremos determinar si debemos convenir como marido y mujer—, dijo—, debemos trabajar juntos en estos asuntos.

—¿Es eso lo que estamos haciendo?— Él le pasó un dedo por el dorso de la mano.

—Si no recuerdo mal, una vez te dije que la forma en que un hombre trata a su madre es importante para determinar si sería un buen marido—. Ella se inclinó más cerca y susurró:— Tienes en muy alta estima a tu madre.

Él arqueó una ceja y dijo secamente:

—Mi corazón se estremece de alegría por tu aprobación, muchacha.

Ella se rio, ganándose las sonrisas de los que les rodeaban. Cerca del extremo de la mesa, Jean se levantó y cogió a Fay de la mano, ayudándola a bajar del banco. La niña bostezó y se frotó los ojos mientras su madre la conducía en silencio fuera del salón. Shannon las vio marchar, incapaz de disipar una punzada de envidia cuando varios hombres se volvieron para observar la salida de la viuda.

Jean era una mujer atractiva que atraía las miradas de los hombres con su exuberante

figura y su tranquila reserva. ¿Fueron los celos los que hicieron pensar a Shannon que había alguna relación entre la viuda y Kinner?

—Si no va a comerse el venado, Shannon, démelo—, dijo Liam desde su derecha—. Hace meses que ninguno de nosotros ha tenido la suerte de cazar un ciervo.

—¡Y la única vez que ocurrió, fue un Alexander quien lo hizo!— gritó Dougal con orgullo. Los aplausos siguieron a su declaración, y Dougal Alexander el Joven, hermano de Jean y cazador del ciervo, se levantó y aceptó sus elogios con una exagerada reverencia.

Shannon bajó la vista hacia su plato. El festín de los McBride consistía en venado ahumado, patatas, tortas de avena y mantequilla. Sólo el pequeño trozo de mantequilla se había ganado los vítores de los comensales cuando se lo sirvieron con orgullo.

Si esta sencilla comida se consideraba un festín, ¿qué había estado comiendo esta gente de un día para otro?

Levantó la porción de carne de venado que no había comido y la puso en el plato de Liam.

—No tengo tanta hambre.

—Muchas gracias—. Liam hurgó en la carne con gusto.

Lachlan se levantó de su asiento, eructó y se tambaleó hacia la puerta del gran salón, ajustándose la ropa mientras avanzaba. Momentos después, Kinner se levantó en silencio y le siguió.

Shannon le observó marcharse, preguntándose cómo abordaría a Lachlan el tema de su embriaguez y su naturaleza lujuriosa. Aquél era un hombre que no se alejaba de los problemas; los resolvía. Su clan lo era todo para él y, como jefe, se ocupaba personalmente de su bienestar. ¿Cómo podía pensar que no era de fiar y que rompía las reglas?

Quizá era poco ortodoxo en sus métodos, pero eso le parecía más un rasgo escocés que personal. A Kinner McBride le había tocado una situación difícil por azares del destino, y estaba haciendo todo lo posible por manejarla.

No podía negar que, desde que había llegado a Escocia, habían desaparecido todas las pruebas de su locura. Aunque su objetivo inicial había sido hablar con sus parientes sobre la enfermedad «familiar», ahora se daba cuenta de que cada persona del gran salón creía en la maldición hasta lo más profundo de su ser.

Había querido casarse con un hombre que se preocupara por ella y no por su dinero. A pesar de las evidencias a su alrededor que sugerían que su dote era necesaria, ella sabía que la intención de Kinner era cumplir los requisitos de la maldición y devolver la salud a la tierra para que su pueblo pudiera continuar viviendo como siempre lo había hecho. Su dinero no significaba nada para él.

Ella no podía reprocharle su objetivo, incluso podía admirarle por ello. Kinner no era tonto, como tampoco lo eran los miembros de su clan. Eran personas que arrancaban con orgullo su sustento a la tierra todos los días de su vida, que disfrutaban de la batalla con la naturaleza para ganarse su lugar en el mundo.

Nada salvo una maldición les impediría hacerlo.



Kinner comprobó el retrete, que era donde esperaba que fuera un hombre en las condiciones de Lachlan. Pero la diminuta cámara estaba vacía.

El sonido de pies que corrían llegó hasta él cuando subió las escaleras del segundo piso. Todo el castillo estaba en el gran salón, excepto Lachlan.

Y Fay. Y Jean.

Subió los escalones de dos en dos y tocó tierra justo cuando Jean llegaba corriendo por la esquina. Ella lanzó una mirada de pánico hacia atrás por encima del hombro y ni siquiera lo vio hasta que él se interpuso en su camino y la agarró.

Ella gritó, luego vio de quién se trataba y se derritió en sus brazos.

—Kinner, menos mal.

Un grito sacó a Shannon de la conversación con Liam. Maire dejó caer el tenedor y se agarró el vientre.

—¡Maire!— Shannon se levantó de la mesa y corrió hacia el otro lado, Liam justo detrás de ella. Fenella se deslizó por el banco para rodear a su hija con el brazo, murmurando en gaélico.

—La nena—, sollozó Maire, agarrándose el vientre. Su rostro se retorció de dolor y pánico—. ¡Es demasiado pronto!

—Vamos a llevarte a la cama—, dijo Fenella.

—Llamad a Morag—, gritó Liam a quien quisiera escuchar.

—Yo lo haré—. Dougal, el hermano de Jean, se levantó de la mesa y salió corriendo del vestíbulo.

—No quiero arruinar el festín—, resopló Maire. Extendió la mano y agarró la muñeca de Shannon—. Quédese conmigo. Es la única forma de vencer la maldición.

—Me quedaré contigo—. Shannon entrelazó sus dedos con los de Maire. Nunca en su vida había asistido al nacimiento de un bebé; en Londres las mujeres se retiraban a su finca en los meses anteriores al parto para pasar la prueba con tranquilidad y privacidad. A Maire no se le había permitido ese lujo, teniendo que trabajar duro cada día sólo para sobrevivir. No era justo. Nada en la vida de esta gente era justo.

Maire apretó los dedos alrededor de la mano de Shannon justo en ese momento, cuando otro dolor sacudió su pequeño cuerpo.

—Retrocede, Shannon—, dijo Liam, su tono seco—. Debemos levantarla.

Maire gritó en señal de negación cuando Shannon rompió la conexión de sus manos.

—Está bien, Maire, estoy aquí—, le volvió a asegurar Shannon—. Sólo tenemos que subirte.

—No me deje.

—No lo haré.

Fenella se levantó de la mesa y se acercó a Shannon. La mujer parecía tranquila, pero Shannon podía ver la preocupación en sus ojos, el temblor en sus manos. Extendió la mano y tocó el brazo de Fenella. La madre de Kinner le lanzó una rápida mirada de sorpresa, luego le dedicó una apretada sonrisa y le dio unas palmaditas en la mano.

Liam ayudó a Maire a apartarse de la mesa, levantándola prácticamente del banco. Una vez despejada, Liam cogió a su menuda esposa en brazos.

—Su vestido está mojado—, le dijo a Fenella.

—Shannon—. Maire extendió una mano, con el terror y el dolor retorciendo sus facciones.

Shannon se acercó y apretó la mano de Maire.

—Estoy aquí, Maire. No la abandonaré.

—Debemos llevarla a la cama—, declaró Fenella. Se dirigió hacia la puerta, Liam la seguía con su precaria carga.

Shannon trotó para seguir las largas zancadas de Liam, con la mano aún aferrada a la de Maire, el miedo retorciéndole las tripas en nudos.

¿Dónde estaba Kinner?



Kinner soltó suavemente a Jean de su abrazo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—Lachlan—. Ella escupió el nombre—. El tonto borracho me agarró cuando salía de la habitación. Acababa de acostar a Fay.

—El muy cabrón—. Una rabia helada le invadió—. No es bastante malo que humille a mi madre con sus mujerzuelas. ¿Ahora pretende abusar de los miembros de mi casa?

—Le di un rodillazo por las molestias y le dejé allí en el suelo—. Señaló el vestíbulo de donde había venido—. Fay está encerrada en su habitación y a salvo, así que he venido a buscar ayuda.

—Me has encontrado—. Él alisó sus manos por los brazos de ella, un hábito que le quedaba de su pasado juntos. Conmovido por el recuerdo, dejó caer sus manos. Estaba a punto de casarse con otra mujer; no había futuro para él y Jean, fuera lo que fuera lo que una vez habían compartido.

—Eres todo lo que cualquier mujer necesitaría—, dijo Jean, y él tardó un momento en darse cuenta de que se refería a su papel de protector. No de amante. Ya no.

—Haré que algunos de los hombres lo lleven a su habitación—. Envío una mirada negra al pasillo—. Después de que yo mismo tenga unas palabras con él.

Se rio entre dientes.

—Conoces la forma de hacer que una mujer se sienta segura.

Sus labios se torcieron en una sonrisa.

—Es algo bueno.

—Ciertamente lo es—. Ella le sonrió, sus ojos oscuros eran cálidos. Pasó un latido. Dos. Entonces ella arrastró sus dedos a lo largo de su brazo.

Él se quedó helado. Dios del cielo, ¿estaba ella lanzando señuelos hacia él? Suavemente, él apartó la mano de ella.

—Jean, voy a casarme con otra.

—Y bien que lo sé—. Su labio se curvó—. La pelirroja Sassenach.

—Es tu prima, Jean.

—Puede que compartamos sangre, pero ella no es familia mía. Nos mira como si fuéramos exhibiciones en un zoo.

—Ha sido criada en Inglaterra por un padre que odia a los escoceses. No conoce nuestras costumbres.

Jean se revolvió el pelo oscuro.

—Si no hubiera maldición, ¿la querrías a ella en vez de a mí?

—¿Por qué nos atormentas así?—, preguntó en voz baja—. Hay una maldición, así que no tiene sentido hacer esa pregunta.

—Tengo que saberlo—. Ella se acercó más a él, sus pechos le rozaron el torso—. Todavía llevas el anillo que te di.

—Lo llevo—. Tocó la banda con el pulgar, como era su costumbre.

—El anillo de mi marido.

—Un recuerdo de un amigo que ya no está.

—Es más que eso—. Sus ojos oscuros brillaron y le puso una mano en la mejilla—. Quería que siempre me recordaras.

Él le cogió la muñeca y bajó la mano de ella lejos de su cara.

—No puedo olvidarte, Jean. Vives en mi casa. Miro a Fay y veo al hijo que podría haber tenido contigo. Pero ambos sabemos que no hay futuro para nosotros.

—Debes casarte con la Novia. Lo comprendo—. Ella se lamió los labios—. ¿Pero serás feliz con ella?

—Estaré contento sabiendo que he cumplido con mi deber.

—El deber no puede mantener a un hombre caliente por la noche.

—No—. Respiró hondo, el aroma familiar de ella llenó sus sentidos, luego se apartó de ella—. Pero dormiré profundamente.

—¡Kinner!

La voz de su madre le hizo volverse mientras unos pasos subían las escaleras. Fenella se había levantado las faldas por encima de los tobillos para subir las escaleras más deprisa. Liam llevaba a Maire en brazos, subiendo de dos en dos las escaleras. Shannon se apresuró a seguirle el ritmo, con la mano entrelazada con la de Maire. Shannon se encontró con su mirada, miró a Jean y luego de nuevo a él.

Ella lo sabía. Se puso rígido, esperando acusaciones.

—Kinner, el bebé ya viene—, fue todo lo que ella dijo.

El pavor se apoderó de él.

—Es demasiado pronto.

—Lo sabemos bien—, espetó Liam—. Dougal ha ido a por Morag—. Llegó al rellano. La conexión de Shannon con Maire se rompió cuando él giró a la derecha, dejándola junto a Kinner y Jean. Las largas zancadas de Liam se comieron la distancia hasta la habitación que compartía con Maire.

Shannon miró a Kinner. Había dolor en sus ojos y confusión. Ni siquiera miró a Jean.

—Tengo que quedarme con ella—, dijo, y luego corrió tras Liam.

Kinner miró a Jean, que encontró su mirada con igual preocupación. Dios mío, ¿era la maldición? ¿Había provocado esto su momento de conversación íntima?

Kinner salió corriendo hacia la habitación de Maire, con Jean pisándole los talones. Se detuvo en el umbral de la puerta. Maire gemía de dolor y miedo. Su madre mientras luchaba por quitarle la ropa.



Shannon permanecía de pie junto a la cama, con la mano entrelazada con la de Maire.

Liam se paseaba cerca de la puerta, con el rostro sombrío.

—Puedo ayudar—, le dijo Jean a Liam. Rodeó a Kinner para entrar en la habitación—. Shannon puede sentarse con Fay y dejar el parto a las mujeres más experimentadas.

Liam le lanzó una mirada dura.

—Quiere a Shannon. Cuida tú misma de tu hija, Jean.

Jean se estremeció y dio un paso atrás. Kinner la cogió del brazo y tiró de ella hacia el

pasillo.

—Baja al gran salón, Jean, y que tu padre se ocupe de Lachlan.

—Pero yo puedo ayudar.

—Sólo haz lo que te digo—, dijo Kinner.

Ella asintió a regañadientes.

—Lláname si me necesitas.

—Lo haré.

Jean se apartó y marchó por el pasillo, con la espalda rígida por el orgullo. Kinner suspiró y entró en la alcoba. Su madre había conseguido desnudar a Maire hasta dejarla en ropa interior y la había cubierto con una sábana. El sudor perlaba el rostro de su hermana. Shannon había acercado un taburete a la cama y sostenía la mano de Maire entre las suyas. Se inclinó cerca de Maire, los murmullos suaves e ininteligibles de su voz llegaron hasta los hombros de la puerta.

—¿Has cambiado de opinión sobre la boda con Shannon, ¿verdad, Kinner?— La voz de Liam era tan baja que sólo Kinner estaba lo bastante cerca para oírla—. Porque me parece que no necesitamos que la maldición aumente nuestra miseria en este momento.

—Por supuesto que tengo intención de casarme con ella—, dijo Kinner—. Tan pronto como pueda convencerla de que acepte.

—No sabía si tus planes habían cambiado.

—No ha cambiado nada.

—Estabas con Jean.

Kinner se puso rígido.

—Estábamos hablando. Lachlan la había seguido hasta la habitación de Fay.

—Ah—. Un poco de la tensión se drenó de los hombros de Liam.

—Conozco mi deber.

—Entonces hazlo—. Liam volvió hacia él unos ojos atormentados— Sea como sea que necesites convencerla, hazlo, Kinner. Pronto.



Morag llegó horas después de que hubiera comenzado el parto. Los hombres habían sido conducidos fuera de la habitación pero rondaban justo fuera del umbral de la puerta, con los rostros delineados por el miedo mientras miraban periódicamente hacia el interior. Fenella había atado un hilo azul alrededor del dedo de Maire para evitar la fiebre del parto, y la cuna del rincón tenía clavos de hierro para evitar que el mal infectara al nuevo niño.

Shannon estaba completamente concentrada en Maire, con la voz cada vez más ronca de

tanto susurrarle ánimos. Tenía los dedos entumecidos por el agarre de pánico de Maire. Le dolía la espalda de permanecer inclinada sobre la cama. Utilizó un trozo de tela para secar el sudor de la frente húmeda de Maire.

—No quiero que el bebé muera—. Maire volvió su mirada aterrorizada hacia Shannon—. No quiero que mi bebé nazca con dos cabezas como los corderos. Prométemelo.

Sorprendida, Shannon intentó pensar en una respuesta.

—Estoy segura de que tu bebé estará bien formado.

—Morag se encargará de ello—, murmuró Fenella—. No tengas miedo, hija.

Maire quedó atrapada en otra contracción. Fenella alisó el pelo de su hija, cogiéndole la mano y susurrándole ánimos. Flora y Rachel se movían por la habitación, calentando agua y recogiendo las provisiones que podían.

De repente, los hombres de fuera empezaron a murmurar. La multitud se separó. Todos en la sala hicieron una pausa en sus tareas.

Una mujer se deslizó en la sala, una anciana arpía vestida con una capa del azul más intenso, su largo cabello plateado caía sobre sus hombros como un relámpago líquido.

Shannon miró horrorizada a la mujer. Ésta era la anciana de sus sueños, la que había lanzado la maldición. Se puso en pie mientras Morag se acercaba a la cama, y luego se interpuso entre la bruja y Maire.

Morag la miró, un ojo tan azul como el de cualquier McBride, el otro nublado por la ceguera.

—Bien—, dijo. Su voz sonaba extrañamente juvenil y melodiosa para una mujer que parecía estar en el invierno de su vida—. Usted la protegería.

—Lo haría—. Shannon se mantuvo firme, aunque el miedo amenazaba con convertir sus rodillas en arena.

—Soy una sanadora, niña—. Morag ladeó la cabeza—. Ella me necesita.

Fenella se acercó y apartó a Shannon del camino.

—Déjala venir. Es experta en las viejas costumbres. Quizá pueda ayudar.

Shannon se dejó mover, pero sólo lo suficiente para que Morag se acercara a la cama. No se fiaba de aquella mujer, no sólo por su sueño sino también por la extraña aura de poder que irradiaba de la vieja. Maire estaba bastante aterrorizada. Pero las otras mujeres de la habitación se mantenían con expresiones esperanzadas, lo que la hizo estar dispuesta a permanecer en silencio y observar.

—Aquí no necesitamos hombres—. Sin apartar los ojos de Maire, Morag levantó la mano, y una repentina ráfaga de viento entró por una ventana e hizo que la puerta de la alcoba se cerrara justo en las narices de los curiosos varones—. Tú, niña—. La bruja fijó su ojo bueno en Shannon—. Tú, Novia. Me ayudarás a contrarrestar la maldición.

Shannon asintió, más que un poco desconcertada.

—Como desees.

—Toma la capa—. Morag se encogió de hombros. Shannon alargó la mano justo a tiempo para coger la prenda mientras caía al suelo, dejando a Morag vestida con una sencilla túnica de un blanco crudo. Había símbolos bordados en las mangas y el dobladillo, y un cinturón con muchas bolsas rodeaba su cintura.

Shannon depositó la capa de la bruja sobre una silla y luego se acercó para colocarse a su lado.

Morag sacó una daga. Alarmada, Shannon miró a Fenella, pero ésta la observó con expresión tranquila. La bruja murmuró unas palabras sobre la hoja y luego se la entregó a Maire.

—Para cortar el dolor.

Maire agarró el mango de la hoja con los dedos apretados, con el brazo estirado a su lado. Un dolor se apoderó de ella y gritó, sentándose a medias en la cama para combatirlo. Morag puso su mano sobre la de Maire en la empuñadura de la daga, y de pronto la expectante madre se relajó como si el dolor se hubiera desvanecido de repente.

—Bendita seas, Morag—, dijo Maire, jadeando.

—El niño nacerá esta noche—, respondió Morag. Le dedicó a Maire una rápida sonrisa que transformó su rostro—. Y no tendrá dos cabezas.

Maire soltó una carcajada agotada, y Shannon sólo pudo mirar, preguntándose cómo la bruja había sabido de una conversación que había tenido lugar antes de su llegada.

—Lo sé todo—, dijo Morag, respondiendo a la pregunta que Shannon no había formulado—. Ahora traigamos al siguiente hijo de Frederick.

El hijo de Maire nació a altas horas de la madrugada. En lugar de lamentar su presencia, lloriqueó. No mamaba del pecho de su madre. Su piel adquiría a veces un tinte azulado. Pero no tenía ninguna malformación y, por ahora, vivía.

Shannon se quedó de pie junto a la cuna, maravillada ante el diminuto humano allí envuelto. Era tan pequeño, tan perfectamente formado. No había visto muchos bebés en su vida. En Londres solían ser llevados a la guardería y cuidados por una nodriza. Aquí, Maire había intentado amamantar a su hijo ella misma y había llorado cuando no se alimentaba.

Morag se colocó a su lado.

—Conoceré su destino al amanecer—, dijo—. Y usted conocerá el suyo. Su corazón estará limpio—. Miró a Fenella antes de que Shannon pudiera responder—. ¿Tiene una cama para mí?

—Por supuesto—, dijo Fenella—. Y comida.

—Mi agradecimiento—. Morag se recogió la capa y cruzó la puerta sin esperar escolta.

Fenella miró a Flora, que estaba medio adormilada junto a la cama de Maire.

—Llámame si ocurre algo. Haré que algunas de las otras vengan a quedarse con ella para que todas podamos dormir un poco—. Miró a Shannon—. Busque su cama, querida. Esto aún no ha terminado.

Capítulo 17

Shannon durmió hasta bien entrada la tarde. Cuando despertó, encontró una sencilla falda oscura y una blusa blanca esperándola, junto con un chal de tejido brillante, y decidió que había algo que decir de la ropa que uno mismo podía abrocharse. El recuerdo de la terrible experiencia de Maire la noche anterior -esa misma madrugada- permanecía con ella como una cicatriz en su corazón. Vestida, se cepilló el pelo mientras permanecía de pie junto a la ventana. Fuera, el sol brillaba en un cielo azul, centelleando en el lago, y una suave brisa le acariciaba la cara.

Su vida en Londres parecía muy lejana, como un sueño que había tenido una vez. Vestida como una de las mujeres del clan, se sentía como si siempre hubiera vivido aquí, a la sombra de las montañas, a orillas del lago.

¿Cómo era posible que después de sólo dos días, este castillo y sus gentes le parecieran su hogar?

Atándose el pelo con una sencilla cinta, bajó al gran salón para buscar algo de comer.

Todo el castillo funcionaba bajo un estado de penumbra. Todos hablaban en voz baja, el júbilo de la noche anterior olvidado ante la inminente tragedia. Fenella estaba sentada junto al hogar, sus dedos pulsaban ociosamente las cuerdas de una pequeña arpa. Shannon detuvo a un criado que pasaba y le pidió un poco de comida, luego se sentó en una silla junto a Fenella.

—Buenos días, Shannon—, dijo Fenella. Intentó sonreír.

—Pensé que estaría con Maire—, dijo Shannon—. Iba a ir a verla después de comer.

—Liam está con ella ahora—. Tocó una cuerda, frunció el ceño, la ajustó ligeramente—. El bebé no está mejor. Temo por la vida de mi nieto—. Empezó a entonar una melodía, cuya tristeza retorció el corazón de Shannon.

—Ojalá pudiera hacer algo—, dijo—. Me siento tan inútil.

—Todos lo hacemos—. Fenella se encogió de hombros—. Ahora está en manos de Dios.

—¿Y de Morag?

Fenella sonrió, sus ojos soñadores se perdían en la música.

—Gracias a Dios por Morag. Su gente ha estado aquí desde que se tiene memoria.

—¿Es bruja?

—Nadie lo sabe con certeza. Pero nos ayuda en nuestros momentos de necesidad y es una excelente sanadora—. Sus dedos tropezaron con las cuerdas del arpa—. Espero que ella pueda ayudarnos ahora.

Un sirviente trajo a Shannon algo de pan y un poco de la mantequilla de la noche

anterior, y un vaso de agua. Ella se zampó la sencilla comida, hambrienta después de haber dormido casi todo el día. Fenella había recuperado la digitación y tocaba una melodía relajante que volvió a recordar a Shannon la navegación por un lago.

—Toca muy bien—, dijo Shannon—. Creía que Jean era la arpista.

—¿Y quién supone que le enseñó?— La diversión coloreó su voz—. Yo también puedo enseñarla a usted, si quiere.

—Eso sería estupendo.

—Con todo lo que ha pasado desde su llegada—, dijo Fenella—, olvidé preguntarle cuándo será su boda.

Shannon se atragantó con un trozo de pan y rápidamente cogió su agua.

—¡Dios mío, querida, ten cuidado! Como le decía, lo mejor sería que se casara pronto. Como puede ver, la maldición se ha llevado casi todo lo que tenemos, y quizás ayudaría también al bebé de Maire.

Shannon era normalmente una persona sincera. En cualquier otra circunstancia, habría puesto a Fenella al corriente de su indecisa relación con Kinner. Pero, ¿cómo iba a decepcionar a la mujer en un momento en que la vida de un bebé pendía de un hilo?

—¿Cuánto tiempo se tarda en organizar una boda?—, preguntó ella, evitando la pregunta—. Creía que en Escocia sólo se trata de recitar los votos ante testigos. ¿No es por eso por lo que las parejas huyen a Gretna Green?

—La mayoría de las veces, sí. Pero la maldición exige que el matrimonio sea bendecido por un sacerdote. Imagino que Kinner llamará al Padre Ross para que supervise la ceremonia. Si le mandamos llamar la noche antes de la boda, estaría aquí por la mañana.

Mientras Shannon intentaba decidir cómo responder a esto, Liam entró dando tumbos en el gran salón, ojeroso y agotado. Consiguió llegar a un banco y sentarse, con los ojos desolados.

Fenella y Shannon se apresuraron a acercarse a él.

—Liam—. Shannon llegó primero hasta él, sentándose a su lado y tocándole el hombro—. ¿Qué ha pasado?

—El bebé está empeorando.

La absoluta desesperación en su voz provocó gritos de alarma en las dos mujeres.

—Morag dijo que sabría más después de hoy—, dijo Fenella, acariciándole el pelo.

—Sí, sabremos más. Ya sea para planear el bautizo o el funeral.

Fenella le cogió la cara entre las manos y le miró a los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Escúchame, Liam Frederick. Ese niño aún no se ha ido, ¡así que no vayas a enterrarlo!

—Ahora es sólo cuestión de tiempo—. Su ronco susurro sonó con desesperanza, y él se inclinó para enterrar su cara en su estómago, envolviéndose con sus brazos como un niño que necesita a su madre.

—Ya está—, canturreó Fenella y volvió a acariciarle el pelo.

El corazón de Shannon se rompió por él.

—Oh, Liam. Ojalá pudiera hacer algo.

Se separó de Fenella y la miró. Sus ojos ardían como carbones ardientes en un rostro que más parecía un esqueleto que un hombre.

—Lo hay. Cásese con Kinner.

Ella no tuvo respuesta. ¿Qué podía decir ella que le hiciera sentirse mejor?

—¿A qué espera?— Su voz la azotó como un látigo—. Si se hubiera casado ya con él, quizá no estaríamos aquí esperando preguntándonos si mi hijo va a morir.

—Liam—, reprendió Fenella—. Acaba de llegar.

—Pregúntale a ella—, espetó. —Pregúntale si tiene *intención* de casarse.

—Estábamos hablando de la boda—. Fenella le envió una mirada desconcertada—. Shannon, dígaselo.

Shannon se encontró con los ojos de Fenella, vio la creciente preocupación que había en ellos.

—No es tan sencillo.

—¿Shannon?— La incredulidad recorrió el rostro de Fenella—. ¿Qué me está diciendo?

—Qué es lo que ella *no* te está diciendo. Ella nunca aceptó la propuesta de Kinner. Le ha estado dando largas desde que se conocieron—. Se puso de pie, la miró con disgusto—. Esperábamos que ver la pobreza le hiciera cambiar de opinión. Hacerla ver lo urgente que es que haga esto. Pero no ha cambiado, ¿verdad? Sigue siendo la debutante rica y mimada.

Ella se estremeció.

—No es eso en absoluto.

—Solo se preocupa por sí misma—. Su voz resonó en las paredes de piedra del gran salón. La gente que pasaba cerca aminoró la marcha, se detuvo—. Ha aceptado nuestra hospitalidad, ha dejado que mi esposa pensara que la ayudaría contra la maldición. Pero todo ese tiempo, no ha tenido el valor de decirle a alguien la verdad.

—Liam—. Kinner entró en el vestíbulo—. Ella no es responsable de lo ocurrido.

—¿Cómo puedes decir eso?— Liam se revolvió contra él—. Fuiste a Inglaterra e intentaste cortejarla a la manera inglesa para complacerla. Eso no fue suficiente. Incluso cuando accedió a venir aquí, fue sólo para obtener respuestas sobre sus propios problemas, no para ayudarnos con los nuestros—. Señaló a Shannon—. E incluso después de todo lo que ha pasado, ¡todavía no ha accedido a casarse contigo!

Kinner levantó una mano.

—Eso es entre Shannon y yo.

—No, Kinner, no lo es—, declaró Liam—. A *todos* nos afecta la maldición. Si va a continuar durante otros veinte años, tenemos derecho a saberlo.

Shannon miró el dolor y el desconcierto en el rostro de Fenella y sintió que la llenaba la

vergüenza. Había actuado de forma egoísta. Estas mismas personas que habían sido tan acogedoras, tan amables, ahora la miraban con dolor y recelo. No tenía nada a lo que volver en Inglaterra. ¿Por qué seguía dudando? Este lugar podía ser su futuro.

Liam volvió su furia contra ella.

—Si mi hijo muere, será sobre su cabeza, Shannon Hersley—. Se hundió en el banco como si sus piernas ya no pudieran sostenerle y se pasó las manos cansadas por la cara.

—Esto no puede ser—, dijo Fenella.

—Debe casarse con él—. Vivian entró desde el vestíbulo. Su expresión de horror golpeó a Shannon como un mazazo—. No podemos dejar que repita el error de su madre.

—¿Cómo ha podido hacer esto?— La voz de Fenella se quebró. Una lágrima resbaló por su mejilla desde unos ojos furiosos y traicionados—. ¿Cómo puede condenarnos de nuevo a este horror?

Atrapada. Dondequiera que mirara había más rostros, enfadados y asustados, desde la expresión desconsolada de Fenella hasta la engreída de Jean.

La humillación la bañaba como un ácido burbujeante.

Kinner vio la expresión de su cara, los ojos muy abiertos y el labio inferior tembloroso. No, ella no lloraría, su Shannon era fuerte. Mantendría la cabeza alta y afrontaría las acusaciones con dignidad. O con disculpas. Pero no se doblegaría ante la desaprobación. No lloraría. Era una mujer que se mantenía firme y aceptaba las consecuencias de sus actos.

Su corazón se hinchó de orgullo.

—Todos estamos preocupados—, dijo. Se acercó a Shannon y se detuvo ante ella, cogiéndole la mano. Ella parpadeó sorprendida y él casi sonrió antes de volverse de nuevo hacia su familia, con la mano de ella firmemente unida a la suya—. Todos rezamos por el hijo de Liam y Maire.

—¿Cuándo ibas a decírnoslo?—, preguntó su madre. Sus mejillas húmedas le aguijonearon el corazón—. Cuando llegaste a casa con ella... Todos creímos que se acabaría.

—No deberíamos tener que sufrir por los caprichos de una chica—, roncó Liam—. Ha deshonrado su nombre como su madre antes que ella.

—Yo seré quien decida eso. Soy el cacique de los Duncan—. Donald se adelantó, con la mandíbula apretada—. Es joven y una extraña a nuestras costumbres. Está sufriendo, Liam Frederick, y está culpando a mi nieta por ello.

—Ella podría haber evitado esto. ¡Maldita sea!

—¿Sabe que es la maldición la que ha causado esto?— Desafió Donald—. Muchas son las mujeres que han dado a luz antes de tiempo.

—Maldito viejo—. Liam se abalanzó hacia Donald.

Kinner soltó la mano de Shannon y se puso delante de Liam.

—No lo hagas—, dijo en voz baja.

Liam bajó lentamente el puño levantado, pero su mirada no cambió.

—Hermano—. Kinner puso una mano sobre el hombro de Liam—. Nada de esto ayudará a tu hijo.

Liam aspiró un suspiro.

—No pretendía faltarle al respeto.

—Sé que no querías—. Kinner miró a su alrededor de cara en cara, su rostro era implacable—. Shannon es libre de tomar su decisión sobre el matrimonio sin ser amenazada o presionada de ninguna manera.

—Pero la maldición...— dijo Liam.

Kinner se encontró con su mirada, y su corazón se rompió por su buen amigo. No culpaba a Liam de la rabia y la frustración que debían estar destrozándole. Su hijo podía estar muriendo. Ningún hombre merecía eso.

Si él fuera Liam, también estaría destrozando al primer blanco con sus propias manos.

—Si culpas a Shannon, también podrías culparme a mí. Déjame que todos la tratarais como a una hija perdida, sabiendo que no me había hecho ninguna promesa—. Extendió la mano y Shannon acudió a cogerla.

Miró a todos a su alrededor.

—Lo siento—, dijo suavemente—. Nunca quise hacer daño a nadie.

—Ven. Ninguno de nosotros está en su mejor momento ahora—. Se dio la vuelta y la condujo fuera del vestíbulo.

Dios mío, había sido tan egoísta.

Shannon siguió ciegamente a Kinner escaleras arriba hacia su habitación. Aquellas personas habían compartido todo lo que tenían con ella, esperando que les ayudara a vencer el mal que asolaba sus vidas. No lo habían ocultado. Y ella había aceptado alegremente su amabilidad, sin plantearse realmente la única cosa que le pedían.

¿Se trataba de un caso en el que la hija salía a la madre? Maldición aparte, Josephine había huido irreflexivamente con el padre de Shannon, dejando a su prometido en el altar. Su egocentrismo había tenido consecuencias de largo alcance. Tal vez el tío de Kinner se había abatido ante la traición de su novia y había dejado morir sus tierras. ¿O existía realmente una maldición? Fuera como fuese, la fortuna de ambos clanes había dado un vuelco con el acto de abandono de su madre, hasta el punto de que estas gentes creían que sólo la unión entre Shannon y Kinner podría devolverles la prosperidad.

Shannon se había comido su comida, había tomado prestada su ropa, ninguna de las cuales podían permitirse. Le habían dado todo desinteresadamente, creyendo que era una de ellos, una mujer de honor que corregiría un viejo error. Ella había tomado, pero sin pensar en devolver. Y ahora que lo sabían, ahora que alguien había puesto palabras a sus acciones, se avergonzaba de sí misma.

Había juzgado mal a Kinner, tomando su determinación de hacer cualquier cosa por su

pueblo como irresponsable y temeraria. Incivilizado. Bárbaro. En su lugar, descubrió a un hombre con más carácter y lealtad que cualquiera de los que había conocido en Londres. Le había preocupado que su marido no se ocupara de ella como era debido en caso de que se volviera loca. Eso nunca ocurriría con Kinner McBride. Había aprendido su verdadera naturaleza observándole con su gente. Era un hombre que escalaría montañas por aquellos a los que amaba.

Ya no había nada para ella en Inglaterra. Pero tal vez había descubierto aquí un lugar para sí misma que nunca había esperado encontrar.

—¿Está bien?—, le preguntó, guiándola por el pasillo hacia su habitación.

—Sí—. Ella dejó escapar un largo y lento suspiro—. No ha sido agradable.

—Todo el mundo está preocupado por el niño.

—Lo sé—. Se detuvo justo delante de la puerta de su habitación—. ¿Cree que la maldición puede ser la responsable?

—Después de veinte años, tendemos a culpar a la maldición de todo—. Le abrió la puerta—. Tal vez sea mejor que se quede aquí hasta la cena—, dijo—. Dejemos que se calmen los ánimos.

—Gracias—. Ella entró, sintiéndose como si caminara hacia la horca. Empezó a cerrar la puerta y ella giró para mirarle—. Kinner, espere.

Hizo una pausa.

—¿Necesita algo?

—¿Podemos hablar?

Él la estudió un momento.

—Sí—. Luego entró en la habitación.

—Cierre la puerta, por favor.

Enarcando una ceja, él obedeció y luego se quedó de pie con los brazos cruzados, observándola.

—¿Está enfadado conmigo?

—No, estoy enfadado conmigo mismo. Ya debería haber encontrado la forma de hacer que se casara conmigo.

—Kinner, no puede controlar mis acciones—. Ella sacudió la cabeza, divertida ante su arrogancia innata de guerrero—. Debería enfadarse conmigo. Le he tratado a usted y a su pueblo de forma abominable.

—Yo no diría eso.

—Pues lo he hecho. Y lo siento.

Asintió.

—Disculpa aceptada.

Ella retorció los dedos, no queriendo que se fuera todavía.

—Ha sido muy amable al decirle a Liam que podía tomarme mi tiempo para considerar su propuesta.

—Debería haberla persuadido para que dijera los votos—. Le envió una mirada acalorada—. Ya podríamos estar disfrutando de nuestro lecho nupcial.

Todo lo femenino en ella respondió a esa mirada.

—¿Le gusto?—, preguntó ella, intentando reafirmar su objetivo.

—Me gusta.

—Pero no me conoce del todo bien.

Él le dedicó una media sonrisa.

—La conozco lo suficiente.

—¿Lo suficientemente bien para qué? Usted y yo hemos admitido que existe una fuerte atracción entre nosotros. Pero eso es físico y puede no ser suficiente para sostener un matrimonio.

—Yo creo que sí. Hay un vínculo que se forma entre un hombre y una mujer cuando comparten la cama y la vida juntos.

Sus mejillas se calentaron.

—Tengo que aceptar su palabra al respecto. Nunca he estado con un hombre.

Sus ojos brillaron embelesados.

—Soy muy consciente de ello.

—Pero usted es un hombre. Ha estado con mujeres—. Ella cruzó los brazos ahora, imitando inconscientemente su posición y ocultando sus tensos pezones en el proceso—. Me dijo que yo no habría sido su elección.

Él se encogió de hombros, la cautela se adueñó de su expresión.

—No más de lo que yo fui la suya.

—Pero usted *sabía* de mí, mientras que yo no sabía nada de la maldición ni de la marca ni de nada de eso. Nunca había oído hablar de usted. Había planeado casarme con lord Kentwood.

Él curvó el labio.

—Lo sé.

—Quería a Jean, ¿verdad?—. Ella clavó su mirada en la de él, captó el destello de culpabilidad antes de que su expresión estoica tomara el control—. Por favor, Kinner, dígame la verdad.

Él dejó escapar un largo suspiro.

—Sí. Si no hubiera sido por la maldición, me habría casado con Jean.

—¿Fueron amantes?

Un leve rubor barrió sus mejillas.

—¿Debemos hablar de esto?

—Sí, debemos. Necesito saberlo, Kinner. Por favor, deme esa cortesía.

—Sí, fuimos amantes.

—¿Es Fay su hija?

—¡No!— Dejó caer los brazos a los lados, claramente sobresaltado por la pregunta—. Fay es la hija de Bruce. Jean era viuda cuando tuvimos nuestra aventura.

Shannon dejó escapar un suspiro aliviada.

—Me lo preguntaba.

—¿Cómo ha sabido lo de Jean? ¿Los sirvientes han estado cotilleando?

—No—. Ella le dedicó una sonrisa triste—. Lo supe en cuanto los vi cantar juntos.

—¿De qué está hablando?— Apoyó las manos en las caderas, con las cejas fruncidas en señal de perplejidad—. Hemos cantado juntos durante años. No fue diferente a ninguna otra vez.

—Y los vi juntos en el pasillo cuando venía el bebé de Maire. Cualquiera podría decir que alguna vez habían significado algo el uno para el otro.

—Jean necesitaba mi ayuda.

—Estoy segura de que sí—. Se acercó a él y le puso una mano en el brazo—. Si hay algo que he llegado a saber de usted, Kinner McBride, es que es un hombre honorable. Si me considera su prometida, no se entretendrá con otra mujer.

—La verdad de Dios—, estuvo de acuerdo—. Pero ella vive aquí, en mi casa, así que soy su jefe. Ella puede acudir a mí con sus problemas.

—Lo comprendo. Puede que su aventura haya terminado, pero esa conexión nunca desapareció de verdad.

—Tal vez.

Ella casi se rio de su tono escéptico. El pasado estaba hecho para este hombre y era mejor olvidarlo. Atesoraría sus recuerdos con Jean, pero seguiría adelante con su vida. No parecía querer recuperar a Jean ni mantenerla como su amante cuando se casara con Shannon. Y eso era lo más importante que ella necesitaba saber.

—Por cierto, ¿por qué vive aquí? Al principio había pensado que era para mantenerla cerca de usted—. Le dedicó una sonrisa burlona—. Además, creía que había algún tipo de ley que impedía que los Duncan y los McBride vivieran bajo el mismo techo.

—En la mayoría de las circunstancias—. Un destello de diversión iluminó sus ojos—. Si bien es cierto que son Duncan, que Dios les ayude, Jean nació como una Alexander. Es prima de Liam, lo que la hace pariente mía.

—¿Es por eso por lo que vive aquí?

—No. Es porque Fay tiene la marca.

—Sí, la he visto.

—Dado lo que pasó con su madre y lo que aún podría pasar con usted, los clanes pensaron que era mejor que vigiláramos de cerca a la pequeña Fay.

—Ah, ya veo. Fay está aquí bajo su protección porque es la próxima Novia.

—Sí.

Ella desvió la mirada.

—Pensé que era por Jean.

—No. Como he dicho, la he elegido a usted. No la traicionaré con otra, Shannon.

—Me alegro—. Ella se dio la vuelta, complacida de que él lo hubiera verbalizado. La emoción le obstruyó la garganta.

¿Cómo había podido juzgarle mal? Él nunca le había mentado sobre sus razones para querer casarse con ella. Ella había estado tan atrapada en sus propias preocupaciones, en el hecho de que él fuera tan diferente de los hombres que conocía, que le había llevado mucho tiempo darse cuenta de su integridad y de su fuerte sentido del honor.

Él estaba tan atrapado como ella. Se habría casado con otra de no ser por la maldición.

—Me casaré con usted.

—¿Qué?— La giró para que le mirara—. ¿Qué ha dicho?

Ella le miró directamente a los ojos, aquellos hermosos ojos azules que nunca dejaban de hacer que su corazón se derritiera.

—He dicho que me casaré con usted, Kinner. Seré su esposa.

—¿Entonces cree en la maldición?

Ella tomó aire.

—No lo sé. Ciertamente me han sucedido cosas que no puedo explicar. Pero su gente cree. Así que me casaré con usted, y si hay una maldición, esperemos que sea satisfecha. Si no la hay, tal vez mi dote lo compense.

—Shannon—. Su voz se enganchó en su nombre, y él ahuecó su mejilla—. Seré un buen marido para usted. Se lo juro.

Su seriedad le llegó al corazón.

—Lo sé—. Selló el juramento con un beso.

La dulzura de la caricia se calentó rápidamente, convirtiéndose en ardiente pasión de un latido a otro. Ella le rodeó el cuello con los brazos, por una vez sin luchar contra ese loco deseo que había entre ellos, saboreando el chorro de calor líquido cuando la mano de él se deslizó por su espalda y por su trasero, y luego volvió a subir.

Liberada de convencionalismos, aspiró este nuevo elixir, hambrienta de saborear lo que antes sólo había disfrutado en sueños.

—¿Qué me estás haciendo, muchacha?— murmuró él, ensartando besos por su cuello.

Una gran mano ahuecó su pecho. La cabeza le dio vueltas cuando el pulgar de él le rozó el pezón, y pensó que se desmayaría—. Nos casaremos mañana. Debo mandar llamar al cura.

—Sí—. Ella se apretó más a él, con la mente nublada por estas nuevas sensaciones que la recorrían en espiral—. Estoy ansiosa por nuestra noche de bodas.

—Dios mío—. Sus manos se retorcieron en la tela de la blusa de ella—. Uno de nosotros debe detener esto.

—¿Por qué?— Ella arqueó la espalda mientras él le lamía el cuello— Si vamos a casarnos, ¿cómo puede estar esto mal?

—Se supone que tú eres la voz de la razón.

—No tengo razón. Tu tacto la derrite.

Él gimió y tiró de la blusa desde la cintura de su falda.

—Debo verte o me volveré loco—. Tiró de la blusa hacia arriba y luego gimió de frustración al encontrarse con su turno.

—¿Paramos?— murmuró ella cuando él hizo una pausa.

—No quiero—, admitió—. Pero no quiero que tu primera vez sea un acto apresurado en el calor del deseo.

—Entonces no te precipites.

Dirigió sus ojos a los de ella. Se sintió malvada, como Eva en el Jardín del Edén ofreciendo aquella manzana.

—No hemos dicho nuestros votos.

—Dílos ahora—. Ella echó la mano hacia atrás y tiró de la cinta de su pelo, sacudiendo la cabeza para dejarlo fluir sobre sus hombros—. ¿O empiezo yo?

Tomó un mechón de pelo entre sus dedos, su rostro brillaba de asombro.

—Eres una mujer sorprendente.

—Muy bien, empezaré—. Ella le puso una mano en la mejilla—. Yo, Shannon Hersley, me entrego a ti como tu esposa. Viviré contigo y daré a luz a tus hijos, y estaré a tu lado para ayudarte y acompañarte siempre que me necesites. Prometo no compartirme con ningún otro hombre que no seas tú mientras ambos vivamos.

—Oh, muchacha—. Le quitó la mano de la cara y le besó la palma.

—Tu turno.

—¿De verdad quieres que lo haga? Pues muy bien. Yo, Kinner McBride, jefe de los McBride y señor de Sheldon, te tomo a ti, Shannon, como esposa. Juro ser un marido bueno y fiel, darte hijos, protegerte y cobijarte por el resto de tus días.

Ella rio, su cabeza cayendo hacia atrás de pura alegría. ¿Por qué había esperado tanto?

—Puedes besar a la novia.

Capítulo 18

No había mencionado el amor.

Kinner miró el rostro radiante de Shannon, su corazón se derritió ante su dulzura. Después de tanta resistencia a la idea del matrimonio, ella se entregaba tan completamente, que él se sintió humillado.

Él había esperado que ella hablara de amor, de su necesidad de él al menos. Pero no lo había hecho. No había entregado su corazón desde Jean y nunca había pensado que podría volver a amar de esa manera. Pero ahora se lo preguntaba.

Pero aquí estaba Shannon, tan preciosa en su inocencia. Algo que había estado alojado en su corazón durante mucho tiempo se soltó cuando ella se entregó a él. Haría que esto fuera especial para ella. No dejaría que se arrepintiera de su decisión.

La besó de nuevo, recogiendo su suave cabello entre las manos mientras le ahuecaba la cabeza, jugando con sus labios sobre los de ella en una suave burla de lo que estaba por venir. Ella intentó profundizar el beso, pero él se contuvo. Ella había tomado la decisión de casarse; en esto, él sería el líder.

La estrechó entre sus brazos, sus suaves curvas se plegaron contra su cuerpo más duro con una simetría perfecta. Macho y hembra, uniéndose como habían sido creados para hacerlo. La abrazó suavemente, acostumbrándose a su tacto, acostumbrándola a su tacto. A pesar de todas esas horas que habían pasado juntos a caballo, nunca se habían abrazado de verdad.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, sus dedos se enroscaron en su largo cabello. Ella había intentado marcar el ritmo, pero ahora se rendía en su lugar, relajándose en sus brazos. Era perfecto, porque él quería que ella saboreara cada paso de este viaje. Que no se perdiera nada.

—Déjame verte—, murmuró.

Ella se quedó quieta bajo sus manos mientras él le desabrochaba la blusa, desprendiéndola de ella para dejarle los hombros al descubierto con su camisón. Ya la había visto antes en ropa interior, pero aun así la visión hizo que su sangre palpitara con fuerza por sus venas. Sus aletas temblaron ligeramente mientras le desabrochaba la falda.

Sus ojos no se apartaron de su rostro, aunque el rubor subió por su pecho y cuello hasta sus mejillas. Su cuerpo le miraba, todo pechos redondos, caderas curvadas y cintura diminuta, agradeciendo sus atenciones, anhelando el placer para el que había sido hecho. Sin embargo, su rostro contenía tal inocencia, tal asombro cuando él tocó la suave piel de sus hombros, arrastró sus dedos sobre el lechoso oleaje de sus pechos. Observó cómo se endurecían los pezones a través del material casi transparente de su camisón, acarició uno con el pulgar y se regocijó ante su sorpresa

—¡Oh!

La cogió de la mano y la condujo a la cama. Incluso la forma en que ella caminaba le extasiaba, el vaivén femenino de sus caderas, el suave temblor de sus pechos, nalgas y muslos. Con una floritura, la hizo sentarse en el borde de la cama. Luego se arrodilló ante ella y le quitó los zapatos y las medias.

Un agudo siseo escapó de sus labios cuando él deslizó las manos por una pierna para desabrocharle la liga y deslizarle las medias. Cuando levantó la vista hacia su rostro, sus ojos se habían oscurecido de pasión, sus labios estaban ligeramente entreabiertos. Sin palabras, ella extendió la otra pierna para recibir el mismo tratamiento.

Su total confianza le desató. Desabrochó la liga, deslizó la media por su pierna. Besó la tierna carne junto a su rodilla.

Ella emitió un pequeño sonido, un maullido sobresaltado. Su pecho subía y bajaba con su respiración acelerada. Extendió una mano, le acarició el hombro.

—Tócame—, le suplicó.

En ese momento, él no deseaba otra cosa que tumbarla boca arriba, levantarle las piernas y sumergirse en ella. Volvió a subir la mano por la pierna de ella, más que tentado por la tierna carne.

Control. Quería que esto fuera perfecto para ella.

Se puso de pie, vio su propia ropa. Cuando se hubo despojado de nada más que sus calzones, la alcanzó, incapaz de resistirse a su calor ni un segundo más. Tiró de ella hasta ponerla en pie, la estrechó contra él y saboreó la sensación de nada más que una delgadísima capa de algodón entre ellos. Ella alargó la mano para tocarle, para pasar las manos con excitante curiosidad por el vello de su pecho, para raspar ligeramente con las uñas los duros músculos de su estómago.

Deslizó las manos por su espalda, ahuecándolas con firmeza sobre su trasero. La exuberante carne le hizo gemir, y cerró los ojos, luchando por mantener la disciplina. Era virgen. Cobrarle por ello lo arruinaría para ambos. Sus dedos se apretaron, recogiendo el material de su camisón.

—Puedo quitármelo—, susurró.

Totalmente agradecido, dio un paso atrás. Se pasó la prenda por la cabeza y luego la dejó caer al suelo, dejándola desnuda.

El repentino calor de sus ojos la aturdió. Por un instante pensó que podría haber hecho algo incorrecto, haber estado demasiado ansiosa. Pero entonces él miró cada centímetro de ella con aquellos preciosos ojos azules, los planos rígidos de su rostro le dijeron que le gustaba lo que veía. Más que gustarle. Tenía hambre de ello.

Sus instintos le dijeron que se cubriera las partes íntimas, pero ella enroscó los dedos en las palmas de las manos y se quedó quieta. Había llegado hasta aquí. Tenía la intención de comprometerse con este hombre en todos los sentidos, y la forma en que él la miraba -como si fuera a volverse loco si no la tenía- le hizo darse cuenta de que había tomado la decisión correcta.

Él nunca había dicho que la amaba. Pero por Dios, la deseaba.

Le rodeó la cintura con una mano, la acercó a él y la besó. Su boca instó a sus labios a separarse, y ella cedió gustosa. Sus besos le hacían girar la cabeza. Se aferró a sus hombros desnudos, asombrada por los tendones esculpidos bajo sus manos, con las entrañas derritiéndose de calor líquido.

—Tócame—, volvió a suplicar—. Tócame como lo hiciste antes—. Ella le cogió la mano, la guio entre sus muslos.

—¿Es esto lo que quieres, entonces?—, murmuró él, acariciándola. Un estremecimiento de excitación la recorrió. Separó más las piernas, cerrando los ojos contra las sensaciones vertiginosas—. Eso es, muchacha—, susurró él, acariciándole la garganta. Sus labios se movieron más abajo, por su clavícula hasta su pezón. Se lo llevó a la boca y ella arqueó la espalda con un grito, inundada de sensaciones. Él se apartó para mirarla a la cara, la suya propia una imagen de satisfacción. Bromeando, le pasó la lengua por el otro pezón, y luego se enderezó.

Cuando deslizó los dedos de entre sus piernas, ella casi gimió de decepción.

—Tranquila. No te dejaré—. La guio un paso hacia atrás hasta el borde de la cama. Ella se sentó. Luego le presionó el hombro y la tumbó boca arriba, con las piernas colgando por un lado.

Se arrodilló y la hizo abrir los muslos.

Los ojos casi se le pusieron en blanco cuando se dio cuenta de que él la miraba, acariciándola con los dedos. Entonces él se inclinó hacia delante y presionó con su boca el lugar acalorado entre sus piernas, y ella pensó que expiraría en el acto.

Ella enroscó los dedos en la manta mientras él proseguía besando y lamiendo su carne dolorida, su ritmo constante y su tacto suave. Su respiración se agitaba entrando y saliendo de sus pulmones. Sus piernas se movieron con suavidad hasta que él le rodeó los muslos con los brazos y le pasó las rodillas por encima de los hombros.

Podía sentir la sedosidad de su vello en el interior de sus muslos. Sus labios y su lengua continuaron su dulce asalto, llevándola cada vez más alto, al reino de la dicha. Cuando finalmente su boca se cerró por completo en torno a ella, habría gritado de tener aire en los pulmones. En lugar de eso, echó la cabeza hacia atrás, con un agudo gemido saliendo de su garganta, mientras el placer la atravesaba atronadoramente.

Se desplomó, flácida como una sábana, su mente era incapaz de formar un solo pensamiento coherente.

Él se desenredó de sus miembros y se puso en pie, con los ojos atentos, la boca en una firme línea de hambre apenas controlada. Tiró de los cierres de sus calzones, arrancando la prenda de su cuerpo. Ella sólo tuvo un momento para vislumbrar su rígida longitud antes de que él estuviera de nuevo entre sus piernas, levantando sus rodillas alrededor de sus caderas.

—Será incómodo la primera vez—, logró decir entre ásperas respiraciones—. Dime ahora si no quieres hacerlo.

—Quiero hacerlo—. Ella le instó a acercarse con un empujón de sus pies, su respiración se entrecortó cuando la punta roma de su sexo la tocó.

—No puedo aguantar—. Él cerró los ojos, acercándose más. Facilitando su penetración.

Santo Dios. ¿Cómo demonios iba a caber? La dura longitud de él la estiró mientras se deslizaba dentro de ella. Hizo una pausa, como si reuniera fuerzas, y luego presionó hacia delante. Duro.

Un dolor agudo. Las lágrimas le escocían los ojos. Ahora estaba completamente dentro de ella, con su cuerpo pegado al suyo. Susurrándole cariños, le apartó las lágrimas de las comisuras de los ojos, le besó los labios.

Al cabo de unos instantes, la incomodidad disminuyó. Entonces él empezó a moverse. Ella le abrazó, pensando que esta parte debía ser para él. Entonces sus entrañas se agitaron, cobrando vida en respuesta a la deliciosa fricción. Cuando él gimíó de placer unos instantes más tarde, ella se hizo eco de su grito, toda la razón desvaneciéndose para dejarla débil y agotada en los tiernos brazos de su amante.



Kinner despertó algún tiempo después.

Después de hacer el amor, él y Shannon se habían arrastrado de algún modo bajo las sábanas de la cama. La luz de la habitación declaraba que estaba a punto de anochecer. Si quería ir a buscar al padre Ross a tiempo para la boda de mañana por la mañana, tendría que enviar a alguien enseguida.

Giró la cabeza para ver a Shannon durmiendo a su lado. Su pelo de fuego ondulaba sobre la almohada y sus labios estaban ligeramente entreabiertos mientras dormitaba. ¿Alguna vez una mujer le había satisfecho tanto como ella? Su afán y su falta de pretensiones le habían atraído con más seguridad que ninguna otra mujer. Se imaginó enseñándole, viendo cómo sus expresiones de sorpresa se convertían en esa sensualidad de párpados pesados que no hacía más que avivar su propio deseo.

Estuvo a punto de despertarla para ver cómo sucedía de nuevo.

Pero no lo hizo. En lugar de eso, se apartó de ella muy silenciosamente. La chica había estado despierta la mayor parte de la noche ayudando a dar a luz al bebé de Maire, y luego se había revolcado en las sábanas con él como la más lujuriosa de las mozas. Sí, se merecía dormir.

Podía esperar a la noche de bodas. A duras penas.

Se deslizó fuera de la cama y recogió su ropa. Se la puso en silencio, atento al menor indicio de que estuviera despertando a su prometida. Pero ella seguía durmiendo, su rostro parecía tan quieto y tranquilo como el de un ángel.

Mirándola ahora, nadie habría pensado jamás que fuera la ansiosa compañera de cama que había demostrado ser. Pero era ansiosa y pasional. Todo ello detrás de ese rostro dulce. Él sonrió satisfecho. Él era el único que conocería su secreto.

Salió de su habitación, con un resorte en el paso y una alegre melodía en los labios. Tarareó mientras caminaba por el pasillo... y la música se apagó cuando Jean salió de la

habitación de Maire, muy cerca de él.

—¡Oh! Perdóname, Kinner, no te había visto—. Los ojos de Jean se entrecerraron al fijarse en su aspecto—. ¿Has tenido algún tipo de accidente?

—No. ¿Cómo está Maire?

—Tu hermana se está curando bien, pero se preocupa por el bebé. Tu pelo parece como si lo hubiera movido un viento fuerte.

—Oh—. Se lo peinó con los dedos—. ¿Está mejor?

—Un momento—. Levantó la mano y tiró de un mechón rebelde para colocarlo en su sitio. Su mirada se encontró con la de él y sonrió, habiendo realizado la pequeña tarea una docena de veces. Luego su sonrisa se desvaneció lentamente—. Oh.

—¿Qué pasa?

—Nada—. Ella agachó la cabeza y dio un paso atrás.

Frunció el ceño.

—Jean, ¿qué pasa?

Ella respiró hondo.

—Has estado con una mujer—, murmuró.

Él se aquietó.

—¿Por qué dices eso?

Ella le lanzó una mirada sufrida.

—De verdad, Kinner, ¿quién lo diría?

—Ah, Jean—. Se frotó la barbilla, sin saber qué decir. Una vez esta mujer lo había significado todo para él. Ahora, cuando la miraba, recordaba su tiempo juntos con cariño, pero ya no sentía el ansia de tenerla bajo su piel.

—No es asunto mío, lo sé. Pero si necesitabas una mujer, Kinner...— Ella bajó la voz—. Podrías haber acudido a mí.

Sus palabras le hicieron guardar silencio por un momento.

—Yo no te haría daño de esa forma, Jean. ¿Por qué querrías ofrecerte cuando sabes que no podemos estar juntos?

—Porque te quiero.

Una vez su corazón había suspirado por oír esas palabras de sus labios. Pero ahora...

—Te quiero, Jean, pero nuestro tiempo ha terminado. Debemos seguir adelante.

—¿Y si no se casa contigo, Kinner? Podríamos seguir juntos—. Ella le agarró del brazo—. Aunque no tendríamos hijos. Malcom entraría en ella y se casaría con Fay.

—No es necesario—. Él retiró suavemente su mano—. Shannon ha aceptado ser mi esposa.

Ella se echó hacia atrás.

—¿Lo ha hecho? Pero...— Él vio el momento exacto en que se dio cuenta—. Era con ella con quien estabas.

—Sellando nuestros esponsales—, respondió él—. Deséame que sea feliz, Jean. La plaga pronto desaparecerá de nuestro pueblo.

—Feliz noticia en verdad—, murmuró ella, pero su tono no se hizo eco del sentimiento de las palabras—. Te deseo lo mejor.

—Gracias.

—Debo ver a Fay. Morag está con tu hermana—. Empezó a darse la vuelta.

—Jean.

Su voz la detuvo, y ella se volvió, la esperanza iluminando sus ojos.

Él se arrancó el anillo del dedo y se lo tendió.

—Será mejor que lo guardes para Fay, para que recuerde a su padre.

Jean tragó saliva y luego asintió. Cogió el anillo de su palma extendida, luego giró y echó a correr por el pasillo como si huyera del diablo.

—Maldita sea—, murmuró él. La había herido.

No había sido su intención, pero aun así lo había hecho.

Una vez que Shannon y él se establecieran como marido y esposa, buscaría un marido para Jean. Su tiempo había terminado y nunca podría recuperarse. Y en este momento, él no lo deseaba. Lo que había descubierto con Shannon valía mucho más que su relación con Jean.

Haciendo un gesto de dolor al darse cuenta de que se estaba poniendo sensiblero, llamó a la puerta de su hermana y entró cuando ella se lo ordenó.

—Buenos días, Maire. Tengo noticias felices.

—Por favor, dímelo—, dijo Maire—. Tenemos poco de qué alegrarnos últimamente.

Se sentó en el taburete junto a su cama, pero antes de que pudiera hablar, Morag se volvió para mirarle desde donde estaba junto a la cuna.

—Predigo que las posibilidades de supervivencia del niño acaban de mejorar—, anunció.

El rostro de Maire se iluminó.

—¡Oh, Morag, eso es maravilloso!

Morag rio entre dientes.

—No me lo agradezcas. Ha sido cosa de tu hermano.

Con este extraño pronunciamiento, salió de la habitación, con su capa arremolinándose tras ella.



La noticia de los esponsales se extendió por el castillo como el viento, enviando ondas de excitación por todo el castillo. Shannon se despertó cuando Flora y Rachel entraron en su habitación, llevando entre las dos una bañera metálica.

—Mis mejores deseos para usted, milady—, trino Flora—. Es un regalo de lady Fenella.

Shannon se sentó en la cama, recordó su desnudez y se echó las mantas al cuello.

—¿Pensaba que el agua era precisa justo ahora?

—Hay una fuente en el patio—, dijo Rachel mientras ella y Flora colocaban la bañera—. Se alimenta del pozo del castillo. La fuente se secó hace años, pero justo hoy ha vuelto a funcionar, el agua brota de las bocas de esos peces de piedra como antes.

—Metimos el cubo en el pozo y salió mucha agua limpia y fresca— exclamó Flora—. Así que la señora Fenella dijo que le trajéramos un baño.

—Dios mío, eso suena encantador—, dijo Shannon.

—Debe lucir lo mejor posible para la boda—, dijo Flora con una risita.

—Mañana por la mañana—, recalcó Rachel—. El padre Ross está en camino—, añadió Flora—. Así que será mejor que se bañe mientras pueda.

—Desde luego—. No pudo evitar sonreír ante su exuberancia—. Veo que Kinner ya ha compartido la noticia.

—¡Oh, sí!— exclamó Rachel—. Pero nos habríamos enterado por la fuente.

—Y las ovejas perdidas de Will Frederick han vagado fuera del bosque, todas a la vez en rebaño. Tendremos cordero para su boda.

—Y la vaca de Meg ha dado un cubo lleno de leche, así que también tendremos mantequilla—, añadió Flora.

—Me alegro mucho de que todo vaya mejor.

—Ha estado ocurriendo desde que usted llegó—, dijo Flora—. Poco a poco. El ciervo de Dougal el Joven. La vaca de Meg.

—La maldición nos dejará en paz en cuanto diga los votos—, dijo Rachel—. ¡Y la prueba está a nuestro alrededor!

Shannon sonrió. Seguramente toda esta buena fortuna podía atribuirse a algo más que a una maldición, pero desechó el pensamiento.

—Estoy deseando darme un baño, señoras.

—¡Traeremos el agua!— Flora cogió a Rachel de la mano y salió corriendo de la habitación, dando un portazo tras ellas.

Una vez se hubieron ido, Shannon se puso en pie con cautela. Le dolían los músculos, sobre todo los muslos. Pero era un dolor delicioso, causado por el fervoroso hacer el amor de su

futuro marido.

Una mujer podía tener cosas peores que esperar. Una mirada a la ventana mostró las últimas fases de la tarde, así que no había dormido hasta tan tarde.

Quizá ella y Kinner pudieran ver juntos la puesta de sol.

Con un suspiro, recogió su ropa del suelo y se la puso para que las sirvientas no se escandalizaran.

La zona entre sus muslos ardía con el eco de las nuevas sensaciones. Ahora era una mujer. Ese pensamiento la hizo estremecerse. ¿Sería éste su destino cada noche como esposa de Kinner? Dios santo, eso esperaba ella. Era un amante vigoroso, suficiente para hacerla feliz durante mucho tiempo.

Ahora sólo le faltaba enfrentarse a los miembros del clan.

Después de bañarse y vestirse para la cena, Shannon bajó al gran salón, con su propio vestido gris, decidida a hacer las paces con la gente a la que había hecho daño.

Todos estaban reunidos alrededor del hogar. ¿Quizás alguien estaba contando una historia? Kinner estaba de pie con los brazos cruzados justo delante de las brasas humeantes, con el ceño fruncido. Levantó la vista y la vio, luego le hizo señas para que se acercara.

Atravesó la sala lentamente, consciente de que la mayoría de la gente mostraba una expresión de aprehensión que la hizo dudar de nuevo de sí misma. Quizás Kinner aún no se lo había dicho a todo el mundo. A medida que se acercaba al hogar, la multitud de gente le abría paso. Estaba a tres pasos cuando vio la causa tanto de la multitud como de la preocupación.

Se le escapó el aliento de los pulmones.

—Hola, papá.

Capítulo 19

—Hija—, respondió él, sin sonreír.

Shannon miró a Kinner, pero su semblante severo no le dijo nada.

—¿Qué haces aquí?

—¡He venido a rescatarte de ese maleante que te secuestró de tu hogar!

Shannon parpadeó conmovida.

—No me secuestró, papá. Me fui voluntariamente.

—¡No lo hiciste!— Se puso en pie, con las aletas de la nariz infladas y con la expresión tensa por la rabia.

—Lo hice—. Ella levantó la barbilla, apretando los labios con fastidio—. No me dejaste elección.

—¿No te dejé elección? Yo tampoco tuve elección.

Kinner se interpuso entre ellos.

—Quizá deberíamos discutir esto en privado.

—¿Deberíamos? Esto no le concierne, Sheldon.

—Sí que lo hace, ya que Shannon ha aceptado casarse conmigo.

—¡No se casará con usted, maldito sea! ¡Está prometida a lord Nordham!

—Te aseguro que no me casaré con ese vil hombre—, espetó Shannon—. He aceptado casarme con Kinner.

Su padre trató de empujar a Kinner, pero el escocés no cedió.

—Soy tu padre, jovencita, y sé lo que es mejor para ti.

Shannon puso las manos en las caderas.

—*Esto* es lo mejor para mí.

Su padre empezó a gritar algo, echó un vistazo a la embelesada audiencia y cerró la boca.

—Quizá Sheldon tenga razón. Quizá deberíamos discutir esto en privado.

—De acuerdo.

—Fuera—, exigió—. En el patio.

—Bien.

Salió del gran salón sin mirar atrás.

Shannon se volvió para seguirle y encontró a Fay en su camino.

—No te vayas—, le suplicó—. Quédate aquí con nosotros.

Shannon se inclinó y sonrió a la niña.

—Tengo la intención de quedarme aquí. Me casaré con tu jefe por la mañana.

Fay le dedicó una sonrisa radiante de dientes separados y aplaudió.

—¡Hurra! No quería volver a ser la única Novia.

—No lo serás—. Shannon le pellizcó la nariz, provocando una risita.

—¡Shannon!— llegó el estruendoso grito de su padre desde fuera, en el vestíbulo.

Shannon puso los ojos en blanco.

—Tengo que hablar con mi padre y luego volveré.

—De acuerdo—, dijo Fay, haciéndose a un lado.

Shannon se dirigió hacia la puerta, luego se detuvo y se volvió.

—¿Adónde vas?

Kinner se detuvo, con perplejidad en su rostro.

—Te acompaño para hablar con tu padre.

—No—. Ella negó con la cabeza, conmovida porque él quisiera protegerla—. Puedo manejar a mi padre, no temas.

—Debería estar contigo—. Él le cogió la mano.

—Confía en mí—. Ella apretó sus dedos, los besó y los soltó—. Le mandaré seguir su camino y mañana nos casaremos, lo prometo.

—Esto va en contra de mi buen juicio—, advirtió él—. Pero puedo respetar tu necesidad de ocuparte de tu propia familia.

—Gracias.

—Espero que cumplas esa promesa.

Ella sonrió.

—Lo haré.

Entonces salió para enfrentarse a su padre.



Él se paseaba junto a su carruaje de viaje, con el rostro tan negro como las nubes que se acumulaban sobre ellos. La vio y se detuvo. Se puso rígido.

—¿Qué es esta tontería sobre tu boda con Sheldon? Lo prohíbo expresamente.

—Lamento oír eso. La boda es mañana. Esperaba que nos acompañases.

—¡Por supuesto que lo haré!

Ella arrugó la nariz.

—Papá, de verdad. Tu lenguaje.

—¡Maldita sea mi lengua! Eres mi única hija e intento hacer lo mejor para ti. Lord Nordham se casará contigo, a pesar de la locura.

Ella se cruzó de brazos.

—¿No te has dado cuenta de que estoy hablando en inglés?

Él se encogió de hombros.

—Tu madre cambiaba entre los dos idiomas todo el tiempo.

—No me ha ocurrido nada extraño desde que estoy aquí. Me gusta estar aquí, papá. Y creo que esta gente me necesita.

Miró alrededor del patio, con el labio curvado.

—Necesitan tu dote, querrás decir. Pues no la tendrán. He elegido a tu marido, y tú acatarás mi decisión.

—No lo haré—. Ella alzó las cejas—. Sobre todo deberías saber que no puedes impedir que me case con Kinner, papá. No mientras esté en Escocia. No necesito tu permiso aquí.

—Lo sé—, le espetó—. Maldita sea, niña, pero me tienes acorralado. No me gusta.

Sus labios se curvaron.

—Claro que no te gusta—. Ella se acercó a él y le puso la mano en la manga—. Quédate a la boda, papá. Creo que te sorprenderá esta gente. Kinner McBride es un buen hombre.

—Tal vez—. Él le cubrió la mano con la suya—. ¿Puedes imaginar el terror que sentí cuando te fuiste?

—¿Puedes imaginar el terror que sentí ante verme encerrada el resto de mi vida?

—Tú eres mi vida, Shannon. Moriría por protegerte.

Su corazón se ablandó.

—Oh, papá.

—Y espero que puedas perdonarme—. Le dedicó una sonrisa triste y luego tiró de ella hacia él, rodeándole la cintura con un brazo y tapándole la boca con la otra mano antes de que pudiera gritar. A pesar de que ella forcejeaba, de algún modo consiguió entrar en el autocar, arrastrando a su hija con él. Manteniendo quieta a la muchacha que pataleaba, consiguió cerrar la puerta del autocar—. ¡Conduce!—, gritó.

El conductor puso a los caballos al galope.

Un grito rasgó el aire. Shannon consiguió apartar la cabeza del agarre de su padre y mirar por la ventanilla. La pequeña Fay persiguió al cochero, gritando con todas sus fuerzas. Detrás de ella, Kinner salió del castillo a toda velocidad, seguido de sus hombres. Giró la cabeza para

encontrarse con la implacable expresión de su padre.

—¿Cómo has podido hacer esto?

—Porque te quiero.

—Si me quisieras, querrías que fuera feliz.

—Oh, mi dulce niña—. Le acarició el pelo—. La locura te ha quitado la razón. No sabes lo que quieres.

Ella le fulminó con la mirada y se apartó bruscamente de su caricia.

—Quiero a Kinner.

El carruaje pasó atronadoramente por delante de las puertas y salió al puente levadizo, luego se detuvo bruscamente, haciéndoles caer al suelo. Libre de las garras de su padre, consiguió abrir la puerta y deslizarse fuera del carruaje sobre el tosco entarimado de madera del puente levadizo. La puerta volvió a cerrarse con un chasquido. Un trueno retumbó arriba y, cuando ella levantó la vista, empezó a llover, salpicándolo todo con gotas grandes y pesadas.

—¡Shannon!

El pequeño grito atrajo su atención, y vio a Fay casi sobre ella. Mirando hacia el otro lado, descubrió lo que había detenido al carruaje. Un carro de madera tirado por una sola mula había cruzado el puente desde la dirección opuesta y bloqueaba la salida del carruaje.

—¡Shannon!— Jadeando, Fay llegó hasta ella y lanzó su pequeño cuerpo hacia delante, rodeando con sus brazos el cuello de Shannon—. Gracias a Dios por el padre Ross.

—¿Es ése?— Con una mirada divertida al anciano clérigo que en ese momento discutía con el cochero, Shannon se levantó, lo que resultó algo difícil con la niña enroscada a su alrededor. Consiguió ponerse en pie, pero Fay no la soltaba del cuello.

—Estoy tan contenta de que no nos dejes—, susurró Fay.

—No me voy a ninguna parte—, afirmó Shannon. Aflojó el agarre de la niña sobre ella y se irguió hasta alcanzar su estatura completa—. Volvamos al castillo.

—¿Qué demonios está pasando?—. Furioso como un toro malhumorado, su padre abrió de golpe la puerta del carruaje.

La puerta golpeó a Shannon. Ella voló hacia atrás. Golpeó a Fay. Ambas se estrellaron contra la barandilla de madera del puente levadizo.

Con un crujido, la madera descuidada durante tanto tiempo se partió. Los pies de Shannon resbalaron sobre la madera resbaladiza por la lluvia. Se deslizó por el lateral, golpeándose la cadera contra el borde del puente, y se agarró a un trozo de barandilla que no estaba roto. Lo cogió y se aferró, colgando por encima de las aguas arremolinadas del canal que había debajo.

Pero el delgado cuerpo de Fay no pudo frenarla lo suficiente y cayó, su agudo grito resonó en las paredes pétreas del canal mientras chapoteaba en las aguas de abajo.

—¡Fay!—. Gritó aferrándose a la madera con ambos brazos,

Shannon intentó desesperadamente divisar a la niña. Por un instante, creyó ver una cabeza oscura que se balanceaba sobre el agua. Pero luego desapareció.

Si es que alguna vez estuvo allí.

Las lágrimas le escocían los ojos; el pánico le obstruía la garganta. La lluvia seguía cayendo y los truenos retumbaban en la distancia.

—¡Fay!—, gritó de nuevo, esperando contra toda esperanza oír una respuesta.

Nada más que el rugido del agua y el aullido del viento.

—¡Shannon!— Kinner se apoyó en la sección intacta de la barandilla y se inclinó hacia delante, agarrándola por debajo de los brazos—. ¡Sujétate!

Con su ayuda, ella consiguió agarrarse a la parte superior de la barandilla. Esto la elevó lo suficiente como para poder enganchar un talón en el borde del puente. Su padre la agarró por la cintura y la arrastró hacia atrás desde el borde. Se desplomó sobre él, con los sollozos ahogándola.

—Fay—, le dijo a Kinner mientras se arrodillaba a su lado—. ¡Se ha caído!

—Lo he visto—. Con el rostro sombrío, miró por encima de la barandilla durante un largo momento—. ¡Creo que la veo!

Y saltó.

Gritó y se arrastró hasta el borde del puente. ¿Estaba loco? Buscó en las arremolinadas aguas y entonces le vio, su camisa blanca mostrándose claramente en la oscuridad de abajo.

—No te acerques a la barandilla—, intentó instarla su padre.

Ella se sacudió sus manos.

—Venía a por mí. Es culpa mía. Y ahora morirá—. Rodeó con los brazos el borde de la barandilla y se quedó mirando hacia la negrura, con los ojos fijos en la salpicadura de blanco.

Liam apareció de la nada, agachado junto a ella.

—¿Dónde está Kinner?

—Allí. Fay se cayó al agua.

Liam murmuró una maldición en gaélico y se dirigió al castillo a la carrera.

El canal estaba frío y oscuro, y la lluvia dificultaba la visión. Kinner pisaba el agua, buscando un indicio de dónde podía estar Fay. La había visto pasar, había visto dónde estaba. Sólo esperaba que las aguas arremolinadas no la hubieran llevado demasiado lejos.

El agua le salpicaba la cara mientras nadaba en un lento círculo, buscando la pálida piel de Fay en las turbias profundidades. La lluvia no ayudaba, el viento agitaba lo que normalmente era un canal bastante plácido.

La llamó, su voz se perdió en el aullido constante del viento.

Algo chocó contra él y lo agarró pero sólo era un trozo de la barandilla rota. Empezó a apartarlo, pero se dio cuenta de que pesaba demasiado para ser sólo madera. Lo arrastró hacia él. Había algo enganchado. Un trozo de tela...

La falda de Fay.

Metió las manos bajo el agua, encontró un brazo delgado. Tiró. Que Dios le ayudara, pero de algún modo ella había quedado atrapada boca abajo. Su falda estaba atrapada en la madera, arrastrando el resto de ella bajo el agua sin posibilidad de salir a la superficie.

Tiró de su falda, rasgándola para desalojar la madera. La barandilla rota se alejó. Acercó el cuerpecito de Fay, girándola para que su cara quedara fuera del agua, rodeándole el pecho con el brazo. Su cabeza se balanceó lánguidamente.

Su corazón casi se detuvo. Se negó a contemplar lo que le decían sus sentidos.

Miró a su alrededor, achacando la humedad de sus ojos a la lluvia. ¿Cómo demonios iba a salir de aquí? Necesitaba sacarla del agua antes de que fuera demasiado tarde.

Si no era ya demasiado tarde.

Oyó un grito, por débil que fuera en medio de la tormenta. Había siluetas en el puente y un tipo solitario de pie en la orilla del canal.

—¡Kinn...!

La mitad del grito se le escapó, pero nadó hacia aquella figura solitaria de todos modos, arrastrando consigo el cuerpo inmóvil de Fay.

—La...

De nuevo se perdieron las palabras. Al acercarse, se dio cuenta de que la persona era Liam.

—...¡cuerda!— gritó Liam. Cuerda. La respuesta a una plegaria.

Chapoteó sobre el agua con la palma de la mano. Nada. Maldita sea. ¿Qué cuerda?

Su palma se posó sobre algo. Lo rodeó con los dedos. Cuerda. Dios lo salve. Recorrió la cuerda con los dedos y se dio cuenta de que Liam había anudado el extremo en un lazo. Empujó su brazo izquierdo a través de ese lazo, luego giró lo suficiente para poder agarrar a Fay con esa mano.

Su rostro se hundió bajo el agua. Rápidamente sacudió la cuerda por encima de su cabeza y metió el otro brazo a través de la lazada, luego agarró a Fay. La guio con un brazo alrededor de la cintura para que su cabeza se apoyara en su hombro, se ajustó la cuerda bajo sus axilas.

Luego dio tres tirones cortos de la cuerda.

Casi al instante comenzó a deslizarse hacia delante. Dejó que la cuerda hiciera el trabajo, concentrándose en sujetar a Fay y mantener su cabeza por encima del agua mientras Liam tiraba de él hacia la orilla.

Al cabo de unos minutos, sus pies rozaron el fondo. Tropezó, pero luego consiguió poner los pies debajo de él. El canal había sido diseñado en forma de U por uno de sus antepasados como medio de defensa, razón por la cual estaba lleno de agua salada del lago y no de agua dulce para beber. A esta profundidad, era capaz de caminar por el agua.

Cuando se puso de pie, Fay empezó a deslizarse. Él ajustó su agarre para llevarla sobre el hombro. Manteniéndola en su sitio con un brazo alrededor de sus piernas, mantuvo la otra mano

en la cuerda.

Por fin estaba casi fuera del agua, pero el lado escarpado y rocoso del canal se cernía ante él. Aferrándose a Fay, comenzó la penosa tarea de subir la pendiente. Con Liam arrastrándole y una mano firmemente sujeta a la cuerda, fue capaz de subir a pie la rocosa pendiente.

Sólo tropezó una vez, perdiendo pie. Su hombro golpeó con fuerza contra las rocas. Un dolor cortante le desgarró el brazo.

La herida de los ladrones. Sin duda se lo había desgarrado y Liam tendría que cosérselo de nuevo.

Siguió subiendo, con la sangre goteando a lo largo de su brazo hasta las húmedas rocas bajo él. Cuanto más subía, más difícil le resultaba sostener a Fay con algún tipo de firmeza.

Para cuando asomó la cabeza por encima de la cima de la pendiente, otros se habían unido a Liam. Hammish y Harlan hacían fuerza con la cuerda para subirlo. Liam se agachó para coger a Fay de su hombro. Él entregó la niña a la expectante Jean, que se lamentó en voz alta al ver el rostro pálido de su hija. Luego se agachó, agarró el brazo de Kinner y tiró.

Kinner se impulsó con los pies y aterrizó en lo alto de la ladera, cayó de bruces. Liam le agarró por debajo de los brazos y tiró de él el resto del camino.

—¡Kinner!— Shannon voló hacia él, rodeándole con los brazos—. ¿Estás loco para hacer algo así? Pensé que te perdíamos.

—Cuando vives junto a un lago, aprendes a nadar pronto—. Le acarició la mano.

—¡Estás herido!

Siguió su mirada hacia donde la sangre goteaba de su brazo hacia las rocas bajo él.

—Es sólo un rasguño.

El gemido de dolor resonó por todo el castillo. Kinner se volvió y vio a Jean de rodillas, estrechando a Fay contra su pecho. La morena había vuelto la cara al cielo y daba rienda suelta a su angustia.

Morag se abrió paso entre la multitud.

—Déjeme ver a la pequeña—. Cayendo de rodillas a pesar de su fina capa, Morag giró la cabeza de Fay para que mirara a las estrellas y se inclinó para escuchar sus labios. Tras un largo momento, sacudió la cabeza—. Su piel es pálida y sus labios azules—. Apoyó los dedos en el cuello de la niña—. Su corazón no late.

—No puede estar muerta—, susurró Shannon—. ¡Dios mío, no!

—No lo aceptaré—. Kinner se levantó y se acercó a Jean. La rodeó con el brazo—. Déjame verla, Jean.

—Está muerta, McBride—, dijo Morag—. Yo misma lo he declarado así.

—Déjame verla—, repitió él. Apoyó la frente contra la de Jean—. Déjame intentar una cosa.

Jean cerró los ojos y asintió, luego soltó a Fay de mala gana.

Kinner tendió a la niña en el suelo.

—Leí sobre esto en Edimburgo. Dar aliento a quien lo ha perdido.

Se inclinó y sopló en la boca de la niña. No ocurrió nada.

—Maldita sea—, murmuró—. He olvidado una parte.

De nuevo se inclinó y sopló en la boca de la chica, esta vez con la nariz cerrada. Se sentó, esperó.

De nuevo, nada.

Su respiración se entrecortó cuando la terrible verdad se hizo evidente. Fay estaba muerta.

Echó la cabeza hacia atrás y rugió de dolor.

Jean chilló y volvió a echarse a llorar.

Kinner miró el rostro de Fay, con el corazón roto ante la idea de no volver a verla sonreír de nuevo. Le acarició el pelo mojado, le tocó la mejilla. Luego la levantó suavemente, con la intención de devolvérsela a Jean.

Pero sentir su ligero cuerpo en sus brazos rompió algo en su interior. Estaba muerta. Desaparecida. Una hermosa niña, y peor aún, otra Novia.

Aulló su negación, aplastando a la niña contra sí, apretando como si fuera a grabarla en su corazón para siempre. La pena rugía en su cabeza como una bestia, furiosa y arremolinada y fuera de control. No la había salvado. No la había protegido.

Culpa suya. Toda su culpa.

—Kinner—. Shannon se acercó a él, le tocó el brazo—. Hay sangre por todas partes. Creo que se te ha vuelto a abrir el brazo.

No le importó. La tierra podría tener toda su sangre si tan sólo pudiera recuperar a Fay.

Aflojó su agarre sobre la chica, luchando por recuperar el control de sus emociones. Y sintió un indicio de movimiento de la niña en sus brazos.

Luego una tos.

Luego una ráfaga de toses cuando la pequeña Fay sufrió un espasmo repentino y escupió un chorro de agua. Ella jadeó.

Él aflojó su agarre. Sus pestañas se agitaron.

—Jean—, jadeó—. ¡Jean!

Jean se tambaleó hacia delante sobre las manos y las rodillas.

—¡Fay!

La niña se movió y Kinner la sentó en el suelo, sujetándola firmemente con el brazo por detrás.

—Fay, háganos.

Sus ojos se abrieron.

—¿Mamá?

Los espectadores lanzaron una ovación. Kinner abrazó a Jean y a Fay, y luego extendió una mano por detrás de Jean para estrechar la de Shannon. La ternura que vio en sus ojos le ayudó a calmar sus emociones.

Los relámpagos surcaron el cielo, aunque la lluvia había cesado. El viento se levantó. Morag levantó las manos al cielo. Todos se apartaron de ella.

Cuando los relámpagos centelleen y las piedras corran rojas,

Cuando McBride despierte a Duncan de entre los muertos,

Sólo en esta hora más oscura

Entonces mis palabras perderán su poder.

Sus cabellos plateados se agitaron como enloquecidos. Entonces relampagueó un rayo, iluminando la sangre derramada de Kinner sobre las piedras de la ladera.

Una sensación de ardor golpeó a Shannon en un lado de su pecho, donde estaba su marca de nacimiento. Al mismo tiempo, Fay gimoteó y se cubrió la del tobillo. Entonces, de repente, se hizo el silencio.

—La maldición se ha roto—, dijo Morag.

Fay movió la mano. La marca de nacimiento había desaparecido.

Capítulo 20

S hannon se quedó mirando la piel lisa, pasando el pulgar por el lugar donde su marca de nacimiento estaba hasta hace un instante. Había desaparecido. Como por arte de magia.

Que Dios la ayudara, *existía* una maldición. O había existido.

Volvió a ponerse la ropa en su sitio y se sentó pesadamente en el borde de la cama. La locura, los sueños, la plaga de las tierras McBride, todo ello era parte de la maldición. Una maldición que se había roto cuando Kinner McBride resucitó a Fay Duncan.

Todos eran libres.

El alivio absoluto la sacudió. Se le escapó un gemido y, de repente, la consumieron sollozos profundos y largamente reprimidos. Dios mío, era libre. Todos eran libres. Ya no tenía que temer a la locura. La sombra que había perseguido su vida durante tanto tiempo había desaparecido.

El pueblo McBride no moriría de hambre. Las tierras volverían a cosecharse, los pozos se llenarían de nuevo. La pequeña Fay no tendría que casarse con el próximo jefe McBride.

Se quitó las lágrimas de la cara con el dorso de las manos. Fay podía casarse con quien quisiera. Todas podían...

Todas podían.

La idea se apoderó de ella y no la soltó.

Se levantó de la cama y caminó hacia la ventana, aspirando profundas bocanadas de aire para calmarse. Fuera, la tormenta se había disipado como si nunca hubiera existido. El sol se ponía sobre el lago, su resplandor rojo y naranja incendiaba el agua.

Había llegado a amar este lugar en muy poco tiempo. El imponente paisaje de las Highlands la dejaba sin aliento. Se preocupaba por la gente del clan y, después de pasar la última semana o más con escoceses, estaba llegando a comprender cómo pensaban y cuáles eran sus valores.

Y Kinner. Suspiró, apoyando la cabeza contra el fresco muro de piedra. ¿Cómo había podido pensar que era un bárbaro? Sus métodos podían ser poco ortodoxos, desde luego, pero todo lo que hacía era por el bien de la gente a la que protegía. Y nada era demasiado pedir, ya fuera casarse con una mujer a la que no conocía o tirarse desde un puente para salvar la vida de una joven.

Se frotó una mano sobre el corazón, recordando su terror cuando él había ido tras Fay. Había pensado que su corazón se pararía en seco, que le había perdido.

Cerró los ojos contra la oleada de emoción que la sacudía. Dios mío, ¿cuándo se había

enamorado de él?

Claro que le quería. No habría sido capaz de entregarse a un hombre al que no amaba. Abrazándose a sí misma, se apartó de la ventana. Ahora que la maldición se había roto, ¿seguiría él queriendo casarse con ella? Ya no le hacía falta.

Era libre de casarse donde su corazón le llevara.

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Su padre entró en la habitación, con expresión tentativa.

—Shannon, hay un banquete en el gran salón si tienes hambre.

—Bajaré en un momento.

Se acercó más a la cama.

—¿Me dejarás por lo que ha pasado?

Ella suspiró.

—Oh, papá. Sé que hacías lo que creías mejor para mí.

—Lo hacía—. Se encogió de hombros, con la sonrisa torcida—. Quería asegurarme de que te cuidaran cuando te volvieras loca—. Frunció un poco el ceño—. ¿Supongo que ahora no te volverás loca?

—No. La maldición se rompió cuando Kinner salvó la vida de Fay.

—Eso fue... increíble. La forma en que Sheldon simplemente se zambulló en el agua tras la niña. Nunca he visto nada igual—. Se pasó una mano por la cara—. Ya veo por qué estás decidida a casarte con él. Es un gran hombre.

—Lo es, sin duda—. Y se merecía la felicidad después de la terrible prueba que él y su pueblo habían sufrido—. Necesitaba casarse conmigo a causa de la maldición. Sólo casándose conmigo podría devolver la prosperidad a su pueblo—. Ella se encogió de hombros, le dedicó una sonrisa autodespreciativa—. Hizo lo que tenía que hacer para sobrevivir. Como hice yo. Como hiciste tú. Todos intentábamos hacer lo correcto.

—En efecto—. Le ofreció su brazo—. Y mi gahnate dice que lo correcto es comer. Estoy famélico.

Ella se rio y se adelantó para cogerle del brazo, luego le apretó en un rápido abrazo.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, hija mía. Muchísimo.



La maldición se había roto.

Kinner se sentó en el gran salón y observó cómo lo celebraba su pueblo. Sonrió mientras el padre Ross bailaba una saludable giga con Flora. Maire estaba sentada cerca del hogar con la cuna de su hijo a su lado. El bebé había cobrado vida con ganas y su hermana se quejaba riendo de que ya comía lo suficiente para dos cerdos. Observó con una sonrisa en la cara cómo Liam le traía a su mujer una taza de agua, y luego se detuvo para poner la mano en la espalda del bebé, donde su hijo dormitaba sobre el hombro de su mujer.

Jean se acercó y se sentó a su lado.

—¿Cómo es que un bebé puede dormir con tanto alboroto?—, preguntó, sin apartar la vista de los tres en el hogar.

—Simplemente pueden—. Jean puso su mano sobre la de él en la mesa, atrayendo su atención hacia ella—. Kinner, quería darte las gracias por...

—Jean, no es necesario—. Sacó su mano de debajo de la de ella y le acarició los dedos—. ¿Cómo está la pequeña?

—Dormida. Morag la está cuidando—. Se le escapó un resoplido—. Lo siento. No quiero llorar, pero ella es todo lo que tengo...

—Ya está—. Él la estrechó entre sus brazos mientras le salían las lágrimas, su cuerpo se estremeció con grandes sollozos aspirantes—. Ya está. Todo está bien. La muchacha está a salvo en su cama, y hemos roto la maldición. Todo en un buen día de trabajo.

Se rio entre sollozos.

—Estás loco.

—Sí—. Manteniendo un brazo alrededor de ella mientras recuperaba la compostura, levantó su copa de cerveza y bebió un sorbo. Y vio a Shannon entrar en el salón con su padre.

Ah, allí estaba la muchacha, con su pelo de fuego y el porte de una reina. Ella misma había estado a punto de ir tras Fay, y sólo la fuerza de su padre la había retenido. Había descubierto a una mujer que dejaba a un lado sus propias preocupaciones por las de los demás, aunque le había costado llegar hasta allí. Pero ella había dado un paso adelante, había aceptado casarse con él incluso cuando no había creído en la maldición.

Y ahora no había maldición. Aun así, estaba muy contento de estar prometido a ella de todos modos. Sería una buena esposa para él.

Le vio y empezó a avanzar, pero entonces vio a Jean y se detuvo. Con una palabra a su padre, le condujo al hogar para que viera a Maire y al bebé.

Buena muchacha. Se había dado cuenta de que Jean necesitaba un momento para serenarse.

El llanto de Jean se había reducido a mocos. Le dio unas palmaditas en la espalda.

—Vamos, hay una celebración en marcha y no es momento para lágrimas.

Ella se incorporó, secándose la humedad de las mejillas.

—¿Me estás pidiendo que baile contigo, Kinner McBride?— Hizo una pausa y luego añadió: —Por los viejos tiempos.

Dejó su copa con un ruido seco.

—Por Dios, supongo que sí. Ven a bailar conmigo, Jean, y celebra la vida de tu hija—. Se levantó y le tendió una mano.

Ella sonrió, la cogió y le siguió hacia la música.



¿Por qué no se había dado cuenta antes?

Shannon observó cómo Kinner y Jean se lanzaban a un carrete, sus pasos coincidían como si hubieran bailado juntos mil veces antes. Cosa que habían hecho, por supuesto.

Jean era a la que él habría elegido.

No tenía ninguna duda de que el hombre haría honor a su compromiso con ella. Su honor no le permitiría hacer otra cosa. Pero, ¿podría ella permitirle hacer eso, sabiendo que él quería a otra? ¿Sabiendo que no tenía más remedio que casarse con ella para cumplir su palabra?

No. Eso no era lo que ella quería para él. Kinner merecía la felicidad. Ella había ayudado a romper la maldición, aunque fuera inadvertidamente, y ahora él era libre de perseguir lo que realmente quería.

No era una debutante de Londres. Sabía lo que tenía que hacer.

El carruaje esperaba en el patio a primera hora de la mañana. Vestida con su propia ropa, cortesía de su padre, Shannon bajó las escaleras. Encontró a Kinner en el gran salón, hablando con un par de sus hombres -Fredericks por lo que parecía. Él levantó la vista cuando ella se acercó, su sonrisa de bienvenida se desvaneció en desconcierto.

—Buenos días, Shannon. Veo que tu padre trajo algunas de tus cosas.

—Sí, lo hizo—. Ella mantuvo la cabeza alta, la voz tranquila. Aunque su corazón se estaba desgarrando en pequeños y dolorosos pedazos—. He venido a despedirme.

—¿Qué?— Se apartó de los hombres sin mediar palabra, la cogió del brazo y tiró de ella unos metros—. ¿Cómo que a despedirte? Creía que estábamos prometidos.

—Lo estábamos—. Ella mantuvo su dignidad, pero sólo a duras penas—. Pero la maldición se ha roto.

—Ya veo—. Él se cruzó de brazos—. Así que ahora que no te volverás loca, estás contenta de volver a Londres y olvidarte del clan, ¿es eso?

—Oh, Kinner—. Ella esbozó su educada sonrisa sociable—. Ambos sabemos que nunca he pertenecido a este lugar. Pertenezco a Londres, con gente de mi propia clase.

—Tu familia está aquí en el clan, Shannon.

Son de tu propia clase.

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es—. *Por favor, no destruyas la*

dignidad que me queda con tu sentido del honor—. No necesito quedarme aquí. Tu pueblo no morirá de hambre y yo no me volveré loca. Eres libre, Kinner, como yo lo soy—. Se puso de puntillas y le rozó la mejilla con un beso—. Te deseo lo mejor.

Se dio la vuelta y se alejó antes de perder el valor. En el umbral de la puerta, no pudo resistirse a echar una ojeada hacia atrás. Él estaba allí de pie, con el rostro como la piedra, el guerrero implacable que ella había visto por primera vez en un sueño. Estuvo a punto de darse la vuelta y correr hacia él. En lugar de eso le hizo un pequeño gesto con la mano y se dio la vuelta para marcharse. Los sollozos se agolparon en su pecho. Le escocían los ojos. Gracias a Dios que él no podía verla derrumbarse.

Se encontró con Jean cuando ésta bajaba las escaleras. Jean la miró interrogante y las compuertas se abrieron, las lágrimas corrieron por las mejillas de Shannon.

—Cuida de él—, se atragantó—. Sed felices.

Luego huyó hacia donde su padre la esperaba para llevarla a casa. Donde ella pertenecía.

Se había librado bien de ella.

Kinner no se había movido desde que Shannon le había anunciado que le dejaba plantado. Él había pensado que era una mujer de honor, una mujer con moral. Pero no, su relación se había construido sobre lo que cada uno necesitaba del otro.

Ella tenía razón, la maldición se había roto. Podían seguir caminos separados. Ella podía volver a Londres y a su estilo de vida rico y superficial mientras él se quedaba aquí y supervisaba la reconstrucción de las tierras.

Sí, estaba amargamente decepcionado con ella.

Bueno, ella era una Duncan. ¿Qué había esperado él? ¿Amor? Bah. Ella no le amaba, más de lo que él la amaba a ella.

Y si sentía una opresión en el pecho, bueno, eso no era más que la aplastante decepción de descubrir que una mujer a la que había creído amable, cariñosa, leal e íntegra era poco más que el caparazón unidimensional de una debutante.

Estaba mejor sin ella.

Jean entró en el gran salón.

—¿Shannon se marcha?

—Sí.

Su rostro se iluminó de alegría y le echó los brazos al cuello.

—¡Oh, Kinner!— Su boca encontró la de él, ansiosa y familiar.

Él deslizó sus brazos alrededor de ella y cayó en el reconfortante abrazo. Esperaba que los viejos sentimientos de deseo y amor afloraran.

Pero en lugar de eso... Un agradable cosquilleo. Tal vez un poco de nostalgia.

Maldita sea esa mujer. ¿Le había dejado sin nada?

Rompió el beso.

—Jean...

—¡No puedo creer que rompieras tu compromiso con ella! Pero ahora que la maldición ha desaparecido, por supuesto que lo hiciste—. Ella le ahuecó la cara entre las manos—. Sabía que me amabas. Ahora podemos casarnos.

Él le cogió las manos y se las apartó de la cara.

—Yo no he roto el compromiso. Lo ha hecho ella.

—¿Ella?— El desconcierto subrayó sus palabras.

—Cuando vi la forma en que estaba llorando, supuse que tú lo habías roto.

—¿Ella estaba llorando? ¿Cuándo?

—Justo ahora que se iba. Me dijo que cuidara de ti. Que fuéramos felices.

Frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido. Dijo que iba a volver a su lujosa vida en Londres.

Jean se aquietó, observando su rostro.

—Probablemente pensó que no la necesitabas con la maldición rota.

—Supongo—. Se encogió de hombros, todavía ordenando las cosas en su mente.

—¿Le dijiste alguna vez que la querías?—. Frunció el ceño.

—Por supuesto que no.

—Entonces, si se rompe la maldición, ¿qué la atraería a quedarse?

—Hicimos una promesa. Hicimos votos—. Apretó los labios.

—Kinner—. Jean le dedicó una tierna sonrisa—. ¿Hicisteis votos?

—Es algo privado—, murmuró él.

—Kinner McBride—. Ella apoyó las manos en las caderas—. Si no tienes la cabeza más gruesa del clan, no sé quién la tiene.

—Ese sería Malcom.

Ella soltó una risita triste.

—Yo creo que no. Shannon te quiere, tonto. Simplemente no puedes verlo.

—Ella no me ama—. Pero la idea cuajó. La esperanza floreció—. ¿Lo hace?

—La mujer ha roto vuestro compromiso para que pudieras estar conmigo. Supongo que le hablaste de nosotros.

—Sí, se lo mencioné...— Se detuvo a trompicones, se encontró con su mirada—. Sí que tengo la cabeza más espesa del clan.

—Sí, la tienes.

—¿Todavía me quiere?

—Me atrevería a decir que sí, pero realmente tienes que preguntárselo a ella.

—Pero se ha ido.

Ella arqueó las cejas.

—Por poco.

—Pero no puedo darle una vida en Londres con fiestas elegantes y demás.

—¿Pero puedes darle una vida de amor?

—Puedo. —Incluso mientras pronunciaba las palabras, la certeza inundó su cuerpo. Sí, había llegado a amarla. ¿Cómo podría no hacerlo cuando ella había estado dispuesta a poner el bienestar de su clan por delante de sí misma? Realmente tenía madera para ser la esposa de un jefe.

—¿Kinner?

—¿Eh?— Se dio cuenta de que estaba allí de pie, mirando al espacio con una estúpida sonrisa en la cara.

—Ve tras ella, hombre, antes de que su padre la lleve de vuelta a Londres y la case con algún Sassenach.

—Sí. Londres no es lugar para ella. Ella debe estar aquí en el clan, con el resto de los Duncan—. Agarró a Jean por los hombros y la besó— Gracias, Jean.

Ella le apretó la mano.

—Me devolviste mi vida, Kinner, así que supongo que es apropiado que yo te devuelva la tuya. Ahora vete.

No dudó ni un segundo más. Salió corriendo del vestíbulo, llamando a gritos a su caballo.



Shannon se quedó mirando por la ventana la campiña que atravesaba. El paisaje de Escocia era impresionante, entre majestuosas montañas cubiertas de brezo y lagos cristalinos. Podría haberse pasado el resto de su vida contemplando esas vistas. Quería hacerlo.

Pero Kinner ya no la necesitaba. Amaba a Jean, y ella no podía, con la conciencia tranquila, obligarle a cumplir sus esponsales sabiendo que él sería más feliz con otra mujer.

Saber que él tenía lo que quería era la única forma en que ella podía abstenerse de derrumbarse en un desorden sollozante y desconsolado.

Su padre la observó con preocupación.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, querida?

Ella asintió.

—Sí—. Suspiró y apoyó la cabeza contra la pared del coche. —Será agradable estar en casa.

—Creía—, dijo él señalando—, que *estabas* en casa.

Ella le fulminó con la mirada.

—Para que nos entendamos, *no* voy a casarme con lord Nordham.

—De acuerdo. Tendré que pagarle una buena suma para romper el acuerdo de esponsales, pero que así sea. Quiero que te cases donde tu corazón desee. Aunque me alegraría mucho si fueras condesa.

Ella puso los ojos en blanco.

—Oh, papá.

El carruaje aminoró la marcha.

—¡Señor!—, llamó el cochero. Su padre sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué pasa, Keyes?

—Un jinete viene a toda velocidad, señor. ¿Le dejo pasar?

—Sí, si tiene tanta prisa—. Volvió a meter la cabeza en el carruaje— Estos jóvenes de hoy en día cabalgan como demonios. Se van a romper todos el maldito cuello.

Shannon tuvo que sonreír ante su tono contrariado.

Algunas cosas nunca cambiaban.

El carruaje aminoró la marcha. El jinete que iba detrás de ellos continuaba ganando terreno, el golpeteo de los cascos de su caballo se hacía más fuerte a cada momento que pasaba. Se acercó al carruaje. El señor Keyes dirigió su equipo hacia un lado de la carretera, el equipaje se arrastraba al ritmo de un paseo. Shannon esperaba que el jinete pasara atronadoramente junto a ellos. En lugar de eso, aminoró la marcha.

—¡Shannon!

—¿Kinner?— Ella se agarró al borde de la ventana con ambas manos y se quedó boquiabierta mientras él acercaba su caballo al carruaje—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Detén el carruaje!

Ella miró a su padre. Él asintió y volvió a sacar la cabeza por la ventana.

—¡Para el carruaje, Keyes!

El Señor Keyes se detuvo y el coche rodó hasta detenerse. Kinner sobrepasó el carruaje y luego refrenó su montura. Desmontó con fácil destreza y se dirigió hacia la diligencia. Shannon estaba a punto de alcanzar la puerta cuando él la abrió de un tirón.

—Kinner—. Dios, sus ojos siempre la derretían, especialmente cuando ardían de emoción, como ahora—. ¿Qué haces aquí?

Kinner miró más allá de ella hacia su padre.

—Señor Hersley, he venido a llevarme a su hija.

—¿Ah, sí?—. Su padre frunció el ceño—. ¿Con qué propósito?

—Matrimonio.

—¿Qué?— Shannon jadeó.

—Muy bien entonces—. Su padre agitó una mano—. Continúe.

—Gracias, señor—. Kinner cogió la mano de Shannon y la sacó del carruaje. Ella tropezó en el escalón y él la cogió en brazos.

—¿Qué estás haciendo?— susurró ella, saboreando la emoción de sus brazos a su alrededor—. ¿Qué pasa con Jean?

—Jean es el pasado. Tú, Shannon Hersley, eres mi futuro. Te amo y quiero que seas mi esposa.

Su corazón casi explotó.

—¿Me amas? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Él le ahuecó la cara en la mano.

—Siempre. ¿Importan los detalles?

—No—. Las lágrimas amenazaron de nuevo mientras la alegría la embargaba por completo—. Siempre que me quieras por mí misma, no por dinero ni por una maldición ni por nada.

Su boca se torció por un lado.

—Bueno, hay algo específico, ahora que lo mencionas—. Le susurró al oído, una sugerencia escandalosa que la hizo sonrojarse y a la vez desear probarlo en el acto.

—¡Kinner!— Ella le dio un manotazo en el brazo.

—Di que sí, Shannon. El padre Ross nos está esperando ahora mismo en el castillo.

—Quiero que estés seguro.

—Estoy seguro—. Le acarició un mechón de pelo suelto detrás de la oreja—. Ya que me amas, deberíamos casarnos. Es lo lógico.

Ella levantó la barbilla.

—¿Y por qué cree que le amo, señor Arrogancia?

—¿Por qué si no me dejarías para casarme con Jean? A menos que me amaras—. Dejó caer un suave beso sobre sus labios—. A menos que pensaras que era lo que yo quería.

—Oh. Bueno. Eso.

—Sí. Eso.

Ella bajó los ojos a la parte delantera de su camisa.

—Supongo que sí te amo, entonces.

—Entonces te casarás conmigo y nos amaremos hasta que se acabe el mundo.

La romántica declaración le debilitó las rodillas.

—Sí. Sí, maldita sea, me casaré contigo.

—Ahora—. Él le puso un dedo en los labios—. No hables de maldiciones.

Ella sonrió.

—Nunca más, lo prometo.

—Señor Hersley—. Kinner se volvió hacia su padre—. Me gustaría pedirle permiso para casarme con su hija.

Incluso a su padre le costó ocultar su sonrisa.

—Lo tiene.

—Papá, ¿de verdad?

—¿Por qué no? Después de todo, hija, *es* un conde.

—Ven, mi amada. El padre Ross espera—. Kinner la tomó de la mano y luego le dijo a su padre: —¿Vendrá a la boda, señor?

—Por supuesto, Sheldon. No me la perdería.

—Nos veremos en el castillo entonces—. Cogiendo a Shannon de la mano, Kinner corrió hacia su caballo. La subió a la montura y luego se balanceó detrás de ella, acurrucándola cerca de él como habían hecho muchas veces antes.

—¿Estás preparada, amor mío?—, le preguntó.

—Para cualquier cosa—, respondió ella, y luego se acurrucó contra su pecho, con su corazón latiendo bajo su oreja.

—En ese caso, agárrate bien fuerte, que esto no ha hecho nada más que empezar—. Impulsó al caballo al galope y con la carroza tronando detrás, corrieron de vuelta al castillo y a su futuro juntos.

Siguiente libro de la serie



EL SABOR
DE LA TENTACIÓN
2

La Tentación más Dulce

ANN J BRANDLEY

La Tentación más Dulce

Ella necesitaba atraer al hombre que amaba, pero acabó deseando a un exasperante y enigmático sirviente.

Verety Spillwell lo tenía muy claro, necesitaba aprender el arte de la seducción para conseguir al amor de su vida. Para lograrlo convence a un conocido libertino para que le enseñe, solo que el sirviente de este no deja de entrometerse arruinando sus lecciones.

Ahora solo puede pensar en él y en descubrir que es lo que esconde.

Lord Abernathy está decidido a encontrar a su hermana desaparecida. Para ello, finge ser un sirviente en la casa del libertino que cree responsable. Todo parece ir bien, hasta que se cruza en su camino la señorita Spillwell. Una inocente y testaruda muchacha que lo exaspera y lo excita a partes iguales.

No te pierdas esta segunda parte de la serie El sabor de la tentación. Una novela autoconclusiva que te enamorará.

Notas

^[1] Banshees Son espíritus femeninos que, según la leyenda, se aparecen a una persona para anunciar con sus llantos o gritos la muerte de un pariente cercano. Son consideradas hadas y mensajeras del otro mundo.

^[2] Los bannocks originales eran pasteles planos pesados de masa de centeno o avena sin levadura con forma redonda u oval, que se cocinaba sobre una plancha.